Beatriz Blumen

Te mereces el mundo

Una novela enternecedora que nos descubre Croacia desde el corazón



SUMA

Beatriz Blumen

Te mereces el mundo

SUMA de letras

Para todas las personas que perdieron un hogar
o crecieron sin sentirse en uno.
Pasase lo que pasase, y ya lo sepas o no,
te mereces el mundo

1
A salvo

La noche caía sobre Dubrovnik envolviendo la ciudad en una oscuridad ominosa mientras Marco se entretenía en poner la mesa en la cocina de su hogar. El repiqueteo de las notas del «Para Elisa» de Beethoven sonaba de fondo cuando descubrió una manchita, que no había visto nunca, entre las líneas de las servilletas. Era un niño, pero apreciaba el orden y la estética de las cosas, y notar esa interrupción en el patrón de colores que solía mantenerse inalterable le hizo arrugar el morro y rascarse nervioso la cabeza.

—Mamá, esto está sucio —reclamó.

Anna se acercó, cambió la servilleta por otra limpia, le dio a su hijo un apretón cariñoso en el hombro y regresó a los fogones. Hacía ya un tiempo que su pequeño había empezado a mostrar comportamientos tensos, como encender y apagar las luces un número determinado de veces antes de irse a dormir, andar sin pisar las líneas por la calle o vestir haciendo que los colores de su ropa fueran siempre capicúas. Eso último era fácil porque en su casa había más instrumentos y libros que atuendos, pero de igual manera sabía que no eran actitudes comunes en un niño de su edad. Los hijos de sus amigas se preocupaban más por los dulces y el tiempo de juego que por las manchas de las servilletas, pero mientras eso

fuera todo había otras cosas más importantes de las que preocuparse.

Su marido terminaba la última clase de piano de la tarde, y ella hacía la cena y revisaba unos papeles que les habían enviado desde Viena. Cuando Marco acabó de colocar el mantel y la vajilla, se tiró en la alfombra a dibujar y a seguir inventando personajes.

De nuevo le habló a su madre sobre el dragón Lupín, su última creación. La criatura tenía los ojos azules y el cuello rosa. El lápiz verde, por desgracia, se le había olvidado en casa de su vecino y no podría recuperarlo hasta el día siguiente. Al niño le molestó la ausencia de ese color, su favorito, pero su madre aprovechó para recordarle que, el próximo día, tuviera más cuidado con sus cosas. Ella, que se sentía agotada de muchas maneras, trataba de aparentar tranquilidad y escuchaba sus historias pacientemente y con una sonrisa, sin olvidar regalarle un tirón de orejas figurado cuando lo veía necesario.

Era una época de incertidumbre y el país, que un día estuvo unido en su diversidad, se encontraba al borde del colapso. Los conflictos internos entre las diferentes etnias habían alcanzado su punto de ebullición y, desde hacía unas semanas, no llegaban noticias alentadoras. Los adultos de casi todas las casas se esforzaban en disimular esa tensión tan palpable en el ambiente y en mantener cierto grado de normalidad entre sus paredes.

Por eso Igor seguía dando clases —aunque menos que antaño—, su hijo continuaba yendo a jugar a la plaza y ella cocinaba los platos de siempre mientras buscaba una solución que les pusiese a los tres a salvo.

Gracias a las artes culinarias de la matriarca, el hogar de los Lovric se fue llenando de un delicioso olor a sopa de cebolla y ajo que hizo rugir sus estómagos. Cuando se sentaron a cenar, los adultos lucían rostros preocupados que al niño no le pasaron por alto por mucho que llenasen el silencio con preguntas que, puestas en perspectiva un tiempo después, les parecerían estúpidas. ¿Cómo hubieran podido imaginar que aquella noche iba a marcar un antes y un después en su historia?

Marco no era tonto y sabía que las cosas estaban cambiando, lo que le generaba mucha inseguridad. Tardaría años en entender que lo que sentía se llamaba ansiedad y que intensificaba sus manías. Cada vez era más sensible a cosas fuera de sitio, sucias o imperfectas. Tenía miedo de la oscuridad y de los ruidos fuertes y, desde que habían comenzado los bombardeos, le costaba dormir, reír y jugar despreocupado. A ratos era capaz de volverse niño, sobre todo cuando pintaba o se ponía a inventar cuentos, pero cuando al comenzar el postre sonaron las alarmas y las primeras explosiones supo que esa noche no habría nada de aquello.

Tal y como pasó en ocasiones previas, el ruido lejano se mezcló con gritos y pequeños estruendos provenientes de todos sitios. Parecía como si la ciudad entera respondiese al unísono pasando del silencio absoluto a la más estrepitosa de las melodías. Los tres se miraron asustados y tardaron unos instantes en reaccionar.

«¡Rápido, al búnker!», gritó Igor, con la voz cargada de urgencia. El guionista de sus vidas pulsó de nuevo dos teclas opuestas y, de forma simultánea, comenzó a pasar todo muy deprisa y muy a cámara lenta. Dejando la cocina a su espalda y con el corazón en un puño, corrieron hacia la entrada mientras las luces parpadeantes

guiaban sus pasos acelerados hasta la puerta. Antes de salir, el padre agarró la mochila con agua, comida, una mantita y linternas que Anna había preparado por si volvían a tener que irse corriendo de casa. Agitados, avanzaron rápido por las calles adoquinadas bajo el zumbido de los aviones enemigos en el cielo y el estruendo de las explosiones que se acercaban. Las luces de las bombas iluminaban el oscuro horizonte a sus espaldas y un sudor frío les invadió las manos y la frente. El refugio subterráneo al que se dirigían se encontraba a tan solo unos minutos de su casa, pero cada segundo que pasaba se sentía como una eternidad. Anna e Igor contenían su angustia como podían mientras el niño corría a su lado agarrando una de las manos de su madre, sin aliento y con el temor de que una explosión pudiera alcanzarlos en cualquier momento.

Al abrir la puerta de metal, se precipitaron escaleras abajo. Las sirenas antiaéreas seguían aullando, y el ruido de los aviones y las bombas continuaba en el exterior. Los escalones arenosos los condujeron a un túnel estrecho y frío. El olor a humedad y a tierra mojada se infiltraba en el aire, y el eco de sus pasos resonó en el angosto pasillo. Ya habían estado allí antes, y las luces a ambos lados, alimentadas por generadores, proporcionaban una iluminación tenue pero suficiente para que pudieran ver a su alrededor.

El lugar les prometía seguridad a pesar de que el techo abovedado era bajo y apenas permitía que la gente se moviera sin agacharse. Familias enteras se apiñaban en los desgastados bancos de madera que se alineaban a lo largo de las paredes. Había vecinos suyos durmiendo en el suelo, otros comían y algunos lloraban. Sobre todo, los niños. En medio de la violencia exterior, el búnker les ofrecía una

calma relativa, aunque todo recordara a la amenaza que acechaba fuera.

En las dos ocasiones que habían tenido que correr hasta él, había pasado todo en un abrir y cerrar de ojos. Los sonidos que llegaban desde la calle se mezclaban con sus propias palpitaciones. La familia se apretó en un rincón y se abrazó con fuerza, rezando para que la pesadilla pasara pronto. Era un espacio claustrofóbico y desolador, pero al menos se mantenía inmune a los constantes ataques aéreos. Las paredes de piedra cruda estaban húmedas y cubiertas de musgo en algunos lugares. Había pintadas. Olía a orina, a sudor y a algo metálico que parecía miedo. Marco luchaba por controlarse, pero sus manos temblaban mientras se aferraba a su madre, que lo estrechaba contra su pecho.

«Estaremos a salvo aquí, cariño», le susurraba Anna siempre al oído, tratando de tranquilizarlo y transmitirle calma en medio de la angustia. Lo mecía entre sus brazos, le tarareaba nanas y le contaba lo que harían en cuanto pasase todo. Marco se agarraba a las promesas de su madre y trataba de imaginarse jugando de nuevo en la plaza, cocinando pasteles los viernes por la tarde y yendo a nadar al mar.

Como antes.

Como siempre.

Su padre se mantenía cerca, con un nudo en la garganta y los ojos brillantes llenos de amor y preocupación. También había rabia en ellos. Y temor. Y algo más que su hijo no supo identificar. Cuando Anna levantó la vista aquella vez, se mantuvieron la mirada. No hicieron falta palabras. La decisión estaba tomada. Llevaban

hablando sobre el tema un tiempo y sabían que sería lo mejor. Un leve asentimiento de ella le confirmó lo que ya pensaba.

Igor le había insistido en que se llevara al niño y no mirase atrás. Que huyese a Italia, Francia o donde fuese, pero los hombres adultos no podían salir del país y su mujer se negaba a viajar sin él. «No pienso abandonarte», le había contestado ella con determinación en repetidas ocasiones. «¡Estamos condenando entonces al niño! ¡No sé cuánto más resistirá la ciudad ante los ataques!», le espetaba él, nervioso y apesadumbrado. Sentía impotencia y enfado. Quería echar a todos esos perros que no hacían más que ponerlos en peligro. ¿Qué narices se suponía que iban a hacer ellos? ¡Eran gente decente, joder! Civiles. Trabajadores honrados. Ni siquiera eran ricos, ¡por el amor de Dios!

«He oído de un programa que se encarga de encontrar un hogar lejos del conflicto a los niños hasta que la guerra cese. No quiero separarme de Marco, pero, si vemos que esto no termina pronto, podría ser una opción». Se miraron con una mezcla de pesar y esperanza. Era una solución a la que no querían optar a no ser que fuese necesario. Sin embargo, cada día los bombardeos se prolongaban más y las muertes iban en aumento. No querían pensarlo, pero desde aquella conversación ambos no podían hacer otra cosa. ¿Cómo condenar a su hijo a seguir viviendo en medio de las miserias y el desconcierto ahora que también la comida comenzaba a escasear?

Marco no contaba con más de ocho años, y los ojos vivarachos que normalmente parecían dos estrellas enmarcadas por su cabello oscuro estaban cada vez más serios, invadidos por el sonido y las imágenes rotas que desde hacía un tiempo regaban su realidad.

Ningún niño debería vivir situaciones así. Ninguno. Las lágrimas se les acumulaban a todos con una combinación de emociones tan abrumadora como la sensación de impotencia que se hacía más hueco en su día a día.

Sí, en sus corazones lo tenían claro. El momento que esperaban acababa de llegar.

2
Un final feliz

—Lu, pásame la caja que ves allí.

—¡Voy! —contestó ella estirando el brazo.

El sol de la tarde se filtraba a través de las persianas semiabiertas y pintaba franjas de luz dorada en la sala de estar. Izal sonaba de fondo y había papeles y cachivaches por todos lados. Demasiados. ¿Quién dijo que la tarea que se traían entre manos fuera sencilla? Rápida, desde luego, tampoco estaba siendo.

—No entiendo cómo Carlos acaba siempre escaqueándose de estas cosas.

—Pues porque es el mayor y sabe cómo aprovecharse de ello.

—Querrás decir que porque es el médico, el responsable y el que ya bastante tiene entre las guardias y tus sobrinas, ¿no?

—No, quería decir exactamente lo que he dicho. Que yo sepa, es tan hijo de nuestro padre como tú y como yo. Esto —dijo señalando alrededor con un dedo— se lo pienso cobrar en vinos.

Pol le tiró una bola de papel divertido y siguieron trabajando. Vaciar el desván y las diferentes estancias les estaba costando mucho más de lo que pensaron en un primer momento. Había demasiados recuerdos. Demasiadas historias. Demasiados trastos, también. La nostalgia y la melancolía flotaban en el aire mientras

exploraban fotografías amarillentas, papeles de vete tú a saber cuándo y juguetes olvidados entre bolsas de parafina.

—Será raro no volver aquí más, ¿no crees?

—Prefiero no pensarlo mucho o voy a regalarte otro ataque de llantina.

Su padre, después de una larga deliberación, había tomado la decisión de vender el que había sido el hogar de la familia durante décadas. Ahora él vivía en un piso más céntrico, cercano a la casa de su hijo mayor. Desde la muerte de su mujer, solo sus nietas conseguían despertar de forma genuina su sonrisa, y había decidido invertir la mayor parte de sus horas en ellas ahora que estaba jubilado y que la vida que imaginó para sí —con ella— ya no se daría más. La ausencia de su Mónica le seguía pesando. La añoraba mucho.

Además, aquella casa tenía demasiadas escaleras y habitaciones vacías. El patriarca no se veía con fuerzas para lidiar con sus fantasmas y recuerdos, y encomendó a sus hijos, Pol y Lucía, la tarea de vaciarla y decidir qué donar y qué conservar. Faltaban solo unas semanas para que un nuevo dueño se instalara entre esas cuatro paredes y todo lo que no se llevasen quedaría en manos del olvido.

Los mechones castaños de Lucía le caían sobre el rostro cuando levantó una caja de cartón repleta de libros infantiles. Acababa de estornudar por el polvo y tenía la cabeza en otro sitio. Revolver pedazos del pasado solía ponerla melancólica. Sin embargo, al revisar su contenido algo llamó su atención. Entre los cuentos había dibujos en los que pudo reconocer su nombre y un sobre viejo mal cerrado del que sobresalía una fotografía. Era antigua, en blanco y

negro, de un niño de cabello oscuro y ojos brillantes. En cuanto lo reconoció, el corazón casi se le sale del pecho.

—¡Marco! —Levantó la imagen al aire, dejando que la caja cayese al suelo al tiempo que daba un saltito.

—¿Marco?

—¡Dios! ¡Los cuentos que escribíamos! —dijo sin poder contener la emoción al rebuscar de nuevo por el interior de ese santuario de memorias—. ¡Y los papeles de su adopción! ¡Pensaba que papá y mamá habrían tirado todo esto hace siglos! Ven, ¡corre!

Pol atravesó la estancia tratando de no pisar nada importante y le arrebató la foto de entre las manos. Imaginó que sería la que acompañaba los papeles de la adopción temporal por los ojitos de susto y lo menudo del rostro. Notó la excitación de su hermana, pero no se dejó agitar por ella. Sospechaba que con la mudanza algo aparecería del que fue su hermano durante casi cuatro años, aunque llevasen siglos sin saber de él.

—Tenía la corazonada de que encontraríamos papeles de Marco. Una pista nueva o algo.

—No te hagas ilusiones, ¿vale? —la cortó categórico—. Ese niño volvió a su hogar y no contestó a ninguna carta ni dio tampoco señales de vida. No creo que una foto y unos cuantos papeles cambien nada. Si decidió mantenerse al margen, sus razones tendría. Imagina lo duro que debió de ser para él.

—Ya…, creo que éramos demasiado pequeños como para ser conscientes de todo lo que implicaba que él estuviera en casa, que hubiese tenido que huir de su país y todo eso.

—Lo sé, éramos unos críos. Pero lo hicimos lo mejor que pudimos. También él.

Pol le apretó el hombro de manera cariñosa mientras Lucía se mordía el labio inferior, con una mezcla de emoción y duda. Ella no había dejado de echar de menos a Marco. Nunca. Le habría encantado compartir con él sus desamores, sus retos adolescentes y lo mucho que le costó elegir su carrera. Soñaba con localizarlo mientras estudiaba y que pudiesen reírse juntos de los idiotas del campus, que no dejaban de jugar al mus; de lo mucho que odiaba leer en público sus redacciones y de lo que extrañaba que volviesen a ser ellos dos contra el mundo. Al fin y al cabo, Carlos estaba siempre demasiado ocupado con las prácticas en el hospital como para prestarle suficiente atención y Pol ya tuvo bastante con entender qué narices sentía y por quién, por no hablar de las vueltas que había dado a cómo salir del armario de una manera elegante. Marco tenía su edad, había sido su confidente, su amigo y su compañero de aventuras. ¿Cómo no añorar a alguien que había significado tanto para ella? Ojeaba los papeles de uno de los sobres cuando el mundo se detuvo.

—Mira, una carta de su tía. ¿Y si le hubiera dado su apellido? Irina Novak. Déjame, voy a buscar. ¿Dónde está mi móvil?

Salió disparada en busca de su teléfono decidida a obtener respuestas. Pol, por el contrario, se quedó con los brazos en jarra mirando la caja precursora de aquella agitación. Había presenciado esa escena ya un millar de veces desde que el niño croata se había marchado y sabía cómo solía terminar: caras largas, lágrimas y lamentos.

Durante un tiempo que no era capaz de delimitar en su cabeza, su hermana había escrito como mínimo una carta al mes al culpable de sus pesares, poniéndole al día de las novedades en casa y en el

colegio. Le había hablado de sus amoríos, de sus notas y de lo mucho que extrañaba jugar con él a inventar historias. Nunca había obtenido respuesta. Por todos era sabido que, de los tres hermanos, ella era la que más apegada había estado al croata y también la que peor había llevado su marcha. Pol también tenía curiosidad por saber qué había sido del que fue su hermano adoptivo durante ese tiempo, pero hacía ya mucho que había tirado la toalla. Cuando Marco se marchó era otra época, el país del que venía necesitaba reconstruirse, e imaginaba que lo mismo requirieron sus habitantes. Todos habían compartido cuanto tenían con aquel joven de mirada triste, pero aprendieron a respetar su decisión de no mirar atrás después de su partida.

Lucía, ajena al ceño fruncido de su hermano, se quedó de piedra al otro lado de la habitación mientras miraba la pantalla de su teléfono.

—Creo que lo he encontrado —dijo apenas con un hilo de voz.

—No puede ser. Enséñame eso, anda.

—«Marco Novak, el escritor croata de moda, anuncia el lanzamiento de su nuevo libro con gira mundial incluida…». —Le temblaban las manos mientras procesaba la noticia—. ¡Lo firmará en Barcelona el próximo jueves!

—Estás de coña, ¿no? Pásame el teléfono.

—Que no, ¡mira! —Aún en shock se acercó a su hermano—. Hay muchas fotos y noticias que hablan de él. ¡Se ha hecho famoso!

Pol le quitó el móvil de las manos y comprobó él mismo las buenas nuevas.

—No puede ser… ¿Crees que es la misma persona? —preguntó con la mirada clavada en el hombre del que hablaban en el artículo.

—¡Pues claro! Fíjate, tiene los mismos ojos, y el pelo así ondulado como cuando era niño, y su primer libro trata sobre la guerra de Yugoslavia que, cito, «vivió en propia piel hasta que lo sacaron del país». Tiene que ser él, no me cabe duda. ¡Papá va a flipar!

Lucía tenía un nudo en la garganta y un par de lágrimas amenazaron con escaparse de sus ojos mientras exploraba su perfil en línea y veía las portadas de sus libros. El hermano que había perdido, ese al que llevaba una vida entera extrañando, estaba ahí, a solo unos clics de distancia. El corazón le latía acelerado, queriendo casi regalarle un infarto.

—¿Y si vamos a la presentación de su libro? Así salimos de dudas.

—Tú te has fumado algo hoy, ¿no? —saltó Pol a la defensiva—. ¡Que nunca nos contestó! Aunque duela tienes que aceptar su decisión de pasar página y volver a su vida anterior. Si quisiera saber de ti, ya se hubiera puesto en contacto contigo. Ha tenido veinte años.

—¿Y cómo sabes que fue una decisión y no un error? A lo mejor perdió nuestra dirección, o cambió de casa, o…

—Lu, ya está. —Pol posó ambas manos sobre los hombros de su hermana para frenar su verborrea—. Eran otros tiempos y a veces está bien dejar que las cosas sigan su curso. En las fotos parece feliz, con eso debería bastarte.

—No —dijo ella, zafándose—. Yo quiero ir a verlo y que me diga a los ojos qué es eso que hicimos tan mal para tener que desaparecer sin dejar rastro. Compartimos mucho, joder. —El tono iba subiendo según ponía en palabras la espinita que llevaba años atormentándola —. Papá y mamá estaban en pleno proceso de adopción cuando lo reclamó su tía. ¿Me escuchas? ¡Su tía! Ese niño perdió y lloró a sus

padres, y luego nos perdió a nosotros por una mujer que él decía no conocer apenas y de la que nunca tuvimos noticias más allá de las que nos llegaron de la embajada. Ni siquiera sabemos qué fue de él. —Enfadada, con las mejillas húmedas y un cúmulo de emociones que no era capaz de comprender, tomó una decisión que lo cambiaría todo—. Yo necesito ir y decirle hola. Comprobar si es él, ¿me oyes? Aunque no vengas conmigo. Aunque no vengáis ninguno. Pienso ir a esa presentación.

Poco importó que Pol se disculpara, que le pidiera que no fuese tan orgullosa y que su prometido tampoco llegase a entender por qué era tan importante como para armar un escándalo. Al fin y al cabo, había pasado muchísimo tiempo y todos tenían vidas hechas y derechas en la actualidad.

Pero Lucía quería ir.

E iría.

Torció el semblante al acordarse de la forma en la que Javier le recordaba siempre que ya era hora de madurar. Odiaba cuando se ponía en plan paternalista y menospreciaba sus inquietudes. Ella había querido con locura a un niño de su edad que desapareció de sus vidas de la noche a la mañana. ¿Tan extraño era que quisiese entender qué sucedió? Solo necesitaba quemar ese último cartucho y darle la oportunidad al destino de cerrar un tema que tantas noches de sueño le había robado.

Al menos en la oficina recibieron la noticia con mucho más entusiasmo. Todas sin excepción se llevaron las manos a la cabeza porque no podían creerse su historia. ¡Un hermano perdido que era ahora un escritor famoso! ¿Desde cuándo alguien con un pasado tan

interesante tenía derecho de guardárselo para sí? Lucía no pudo hacer más que reír ante los aspavientos de sus colegas.

—No supe que era escritor hasta hace una semana. De hecho, no estoy segura de que sea él. Tan solo espero…

—Lo será, Lu. También tú te mereces un final feliz.

Lucía le dio más vueltas de las previstas a esa frase inocente. Un final feliz. El suyo. Uno solo para ella. De pensarlo una sonrisa enorme se instaló en sus labios. No tenía claro si ese iba a ser el final de nada, pero sí que llevaba una temporada de la que mejor no hablar.

Desde los retos a los que se había enfrentado la editorial los últimos tiempos, que se los había puesto de corbata en más de una ocasión, hasta los cuatro años de embarazos fallidos, contaba ya con unas cuantas muescas en su corazón. Tenía treinta y siete años de experiencias y, aunque le gustaba dejarse llevar e intentaba buscar el lado bueno de las cosas, era consciente de que guardaba en su interior algunas cosillas que nunca había sabido colocar. Y como no saber le era incómodo, seguía caminando con la esperanza de que el tiempo lo ordenara solo. ¿Sería Marco la señal de que estaba entrando por fin en una nueva etapa?

3
El silencio en las calles

La semana transcurrió deprisa, porque siempre que estaba nerviosa pasaba tiempo de más en el trabajo. Su prometido estaba visitando las oficinas de Londres de su empresa y ella, en lugar de utilizar esos días para quedar con sus amigas, los aprovechó para leer, avanzar tareas atrasadas y comer palomitas en el sofá. Le gustaban dulces y saladas, mezcladas, y en un cuenco gigante. Las semanas en las que disponía de la casa entera aprovechaba para consentirse con esos pequeños placeres. Javier era demasiado sibarita para apreciar la combinación de texturas y sabores y solía meterse con ella si la veía haciendo lo que él consideraba una aberración casi anticonstitucional. Sí, su prometido era un poco exagerado. Aunque, después de tantos años juntos, Lucía había aprendido a convivir con sus particularidades, y a sortearlas. Entre pitos, flautas y palomitas, llegó el ansiado jueves. No solo tardó siglos en decidir qué se pondría, sino que lo hizo hecha un flan.

La primavera entró en escena mientras el tiempo hacía de las suyas sin tener demasiado en cuenta los intereses estilísticos de nadie. No sabía si subirse a unos *stilettos* o si aparecer en deportivas. ¿Quizá unas sandalias? No, eso no, que había bastantes probabilidades de lluvia. Darle vueltas al vestuario, cuando ni siquiera estaba segura de si sería él o no, la hizo sentir estúpida,

pero era incapaz de acallar los nervios al pensar en Marco. En su Marco. Se preguntaba si podría saciar por fin esas dudas que no la habían abandonado durante tantos años. La congoja la recorría por dentro al imaginar mil escenarios negativos que su mente tuvo a bien dibujarle, pero eso no hizo que cambiara de idea. Su padre tenía que llevar a sus nietas a extraescolares, o al menos eso dijo, y aunque Pol al final se ofreció a acompañarla, ella lo rechazó orgullosa.

Cuando se enfadó, dijo que iba a ir sola, y sola iría.

Gracias al cielo sus compañeras de trabajo siguieron cacareando en torno al tema toda la semana, curiosas e intrigadas, y hasta su jefa parecía ilusionada con el encuentro.

—¿Estás segura de que no quieres que vaya contigo? —le preguntó en varias ocasiones.

—Tan segura como de que me apellido Badal. Lo mismo hasta me da un parraque y, si pasa, preferiré un poco de intimidad.

La posibilidad de ser familiar lejano (o postizo) del escritor del momento cuando estás trabajando en una editorial despierta mucha curiosidad. Estaba enfadada consigo misma por no haber oído hablar antes de este Marco Novak. En los últimos tiempos, sus autores le absorbían tanto tiempo que había dejado de lado los suplementos de cultura. Un error del que ahora era consciente. Quizá por eso le daba tantas vueltas a su armario. Necesitaba quitarle hierro al gusanillo que se había instalado en su pecho y la tenía sin dormir. Hablar tanto del tema había generado en ella más expectación de la que sabía gestionar y más nerviosismo del que ya traía de fábrica. Por eso no dejaba de rezarle a la guionista de su vida para que, por una vez, le regalase un par de alegrías. O tres, a poder ser. Para ello

consideraba importante no ir demasiado presuntuosa, pero tampoco aparecer en mallas. Quería ir guapa. Normal. Que Marco viera la mujer en la que se había convertido mientras él se dedicaba a escribir y a recorrer el mundo de firma en firma.

¿Sentiría curiosidad por volver a su vida? ¿Y por saber qué había sido de ella? ¿Terminó alguna de esas historias que imaginaron juntos? Dudó, pero se puso una capa más de rímel y un poquito de rubor en los pómulos. Estaba guapa, sí, decidió sonriéndole al espejo. Para sentirse segura terminó decantándose por dos básicos: unos vaqueros y una camisa blanca holgada, con cinturón, chaqueta y botas a juego.

El centro de la Ciudad Condal lucía colorido y montones de locales y turistas ocupaban las avenidas. La variopintidad siempre la ponía de buen humor. Le gustaba observar los andares de quienes caminaban a su lado, sus estilos y sus caras de asombro al descubrir algunas de las fachadas o puntos emblemáticos de la ciudad. Al haberse criado lejos del centro, miraba con más cariño la cantidad de oferta y vida que despuntaba en cada esquina.

Sus amigos de la infancia se quejaban de la multitud, el turismo y el tráfico, pero a ella la hacían sentir viva. Quizá no en agosto, pero durante la adolescencia se le hizo tan cuesta arriba eso de habitar en pleno bosque que dejó de disfrutarlo. En breve la casa que fue testigo de aquella época sería de forma oficial parte del pasado, y sabía que la echaría de menos, pero se seguía maravillando con el encanto del lugar en el que ahora tenía la suerte de vivir.

Al entrar en la librería donde se realizaría la firma, agradeció ese calorcito que le dio la bienvenida y el olor a tinta e historias que invadieron su pituitaria. Aprovechó para curiosear un poco, ya que

de un tiempo a esta parte estaba tan hasta arriba que no recordaba cuándo fue la última vez que paseó despreocupada entre libros. Disfrutaba de veras al regodearse con las cubiertas y con su tacto, al hojear aquellos ejemplares que le llamaban la atención con calma y deleitarse en las primeras páginas de un título al azar. Aún faltaban un par de semanas para Sant Jordi y todas las editoriales estaban lanzando novedades a cascoporro, incluida la suya. Echó un vistazo a las novelas de sus autores y se entretuvo paseando entre las mesas de la tienda, admirando cómo relucían, impolutas.

Tras un rato indefinido —que pudo durar entre diez minutos y quince horas—, pasó por caja. Tenía la boca seca y el corazón inquieto. Fingiría que estaba todo bajo control, pero ¿a quién quería engañar? Sonrió con la mente perdida en sus cavilaciones mientras la cajera cobraba sus pecaditos. Desde aquella tarde revolviendo cajas y papeles del pasado, convivía con un enjambre de pensamientos disparatados. No tenía claro qué esperaba conseguir con ese encuentro y su cabeza parecía dispuesta a mostrarle un millón de desenlaces posibles en los que la mayoría concluían de forma tortuosa. ¿La reconocería Marco? ¿Se haría el despistado? ¿Enviaría al equipo de seguridad para sacarla de la firma? Lo mismo no era ni él y se había tirado los últimos ocho días armándose castillos en el aire.

Caminó hacia la sala donde se celebraría el acto y se sentó en la segunda fila. Sabía que era importante hacerse con un buen sitio para poder evaluarlo de cerca cuando llegara. Se habían dispuesto cámaras, focos y un par de micrófonos en el centro del pequeño escenario, tal y como había organizado ella en firmas para otros

autores mil y una veces. ¿Y si no era él? Traía un par de fotos de esa infancia compartida por si acaso lo tenía que comparar.

Sacó de la bolsa que le había entregado la dependienta el libro del que él estaría firmando ejemplares e hizo tiempo zambulléndose en el primer capítulo. El escritor parecía manejar con la elegancia de un artista los tiempos, el marco y la premisa de la trama, y casi desde la primera línea le resultó muy difícil soltar la historia. Narraba de forma elegante. Le gustó. Durante un buen rato se dejó llevar por esa pareja de policías que protagonizaban la novela. Cuando levantó la vista de nuevo y echó un vistazo a su alrededor, comprobó cómo la sala se encontraba bastante más concurrida que al sentarse y cómo no era la única que había hecho un esfuerzo en ir guapa y hacerse con el libro. Había de todo, desde jovencitas de veintipocos —entre las que reconoció a un par de influencers— hasta mujeres de su edad y de unos cuantos años más. También hombres. El público era bastante diverso, aunque predominaban las mujeres con ojos brillantes que espiaban con agitación la entrada. Antes de que se diera cuenta empezaron los aplausos y los silbidos.

Dobló la esquina superior derecha de la página 47 y cerró el libro para levantarse y unirse al resto. Sus mejillas se encendieron al tiempo que buscaba con la mirada al culpable de su nerviosismo. El croata, más apuesto aún que en las fotos, llegó triunfal acompañado de un amplio grupo de personas. La gente parecía esperarlo con ganas y él agradeció el entusiasmo deslumbrándolos a todos con una sonrisa tímida. Iba muy guapo, también con vaqueros, camisa y una americana azul marino. Cuando el público se sentó de nuevo en sus respectivos asientos, él hizo lo propio en uno de los sillones del escenario mientras seguían las ovaciones. Una mujer rubia de unos

cincuenta años se acomodó en el sillón a su derecha e inició las presentaciones pertinentes.

—Buenas tardes a todos, todas y todes. Un millón de gracias por acudir a este encuentro literario con un invitado tan especial como solicitado. Antes de que coja el micrófono y, aprovechando que con los nervios seguro que no nos oye bien, me he de confesar una gran admiradora de su trabajo. Imagino que, como para la mayoría de quienes estamos aquí, es todo un honor poder compartir con él nuestra querida Barcelona. ¡Un gran aplauso para Marco Novak!

Las ovaciones se repitieron y el aludido sonrió con agradecimiento.

—Gracias, Lúa, y gracias a todos por venir. Os aseguro que el placer es mío.

Una oleada de aplausos recorrió la audiencia como respuesta al tono ronco de su voz. Lucía se quedó paralizada por un instante al escucharlo hablar. ¿Era él? Parecía muy cómodo en su piel y darse cuenta de que la mayor parte de las mujeres a su alrededor babeaban la hizo sentir incómoda.

El autor, a tan solo unos metros de ella, tenía una presencia magnética y una sonrisa de anuncio. Podía ser su Marco, sí. Había cambiado, pero esos ojos oscuros y profundos seguían siendo los mismos. Y mantenía sus hoyuelos. Esos que ella adoraba encontrar cuando reía o sonreía tímido si alguien le hacía algún cumplido. ¿Era en serio él ese moreno apapachable —como diría una de sus amigas — que agarraba el micrófono con tanta seguridad?

Periodistas de diferentes medios de comunicación aguardaban el espacio de preguntas con impaciencia. Marco comenzó con un breve discurso sobre su carrera y lo agradecido que se sentía de poder compartir sus obras con unos lectores tan fieles y generosos. Se

desenvolvía con soltura, y ese era uno de los factores que más dudas generaban en Lucía. De niño era inseguro, y su lenguaje corporal, más tenso. Ahora, sin embargo, parecía feliz de conocerse y compartirse.

Con un perfecto español presentó su nueva novela, un thriller en el que una pareja de policías croatas se veía acosada por una serie de desgracias marcadas, como en todas sus otras historias, por la guerra.

—¿Cómo hace para relatar con tanta intensidad cada escena? Sus libros siempre me emocionan y me mantienen en vilo desde el principio hasta el final.

—Cuando vives desgracias en propia piel, escribir se convierte en un bálsamo que ayuda a cicatrizar heridas y a compartir tus aprendizajes con el mundo.

—¿Dónde aprendió a hablar tan bien español? Casi parece nativo.

Marco se tomó un momento antes de contestar con una sonrisa algo más tímida.

—De niño pasé una temporada con una familia que vivía no muy lejos de aquí. Me regalaron su idioma y un montón de historias que contar.

—¿Y qué fue de esa familia? ¿Siguen en contacto?

—Preferiría no hablar de mi vida privada, pero les agradezco siempre la curiosidad.

La que parecía su mánager estuvo rápida y tardó poco en cerrar el espacio de preguntas cuando estas dejaron de ser sobre la obra y comenzaron a ser sobre el autor. La mujer que lo había presentado invitó al público con mucho tacto a hacerse con un ejemplar de *El*

silencio en las calles, si no lo habían comprado aún, y a ponerse en fila para la firma y las fotos.

Lucía estaba paralizada en su asiento, consciente de lo que acababa de pasar. Un escalofrío la recorrió por completo. Quería pellizcarse. Parar la escena. Gritarle desde su asiento que esa familia nunca dejó de esperarlo, pero, durante unos minutos que parecieron eternos, no fue capaz de mover un solo músculo. Acababa de encontrar a su hermano.

4
Oportunidades del destino

Marco estaba agotado y se maldijo por haber rechazado el segundo café tras la comida. Llevaban de gira casi tres semanas y el cuerpo le pedía a gritos un descanso. Su agente le recordaba una y otra vez que sonriera y que se mostrase agradecido, pero a él toda la parafernalia de focos, entrevistas y aplausos que acompañaban su profesión, le sobraban por completo. Si le dieran a elegir, viviría en su casita de Korcula, y arreglaría lo que fuese necesario con su editora por teléfono o yendo de vez en cuando a la sede de la editorial.

Pero no le daban a elegir.

De la noche a la mañana se había convertido en una sensación pública y los que manejaban los hilos querían explotar eso tanto como fuera posible.

Cuando concluyeron las preguntas y llegó el momento de la firma de ejemplares, extrajo del interior de su chaqueta el bolígrafo que siempre llevaba consigo. Se lo regaló Peter, su mentor, hacía ya tantos años que sus amigos y agente le tomaban el pelo al respecto una y otra vez: «¿No ganas suficiente como para comprarte un bolígrafo nuevo?», «¿Qué tienen de malo los que te dan en los hoteles?», «¡Serás tiquismiquis!». Él sabía que era muy tiquismiquis,

pero estaba convencido de que le traía suerte y no lo soltaba. Era uno de sus talismanes.

Como tantas otras veces, se aferró a él y comenzó a dedicar libros y a hacerse fotos con quien se lo pedía. Dedicatoria. Comentario. Foto. Abrazo. Dedicatoria. «Cuánto me encantan tus historias». Foto. Apretón de manos. Dedicatoria. Adolescente nerviosa que prefiere hacerse una selfi para ponerse a su lado. Abrazo. «Por favor, no dejes nunca de escribir». Dedicatoria. Comentario amistoso. Foto. «Hasta pronto». Dedicatoria…

A pesar del cansancio, una figura femenina llamó su atención. Se encontraba a unos metros aún de la primera fila, pero no apartaba su mirada de él. Casi ni pestañeaba. Tendría más o menos su edad y era mona. Cabello castaño, piel pálida y una figura menuda. Cuando sus ojos se cruzaron, un nudo se le posó en el estómago. De la impresión, casi dedicó el libro que tenía delante con un nombre equivocado. Aquellos ojos se parecían a otros que todavía recordaba, aunque no podía ser. Sacudió la cabeza para concentrarse de nuevo mientras la joven avanzaba vacilante con la vista clavada en él. Al llegar su turno, Marco trató de aparentar tranquilidad.

Ella le tendió un ejemplar de su última novela y un par de fotografías. Entonces el mundo se quedó atrás, en un segundo plano, mientras una chispa de reconocimiento bailaba entre ambos. Pero no podía ser. Era imposible… ¿o no? Marco se esforzó por mantener la compostura, agarró nervioso el bolígrafo y esbozó una sonrisa insegura.

—¿A nombre de quién quieres la dedicatoria?

—A nombre de Lucía —contestó ella, decidida y dedicándole una sonrisa—. Lucía Badal.

Se quedó de piedra mientras esa hermosa mujer le observaba con ojos brillantes. Parecía tan en shock como él. No podía ser, no podía…

—¿Nos… conocemos? —preguntó, incrédulo.

—Si fuiste una vez Marco Lovric, la respuesta es sí. No sabes la de años que llevo buscando a esa persona. ¿Eres tú?

Marco asintió despacio, aún estupefacto. El corazón de ambos se saltó un latido. Por un momento olvidó dónde estaba y por qué. Se levantó con torpeza y se aproximó hacia ella. Poco le importaron las miradas curiosas e interrogantes que despertó ese gesto, porque desde que sus ojos se encontraron con los de Lucía el mundo a su alrededor había dejado de existir. Sentía el corazón en la garganta y podía escucharlo, como si le hubieran puesto un altavoz y estuviera vociferando para él una canción privada. Había soñado tantas veces con encontrarla que simplemente no podía estar pasando. Cuando la editorial le confirmó la firma de libros en Barcelona, ella fue la primera persona en la que pensó, pero, claro, después de tantos años…

Se fundieron en un abrazo cálido. Ella desprendía un aroma fresco, a bosque.

—No me lo puedo creer —dijo Marco, sin salir del desconcierto inicial y resistiéndose a romper el contacto—. ¿Cómo has sabido que estaría aquí? ¿Cómo…? Ha pasado demasiado tiempo.

Lucía levantó la vista hacia sus ojos ganando de nuevo espacio entre los dos.

—Demasiado. Es una larga historia, pero hace unos días encontramos el apellido de tu tía escrito en unos papeles antiguos junto a esas fotos, y Google hizo el resto. Vi la noticia de tu presentación y supe que debía venir. Quería al menos cerciorarme de que eras tú.

El escritor tomó las fotografías para tener algo en las manos, ahora inquietas. Notaba las palmas húmedas y frías. Le temblaban. Estaba alucinando. En una de las imágenes salían ellos dos en el jardín de los Badal en plena guerra de agua, manguera en mano, y en la otra aparecían los seis sentados en los sofás alrededor de la chimenea. Debía de ser de la última Navidad que pasó en Barcelona. Sonreían. Él también. Darse cuenta de eso le arañó un poquito la garganta.

—No sé ni qué decir, hace tanto que…

—No hace falta que digas nada. Son un regalo —aseguró ella—. Si las quieres, claro. —Lucía sonreía. Luego miró el libro que había comprado—. ¿Sabes? Esta semana he estado de los nervios y una de mis pesadillas frecuentes era que pidieras que me echaran de la firma.

Marco soltó una carcajada.

—¿Yo?

—O tú, o alguien de tu equipo. Y por cómo nos está mirando todo el mundo creo que he excedido con creces el tiempo de cortesía y mi más temida realidad está a punto de suceder. Si no es mucho pedir, me gustaría que me lo firmaras. —Señaló el libro al tiempo que Marco se sentaba de nuevo—. Así, cuando no me crea que te he encontrado, podré volver a la dedicatoria. Qué ganas de presumir de hermano, ¡eres un autor famoso ahora!

Marco, aún conmocionado, tomó la novela de sus manos. Todo el mundo hablaba de la fama como si fuese algo glorioso, aunque para él fuese lo menos brillante de su realidad. Era mucho más relevante eso que acababa de pasar que las tres semanas de eventos que llevaba a su espalda. Por supuesto que había soñado más de una vez con un reencuentro, pero nunca lo creyó posible. Igual que en el pasado soñaba con una carrera literaria y gente haciendo cola para que les dedicase sus historias. Hay realidades que cuando te alcanzan te sorprenden de manera diferente a como las esperas. Sin embargo, esta sorpresa le estaba gustando, por mucho que su sangre se negara a llegar a su cerebro para permitirle reaccionar con elegancia.

Tratando de no pensar en el pasado para contener la emoción, se forzó a escribir una más que ensayada dedicatoria, pero añadió un final personal y anotó su número de teléfono. Cuando terminó, le entregó el libro con una sonrisa en los labios.

—Gracias por venir, de verdad.

—No sabes lo feliz que me hace haberte encontrado de nuevo.

Lucía tenía un nudo en la garganta y cuando se regalaron un último abrazo el tiempo volvió a detenerse. El olor de ella lo invadió por completo y tuvo ganas de quedarse a vivir entre sus brazos. Sentía electricidad y nostalgia. Cuando se separó para continuar con sus obligaciones, quedó prendado de nuevo de esos ojos vivarachos que lo miraban brillantes.

La chica que se encontraba detrás de Lucía en la cola carraspeó, y los dos percibieron el peso de la impaciencia en las miradas que les estaban dedicando los allí presentes.

—¿Haces algo esta noche? —preguntó por impulso, negándose a dejarla ir.

—¿Cenar contigo? —Una sonrisa ilusionada se dibujó en el rostro de ella.

—Te he anotado mi número de teléfono dentro. ¿Hablamos en un rato y nos organizamos?

—¡Perfecto!

Aunque le costó separarse de él, Lucía se alejó envuelta en una nube, con una sonrisa tatuada en los labios y la ilusión chispeando en la mirada. Había mucha gente solicitando la atención del escritor y varios rostros intrigados la siguieron mientras caminaba hacia la calle. Pero ella, cautiva en su propia fantasía, no prestaba atención a la gente que la miraba curiosa en su huida. Por fin, después de tanto tiempo, parecía que el destino quería regalarles una nueva página en su historia compartida. Un capítulo feliz. Una prueba que sí sale bien.

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —Él tenía todavía la mirada clavada en la espalda de Lucía y no le hizo falta girarse para saber a quién pertenecía esa voz tensa e irritada—. Tienes mucho que hacer hoy como para ponerte a coquetear en pleno evento con la primera mujer guapa que te sonríe.

Marco suspiró cansado, dejando caer los hombros. Mara, su agente, que adoraba mostrarse cascarrabias y obtusa, lograba agotar en ocasiones su paciencia.

—No estaba ligando. Esa mujer es parte de mi pasado e iré a cenar con ella esta noche.

—Imposible. Sabes que tenemos compromisos.

—Pues los modificamos. Estoy siguiendo tus órdenes sin rechistar desde hace días. Necesito una noche libre por asuntos personales, y teniendo en cuenta que aún nos quedan tres semanas más de vuelos y trenes diarios, creo que no te estoy pidiendo tanto. Trata de apretar mi tiempo al máximo hasta las ocho; más tarde no contéis conmigo.

Sonó firme y, sin darle opción a réplica, siguió, con una amabilidad infinita, firmando libros y haciéndose selfis. Mara se alejó con una cara de perro muy mal disimulada para hacer unas cuantas llamadas. La cena con sus editores colegas quedaba aplazada hasta nuevo aviso por un capricho de su estrella. No quería armar un numerito delante de la prensa por esa nimiedad. Sabía más que de sobra que Marco era paciente, pero también visceral, por lo que esperaría a cantarle las cuarenta en un lugar más privado. En el tren de la mañana, por ejemplo.

Después de cinco entrevistas, muchas fotos y de dedicar más libros de los que acostumbraba, se despidió de todos con elegancia. La firma había sido un éxito y casi habían agotado existencias. Al salir, paró el primer taxi que encontró libre. Sacó su teléfono y comprobó que Lucía le había mandado un wasap pidiendo que la llamase cuando estuviese libre, ya que se quedaba a esperarlo por un café de la zona.

—¿Adónde vamos, caballero? —quiso saber el taxista en cuanto él se abrochó el cinturón.

—Deme un segundito, que le doy la dirección.

Pulsó el botón de llamada sin pensárselo dos veces y el conductor lo miró con hastío por el retrovisor. Odiaba que le hiciesen esperar.

—Lucía, ¿dónde estás? Me acabo de subir a un taxi y voy ya a buscarte. —El silencio inundó el vehículo mientras ella le daba indicaciones al otro lado de la línea—. Perfecto, en breve estoy por allí.

Recogieron a Lucía y subieron por paseo de Gracia en el coche. Un gracias y un billete de veinte euros por una carrera que no costaba ni ocho hicieron que el taxista refunfuñara un poco menos de lo normal al verlos salir.

—¿Adónde vamos?

—A un restaurante con rincones muy cuquis, tapas exquisitas y el mejor curri verde que hayas probado en la vida. ¿Te parece?

—Cualquier cosa estará bien, me fío de tu buen gusto.

Caminaron unos minutos hasta dar con esa entrada tan mona y escondida. Los sentaron a una mesa frente a la ventana adornada con un jarrón transparente y dos petunias preciosas. En cuanto se quitaron las chaquetas, Marco volvió a llenar del todo sus pulmones de aire. No había sido consciente de la tensión que había ido acumulando durante las pasadas semanas hasta que pudo sentir que estaba haciendo algo elegido por él y para él.

—Gracias por rescatarme. Necesitaba unas horas lejos de los focos.

—Gracias a ti por hacerme hueco, hombre. Aún no puedo creer que seas tú y que estés aquí conmigo.

Lucía lo miraba sonriendo con ojos grandes, expectantes e incrédulos. Llevaba el pelo castaño suelto, y unos bucles amplios caían sobre la camisa holgada y el pañuelo verde que enmarcaba su cuello. Estaba guapa. Mayor. A diferencia de los aritos dorados que solían decorar sus orejas de niña, ahora llevaba unos con gemas

engarzadas que le sumaban elegancia. Los años habían pasado para ambos.

—Estás muy guapa, pero aún estoy alucinando. No puedo creerme que seas la niña que venía a colarse en mi cama cuando había tormenta, y que estés ahora aquí sonriendo.

—Esa niña de la que hablas tiene ahora patas de gallo, pero no vamos a quejarnos.

—Yo solo veo una mujer hermosísima —aclaró él, con sus oscuros ojos clavados en ella.

A Lucía se le subió el colorete sin necesidad de pellizcarse.

—Tú tampoco estás nada mal. —Tratando de disimular el calor de sus mejillas quiso cambiar de tema—. Pero ¿cómo te va? ¿Qué es de tu vida? ¿Cómo es que eres escritor y de los top? No sabes cuantisísimo me alegro por ti y los millones de preguntas que me gustaría hacerte.

—Pues empecemos poco a poco. Estoy bien, mi vida ahora mismo es una locura completa dirigida por mi agente y escribo desde siempre, solo que conseguí algo de suerte y de soltura con el tiempo.

—¿Era tu agente la mujer que me miró con fuego en los ojos? Parecía estar a punto de lanzarme a los perros.

—*Sounds about right* —dijo con una sonrisa torcida—. Trabajamos juntos desde hace muchos años, y ya sabes lo que decís aquí sobre la confianza.

—Que… ¿apesta?

—Algo así.

Compartieron una mirada cómplice, pues a los dos les vino a la memoria aquella primavera en la que Lucía se propuso enseñarle

todos los refranes y dichos populares. Que la confianza apestara fue uno de los que más le costó comprender. Después de rememorar algo de lo que fueron, Lucía le habló sobre la editorial en la que trabajaba. También sobre Javier, su compromiso con él, y sobre todos los cambios que había vivido su familia durante los últimos tiempos.

—Mamá falleció hace tres años. Fue un cáncer al que no vimos venir hasta que era ya demasiado tarde y…

—¿Mónica? Pero si ella…

—Ya, ya. No nos lo explicamos ninguno. Pero pasó. Fue todo muy deprisa y es raro pensar en cómo puede cambiar todo en tan solo un instante. Un tumor en el cerebro… —Los ojos se le llenaron de lágrimas y Lucía no se vio capaz de continuar hablando del tema.

—Lo siento muchísimo, de verdad. Para mí fue siempre una segunda madre. Y para hacer honor a la verdad, una maravillosa.

—Aún la echamos de menos, pero nada en comparación con cuando se fue. Pasó un poco… como contigo. No nos lo esperábamos. Durante sus últimos meses la vimos consumirse y, bueno, al final… fue complicado, pero todos sabíamos que lo mejor era que dejase de sufrir ya.

Marco, presa de un impulso, le agarró la mano sobre la mesa. A diferencia de cómo la recordaba, estaba fría. Ella lo miró a los ojos agradecida y le devolvió el apretón. Por alguna extraña razón Lucía le había despertado siempre un deseo de protección inmenso.

—Gracias. Sé que es parte de la vida y que no es culpa de nadie —apostilló ella apartando la mano para colocarse la servilleta antes de volver a posar los ojos castaños en los suyos—. ¿Sabes? Le alegraría mucho verte y saber que estás bien. Lo digo en serio. Papá

también. Hablamos a menudo de ti y te han recordado siempre con un cariño inmenso. Ella, además, era la que más bola daba a mis planes para encontrarte. Siempre te quiso mucho —añadió sincera—. Todos lo hicimos.

Marco se tensó y no respondió de inmediato.

—Y, sin embargo…, nunca contestasteis mis cartas.

Lucía pestañeó confusa.

—¿Qué cartas, Marco? Yo te escribí durante años y nunca recibimos nada de vuelta. Mamá investigó y trató de localizar a tu tía, pero no tuvo suerte y, no sé, supongo que un día…

Marco negó con la cabeza. Los Badal desaparecieron en cuanto él se subió a aquel avión ataviado con sus nuevas ropas y un corazón chuchurrío. Recordaba aún ese viaje como si hubiera sido ayer. Hacía frío. Lloró. Y nunca nada volvió a ser lo mismo. Su familia española no dio señales de vida ni contestó nunca a sus cartas. Las de él. Las que escribió y no obtuvieron respuesta.

—Dejémoslo. Han pasado muchos años. —Pensarlo todavía le escocía y prefirió cambiar de tema. Ya tendrían tiempo para entrar en detalles—. ¿Cómo están los demás?

Lucia optó también por no ahondar en el asunto. Marco parecía muy vulnerable, y aquella primera cita no podía desperdiciarse con tanta tristeza.

—Pues… papá es el que peor lo lleva, pero se mudó a un piso céntrico próximo al de Carlos para poder estar cerca de sus nietas y sentirse útil. Se ha propuesto ser el abuelo del siglo y creo que lo va a conseguir —añadió con pesar—. Le cuesta mucho no hacer nada. Y sus ojos tienen ahora un fondo triste que no tenían antes, aunque cuando está con las peques se le borra.

—Supongo que es normal que la siga echando de menos.

—Es inevitable, sí. A todos nos pasa. Carlos es el que más provecho está sacando de ello, ya que sigue siendo el ocupado por excelencia de la familia. Se casó hace diez años con una compañera del hospital, y hacen una de malabares con los horarios que no puedes imaginarte.

—¿Cuántos hijos tienen?

—Dos niñas, y creo que han estado en busca del tercero un tiempo, pero todavía no ha habido suerte.

Lucía lo sabía bien porque fue su cuñada quien le habló de la congelación de óvulos y la incitó a probar de manera asistida o con algún donante si ella y su prometido no conseguían el embarazo de la manera tradicional.

—Pues parece que no ha perdido el tiempo.

—En serio, ¿cuándo ha perdido Carlos el tiempo? Creo que hasta fue el adolescente más aburrido de la historia. Les falta la casa con jardín para ser una copia de mis padres.

—Se me había olvidado lo mala que eres a veces.

—No digo ninguna mentira, ¿eh? Pero, bueno, lo importante es que son una pareja bonita y que son felices, que ya es más de lo que pueden decir muchos. Pol, por otro lado, también encontró el amor y su chico es maravilloso. Están un poco locos los dos, pero me río mucho con ellos. Cenamos a menudo y hablamos de ti también de vez en cuando.

—¿De mí?

—Claro, eres el misterio sin resolver de mi infancia, adolescencia y edad adulta. No sabes lo que se han llegado a meter conmigo cada vez que aparecía con una nueva teoría que lo explicase todo.

Aunque lo que más les gustaba era picarme a hacer planes para, ya sabes, dar contigo —confesó, removiéndose en su silla.

Una duda bailó en los ojos de él y decidió espantarla.

—¿Y decíais cosas buenas de mí?

—Todo cosas terribles siempre, claro. Por eso queríamos encontrarte, para poder decírtelas a la cara. —Marco no supo cómo reaccionar a eso último—. ¡Es broma! Solo cosas buenas.

5
Todo lo que fuimos antes de ser lo que somos

Marco se mudó a España cuando Europa al completo estaba en un momento de cambios y desafíos. La guerra en Yugoslavia se intensificaba y miles de personas se vieron atrapadas o desplazadas por un conflicto devastador que, como suele ser costumbre, no habían buscado. Sus padres trataron de resistir tanto como se vieron capaces, pero estaban en una situación desesperada. Igor era músico y a pesar de sus contactos no podía salir del país. Tampoco encontrar trabajo. ¿Quién quiere escuchar a Chopin o Rajmaninov entre bombardeos y gritos de auxilio? Quizá quedara alguien con ganas de cultura, pero ellos no lo encontraron. La gran mayoría de sus vecinos lo único que quería era aguantar y sobrevivir como fuera.

Corría el año 1991 cuando todo empezó. Lo mismo dio que el verano llegase a Dubrovnik con su esplendor característico. La guerra decidió igual hacer acto de presencia.

Era un día soleado de octubre. El cielo azul claro contrastaba con el naranja de los tejados de terracota y las murallas de la ciudad. El estruendo rompió la imagen de postal.

La tranquilidad saltó por los aires.

Las explosiones sacudieron los cimientos de la ciudad y el humo negro se alzó en el aire con una nube de escombros sobre sus calles adoquinadas. El pánico se apoderó de todos los presentes. La Perla del Adriático acababa de caer entre las garras de la violencia.

Por desgracia no fue algo aislado y los ataques se sucedieron. Las calles se llenaron de cascotes y el miedo empezó a asomarse en los ojos de quienes las habitaban, incapaces de creer lo que allí estaba sucediendo.

Los padres de Marco no supieron verlo venir. Sabían que las tensiones del país crecían, pero no creyeron que su ciudad corriera un peligro real. ¿Acaso no habían aprendido nada durante el último siglo? Sin embargo, cuando la guerra los golpeó con ferocidad hicieron lo que pensaban que era mejor para todos: tratar de sobrevivir y poner a salvo aquello que más querían.

Con lágrimas en los ojos, y tras semanas aplazando la decisión, acordaron enviar a su hijo a uno de los programas que garantizaban unas «vacaciones de paz» para los jóvenes de las zonas en conflicto, lejos de las bombas y del miedo.

Mientras, buena parte de la población española vivía inmersa en sus propios problemas. Sonaban las canciones de *Aidalai* de Mecano en la radio y las familias se juntaban frente al televisor por las noches para ver *Médico de familia* o *Farmacia de guardia*. Había quien estaba al día de los conflictos externos, pero en la mayoría de los hogares bastante tenían con tratar de adaptarse a las nuevas dinámicas y desafíos sociales.

En casa de los Badal, los días se tejían entre hilos de literatura, medicina y un toque de tecnología incipiente. El padre era profesor en la universidad y un apasionado de las palabras impresas. Las

estanterías de su hogar estaban llenas de volúmenes tanto clásicos como contemporáneos. La madre, cuyas jornadas laborales se extendían mucho más allá de las horas consideradas decentes, se esforzaba por estar presente los fines de semana y entre turnos. A veces tan solo se quedaba dormida en el sofá, y todos veían una película alrededor de ella mientras descansaba.

En torno a la mesa se hablaba de todo, se llegaba a consensos y cada uno de los miembros tenía oportunidad de tomar la palabra. Antes de ir a dormir se contaban cuentos y se podría decir que formaban un excelente equipo. Cada uno de los retos a los que tuvieron que hacer frente aquellos años los asumieron con humor y determinación.

En el hospital en el que Mónica trabajaba se comenzaron a hacer análisis médicos a refugiados que llegaban del conflicto de Yugoslavia y, como trabajaba en Pediatría, le tocó examinar a más de un joven de piel pálida y mirada perdida. Las atrocidades de la guerra no dejan a nadie indiferente, y entre sus compañeros se corrió la voz de un programa que daba hospedaje a niños durante el conflicto. A la suya ya se la consideraba familia numerosa, pero Mónica y su gran corazón andaban siempre con ganas de ayudar. Tras chocar con varios pares de ojos asustados y sus caritas tristes, lo consultó con su marido.

Marco llegó unas semanas más tarde, con mucho miedo. Sus padres le habían informado de su decisión de enviarlo fuera por un tiempo, y pese al pavor que le daba separarse de ellos, acabó prometiéndoles que haría lo que le pedían. Intentó no llorar, pero a veces se notaba las mejillas húmedas. Maldijo mucho a su suerte.

¿Para qué querría él unas vacaciones si lo que más deseaba en el mundo era poder volver a su casa y a su escuela?

Los niños del hogar al que lo enviaron lo recibieron con dibujos y regalos, y eso le hizo sentir aún más extraño. Venía de un lugar que había sido hermoso, pero cuya belleza parecía haber sido sustituida por un gris que, desde aquella fatídica primera ofensiva, se había extendido por sus calles. Sentía que en las últimas semanas alguien se había dedicado a robar el color a sus días, por lo que estaba claro que no merecía estar allí entre sonrisas. Sus padres le habían dicho adiós llorando.

Sin embargo, cuando se sentaron a cenar estaba todo limpio y los cubiertos brillaban. Y olía bien. Y las servilletas eran blancas y estaban perfectamente planchadas. El sabor de la comida era diferente a la que conocía, pero estaba todo rico, y aunque su cabeza rechazaba comer, sus manos y su boca fueron por libre y engulló todo lo que le pusieron en el plato. Algo tonto, quizá, pero verlo saborear los alimentos alivió parte del miedo de los adultos que presidían aquella mesa. Él no hablaba castellano. Ni catalán. Ellos tampoco hablaban su idioma, y por ello a partir de ese día los seis se sumergieron en un cursillo acelerado e hicieron inmensos esfuerzos por comunicarse.

Hasta entonces, los atardeceres en ese hogar habían estado impregnados del sonido de las páginas pasando y de las voces de los niños jugando e inventando. Sin embargo, esas rutinas cesaron durante un tiempo. Marco iba a clases de castellano con otros jóvenes extranjeros y practicaba por las tardes con el padre de los Badal, quien hacía gala de mucha creatividad y de una paciencia infinita. Todo se llenó de pósits en dos idiomas, el de Marco y el de

los Badal. Se decantaron por el castellano, pues era el idioma que se hablaba en casa y todo se convirtió en un juego.

En ocasiones, Marco se sentaba en un rincón del sofá y trataba de desaparecer. Se quedaba quieto, mirando un punto indefinido frente a él y volaba entre los recuerdos de tiempos felices, o tan solo revivía momentos que no le dejaban dormir. Rememoraba imágenes que le producían picores y que le cerraban la garganta. Si se le miraba con atención, parecía estar observando el mismísimo infierno o echar mucho de menos los brazos de alguien. Cuando eso pasaba, Lucía le daba la mano y se sentaba a su lado en silencio, apoyando la cabecita en su hombro.

Ella sabía lo que era el miedo; de hecho, le costaba dormir muchas noches. Su casa estaba tan rodeada de bosque como llena de ruidos extraños. Marco tardó poco en darse cuenta de lo diferentes que eran esos sonidos. De cuando en cuando oían escándalo alrededor porque los jabalíes habían roto la valla del jardín o porque los pájaros decidían montar un festival de gritos en las ramas de los árboles. El niño croata no recordaba haber escuchado antes los sonidos de la naturaleza con tanta intensidad ni fue consciente hasta mucho después de la calma que, desde entonces, le aportaba estar frente a una inmensidad verde.

Aun así, a Lucía le daban miedo los jabalíes y las tormentas; a Pol, las arañas, y a Marco, la oscuridad. En el cuarto que compartían había literas, lámparas de luz cálida, y unas estrellitas fosforescentes que habían pegado juntos en el techo para desterrar las noches malas tanto como pudieran.

Decidieron cambiar las tardes en el hogar por paseos en el bosque y rutas en bicicleta. Les habían dicho que el deporte les sentaría bien

a todos. Y sí, mover el cuerpo juntos ayudó. Marco sonrió algo más y los niños volvieron a ser niños y a jugar. Sobre todo, Lucía y Marco hicieron buenas migas. Marco practicaba su nuevo idioma con Lucía, entendía cada vez más, e incluso se atrevía a pronunciar alguna frase delante de la familia. Sin embargo, entre ellos hablaban un batiburrillo de croata y español que era muy divertido de escuchar. Se reían mucho. Se abrazaban. Y cuando los veían así, los Badal respiraban tranquilos.

A los pocos meses llegaron noticias duras de Yugoslavia: Igor y Anna habían fallecido en uno de los últimos bombardeos. Hubo un derrumbamiento. No fueron las únicas vidas que se cobró aquel ataque.

A los Badal les costó tanto dar la noticia al niño como a él aceptarla. Pero lo hicieron. Y lloraron juntos. Hubo gritos, portazos y una tristeza tan grande que no supieron si serían capaces de contenerla. La dejaron estar y tomaron una decisión. Ya no serían cinco, sino seis. Comenzaron con el papeleo para la adopción definitiva.

Marco Lovric aceptó ser un Badal con una mezcla de felicidad y de pena. Esas cinco personas con las que no compartía sangre se desvivían por él, pero no podía dejar de extrañar su tierra y a sus padres. Sabía que su ciudad ya no era su ciudad. Que sus padres ya no estaban. Y, aun así, hubiera dado lo que fuera por volver al refugio y sentir el calor de su madre cuando él se aferraba a ella, por escuchar la voz ronca de su padre cuando le decía que ya faltaba poco, por las cosquillas con las que le despertaban las mañanas de los fines de semana y por las promesas de su madre. Todo aquello no se repetiría nunca: ni la música sonando de fondo

cada noche. Ni la sopa de cebolla o los bizcochos de limón de su vecina. Ni el estar con los suyos y dejar de sentirse un extraño allá donde fuera.

Un poso de infinita tristeza surgía del fondo de sus ojos.

Una vez a la semana el niño croata visitaba a una especialista amiga de José, el padre de los Badal. Volvieron los llantos, pero también los juegos, los libros y los gritos. Los niños se convertían en espadachines, dragones y princesas antes de cenar y los cuentos compartidos fueron de nuevo la antesala de los sueños. Lucía y Marco estrecharon lazos. En ocasiones dormían abrazados. Muchas otras veces se despertaban siendo tres renacuajos acurrucados a los que costaba mucho sacar de la cama y poner en marcha. Marco acostumbraba a amanecer con las mejillas manchadas de lágrimas secas. Las ojeras de José y su mujer se agrandaron, pero también sus corazones lo hicieron. Y pasaron más días. Y pasaron semanas. Y a finales del verano se dieron cuenta de que Marco ya se desenvolvía bien en su nuevo idioma y que, por tanto, había llegado el momento de que asistiera a la escuela. Necesitaba adaptarse a su realidad actual. Le vendría bien. Matricularon a Marco y comenzó una nueva etapa.

6
El bombazo

Desde aquel jueves de principios de abril, Lucía parecía otra. Estaba agobiada por la falta de avances en los preparativos de su boda con Javier, pero, sobre todo, muy atareada, pues entre reunión y reunión trataba de leerse todo cuanto había publicado su casi hermano en los últimos años. Quería recuperar el tiempo perdido. Comprender quién era ese hombre y en qué tipo de persona se había convertido. ¿Cuánto de él habría en sus textos?

No podía evitar recordar escenas de cuando eran niños, especialmente del día en el que sus padres tomaron la decisión de adoptar a Marco y de cómo, cuarenta y siete meses después de su llegada, los tuvo que dejar. Como era de esperar, durante la cena que compartieron se prometieron mantener el contacto y verse pronto. Se emocionaron al despedirse, sabiendo que tenían aún muchos temas por tratar. A ella notar su calor y su fuerte abrazo le había removido una chispa que llevaba dormida tantos años que ni recordaba su existencia. ¿Qué era lo que estaba sintiendo? No lo sabía explicar.

Como Marco tenía todavía por delante unas cuantas semanas intensas de promoción, y a Lucía se le venían encima los eventos de la feria del libro, quedaron en organizar algo para después. Cuando

apareciera de nuevo la calma, podrían charlar con menos prisas y más espacio mental.

—¿Vendrás a visitarme a Croacia? Me encantaría enseñarte mi ciudad.

—Claro que sí, ¡no sabes la ilusión que me hace!

Un par de noches después fue a cenar a casa de Pol para marujear y confesarse. Tanto él como su pareja le montaron un poco el show.

—¿Sigues odiándome?

—No te odio, pero me frustra que no me apoyes en las cosas que son importantes para mí. —Levantó la mano en cuanto vio que su hermano iba a replicar—. Fuiste un capullo y punto. No me hables.

—Ya te pedí perdón.

—Póstrate a sus pies y reconoce, cari, que un poco capullo sí fuiste —le dijo Brandon.

—Pero ¿tú del lado de quién estás?

—Del tuyo siempre, salvo cuando tu hermana tiene razón. Por cierto, Lu, sí que es mono el casi hermano vuestro. —Brandon subió mucho las cejas—. ¿Javier no ha caído todavía en un ataquito de celos? Yo hubiera tenido ya unos cuantos.

—Javier no pierde el tiempo con esas cosas. Además, aún está de viaje. Llega mañana. Y le he hablado de Marco tantas veces a lo largo de los años que no dirá nada. Sabe lo importante que es para mí.

—Pues yo creo que si sigues poniendo esa cara de boba al hablar de él, y continuáis con esos mensajitos de adolescentes en celo, en unas semanas saltará la bomba.

Sí que hubo un bombazo, aunque no del tipo del que esos dos esperaban.

Alumbra, la editorial en la que Lucía estaba empleada, era pequeña y familiar. Apenas trabajaban doce personas, y pasaban demasiado tiempo juntos como para que no cuajasen cosas. Hasta el de la limpieza pilló con una de las chicas de prácticas en una cena de Navidad. Si no aparecían romances, surgían amistades. Y Lucía se consideraba afortunada porque, aparte de un trabajo que le encantaba, en ese lugar había hecho amistad con varias personas excepcionales a lo largo de los años. Llegó siendo una pipiola —como solía decir su jefa— y se había ido transformando en una mujer a base de libros, galeradas y presentaciones.

Apareció por primera vez para hacer las prácticas de su máster de edición y se quedó sin dudarlo cuando le ofrecieron un puesto fijo. Rosa, la dueña, había tenido un flechazo con esa joven de mente despierta y ojos grandes, y para ella era casi como la hija que nunca tuvo. No había tenido descendencia y, después de años de trabajo conjunto, veía en Lucía a una digna heredera de su puesto. Diez años dan para conocerse demasiado bien. Por eso, cuando aquella mañana la convocó en su despacho y cerró la puerta, a Lucía no le cupo la menor duda de que algo estaba pasando.

—Estoy entre cerrar la editorial o venderla —soltó a bocajarro.

Las malas nuevas saltaron por los aires cuando Lucía no había llegado ni a sentarse.

—¿Perdona?

—Se nos ha caído Julio, también, Lu. ¡Julio! Los malditos de Universo han conseguido que firme con ellos y se hacen cargo del

dinero que nos deja a deber por incumplimiento de contrato. —Empezó a caminar alrededor de la mesa mirando el suelo como si le quemasen los pies—. Nos hemos quedado sin estrellas. Somos como un agujero negro en el panorama literario a punto de devorarse a sí mismo.

El tono dramático de la voz de su jefa la previno de que hablaba en serio. Estaban en apuros. Era consciente de que llevaban ya unos años complicados, y que hacía no mucho estuvieron a punto de ser comprados por otra editorial más grande, pero no sabía cuál era realmente el riesgo que corría Alumbra ahora. Rosa era muy reservada y hacía todo lo que estuviera en su mano para evitar tensiones a sus trabajadores. Muchas veces buscaba ella sola las soluciones, aunque esto implicara pasarse noches sin dormir. Los cambios en la industria la estaban regalando más retos de los que ella se sentía preparada para asumir. Abrían nuevas editoriales casi cada semana, y otras tantas cerraban sus puertas cada mes. Lo que antes era coser y cantar, ahora se había convertido en una guerra de marketing y escritores que esperaban cobrar anticipos demasiado golosos como para que la empresa los pudiese recuperar. No valía ya con organizar firmas de libros y hacer acto de presencia en eventos de vez en cuando. No. Ahora había que crear comunidad con los lectores, mostrar el detrás de las cámaras, mantener un buen ritmo de publicación, luchar por lucir novedades en todas las librerías y mantenerse al corriente de algoritmos extraños.

Cuando Rosa era joven, iba a esa editorial con su padre por las tardes y todo era mucho más sencillo. Los escritores con los que trabajaban eran amables, se enviaban postales en Navidad y cestas con delicatessen para las fiestas. Ahora con eso no bastaba. Sin

estrellas del firmamento literario sería prácticamente imposible seguir a flote. Y eso lo sabían las dos.

—¿Y qué vamos a hacer?

Rosa se levantó y comenzó a dar vueltas de nuevo.

—No lo sé, Lu. Hasta he llamado a Julio suplicándole, pero solo ha servido para darle pena. Me ha revelado el anticipo que le pagan. Han prometido hacer una serie televisiva de su nuevo libro. Y me jode, pero lo entiendo. ¡Así yo también cambiaría de bando!

A lo largo de los últimos años se les habían ido uno a uno todos los escritores de renombre. Muchos de ellos se habían hecho famosos bajo su capa, pero volaron hacia mejores nidos en cuanto se les presentó la ocasión. Era un patrón muy común. ¿Quién quiere migajas cuando puede tener panes enteros? Que no es que fueran migajas lo que ellas les ofrecían, pero, claro, si en Universo vendían los derechos a plataformas de *streaming*, iban a ganar seguro mucha más pasta. Contra eso, de momento, no podían competir.

—Con el dinero por su incumplimiento de contrato podemos sobrevivir un tiempo, pero necesitamos conseguir a alguien más o relanzar a alguno de los que ya tenemos.

—No lo veo. ¿Cuánto tiempo tardamos en subir a alguien al pedestal? ¿Y para qué? Luego llegan esos…

—Tenemos que hablar con las chicas, invertir en marketing, reeditar una de las novelas que mejor hayan funcionado, no sé…

Rosa carraspeó y titubeó, pero acabó poniendo las cartas boca arriba.

—O podemos hacernos con Marco Novak, tu medio hermano.

—¡¿Cómo?!

—Que quizá a él le interese firmar con nosotros alguna de sus próximas novelas, o tiene algo guardado en el cajón que aún no ha visto la luz. Podría ser nuestro salvavidas.

—No voy a pedirle a Marco algo así. Él no lo necesita y tampoco creo que tengamos dinero suficiente como para seducirlo. —Lucía se sintió muy irritada por lo que acababa de oír.

—No hablamos de dinero, hablamos de esa deuda emocional que tiene contigo…

—No. —Lucía la cortó de golpe—. Si me has mandado llamar solo para que intervenga en este tema, la respuesta es no. Lo que mencionas no entra dentro de mis atribuciones. Lo siento.

Molesta, se levantó y salió del despacho. En cuanto se sentó a su mesa, se cubrió los ojos con ambas manos y prorrumpió en llanto. No sabía si por frustración, por rabia o por miedo.

Sus compañeros fueron testigos de la escena, pero fingieron continuar a lo suyo. Rosa había seguido a Lucía hasta la entrada de su despacho, pero en el último momento cambió de opinión y regresó a su asiento cerrando la puerta tras de sí.

—Nena, ¿qué ha pasado? —quiso saber Petri, acercándose sigilosa con su silla ergonómica con ruedas. Era rosa chicle y blanco, e iba a juego con todos sus accesorios.

—Nada, nada. Que estoy sensible, eso es todo.

—Pero ¿por qué lloras? —insistió su compañera.

—Por nada, de verdad. Luego hablamos.

Intentó hacer caso omiso de sus evasivas, pero tras someterla a un escrutinio profundo y aniquilador, presidido por sus llamativas gafas de pasta con forma de corazón, dio su brazo a torcer.

—Está bien, te dejo tranquila. Estaré en mi mesa si necesitas algo. Pero que conste que no me lo trago.

Regresó rodando a su escritorio para retomar esa corrección en la que andaba inmersa y mordisquear con los incisivos la caperuza de los clásicos Bic a los que nunca daba tregua. «Demasiado estrés», era siempre su excusa.

Lucía le devolvió una mirada de gratitud y se recompuso como pudo. Se ajustó la ropa, contestó un par de mensajes que Marco le había mandado desde Chile y se puso al lío.

Más tarde, Rosa se acercó a su mesa después de comer, pero Lucía no levantó los ojos de la pantalla. Su jefa respetó su silencio y se alejó sin decir palabra.

Lo malo es que se tiró de esa guisa hasta pasadas las siete de la tarde y acabó con migraña. Revisó números y consultó ideas y estratagemas en cada recoveco de internet para prevenir el anunciado naufragio. Hubiera sido más fácil compartirlo, pero estaba enfadada con la que consideraba su mentora. Por el momento, no quería hablar con ella. Solo podía pensar en esa fatídica escena de *Titanic* en la que Jack se hunde hacia las profundidades y Rose sobrevive tiritando encima de un trozo de madera. Sabía que sus compañeros serían como esa dama inglesa y saltarían encima del primer bote salvavidas que pasase por allí, ya se llamase Universo, Plutón o Neptuno. Pero ella no se veía capaz. Sin saber por qué, se sentía un poco como Jack, a punto de caer al abismo más absoluto y perecer en el intento.

Lucía no quería sobrevivir a icebergs. Deseaba que la editorial creciese. Crecer con ella. Y estaba claro que necesitaban un milagro como mínimo. Algo que las ayudase a cambiar el rumbo y llegar a

buen puerto. Buscó y buscó y se estrujó los sesos, pero no encontró nada que apoyara la idea de que este era tan solo otro bache que podrían sortear.

Cuando llegó a casa, lo hizo con un nudo en el estómago, la mirada perdida y el peso de las malas noticias constriñéndole el pecho. Javier estaba en la cocina, preparando la cena, ajeno a la tormenta emocional que ella traía consigo.

—Hola, cariño —dijo él con una sonrisa al verla entrar—. ¿Cómo ha ido tu día?

Ella suspiró, dejó caer su bolso en la mesa y pisó con fuerza el pasillo con sus mocasines. Se acercó a él para darle un beso con ojos sombríos.

—La verdad es que ha sido un día de mierda. ¿Y el tuyo?

Su prometido se preocupó por la seriedad de su voz. Cuando Lucía se peinaba con un moño medio deshecho, solo podía significar una cosa: malas noticias.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? Te llamé antes y…

—Rosa me convocó en su despacho a media mañana para decirme que las cosas van mal, que hemos perdido a la última estrella que nos quedaba y que, si no conseguimos un milagro, en breve tendrá que plantearse cerrar o vender. —Miró a Javier con ojos tristes—. Estoy agotada de tanto bache, te lo juro. Que no salimos de uno y entramos en otro. ¡Y justo ahora!

—¿Qué pasa ahora?

—¡Pues que nos casamos, joder! Que quiero estar tranquila para poder estresarme solo con lo que les preocupa a las novias: la lista de invitados, el menú, que el DJ ponga música bailable y que me

entre ese vestido blanco que aún no he buscado. ¿Es eso mucho pedir?

Su prometido suavizó el gesto y la miró con dulzura. Faltaban aún trece meses para la boda y tenían tiempo más que de sobra. Fue durante las últimas Navidades cuando él hincó la rodilla y ella le regaló el ansiado «sí, quiero». Quedaban aún mil asuntos por cerrar y organizar, pero les sobraba el tiempo.

—Sirvámonos una copita de vino para relajarnos, ¿quieres?

Lucía le sostuvo la mirada antes de asentir. Se levantó, abrió la vitrina del recibidor en la que guardaban las copas, y sacó de la nevera la botella de vino blanco que habían abierto un par de noches atrás.

—Para que esta novia guapa disfrute y aprenda a relajarse —dijo él, alzando su copa sonriendo.

—Para que mi editorial salga adelante y se me deje de caer el pelo.

Chocaron sus copas y bebieron mirándose a los ojos. Lucía tenía claro que en menos de cinco segundos Javier daría su opinión y dibujó la cuenta atrás en su cabeza. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno…

—Oye, y ¿no será esto una buena oportunidad para barajar otras opciones? —¡Bingo!—. Ya sabes, buscar otro trabajo con mejores perspectivas, progresar en tu carrera…

Lucía retiró su mano con frustración. Odiaba que Javier se valiese de cualquier situación para empezar con la cantinela de siempre. Que si tenía que aspirar a más, que si se estaba quedando estancada, que su fidelidad a Alumbra estaba acabando con su vida profesional…

—No, cariño, no. No es el momento de barajar opciones; lo que toca ahora es dar con la solución que evite el desastre. A mí me gustan mi editorial, mis compañeros, nuestro catálogo, nuestros escritores… Me gusta lo que hago. No quiero cambiarlo. No ahora.

Él levantó las manos al aire tratando de demostrar inocencia. Dejando de lado los fogones, volvió al ataque.

—A mí me parece perfecto que te encante todo y que seas feliz allí —dijo cruzándose de brazos—. Lo que yo trato de hacerte ver es que, si tus autores se van a otros lados, quizá tú deberías estar haciendo lo mismo. Si te casas con alguien, es conmigo, no con Rosa, joder. No entiendo por qué tanta lealtad a una mujer cuyo futuro es tan incierto, en lugar de mirar con criterio y frialdad lo que a ti más te conviene.

Javier no entendía el apego de Lucía por su editorial. Él era del mundo de las finanzas y, si económicamente algo no compensaba, no le costaba nada cortarlo de raíz.

—No es tan fácil, ¿sabes? —Lucía, irritada, se levantó de la silla—. No puedo tirar la toalla a la primera de cambio. Ese lugar es importante para mí. He aprendido de Rosa casi todo lo que sé. Me gusta el ambiente, lo bien que encajamos entre todos… Sé que los grandes grupos no son así. Hay más presión… Yo no quiero exprimir ni que me expriman. No soy un limón.

—No eres un limón, pero el mundo en el que tú te mueves no deja de ser un negocio —le recordó frustrado—. Se te olvida que sin ventas no hay salarios.

—Lo sé, pero, si les cortamos las alas a los autores, estamos limitando su creatividad, y…

—Cariño, los escritores son personas que saben juntar palabras y contar historias, pero que, al final del día, quieren llevar dinero a casa como todos los demás.

Lucía, enfurruñada, se cruzó de brazos. Javier regresó a sus sartenes y comenzó a remover los dados de berenjena antes de que se quemaran mientras la tensión hacía acto de presencia en el rostro de ambos.

—Tus artistas acaban yendo a quien les da oro por su brillo, no a quien les deja lucirse sin ventas, por mucha libertad que les regales. No dejan de ser almas atormentadas que buscan triunfar, igual que hacemos todos. Te quiero y me gusta que seas reivindicativa, pero ya tenemos una edad como para seguir persiguiendo utopías. Los escritores quieren dinero. Las editoriales son negocios y quieren dinero. Necesitan números. Sin ventas y sin inversiones, cierran. Los escritores se irán con quienes mejores condiciones económicas les ofrezcan. Fin. Bienvenida a esta breve historia sobre el capitalismo. —Lucía, enfadada, mantuvo los brazos cruzados con ambos puños apretados y la mirada perdida a un lado—. Solo me gustaría que consideraras otras opciones, ¿lo entiendes? —Se acercó de nuevo hasta donde ella estaba y deshizo el nudo de sus brazos—. No quiero verte sufrir si las cosas empeoran en la editorial, que, entre lo que me cuentas y lo que he escuchado estos últimos días, todo pinta a que lo harán.

A Lucía le ablandó el tono preocupado de Javier y levantó los ojos hacia él. Soltó un suspiro.

—Lo sé. Sé que solo intentas ayudar, pero he dedicado tantos años de mi vida a ese lugar que no sé qué haría si lo perdiera. Me da rabia que no lo veas.

—Claro que lo veo, tonta. Pero entiende que me duela verte mal sabiendo la carrera tan brillante que tendrías en cualquier otro sitio. Sé de muchas empresas en las que se te rifarían si les dieras la oportunidad. —Lucía lo miró indecisa y empezó a dar su brazo a torcer—. Anda, ven, que yo sé lo que necesitas.

Abrió los brazos y, tras un momento de duda, Lucía se acercó. Sintió el consuelo de su abrazo al acomodarse en su pecho y respiró profundo de nuevo, dejando salir el aire y la tensión que llevaba todo el día acumulando. Javier la acunó con cariño y, posando los labios sobre la coronilla de su chica, trató de infundirle ánimo.

—Todo saldrá bien, ¿sí? Estamos juntos también en esto y encontraremos una solución pronto. Te lo prometo.

7
Todo lo que nunca fuimos

Esa noche a punto estuvieron de hacer el amor, como en sus mejores días. Javier insistió en que Lucía se diera una ducha antes de meterse en la cama para despejar la cabeza y Lucía accedió. No porque tuviese ganas de hacerlo, sino porque le resultaba más sencillo dejar que él tomase el timón. Lo único que ella quería era despertar de la pesadilla en la que se encontraba. Esa que la invitaba a pensar que el final de Alumbra estaba cerca. Esa que la avisaba de que un cambio de etapa estaba preparándose para entrar en escena. Y como no sabía cómo escapar, se dejó cuidar sin resistencias.

Sabía que Javier la quería y que solo se preocupaba por ella, pero tenían visiones de la vida muy diferentes. Odiaba cuando él la presionaba, por mucho que lo hiciera con buena intención. La economía de la pareja iba bien, y podría permitirse el lujo de tomarse un tiempo sabático en el supuesto de que se quedara sin trabajo. Si Javier insistía no era por eso. Él era el pragmático de los dos, y ella, la pasional. Siempre fueron esos sus roles casi desde el primer día en el que comenzaron a salir. Ella se emocionaba, se dejaba llevar y se atolondraba. Él, sin embargo, era el que parecía tenerlo siempre todo bajo control.

Desde que Marco desapareciera Lucía comenzó a desear ser transparente. Trató de mimetizarse con el decorado y descubrió que casi podía hacerlo cuando mantenía la nariz entre libros. Leyendo, el corazón no le dolía tanto y podía imaginarse viviendo cosas mucho más entretenidas que las que le ofrecía su realidad. Su madre le insistía en que tenía que relacionarse más con niñas de su edad, pero había descubierto la crueldad de la que podían hacer gala algunos de sus compañeros de clase y, simplemente, no quería entretenerse con gente así. Resignada a que quizá Marco no volviese nunca y abrumada por el hecho de tener que hacerse mayor, convino que lo mejor era tomar decisiones. La primera fue estudiar el grado de Filología Hispánica, la segunda, luchar con todas sus fuerzas para hacer de los libros su profesión.

Lucía y Javier se conocieron cuando ella andaba con el segundo año de carrera atragantado y él estaba ya liado con los últimos créditos de su doble grado. Se fijó en ella una tarde de estudio en la biblioteca del campus, y quiso dejar un reguero de besos o mordiscos en su cuello. Lucía tenía un aire de soñadora intelectual. Era lista hasta decir basta, y eso se veía de lejos. Pero también era sensible. Y risueña. Y guapa. Y esos moños mal hechos que presidían su cabeza cuando había pasado mala noche, a él, después de un brevísimo periodo de tiempo, comenzaron a parecerle la cosa más encantadora del mundo.

Cuando decidió acercarse a ella, ya creía conocerla bastante bien. Había observado lo amable que era con los camareros, y esa aura bohemia que la acompañaba a todas partes. No es que a él le gustasen hippies, para nada, pero Lucía tenía algo que le llamaba infinitamente la atención. Quizá era la forma en la que sonreía

cuando leía o la manera en que arrugaba el entrecejo al estudiar. La había visto en la biblioteca, en diferentes cafeterías y hasta se cruzó con ella en un par de fiestas al azar. Siempre parecía estar a medias. Como si echase en falta a alguien que no terminaba de llegar. Como si le estuviera esperando.

El día que la invitó a cenar, ella dudó, y a él le tocó insistir. Hizo un par de bromas y desveló una pizca de inseguridad. Que si le había costado mucho proponérselo, que si entendía que ella prefiriese pasar, que si su abuela era quien le había animado… La ablandó. Y quedaron en que aquel viernes él pasaría a recogerla en coche al finalizar las clases.

Cenaron pizza en un napolitano fabuloso que había por el centro de Barcelona y luego dieron una vuelta bajo la luz de las farolas en unas calles mucho más desiertas de lo que acostumbraban a estar cuando reinaba el día. Y no, no se cogieron la mano, pero se contaron cosas. Cosas importantes. Él le habló de sus planes y de lo mucho que extrañaba a su abuelo, que se había marchado hacía poco. Ella le habló de sus hermanos, de lo mucho que admiraba a su madre y de la pasión por los libros que había heredado de su padre. Le contó que soñaba con trabajar en una editorial grande y, quizá, ser jurado de algún premio importante. «Algún día», añadió como para no sonar demasiado pretenciosa. A él sus sueños le sonaron aún más entrañables que todo lo que ya conocía y le acabaron de enamorar.

Empezaron a salir de forma oficial un par de semanas después. Ese mismo verano se fueron juntos de vacaciones a la casa de la familia de él en el Empordà, y otros diez días más navegando en un velerito que alquilaron los padres de ella cerca de Menorca. Al

graduarse, Javier empezó a trabajar en la empresa de sus padres y, cuando Lucía cumplió los veintidós años, se fueron a vivir juntos.

La suya era la historia de un amor de juventud que aprendió a crecer de la mano. Ella cambió sus ganas de grandes premios y editoriales por Alumbra, después de convertirse en la mano derecha de Rosa; y él no dejó de escalar puestos año tras año en su propia carrera empresarial. Compartían amigos, familia, y hasta iban a jugar al pádel de vez en cuando, pero valoraban cosas diferentes. Él quería vivir bien, que tuvieran la mejor de las vidas y no necesitar fijarse nunca en el precio de las cosas, mientras que a ella le bastaba con seguir disfrutando de su profesión y descubrir nuevas historias y autores. Siempre había tenido ganas de llegar lejos, pero, con los años, había ido añadiendo matices a esa ambición. Ahora encontraba un placer casi íntimo en los triunfos de sus libros, en el brillo de una historia bien contada que conectaba con los lectores. Hallaba algo reconfortante y satisfactorio en ese proceso de pulir palabras y darles vida, en saber que lo que creaban estaba impregnado de calidad y de pasión.

Quizá por eso aceptó de buen gusto la ofrenda, en forma de café americano con rollito de canela, que le tendió su jefa según puso un pie en la oficina a la mañana siguiente. Y también por eso siguió exprimiéndose los sesos de buena gana durante el resto del día en busca de una solución a sus problemas. Para ella, Alumbra era importante.

Marco andaba a pocos días de terminar la gira por América Latina y estaba agotado. Necesitaba con urgencia perder de vista a Mara, porque últimamente su relación no estaba fluyendo. Eran amigos

desde hacía años y le debía mucho de su éxito actual, pero llevaba una temporada muy insistente —por no decir pesada— y no lo aguantaba más. Le presionaba casi a diario para que firmase otro contrato por diez años con el grupo editorial con el que estaba trabajando ahora. La cifra que le ofrecían era un pico del que ella saborearía una buena parte. Era muy jugoso, claro. También lo era para él. Pero seguía pensando que diez eran demasiados años como para comprometerse sin reflexionar un poco antes. Nunca había tenido claro qué querría hacer a tres años vista, ¿cómo garantizar su entrega y conformidad tanto tiempo? Se le hacía un mundo.

—No quiero firmar todavía.

—Pero ¿por qué no? Si te están tratando como a un rey y a mí como a tu princesa.

—Pues porque no sé cuánto más puedo aguantar este ritmo constante. Tengo treinta y ocho años y…

—Una vida fabulosa a la que no deberías querer renunciar tan rápido —cortó ella antes de que terminara la frase. Lo miró con una coquetería irritante—. ¿Qué pasa? ¿Estás entrando en la crisis de los cuarenta antes de tiempo?

Marco decidió hacer caso omiso de ese último comentario. Necesitaba una tregua. No quería firmar porque diez años eran muchos años y, si ella no quería entender su punto de vista, de nada serviría que se lo tratase de explicar.

—Hablemos sobre el tema cuando volvamos a casa. Solo quedan cuatro días más de gira y a los dos nos vendrá bien perdernos un poco de vista y despejar la mente. Necesito consultar mi almohada con calma, ¿lo entiendes?

Mara se mordió la lengua para no insistir y le devolvió un leve asentimiento de cabeza. Si algo había aprendido a lo largo de su carrera era a ser paciente. Marco firmaría, darse una pequeña tregua tampoco le vendría mal. Fue su padre quien lo descubrió y era a ella a quien debía gran parte del éxito de su carrera. Estaban destinados. Desde el principio lo suyo había sido el resultado de un buen trabajo en equipo y ambos sabían que debía continuar así si querían seguir cosechando premios y reconocimiento. Llegar al pico de la ola no era fácil, tampoco mantenerse, pero estaba segura de que con ese contrato tenían una gran oportunidad. Y con suerte…

Acordaron retomar el tema y las negociaciones en unas semanas. ¿Qué podía pasar por regalarse un más que merecido descanso?

Además, Marco se sentía distraído desde su paso por Barcelona. Lucía había despertado en él un torrente de recuerdos y sensaciones dormidas que no hacían más que robarle el sueño y la concentración. Pensaba en ella y no podía evitar que su cuerpo reaccionase, lo que no es muy aconsejable cuando cuentas con poco tiempo de privacidad y te pasas el día rodeado de gente que quiere hacerse fotos contigo. Pero tuvo sentimientos por Lucía de niño, y no hizo falta más que una cena juntos para descubrir que seguían tan vivos como antaño. La única diferencia era que entonces él no sabía nada de la vida, y ahora… ella estaba prometida y más preciosa que nunca. Se pasó una mano por el pelo. Necesitaba distraerse. Era como si Lucía fuese un imán y todo él estuviese hecho de un metal completamente incapaz de evitar la atracción que provocaba su cercanía.

Verla reabrió muchos interrogantes. ¿Qué narices podría haber pasado con las cartas? ¿Por qué no le llegó nada? No quería ni

pensar en lo diferentes que podrían ser ahora sus vidas si tan solo ese detalle hubiese sido distinto. ¿Habría ido a estudiar a Italia como hizo? ¿Estaría ahora donde estaba? ¿Sería más feliz? Pensaba en la que fue su persona favorita no solo por el pasado compartido, sino por lo que era: una mujer hermosa, sensible y decidida. Una mujer fascinante. Parecía haber hecho también una buena carrera dentro del mundo editorial y todo lo que le pedía el cuerpo era contactarla. Hablar con ella. Redescubrirla. Quería quitarse dudas de encima y recuperar el tiempo perdido. ¿Qué opinaría ella de su dilema con la editorial?, ¿entendería su reticencia?

Mara solo metía cizaña y sembraba mensajes de duda cada vez que lo pillaba hablando con Lucía, o pensando en ella, lo que sucedía bastante a menudo. De hecho, hasta llegaron a discutir cuando se le ocurrió sugerir que algo querría de él para aparecer de sopetón y de la nada.

—¿Cómo te atreves a insinuar algo así sin siquiera conocerla?

—Han pasado más de veinte años, Marco. Tú tampoco la conoces ya.

Le cansaba la actitud desconfiada y sabelotodo de su agente.

No conocía a Lucía tanto como antes, pero conocía el fondo, y con eso le bastaba. Quizá por ello no podía evitar dibujarla de nuevo en su imaginación. Desde que se agregaron en Instagram había curioseado sus fotos una a una. Vio al que era su prometido, un hombre rubio de rostro anguloso y mirada decidida, a Pol y a Carlos, a quienes casi no reconoció en sus nuevos roles, y fotos de los que hicieron de padres para él durante algunos de los años más difíciles de su vida. Era extraño reencontrarse con ese universo al que había echado tanto en falta al volver a su país natal.

Su tía cuidó de él como prometió, pero no hubo calidez en sus gestos. Era una mujer mayor con un carácter fuerte, frío y distante. Y aunque se sintiese mal al recordarlo, de adolescente tuvo una fantasía recurrente: que a su tía le pasaba algo y, por consiguiente, las autoridades decidían enviarlo de nuevo a España. Aunque ella había estado para él, él necesitaba de un cariño y de una imaginación con los que ella no contaba. Por mucho que estos pensamientos le generasen remordimientos, de adolescente echaba de menos las risas, los juegos y los abrazos que había disfrutado con los Badal. Dichos anhelos le robaron muchas noches de sueño, y cuando se los confesó a la que fue su terapeuta, sintió tal culpa que derramó unas cuantas lágrimas.

Sin embargo, desde su reencuentro con Lucía otros pensamientos recurrentes merodeaban por su cabeza. Al menos había ganado unas semanas con Mara para pensar y sopesar sus opciones de cara al futuro. Sabía que ella estaba convencida de qué era lo que había que hacer por mucho que él no lo viese nada claro. Tenía que descubrir cómo salir de ese callejón sin salida.

Cuando Mara y él se subieron al taxi para llegar al evento de la tarde en Ciudad de México, la tensión se había diluido un poco. Estaban enfocados en el evento con influencers, periodistas y lectores que tendría lugar en una antigua fábrica de cerveza del centro. Habían hecho eso ya tantos días que se lo sabían de memoria. Harían alguna actividad creativa con las personas seleccionadas invitadas al evento privado, luego vendría el público más amplio y le harían una pequeña entrevista en la que tendría un espacio para hablar de él y de su último libro, y, más tarde, se sentaría a firmar y a tomarse fotos con los asistentes. Los números

que les estaban llegando eran altos y la editorial parecía satisfecha con la repercusión de su gira, lo que solo significaba que querrían repetirla.

Esta última parada se sentía diferente a las demás y no la estaba disfrutando tanto. Quizá por eso no se veía capaz de tomar decisiones importantes. Como todo lo que quería ahora oscilaba entre la tranquilidad de su casita en Korcula y plantarse en Barcelona sin ni siquiera avisar, tenía la impresión de no estar demasiado centrado. Por eso, antes de vender su alma con ese contrato, quería considerar bien las condiciones y entender cuáles estaba dispuesto a aceptar y cuáles no. Y para ello necesitaba calma y tiempo a solas.

Y agua fría. Y unas semanas desconectado de todo. Sí, eso era lo que necesitaba.

8
Una línea que no debe cruzarse

Lucía acababa de cerrar su portátil cuando recibió un mensaje de Marco. Otro. Le sonrió a la pantalla y salió de la oficina escopetada porque llegaba tarde. Le contestaría luego. Javier había escrito para invitarla a cenar con unos compañeros suyos, y aunque a ella le apetecía mucho más ir a casa, ponerse el pijama, una mascarilla y ver algún capítulo de *El joven Sheldon*, acabó accediendo. De igual forma, necesitaba pasar por casa sí o sí para cambiarse, porque se habían tirado todo el día haciendo una tormenta de ideas y sopesando opciones encerradas en la sala de juntas, y sentía la piel pegajosa.

Se dio una ducha rápida y se enfundó unos chinos blancos de talle alto y una camiseta del mismo color. Unos botines camel a juego con un cinturón finito y una blazer holgada completaban su look.

Javier estaba ya en el restaurante, así que se apresuró en ir hacia allá. Al coger la bicicleta eléctrica de la estación Bicing que tenía frente a su portal, pensó que debería ir más al gimnasio o regresar a las clases de pilates. Luego recordó que de un tiempo a esta parte sentía que su horario no le daba para más. Entre eventos, problemas varios y trabajo que se llevaba a casa, no paraba. Leer es un regalo, pero requiere de tiempo. Tiempo que solía ocupar en otras gestiones y que acababa invirtiendo en casa. Pedalear por las calles que la

separaban del centro la ayudó a disminuir su sentimiento de culpa con respecto al deporte, pero no con respecto a su situación. Javier tenía un poquito de razón y quizá no era así como debería enfocar su carrera.

Aparcó en una estación que se encontraba a una calle del restaurante. No tenía ni idea de con quiénes compartiría la velada, pero siempre venía bien cambiar un poco de aires y de contexto. Había sido un día largo y se cortaría las venas si hablaba más de trabajo. Sacando a relucir su mejor sonrisa, abrió la puerta del local que Javier le había indicado en un mensaje. Dentro, una banda de blues tocaba para ambientar a los comensales. Un camarero uniformado como un pingüino se acercó a ella para indicarle dónde estaba su chico.

—… Y eso sí que fue una sorpresa —decía el hombre sentado frente a Javier, haciendo que sus acompañantes estallaran en carcajadas.

En cuanto la vio, su prometido se levantó para saludarla.

—¡Lucía! Ven, que te presento. —Le dio un beso en los labios y señaló a la mesa sonriendo—. Ellos son Carla y Bruno. Él trabaja conmigo en el fondo de inversiones y ella es una amiga, además de una de nuestras más antiguas clientes.

—Encantada, Lucía —saludó Carla, dándole dos besos—. He oído hablar mucho de ti.

—Lo mismo digo —apostilló ella con un deje de incomodidad bailando en su estómago.

Se sentó en la silla que le habían reservado con sentimientos encontrados. Las velas parpadeaban sobre la mesa y el suave murmullo de las conversaciones cercanas, que acompañaban el

ritmo pausado de la música, hacían acogedor el ambiente. Sin embargo, no pudo evitar ver la tensión que enmarcaba el rostro de Javier y preguntarse qué se estaría cociendo entre esas copas de vino.

De repente recordó quién era Carla: trabajaba en el comité de la prestigiosa editorial Universo. Su posición como directora de adquisiciones y desarrollo de talento le daba un gran poder dentro de la empresa. Hasta ahora, nunca habían coincidido en eventos ajenos al mercado. En sus roles hacían algo parecido, solo que Carla a mucha mayor escala. Ambas tenían la responsabilidad de identificar y fichar nuevos talentos literarios, así como de supervisar el desarrollo de autores ya establecidos en el catálogo de la editorial. Las dos evaluaban manuscritos, y Carla, además, gestionaba el mercado internacional y ya varios de sus autores contaban con una serie o dos en pantalla. Ni Rosa ni Lucía tenían mano en productoras ni teatros. Esos contactos los solían conseguir los propios inversores y, de momento, su editorial no estaba a la altura, ni en prestigio ni en capacidad financiera.

Mientras esperaban a que les sirvieran los entrantes, Javier trató de incluir a su chica en la conversación.

—Si todo sale bien, Lucía será mi mujer en unos meses.

—Enhorabuena por el compromiso —dijo Carla.

—Gracias, pero le está poniendo dramatismo. Llevamos juntos desde la universidad, y en realidad no hemos dado el paso antes porque no pensábamos casarnos.

—Eso es verdad. Pero cambié de opinión y tú también lo hiciste en cuanto viste el anillo. —Javier guiñó un ojo a su chica y esta le devolvió la sonrisa.

—No fue el anillo, sino tener a toda mi familia gritando a coro «di que sí, di que sí» con palmas. —Soltó con un gorgorito risueño—. Sabías que delante de ellos no iba a poder negarme.

—Si lo hizo así, será por algo —apuntó Bruno—. Javier sabe cómo negociar.

—Sabe cómo salirse con la suya, que es diferente.

—En eso voy a tener que darte la razón —admitió Carla, que los observaba divertida—. A nivel laboral puede llegar a ser un grano en el culo cuando se lo propone, así que no quiero ni imaginarme lo que será convivir con sus dones en la intimidad.

La mesa entera soltó una carcajada y Javier puso cara de ofendido.

—No es tan terrible cuando aprendes a llevarle la contraria de forma sutil —contraatacó Lucía, divertida—. Gracias a Dios tiene otras muchas cosas que lo compensan.

—Por favor, cuéntanos más —pidió Bruno.

—No sé si debería… En fin, ya que insistes te diré que da buenos masajes de pies, es todo un cocinillas y tenerlo como pareja en el Trivial te asegura la victoria.

—Y en cualquier otro juego —puntualizó el aludido—. ¿Qué voy a hacerle? Me gusta ganar.

—¡A todos nos gusta! Lo que pasa es que no te gusta nada perder, que es diferente.

—Por eso es mucho mejor tenerme como aliado —aseguró Javier con un aire entre cómico y amenazante—. Pero os sugiero que cambiemos de tema, que somos cuatro en esta mesa y el protocolo dice que no puede girar todo en torno a una persona, o es de mala educación.

—El protocolo, claro, claro…

La mesa entera estalló de nuevo en risotadas.

Trajeron unos entrantes y siguieron charlando animados, entre bromas y pullas varias. Cuando Carla se giró hacia Lucía, a esta se le puso un nudo en el pecho.

—Creo que nos hemos cruzado alguna vez, pero nunca…

—… nos habían presentado —confirmó Lucía.

—Sí. Y si mis fuentes no me engañan —dijo echándole una mirada de reojo a Javier, que pegaba un gran sorbo de su copa—, tengo entendido que trabajas en Alumbra y que estás encantada con ellos. Déjame decir que siento gran admiración por tu trabajo. Sé que has hecho una labor excepcional con muchos de los autores que son parte del panorama actual.

Lucía agradeció el cumplido.

—La verdad es que todo sería mucho más sencillo si mis autores dejasen de emigrar hacia tus sellos, pero entiendo que son gajes del oficio. Es difícil para una editorial de nuestro tamaño competir con un gigante como vosotros.

—Ser parte de una empresa tan sólida tiene sus ventajas, sí. Por ejemplo, Javier me comentó hace ya un tiempo que te has topado con un techo que no te permite crecer más. Eso en Universo no te pasaría. Si estuvieras interesada, tenemos varias oportunidades atractivas que encajarían contigo.

—Eso suena estupendo, ¿verdad, Lucía?

Con tres pares de ojos fijos en ella, Lucía comenzó a ser consciente de la encerrona.

—Te lo agradezco mucho, Carla, de verdad. Me siento satisfecha de donde estoy ahora mismo, pero prometo pensarlo.

La sonrisa que acompañó esa última frase no se reflejó en sus ojos.

—Tranquila, los cambios toman su tiempo. Me alegra que nos hayamos conocido hoy, y el tiempo dirá si acabamos trabajando juntas.

—El mercado editorial está cambiando mucho y muy rápido —terció Bruno, tratando de meter baza—. Muchas empresas del sector están luchando por mantenerse a flote, y por lo que he oído la tuya está experimentando también dificultades financieras, ¿no?

—Digamos que no estamos en nuestro mejor momento. Pero seguimos enfocados en salir adelante. Estoy segura de que lo conseguiremos —insistió Lucía—. Ahora, si no os importa, he tenido un día muy largo en la oficina y os agradecería mucho si hablamos de otra cosa que no incluya Alumbra. ¿Me dais el gusto?

Javier bajó la mirada al sentir la tensión en la mesa. Carla fue rápida y desvió la conversación hacia temas más banales. Mientras Lucía sopesaba desaparecer bajo el mantel, la voz melódica de la mujer comenzó a relatar un encontronazo que tuvo con otro de los compañeros de Javier, con el que hacía un tiempo tuvo una aventura tormentosa. No le pasaron desapercibidas las miradas que Bruno y ella intercambiaron cargadas de tensión sexual e intimidad. Ni sus sonrisas traviesas. Poco la hubiera sorprendido encontrarlos haciendo piececitos y percatarse de esto la hizo sentirse un poco fuera de lugar.

Trajeron los platos principales y otra botella de vino y hablaron sobre la bolsa, fondos de inversión y política. Javier le dirigía miradas de soslayo de vez en cuando, pero Lucía estaba molesta y se mantuvo más ausente de lo habitual. Al despedirse, Carla le dio su

tarjeta y la invitó a llamarla cuando quisiera, aunque fuera para tomar un café. Ella se guardó el contacto en el bolsillo del blazer.

Su casa los recibió fría y en penumbra. El camino de vuelta en taxi fue silencioso. A Lucía aún le hacían eco las palabras de Javier durante la velada, y la sensación de traición y tensión no desapareció mientras se ponía el pijama. Se arrepentía de haber corrido tanto para ir, de no haber contestado a Marco y de no haber hecho un plan con amigas. ¿Por qué narices tenía Javier que querer controlarlo siempre todo?

—¿Quieres una manzanilla? —Javier buscó una tregua.

—No.

—Te vendrá bien. Hemos cenado mucho.

—No, gracias.

—No puedes pasarte el resto de tu vida enfadada conmigo, ¿lo sabes?

—Pues tú no puedes dedicarte a organizarme la vida como si tuviera cinco años y no fuese dueña de mí misma.

—Tan solo quería echarte un cable y que conocieras a Carla. Sabía que os ibais a gustar y nunca está de más tener contactos en empresas del sector. Es una mujer muy inteligente y agradable, y…

Lucía, sin dejarle terminar, se volvió hacia él hecha un basilisco.

—Tú no querías que yo conectase con ella, me has hecho una encerrona para que acabe haciendo lo que tú consideras mejor. Lo haces siempre y estoy harta.

Le ardía la sangre.

—Estás en un barco que se hunde, Lucía. Yo solo quiero que no te arrastre con él a las profundidades.

—¿Sabes qué pasa? Que a lo mejor necesito hundirme para aprender a nadar yo sola. Me agota cuando me tratas como si no te fiases de mí. Soy una mujer adulta, Javier. Tengo treinta y siete años. Y te quiero, pero yo no te presiono a tomar decisiones con las que no estás de acuerdo o para las que no te sientes preparado. No trato de moldearte a lo que yo creo que es mejor. Te dejo ser y punto. Te acompaño y te escucho. Eso es el amor. Querer al otro por lo que es, respetar sus decisiones y darle apoyo. —Javier parecía desubicado—. Sé que no eres consciente aún, pero hoy te has pasado de la raya. Y mucho.

9
Medidas desesperadas

Se acostaron sin tocarse como cada vez que se enfadaban. Los dos eran demasiado orgullosos. Él no entendía cuál había sido el problema y ella estaba cansada de explicárselo. Durmieron mal. Lucía tuvo pesadillas. Pero a diferencia de otras veces, eso la hizo levantarse enfocada y decidida a mover ficha.

Se despertó antes de que sonase la alarma y saltó directamente hacia el baño. Una ducha de agua casi hirviendo, una mascarilla en el pelo y un buen ritual de cremas y aceites matutino la ayudaron a sentirse mejor. Se puso un traje azul marino y una camiseta de licra de tirantes anchos que le gustaba en especial porque evitaba usar sujetador. Todo lo que ayudase a esquivar el dolor de espalda era bien recibido. Ya bastante tenía con el dolor de cabeza, se dijo, como para soportar nada más.

Preparó un café largo para llevar y un licuado con naranja, jengibre, limón, apio, espinaca y manzana verde. Cerró la puerta de casa sin el habitual beso de despedida y anduvo con decisión hacia la oficina. Estaba muy enfadada con Javier y necesitaba un poco de espacio para pensar y calmarse. Le dolía su actitud desafiante y su falta de humildad. ¿Por qué nunca era capaz de pedir disculpas y reconocerlo cuando se equivocaba? Debería haber sabido que armarle una encerrona no iba a salir bien. Había traspasado una

línea que era sagrada para ella, y no se le olvidaría con tanta facilidad.

No eran ni las siete, pero la ciudad estaba en pleno bullicio. Fue la primera en llegar a la planta donde trabajaba. Soltó un enorme suspiro en cuanto se sentó en su escritorio. La oficina estaba vacía y las luces todavía parpadeaban sin fuerza. Se sentía extraño ver un lugar que tenía siempre tanta vida reducido a un conjunto de mesas, sillas, papeles, equipos y libros sin el repiqueteo habitual de fondo. Aunque, todo sea dicho, necesitaba esa calma. Con uno de los bolígrafos que guardaba siempre en el primer cajón de su escritorio se recogió el pelo en un simpático moño mientras encendía su ordenador para comenzar una jornada que pintaba tan intensa como retadora.

Tenía que hablar con Rosa. Perder a Julio les había colocado en una encrucijada. No podían seguir así. Había decisiones importantes esperando y había que tomarlas. Rápido. Si querían salir adelante era imprescindible que comenzasen a movilizar sus esfuerzos de la manera más inteligente posible. No podían hacer como si no pasase nada.

Cuando Rosa entró en la oficina una hora después, la encontró con los cascos puestos y sin despegar los ojos de la pantalla. La miró con preocupación y no cruzaron palabra. No hizo falta. Se plantó frente a ella y un simple gesto de cabeza sirvió como invitación a que la acompañase a su despacho.

—¿Alguien ha pasado una mala noche o solo me lo está pareciendo a mí? —preguntó Rosa nada más cerrar la puerta.

—Lo que debería sorprenderte es que hubiera dormido a pierna suelta. Ayer conocí a Carla Lorenzo.

Rosa se paró en seco al escuchar ese nombre.

—¿También tú te nos vas?

—Pues, aunque eso parece ser lo que le gustaría a Javier, de momento no. Rosa, no me ocultes nada. Todo el sector sabe que estamos realmente jodidas.

—La situación es crítica, sí, ya hemos tocado fondo y…

—Estoy dispuesta a hablar con Marco —cortó ella—, pero no lo voy a hacer por teléfono. Tendría que ir a Croacia. Podría viajar unos días para estrechar lazos y tratar de convencerlo de que nos eche un cable. Pero necesito tiempo.

Su jefa la miró sorprendida y tardó poco en reaccionar a la propuesta. Ella no había pasado tampoco la mejor de las noches y seguía planteándose muy en serio la oferta de compra que había recibido hacía unos días. Pero si Lucía estaba dispuesta a intervenir con Marco, quizá aún existía una posibilidad de salir adelante. Quizá sí. Quizá…

Marco recibió la llamada de Lucía con una sonrisa en los labios, y al escuchar la propuesta de la joven una nube de mariposas se plantó en su estómago.

—Claro que puedes venir a visitarme, pero quedará prohibido hablar de trabajo, al menos por unos días.

—Trato hecho, a mí también me vendrá bien desconectar un poco —contestó ella dubitativa, porque en algún momento tendría que sacar el tema que se traía entre manos.

—Pues entonces vete haciendo las maletas, que no sabes la ilusión que me hace.

Y era verdad. No lo sabía, porque ni él mismo era consciente de hasta qué punto añoraba verla.

Quedaron en encontrarse el viernes de la semana siguiente. Con el estómago dando saltos por los nervios, ella compró los billetes y él prometió despejar su agenda. Aunque ya estaba bastante despejada. Su plan era embarcarse en el velerito y desaparecer en Korcula por unos días. Se dijo a sí mismo que no pasaría nada por esperar una semana para salir de travesía.

Marco se quedó mirando su teléfono al colgar, incapaz de creer que Lucía fuese a ir a verlo. ¿Significaría eso…?

—¿Quién era? —increpó Mara apareciendo por su espalda—. ¿La españolita otra vez?

—No sabía que te hubieras convertido en mi madre.

—En tu madre, no. Soy tu agente y tu amiga, y ella, una persona que no conoces y que quiere algo de ti.

—Por favor, Mara, no empieces otra vez.

—No voy a empezar nada, pero quiero que marques mis palabras bien claras en esa cabeza dura que tienes. Esa mujer no tiene una intención limpia y el tiempo me dará la razón. Tú y yo tenemos un contrato muy jugoso que firmar y una carrera literaria a la que seguir dando brillo. Y no voy a volver a decirte nada al respecto porque ya eres mayorcito, pero, cuando pase lo que estoy segura de que pasará, espero que al menos tengas la decencia de venir y pedirme disculpas.

—Te mueres por soltarme un «te lo dije», ¿eh? Pues lo siento, pero eso no va a suceder. Y en el hipotético caso de que Lucía fuese como tú crees que es, tienes mi palabra de que te regalaría un *you were right.* ¿Contenta?

Mara asintió con mirada pétrea y volvió a salir de la sala donde lo había encontrado contoneándose en su estrecho vestido.

¿Qué mosca le habría picado a su agente con Lucía? Pensó entonces en Peter, el padre de Mara, el que fuera su mentor y quien lo «descubrió». De repente lo echó muchísimo de menos.

Se conocieron cuando él tenía de todo menos tiempo, y aun así, hacía muchísimas más cosas que en la actualidad. Trabajaba en una librería en el barrio de Covent Garden de Londres, redactaba artículos culturales como freelance para varios periódicos, escribía relatos y también, algo a lo que en aquel momento le costaba poner nombre, pero que, con el tiempo, acabó siendo su primera novela.

Al principio amaba tanto escribir que le daba respeto. Un tipo específico de miedo le recorría cada vez que pensaba en confesar su anhelo de convertirse en escritor porque, ¿y si al final no terminaba siéndolo? Una de las cosas que aprendió de jovencito fue a no cantar victoria antes de tiempo. Y a no mostrar sus cartas. Así que, pese a no decir en voz alta lo que quería, sus acciones lo cantaban bien alto, pues invertía frente a sus cuadernos y ordenador mucho más tiempo que durmiendo o haciendo cualquier otra cosa.

Había estudiado el grado de Literatura en Bari, la capital del estado de Puglia (Italia), y sabía para qué lo había hecho, aunque no lo contara. De José Badal aprendió un respeto sin medida por los libros y por quienes los escribían. Ese impasse vital que supuso para él Barcelona, por mucho que a veces le pareciera imaginado, marcó su vida de muchas y diversas maneras. Aprendió, por ejemplo, que su creatividad, cuando la ponía en uso, aliviaba su ansiedad. Cerrar historias, conflictos o tramas imposibles le regalaba calma. También la naturaleza lo reconfortaba, pero en papel podía explorar

sentimientos y escenarios que quizá en su piel se tornaban complicados. Y podía viajar, ajusticiar y enamorarse. Ser libre a su manera.

Bari, esa ciudad que se encontraba justo al otro lado del estrecho, era mucho más económica que otras más al norte, como Roma o Milán. El tacón de la bota de Italia, la llamaban. Llegó en ferry con dieciocho añitos recién cumplidos y muchas ganas de independencia. En el colegio en Zagreb estudió alemán e italiano y, aunque no lo hablase a la perfección, tenía ganas de retarse en ese sentido. Encontró un piso de estudiantes en el barrio de Murat y se buscó un trabajo para poder costearse su vida estudiantil. Compartió vivienda con otros tres jóvenes croatas y durante el primer año sufrió para hacerse con el ritmo de las clases. Pero Marco aprendía rápido y lo aprobó todo sin tener que ir a septiembre. Y no volvió a casa ese verano. ¿Qué se le había perdido allí? Se quedó en Bari trabajando y viajando, en una soledad, por primera vez, tan elegida como compartida.

Allí se acordó mucho de España, de los Badal y de Lucía, y se dio cuenta de que el español que había aprendido de joven le servía para conectar con otros compañeros ahora que era ya un adulto. Aunque le seguían doliendo las ausencias, se sintió afortunado de haber tenido esa experiencia, de tener otro idioma que lo ayudase a encajar y de poder, gracias a él, intimar con Lorena.

Venía de Alicante y era muy guapa. Se enrollaron después de coincidir en algunas de las fiestas que organizaba la asociación de estudiantes en la que ambos estaban apuntados. Pero Lorena quería mucho más de Marco de lo que él estaba dispuesto a dar, así que,

tras unas cuantas citas esporádicas y algún que otro revolcón posfiesta, dejaron de verse.

Y vinieron otras. Y pasó lo mismo. A Marco le costaba intimar más allá de la piel porque abrirse a otro ser humano se le hacía un mundo. Sin embargo, él lo intentaba. Quería probarse, seguir aprendiendo y, a pesar de que sus relaciones de aquella época no superaban los tres o cuatro meses, recordaba esos amores de juventud con una sonrisa. Y si bien su tiempo en Bari fue intenso y provechoso, cuando cursó el último año de universidad decidió que necesitaba un cambio y se mudó a Londres a buscar suerte.

Marco era muy disciplinado y había ahorrado propinas en su etapa italiana. Sus amigos decían que era un poco rata, pero no entendían que él precisaba valerse por sí mismo porque no tenía a nadie que lo apoyara económicamente. Por eso le costaba gastar dinero y se esforzaba mucho en ganarlo.

Cuando llegó a la capital inglesa, lo hizo junto con un compañero del campus que había estudiado periodismo. Alquilaron una habitación en un piso compartido. El alojamiento era más caro y pequeño que el de Italia, pero se trataba de una aventura y eran jóvenes. Se centraron en sobrevivir y disfrutar.

Llegaron en pleno mes de agosto y empezaron a trabajar casi al momento. Se apuntaron a una de esas agencias que te contratan para hacer casi de todo. Marco paseó perros, sirvió mesas, anunció restaurantes con un cartel fosforito colgado del pecho y vendió periódicos, bufandas y paraguas, hasta que, finalmente, consiguió entrar como dependiente en la librería que lo precipitó todo.

Estar cerca de los libros le hacía sentir bien. De hecho, fue una casualidad tremenda, porque se enteró de la oportunidad sirviendo a

una mesa de mujeres que andaban revolucionadas. La que terminaría siendo su jefa se quejaba a sus amigas del desfalco que le había hecho su último empleado y lo desmotivada que se sentía. Marco justo les servía vino. No pudo evitar decir algo. ¿Tenía ella una librería con un puesto vacante? Tenía que ser suyo. Nunca había sido demasiado lanzado, pero estaba harto de que le oliera la ropa a fritura y sudor. Así que probó suerte. Y esta le sonrió.

Además, en aquella etapa conoció a Peter, quien había trabajado de reportero en la antigua Yugoslavia. Tras leer varios de sus relatos y ofrecerle una columna en el periódico que entonces dirigía, le puso en contacto con su hija.

Su relación con Mara fue algo tirante al principio porque, aunque tenían más o menos la misma edad, eran muy diferentes de carácter. Ella era una mujer de ideas fijas y muy fría en el trato. Iba siempre impecable, con su pelo largo y sus trajes y vestidos de diseñador. Era demasiado… estirada. Marco estaba ya acostumbrado a ella y a su forma de ser, pero, cuando uno empieza a publicar o a planteárselo al menos, suele tener el ego blandito y necesita cierto grado de tacto del que ella carecía. Desde el primer día le dejó claro que su intención no era ser su amiga, sino hacer de sus historias éxitos comerciales. Hubo mucho que pulir, trabajar y modificar, pero el tiempo demostró que era buena en lo suyo y que juntos hacían un buen tándem.

Peter tenía por costumbre aparecer con su sonrisa bonachona para preguntarle cómo llevaba la relación con su fierecilla. Marco solía mentir diciéndole que bien, aun cuando un nudo enorme estuviese atrincherado en su garganta junto con la sensación de no valer para más que para servir mesas. Pero su mentor veía el miedo

ocultarse tras su tensa sonrisa y siempre le decía lo mismo: «Confía. Un diamante sin pulir apenas vale unos cuantos dólares. Sin embargo, cuando sueltas la prisa y aprendes a sacarle brillo, puedes conseguir por él millones».

Y siempre, tras recordarle que tenía lo que necesitaba, le hacía recomendarle un libro e incluso lo invitaba a cenar cuando cerraba la tienda. Peter estaba convencido de que tan solo había que perseverar y estar dispuesto a aprender para llegar a la cima. Y Marco estaba abierto a lo que fuese, porque publicar había sido su sueño durante demasiados años. Tantos que, cuando estaba empezando a amasar la posibilidad entre sus dedos, no pensaba tirar la toalla, por muy difícil que fuese trabajar con Mara.

Una sonrisa melancólica se dibujó en sus labios al pensar en aquellos tiempos. Tenía dos trabajos, escribía por las noches, compartía un piso cochambroso y le costaba llegar a fin de mes. Pero se iba de pintas, hacía planes, tenía citas… Y ¿ahora? Sus obligaciones eran solo escribir y promocionar sus libros, pero sentía que no tenía tiempo para nada. Y que los meses volaban en el calendario. Definitivamente, se estaba haciendo mayor.

10
A un vuelo de distancia

El vuelo de Lucía no aterrizaría en Zagreb hasta una semana después y los días que la separaban de Marco se sucedieron en una niebla espesa de rutina mecánica: reuniones interminables, correos urgentes, llamadas, correcciones, lecturas y más reuniones. De nuevo, Javier partió por trabajo el domingo, dejando atrás el eco sordo de una discusión que ninguno había tenido energía para resolver. Ni siquiera habían hablado con calma del viaje que ella estaba a punto de emprender y cuyo detonante había sido, en parte, la encerrona de su prometido. Saber que se iría a Croacia una semana lo dejó indiferente. Estaba demasiado ocupado con sus propios asuntos como para pararse a escucharla y mostrar algo de interés. «Pásalo bien». Eso fue todo. Lucía quiso gritarle o tirarle algo a la cabeza, pero estaba cansada. Así que continuó el pulso de silencio que tenían entre manos y se dedicó a tachar los días que la separaban de ver a Marco en su calendario. Cuando aquel viernes sonó su alarma, Lucía se despertó sobresaltada y con el corazón a toda pastilla. Saltó de la cama. En cuestión de minutos ya estaba en pie, moviéndose por el apartamento con una urgencia que no terminaba de entender. Encendió la cafetera y se metió en la ducha, envolviéndose después el pelo en una toalla como si cada gesto fuese parte de una coreografía mil veces ensayada. Quería café.

Necesitaba café. El estómago se le encogía sin darle tregua, pero ignoró el nudo y se obligó a desayunar: un zumo verde —su compromiso habitual— y un capuchino cuya calidez la reconcilió momentáneamente con el día. Le supo a gloria bendita. Tardó poco en prepararse una segunda taza.

Al fin y al cabo, tenía tiempo de sobra. Contaba aún con cincuenta minutos para que llegara el taxi y más de tres horas para el vuelo. Pero su cuerpo no entendía de relojes y había una inquietud que no lograba sacudirse. Todo su interior andaba revoloteando. Cuando esto pasaba, se volvía torpe y olvidadiza. Sus manos dejaban de obedecerla y su mente parecía ausentarse cuando la necesitaba. Y no podía permitirse despistes, no ese día.

En otras ocasiones ya se había olvidado el pasaporte, la cartera y el pijama. Ese último descuido era común en sus escapadas y Javier solía protestar cuando le hurtaba una de sus camisetas para dormir. ¿Tanto le costaba acordarse?

Se arrellanó en el sofá con la taza caliente entre las manos, intentando encontrar algo de paz. Parecía imposible. Se debatía entre la más maravillosa calma con el más absoluto de los vértigos. Era como si dentro de ella convivieran dos personas enfrentadas despertando grandes desastres naturales. Una, que llamaba al sol y al viento, celebraba la idea de pasar días enteros junto a Marco, riendo, explorando y dejando que el tiempo rodara libre. La otra, más amiga de los terremotos y las lluvias torrenciales, se declaraba aterrada y paralizada justo por los mismos motivos. ¡Los mismos! Ambas tiraban en direcciones opuestas, y ella se encontraba en medio, atrapada en una maraña interna que no sabía cómo desenredar. Exhaló con frustración al tiempo que daba vueltas con

una cucharita a la espuma de su café tratando de serenarse sin éxito.

«Quizá es solo el viaje», se dijo. Hacía siglos que no se permitía salir de la rutina, hacer planes con alguien que no fueran Javier o su familia. Y Marco… Marco siempre había sido diferente. Aunque seguía pensando en él como parte de ese círculo cercano —su hermano, como solía llamarlo—, en secreto era consciente de matices que no lo dejaban encajar del todo en esa definición.

Entre otras cosas, esa mañana se había despertado sobresaltada por haber tenido un sueño subido de tono con él como coprotagonista.

Y había otras cosas. Detalles. Como la forma en que sus ojos parecían ver más allá de sus palabras. O la manera en que la hacía sentir especial, incluso cuando hablaban de tonterías. O cómo le alegraba el día ver su nombre en la pantalla cuando este le mandaba un mensaje o le regalaba una llamada. Detalles pequeños, pero persistentes que habían provocado fantasías como la que la había acompañado de madrugada.

La incomodó recordar los besos que su yo soñado se daba con el escritor. Un rubor cálido le invadió el rostro al rememorar de nuevo la escena. Ese tipo de cosas que jamás debería haber imaginado ahora estaban ahí, grabadas en algún rincón de su mente. Quiso morir y saltó del sofá, nerviosa, llevándose la taza al baño. Pensar en eso la hacía sentir mal. Muy muy mal. Petri ya le había advertido: «Ten cuidado, que estas cosas a veces pasan. Él es demasiado encantador y tú muy naíf». Incluso su cuñado se lo había insinuado varias veces, con esa media sonrisa que tanto la irritaba. Pero no era Marco quien la preocupaba, sino ella misma.

Marco era una combinación desconcertante entre lo conocido y lo inesperado. Y eso estaba bien. Pero avivaba partes de ella que llevaban siglos dormidas y le frustraba la cantidad de miedos que se le despertaban ante un viaje como aquel.

Los dos habían crecido. Y cambiado. Él era la versión mejorada de todos los recuerdos que tenía suyos, y al mismo tiempo alguien nuevo, alguien que la hacía cuestionarse cosas que nunca se había planteado. Esta mezcla de familiaridad y misterio la mantenían en vilo y con ganas de más. Más Marco. Más tiempo. Más todo.

Suspiró. Estaba mal sentirse así, pero lo del sueño no era culpa suya. Nadie controla lo que sueña. Y si a eso se le sumaban las semanas de sequía con Javier, su subconsciente tenía derecho a inventarse lo que quisiera. Mientras no lo dijera en voz alta, sería como si no hubiera pasado nunca.

Encendió el secador y permitió que el calor y el ruido llenaran el espacio vacío de su cabeza. No necesitaba respuestas ahora, se recordó. Lo que quería era un cambio de aires, un respiro de su vida habitual. Y una firma. Eso era todo. Marco era solo el amigo con el que iba a disfrutar de unos días de desconexión y al que tenía que convencer de que le echase un cable. Nada más. Un paréntesis en el que podría respirar, reírse y recuperar algo de sí misma.

No necesitaba más complicaciones. Tan solo un acuerdo y un poco de aire fresco. Y por mucho que una parte de ella insistiera en lo contrario, se aferró a esa idea como a un salvavidas mientras terminaba de arreglarse. Sería su tabla. Por ahora, con eso tendría que bastar.

Marco abrió los ojos en aquel momento y pensó en lo mucho que necesitaba una ducha fría. Había vuelto a soñar con Lucía y, como todas las veces anteriores, se sentía tan culpable como confuso. La pantalla de su teléfono se iluminó en la mesilla.

Ya estoy en el aeropuerto, nos vemos en breve! 

Buen viaje, señorita. Te estaré esperando en la salida cuando aterrices

Ver el nombre de Lucía despertó en él una sonrisa bobalicona que no supo explicarse. Pero había tantas cosas que últimamente no sabía explicarse que no le quiso dar importancia. En realidad, sí sabía cómo explicarlas, pero prefería no hacerlo. Se le arrugaron las comisuras de los ojos y se obligó a salir de la cama para que le diera tiempo a hacer todo lo que se proponía antes de su llegada. Quería recoger la casa un poco, darse una ducha y pasar rápido a comprar fruta, leche y alguna cosa con la que llenar la nevera.

Había llegado a la ciudad la noche anterior y le hacía tanta ilusión tener a Lucía de invitada que los últimos días apenas había podido pensar en otra cosa. Quería sorprenderla. Hacer que aquel viaje fuese especial. Cuando eran críos, era ella la que llevaba la voz cantante, quien guiaba y le enseñaba cosas, y, por fin, las tornas habían cambiado. Para empezar ya no era un niño y ahora iba a jugar en casa.

Tras una ducha rápida, se vistió con esmero, pensando en la última conversación que mantuvieron juntos por teléfono el día

anterior. «Está prometida, echa el freno», se recordó a sí mismo. Tomó los AirPods para poner música y distraerse un poco, y al salir de casa, agarró su cazadora marrón de cuero y las Ray-Ban de pasta negras. Fue a tomar un café en el sitio de siempre y se encaminó hacia el supermercado que tenía a tan solo unos metros de casa.

Pudo apreciar que Zagreb lucía perfecto en mayo. El aire era fresco aún, pero el sol ya calentaba lo suficiente como para llenar las terrazas. Había turistas y locales recorriendo las calles casi como cada mañana. Los tranvías azules que atravesaban la ciudad lo hacían ahora acompañados de ciclistas, que, en los últimos tiempos, se habían convertido en el peligro más real de todos los viandantes. Sonrió para sí al pensar en lo mucho y lo poco que había cambiado todo desde que llegó a aquel lugar por primera vez.

Cuando Marco aterrizó en Zagreb con apenas doce años, le pareció inmensa y extraña, como un rompecabezas en el que ninguna pieza encajaba. Venía del bullicio mediterráneo, los colores cálidos y las calles vivas, y de repente se encontró en una capital que le devolvía una melancolía que le era ajena. Le faltaban mar y colores. Sentía que todo en la capital croata, desde las fachadas grises hasta el cielo, le hablaba en un idioma que no solo no entendía, sino que le hacía sentirse aún más extraño de lo que ya de por sí acostumbraba.

Haber abandonado Barcelona y a los Badal fue un golpe muy duro. Pasó de tener hermanos y una familia en una casa ruidosa, con jardín y llena de vida, a hospedarse en un apartamento pequeño y frío con una tía lejana, en una ciudad que también le era ajena. En su habitación ya no había estrellas en el techo, sino miedo y soledad. Durante semanas convivió con la sensación de estar

viviendo en una película. Disociado. No podía creerse que fuese verdad, que sus «vacaciones de paz» hubieran terminado de una forma tan abrupta. Que no hubieran sido nada más que eso, unas simples vacaciones. Que de nada sirvió aprender otro idioma y haber disfrutado de otro hogar. Que tenía, sí o sí, que comenzar de nuevo, y todo sin demasiadas explicaciones.

Nadie se molestó en preguntarle qué quería. No lo hicieron al sacarle del país, ni tampoco su tía al reclamar su vuelta. Los Badal sí le preguntaron si quería ser parte de su familia tras el fallecimiento de sus padres, y contestó que sí, pero… ¿de qué sirvió? Había tenido que decirles adiós de igual manera cuatro años más tarde.

Para empezar, su regreso a casa no fue para nada como lo había imaginado. Aterrizó en Zagreb y desde allí tomó un autobús hacia la ciudad, donde le esperaba la tal Irina, una tía lejana a quien apenas recordaba haber visto un par de ocasiones. Estaba oscuro cuando llegó, y las calles, mojadas por la lluvia. Bajó del autobús con miedo y un nudo en el estómago que tardó semanas en irse. La tristeza y la confusión anidaron en su piel. Mantener la mirada a esa mujer cuya sonrisa no le llegaba a los ojos le resultó todo un reto. Práctica y eficaz, como demostró ser con el paso de los años, hizo gala de dos de sus características principales aquella misma noche cuando lo ayudó con sus maletas —los Badal insistieron en que se llevase tanta ropa y libros como pudiera— mientras andaba estoica a su lado por las aceras que los separaban de su apartamento.

Su nueva guardiana legal era una mujer madura, de mirada firme y presencia imponente. Que si bien fue siempre buena con él, tenía el carácter más reservado y frío de todos los adultos con los que él había tratado hasta la fecha. Había permanecido en Croacia durante

toda la guerra, y sus ojos solo brillaban con fuerza, o bien soñando con el resurgimiento del país, o bien al desearles cosas terribles a sus vecinos, los serbios.

Su apartamento, aquel que él aún conservaba, era sencillo y funcional. Un pequeño piso en un edificio de los años sesenta cerca de Maksimir. Había sido el hogar de sus abuelos paternos y, aunque no tenía grandes lujos, fue más que suficiente para ambos. En la cocina quedaban aún los azulejos antiguos que ella no quiso cambiar y en las paredes colgaban cuadros con paisajes montañosos que nunca le gustaron.

Lo que peor llevó de todo en realidad fue el silencio. Era pegajoso y ensordecedor. Incómodo. Le gritaba allá donde mirase y lo dejaba amoratado. Le dolían todas las cartas que no hubo, la ausencia de llamadas y el no saber si algún día eso podría cambiar. Su familia en España había enmudecido y no encontró la manera de contactar con ellos. ¿Ya no querían ser su familia?

En aquella época dependía de su tía y ella no le ayudaba a encontrar respuestas. Le aseguró que el número de teléfono que le habían dado no era el correcto y que en la ONG que se encargó de su caso le habían confirmado que ya no podían hacer más. «La vida de verdad está aquí», le recordaba con frecuencia. Le insistió muy seria en que lo mejor era que pasase capítulo, restándole importancia siempre a su etapa en Barcelona, como si ni siquiera hubiera existido. ¿Cómo hacerlo cuando lo que había dejado atrás era una sensación de hogar y calidez que no volvía por más que lo intentase? Marco tardó años en encontrar respuesta a esa pregunta.

Quizá por eso aprendió a hacerse el fuerte. A ocultar lo que sentía. Más aún. Las cicatrices físicas de una guerra son evidentes

en cada esquina, pero las más grandes suelen ser invisibles a los ojos. El conflicto que se cobró un costo humano significativo, a él y a muchos otros les hizo sentirse desgraciados durante más años de los que admitirían nunca. Marco se refugió en los libros y en esos cuadernos donde siguió ideando historias, tal y como había estado haciendo cuatro años enteros con Lucía. Al menos, en su nueva escuela no le hacían excesiva burla. Era más alto y moreno que sus compañeros, y muchas veces bromeaban con él por su acento o sus tics, pero no era el único con una historia de duelo a la espalda y sus vecinos, a su manera, lo apoyaban. Muchos de sus nuevos amigos habían perdido también a algún familiar y varios pasaron como él una temporada fuera de casa. Aunque saber eso no le hacía sentir mejor, sino todo lo contrario: todos ellos parecían felices de estar de vuelta, al revés de lo que le ocurría a él.

Se juzgaba sobre todo por querer volver a la tranquilidad del bosque de Barcelona, a sus viernes de pizza casera y a los cuentos antes de dormir. Se juzgaba frívolo y egoísta, pero de vez en cuando se daba el lujo de imaginarse junto a Lucía como dos justicieros poderosos capaces de poner orden a todo el caos que la guerra había traído.

«Ha llovido mucho desde entonces», pensó. Puso en marcha su coche, nervioso y entusiasmado, y avanzó con cuidado entre el tráfico que serpenteaba desde el centro hasta el aeropuerto de Pleso. La radio local sonaba de fondo y el aroma a pino fresco de su ambientador inundaba el vehículo. Al llegar estacionó frente a la terminal principal. Con la mirada fija en las puertas automáticas, se bajó del coche.

Mientras esperaba, ajustó la correa de su reloj en repetidas ocasiones, como si pudiera así contener el nerviosismo que lo carcomía. Sabía que Lucía estaba a punto de aparecer para —esto no lo sabía entonces— poner su mundo entero patas arriba.

Quince minutos más tarde, ella irrumpió en la escena arrastrando una pequeña maleta negra, con un bolso en bandolera y el cabello recogido en una coleta alta que dejaba su rostro al descubierto. Vestía un pantalón de lino claro y una blusa blanca, sencilla pero impecable. Llevaba una cazadora marrón y las gafas de sol en la mano mientras sus ojos lo buscaban entre la multitud. Marco alzó el brazo, incapaz de contener la amplia sonrisa que le llenaba el rostro.

Ella lo vio casi de inmediato y su expresión cambió. Los músculos de su cara parecieron relajarse y sus labios se curvaron también hacia arriba, con un deje de alivio y alegría.

—Marco —dijo, acercándose con pasos firmes—. ¡Por fin!

—Bienvenida a Croacia, señorita Badal. —La voz del escritor sonó grave y sincera.

Fue Lucía quien acortó la distancia y lo abrazó. Marco respondió casi de inmediato, envolviéndola entre sus brazos como si temiera que pudiera desvanecerse. Cuando se separaron, sacó de su espalda un pequeño ramo de flores secas que había ido a comprar esa mañana a la plaza Ban Jelacic. Lucía ahogó un gritito de sorpresa e ilusión.

—Ay, por favor, gracias, pero no tenías…

—Una experiencia croata no es completa si no te regalan un ramo de estos —interrumpió Marco negando con manos y cabeza—. ¿Lista para unas más que merecidas vacaciones?

—¿Puede alguien no estar listo para unas vacaciones? —bromeó ella—. Nos hicieron esperar como cuarenta minutos en el autobús que nos llevaba al avión y quise cortarme las venas. Pero estar aquí ya es increíble. Aún no puedo creer que vayamos a hacer esto. ¿Te acuerdas cuando de niños nos dio por querer una tienda de campaña y amenazábamos con recorrer el mundo con ella? —preguntó ayudando a Marco a guardar sus bultos en el maletero.

—Recuerdo que jugábamos a ser Willy Fog, sí.

—Bueno, pues la niña que vive dentro de mí siente que esto es un poco como hacer realidad eso. ¿Suena muy loco?

—Para nada. Creo que yo estoy igual.

Se rieron, y con ese gesto la tensión inicial se disipó.

11
Una sombra de lo que fue

Marco se mudó a España cuando tenía ocho años y, a pesar de haber estado un año sin ir a una escuela como tal, cuando llegó el nuevo curso le fue sencillo hacerse con el ritmo. Tenía ganas. Si bien el padre de los niños había puesto especial mimo en las lecciones que veían juntos por las tardes para que estuviera al día, nadie se esperó lo bien y rápido que se acostumbró a su nueva realidad.

Entró en tercero de primaria, en la misma clase que Lucía. Los adultos no sabían si iba a ser bueno o malo para ella, pero decidieron probar. Y fue bien. Se sentaron en el mismo pupitre desde el primer día, en la segunda fila frente a la mesa del profesor, cerca de la ventana. Y ya no hubo fuerza humana que los separara.

Lucía era protectora con su nuevo hermano y lo miraba con idolatría. El resto de las niñas y niños de la clase lo aceptaron rápido, sobre todo al ver que se le daba bien jugar al fútbol y que los entendía sin esfuerzo. Cuando los Badal lo miraban, no podían creer el gran cambio y evolución que había experimentado Marco en menos de diez meses. Seguía siendo introvertido, pero tenía una paciencia impropia de niños de su edad. También, una madurez excesiva, fruto probablemente de todo lo pasado en su corta vida. Y dado que los cuatro niños encajaban y que en el colegio, a pesar de

los miedos, llegó la armonía, pronto se acostumbraron todos a esa nueva normalidad.

Podían ir andando a clase por las mañanas y por las tardes alternaban excursiones y deporte —bicicletas, patines, fútbol y baloncesto— con ajedrez, libros y juegos de mesa. Lucía era la única niña, pero sabía hacerse escuchar y sus hermanos estaban dispuestos a seguirla hasta el fin del mundo. Algunas tardes jugaban a los médicos, otras a los profesores y muchas otras veces a los magos. En la mayoría de las ocasiones ella era la que dirigía el cotarro —salvo cuando Carlos entraba en escena— y los otros dos se dejaban hacer. Era espabilada, soñadora y adorable. Sus profesores lo sabían, y Marco también se percató de aquello.

Entre ellos habían creado una conexión muy profunda y cada día eran más inseparables. Siempre tramaban algo juntos. Siempre. Tanto deberes como trastadas. En los cumpleaños familiares iniciaron la tradición de crear obras de teatro escritas e inventadas por ambos. Eran divertidísimas. Dirigían a sus hermanos y a algunos de sus primos, se disfrazaban con ropas que encontraban en los armarios —sobre todo, de casa de la abuela—y, por supuesto, cerraban cada obra pasando un sombrero para recaudar donaciones que compensaran su esfuerzo. Eran muy grandes todos, incluso siendo tan pequeños. Y nunca les faltaron invenciones ni, por supuesto, chucherías.

Las favoritas de Marco eran las dentaduras de azúcar, mientras que a Lucía le gustaban las fresas y las moras. A Pol le encantaban los regalices y Carlos, a pesar de que se hacía el interesante e intentaba escaquearse de las invenciones de los pequeños, se cobraba sus favores con ladrillos. Obvio que tanto azúcar no hacía

más que incentivar su energía, pero los adultos le quitaban importancia pensando que un día era solo un día y que aprender a expresarse de forma creativa era algo que les hacía bien a todos.

—Te he traído una cosa. Bueno, un par de cosas. Pero son chorradas, ¿eh? —dijo Lucía sacando una bolsa de papel de su bolso y ofreciéndosela a Marco.

—No era necesario, de verdad.

Marco parecía incómodo.

—Pamplinas. «Lo que cuentan son los detalles», ¿recuerdas? —Lucía simuló hacer comillas en el aire con los dedos y puso una voz divertida que pretendía imitar a Mónica. Su madre había sido muy insistente con eso y los cuatro niños tenían grabada a fuego esa frase—. Ay, la echo de menos. La haría tan feliz verme aquí contigo.

—Quizá nos vigila desde el cielo.

—No me cabe duda de ello.

A Marco se le daba mal recibir regalos, y más aún cuando se sentía cohibido con la persona en cuestión. Los ojos insistentes de Lucía lo invitaban a abrir la bolsa y dejarse de ceremonias. Introdujo una de sus manos en el interior y sacó un tarro de chucherías, un libro y un cuaderno viejo que le sonó familiar.

—¿Te acuerdas de las obras de teatro que nos empeñábamos en crear en los cumpleaños? Lo encontré hace unas semanas en la antigua casa —dijo señalando al cuaderno—. Yo tengo otros dos y a este ya le hice fotos. Pensé que quizá te gustaría tenerlo.

A Marco le costó reaccionar. Dentro aparecieron letras irregulares y dibujos infantiles representando escenas teatrales.

—Oh, guau. Esto es… —Se había quedado atónito—. No sé qué decir.

—Con un gracias es suficiente —aseguró Lucía.

—Gracias entonces. Muchísimas muchísimas gracias.

—Y el libro es de uno de los escritores que publicamos. —La joven intentó quitar hierro al asunto—. Empezamos a trabajar juntos el año pasado y está ganando mucha fuerza. La novela es fabulosa y pensé que quizá te gustaría. Lo otro son chuches; siempre me recuerdan a nosotros. A cuando éramos niños.

—A mí también me pasa.

El tiempo se detuvo por un instante, atrapado entre sus miradas nerviosas. Fue Marco quien rompió el hechizo.

—Muchísimas gracias, de verdad. Para compensar y si te fías de mí, seré tu chófer los próximos días. He traído mi coche y nos acompañará allá adonde vayamos esta semana.

—Servicio prémium, ya veo. —Metieron la bolsa con los regalos que Lucía le acababa de entregar en el maletero y entraron en el coche—. Mientras no conduzcas igual que de niño…

—¡Estaba aprendiendo! —se defendió divertido.

—Sí, sí, pero que se lo digan a esas pobres bicicletas suicidas.

Se abrocharon los cinturones mientras Marco lanzaba una mirada al cielo negando con la cabeza.

—Había olvidado lo exagerada que eres.

—Un abuelo mío era andaluz, qué vamos a hacerle.

Lucía era exagerada, pero esta vez había cierta verdad en sus palabras. Su bicicleta rosa chicle no dejó de chirriar desde que Marco la estampó contra un muro cerca de su casa y el manillar de la de Pol guardaba también alguna que otra muestra de torpeza para el

recuerdo. Marco puso una emisora local y comentó que reservaba la banda sonora de *Juego de tronos* para cuando llegasen a la ciudad amurallada.

—Lo tienes todo pensado, ¿eh?

—Se hace lo que se puede.

Estaban los dos de buen humor y el trayecto hacia el centro transcurrió en un limbo curioso, cargado de palabras que parecían pelearse por salir y silencios que, aunque incómodos al principio, pronto se volverían parte de su nueva intimidad. Marco tomaba el volante con la soltura de quien conoce cada curva del camino mientras Lucía ocupaba el asiento del copiloto, con las manos entrelazadas sobre el regazo y la mirada perdida en un paisaje que le resultaba por completo desconocido.

Incluso sabiendo que ella iba muy guapa, Marco no se permitió más que mirarla de perfil. Tenía miedo de que, si la contemplaba de frente, se escaparan por los ojos las mariposas que desde hacía días tenía revoloteando en el estómago. Y no. Iba a ser un caballero y nada más. Ya era todo un regalo tener la oportunidad de compartir unos días con ella después de tantos años.

A su vez, Lucía trataba de relajarse, pero le era complicado por el aroma que desprendía su acompañante. Marco vestía un polo azul marino, unos Levi's claros y unas deportivas blancas que, así en conjunto, resaltaban de forma sutil e irremediable su masculinidad. Al darse cuenta de la dirección que tomaba su mente, se esforzó por pensar en otra cosa.

Pero no le estaba resultando fácil hacerlo.

Antes de entrar al coche había tenido que reprimir una sonrisa al percibir que no era la única extasiada con el atractivo bombón que

conducía a su lado y dio las gracias internamente por haberse puesto las gafas de sol y porque sus pensamientos fueran aún secretos y estuvieran encerrados bajo llave. Por mucho que hubiese sido su persona favorita del mundo, sabía que no tenía derecho de pensar cosas así. «¡Por Dios, que tengo pareja!», se reprendió a sí misma. Con la culpabilidad atormentándola una vez más, el color rubí coronó de nuevo sus mejillas.

—Son unos veinte minutos, más o menos, así que relájate y coge fuerzas, que tenemos un día completo por delante.

Quizá ir leyendo a Helen Rytkönen en el vuelo no había sido buena idea, pensó. Tenía la libido por las nubes, pero con quien no debía.

Se concentró en disfrutar la música y agradeció que él la distrajera contándole posibles planes y lo que iban viendo al salir del aeropuerto.

Por lo que Marco le dio a entender, había mucho que hacer y que descubrir para dejar de ser una inculta con respecto al país que fue una vez parte de Yugoslavia. El plan era, de momento, dejar las maletas y salir a disfrutar de la capital. Dormirían en la casa del escritor y en cuanto emprendieran su aventura en coche hacia la costa se hospedarían en hoteles. Lucía trató de declinar el ofrecimiento de alojamiento en su casa alegando no querer molestar, pero él insistió tanto que le pareció de mala educación negarse.

—El cuarto de invitados te encantará porque es amplio y silencioso. Si quieres darte una ducha cuando lleguemos, está todo listo y te he preparado toallas y sábanas limpias. Hacía mucho que no recibía visitas —confesó con una mirada insegura—, aunque creo recordar cómo se hacía.

—Seguro que sí. Piensa que yo soy fácil.

Marco no quería pensar que ella era fácil y dirigió la conversación hacia otros temas. Hablaron del vuelo de Lucía, del tiempo tan bueno que estaba haciendo para ser mayo y del tráfico que, según Marco, era sorprendentemente llevadero ese viernes. Sin embargo, cada vez que sus miradas se cruzaban, una chispa de algo —¿nervios?, ¿curiosidad?, ¿otra cosa que ninguno de los dos se atrevía a nombrar?— calentaba el aire dentro del vehículo.

—¿Querrá venir Javier el próximo fin de semana? —preguntó él como de la nada—. Hay espacio de sobra también en Korcula y estoy seguro de que…

—No vendrá. —Lucía sonó cortante—. De hecho, estoy enfadada con él. Me quedo solo hasta el viernes al final. Casi no hemos hablado en toda la semana.

—¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó curioso segundos antes de arrepentirse de su atrevimiento—. Perdón, perdón. No tienes por qué contármelo, no quiero ser entrometido.

—No tengo nada que ocultar. Al menos a ti no. —En realidad sí que le estaba ocultando algo, pero no era con mala intención. Ese dichoso tema de la editorial no dejaba de atormentarla. Miró por la ventanilla tratando de centrarse y encontrar las palabras correctas—. La semana pasada me organizó una encerrona con una cliente suya porque está empeñado en que tengo que dejar mi editorial y dar el salto a una más grande. Hemos hablado del tema mil veces y en todas le he dejado clara mi postura, pero no respeta mi decisión. —Una arruguita apareció entre sus cejas y la línea entre sus labios se apretó de forma evidente—. Es un hombre maravilloso, pero estoy harta de que trate siempre de manipularme y convencerme de que

haga lo que él quiere. La otra noche supongo que se me acabó la paciencia y discutimos y… todavía no lo hemos arreglado.

El silencio flotó en el coche tras esas palabras y Marco miró a Lucía preocupado.

—Nos conocemos desde la universidad, ¿sabes? Llevamos casi dieciocho años juntos y, de alguna manera, me estoy replanteando la dinámica que nos envuelve. Siento que no respeta mis decisiones. Y no me gusta. No sé, es… complicado —confesó ella entre titubeos.

—¿Qué es lo complicado, Lu?

Marco apretaba el volante. No podía imaginarse a Lucía así. La recordaba tan fuerte y tan…

—Entendernos, o que él me entienda, más bien. Al fin y al cabo, soy una mujer adulta, y tengo derecho a tener mis propias ideas y seguir mis propias decisiones. A veces el dinero no lo es todo y si no quiero cambiar, mis razones tendré y no le competen ni a él ni a nadie. Porque igual que con este tema, ha habido mil más. Que si los niños, que si la boda…

—¿Niños?

—Niños, sí, niños. Que no llegaron de la manera tradicional porque Dios no quiso. Pero me voy a casar por los puñeteros niños, y eso que yo al principio no quería ni una cosa ni la otra.

—Espera, espera, espera. ¿Eres madre? O sea, ¿tienes…?

Lucía rompió a reír al verlo con una cara casi de terror.

—Me estoy explicando fatal. Perdona, que vengo acelerada. No, no soy madre. Al menos todavía no. Javier y yo lo hemos intentado sin éxito. Él no es fértil y a mí el tema del desajuste hormonal, la depresión posparto y el sacar una sandía por el cuello de una nuez mucha ilusión tampoco me hacían. Últimamente hemos pensado en

adoptar. De ahí la idea de la boda. Aunque todo esto mejor te lo cuento en otro momento con un vino o algo, que acabo de llegar y hay mucho que rascar. Oye, ¿tú me presentarás a tu novia? —preguntó como si tal cosa forzando un cambio de tema.

—No existe, por lo que me temo que va a ser imposible.

—Ah, ¿no? Supe por una revista que te habían visto con una modelo hacía poco tomando algo en un restaurante de la costa…

—¿Vas a creerme a mí o a unos periodistas aburridos que no saben ya qué inventar?

—Supongo que podría otorgarte el beneficio de la duda.

—Así me gusta. —Asintió con una sonrisa enigmática.

Lucía se sentía idiota por dejarse llevar así por sus sentimientos. No sabía qué le pasaba y no podía parar. Estaba confundida. Tenía celos.

Pero era raro. Hablar con Marco era raro. Había algo nuevo, una especie de electricidad contenida que hacía que sus pensamientos rebotaran desordenados como pelotas de ping-pong.

Cuando se adentraron en las calles de Zagreb, Lucía se pegó un poco más al cristal de la ventanilla. Las fachadas de colores pastel, las pequeñas terrazas adornadas con macetas de flores y los tranvías que pasaban con un leve traqueteo le parecieron sacados de un cuadro.

—Es más bonita de lo que imaginaba —murmuró casi para sí misma.

—Créeme, gana puntos con el tiempo —respondió Marco, con orgullo.

En un momento dado, él giró hacia una calle más estrecha y adoquinada, donde los coches parecían avanzar con más cautela.

Aparcó frente a un edificio modesto pero cuidado, con una escalera exterior que se difuminaba entre plantas trepadoras y macetas. Bajó primero y rodeó el coche para abrir la puerta de Lucía, gesto que la pilló desprevenida y le arrancó una sonrisa nerviosa.

—Primera parada —dijo Marco, extendiendo un brazo hacia ella para ayudarla a bajar.

Lucía, una vez en la calle, se ajustó la correa de su bolso al hombro y miró curiosa la entrada. Había algo cálido y acogedor en el lugar. Recogieron sus bultos y subieron las escaleras que llevaban a la entrada principal del edificio. Ella lo seguía un par de pasos detrás de él, salvando los peldaños con expectación y algo parecido al vértigo.

Marco abrió la puerta principal y entraron en el vestíbulo, que en comparación con el calor de las calles al sol se sentía fresco. Subieron andando hasta su apartamento y dejaron la maleta y el bolso de viaje de Lucía en el recibidor antes de acceder al acogedor piso del escritor.

—No paso tanto tiempo aquí como en Korcula, pero la casa la reformé hace tres años. Cuando vengo a la ciudad me sirve de oasis.

Lucía paseaba la mirada por el amplio salón con cocina americana, maravillada por el minimalismo y el buen gusto del apartamento.

—Es precioso. Qué paz transmite.

—Solo hay libros y plantas, pero no se necesita mucho más para sentirse en casa, ¿no?

—Si no estás aquí… ¿Quién cuida de la casa? Esto parece una jungla con tanta vegetación.

—Anuska, la mujer de la limpieza. Ayuda a mi tía Irina y pasa por aquí también una vez a la semana, a veces dos. Se encarga de

mantener a mis pequeñas con vida si no ando por la zona.

Lucía asintió pensativa. No se esperaba una casa tan luminosa y tranquila. Le gustaba que hubiese toques de color verde, y que todo lo demás fuesen tonos neutros o amaderados. El lado opuesto de la cocina estaba cubierto por una estantería hasta el techo que desbordaba libros en varios idiomas: inglés, croata, italiano y español. Todos perfectamente ordenados con las cubiertas impolutas.

—¿Hablas italiano?

—Sí, claro. Fui a la universidad allí. Es muy común hacer eso en estos lares. Tengo alguno también en español, pero sobre todo leo en inglés.

—Ya veo…

—Bueno, ¿te acabamos de instalar y vamos a comer algo? —dijo Marco, incómodo por ser de nuevo el centro de la conversación—. Estoy hambriento.

Ella sonrió y se dejó llevar. Marco tomó la maleta de Lucía y esta continuó observando con curiosidad el entorno mientras lo seguía. El escritor abrió la puerta de la habitación al final del pasillo.

—Este será tu cuarto. —La invitó a pasar—. Te he hecho espacio en el armario, así que utiliza lo que necesites. Hay wifi y esa silla es cómoda, por si necesitas trabajar o escribir postales o lo que sea.

—Mi plan es desconectar y no mandar más que fotos para dar envidia, pero te agradezco el detalle —contestó divertida.

Lucía admiró la decoración: sencilla pero acogedora. Una cama amplia y cómoda ocupaba el centro, mientras que una ventana grande dejaba entrar la luz natural y ofrecía una vista encantadora

de los tejados de la ciudad, tal y como Marco le había adelantado en el coche.

—Es perfecta.

—Me alegra que te guste. Ahora, déjame mostrarte el resto de la casa.

Recorrieron juntos las demás habitaciones, y le explicó dónde estaban las tazas, el café, el baño y todas las cosas que había pensado que podían serle útiles durante su estancia. Se detuvieron en el salón de nuevo y Lucía señaló una fotografía enmarcada junto al sofá.

—Es de las pocas que conservo de mis padres, de una de nuestras primeras vacaciones en familia —explicó con una sonrisa nostálgica —. Es de Korcula, en la costa, cerca de nuestra casa de verano. Donde paso yo ahora todo el tiempo que puedo.

Lucía lo miró con ternura. Ahí estaba el niño que ella recordaba. El que revolucionó toda su infancia y se quedaba embobado mirando al vacío. Justo al otro lado del papel.

12
La única chica

Ser la única chica en una familia de tres hermanos puede ser, como mínimo, retador. Más aún cuando no disfrutas del privilegio de ser el mayor, con toda su aura de importancia, ni de las atenciones que se lleva el pequeño tan solo por ser el benjamín. Lucía había sentido siempre que ser la del medio la obligaba a luchar a diario para ser tenida en cuenta. Quizá por ese motivo, cuando sus padres les informaron que habían pensado acoger a un niño eslavo por una temporada, no supo bien cómo reaccionar.

Era demasiado pequeña como para entender lo que significaba que hubiera refugiados o que un país, el que fuera, estuviera en guerra. Sin embargo, esa noche antes de dormir, cerró los ojos debajo del edredón y deseó con fuerza que, viniera quien viniera, fuera una niña. Alguien de su misma edad, con quien pudiese jugar en el jardín, inventar historias interminables y compartir secretos entre susurros. Eso que siempre soñó tener, pero que nunca encontró en sus hermanos.

Todavía recordaba lo nerviosos que estaban todos los días previos a su llegada. Le hicieron dibujos, le prepararon ropa y juguetes, y trataron de aprender algunas palabras croatas sin demasiado éxito. El día que Marco apareció, todo en la casa parecía haber cobrado una vida distinta, como si hasta las paredes estuvieran pendientes

de su entrada. Lucía, desde la escalera, lo vio llegar con una mochila vieja colgando del hombro y una chaqueta demasiado grande para su cuerpo larguirucho.

Se quedó ahí, inmóvil en el recibidor, con los pies tan dubitativos como pesados, inseguro de si dar o no el siguiente paso. Pero sus ojos… Sus ojos volaron libres recorriendo todo el espacio. Eran oscuros, atentos, llenos de algo que Lucía no supo si era miedo o curiosidad y que hoy entendía como una mezcla de las dos cosas. Eran ojos vivos. Marco no era una niña, pero al verlo ahí plantado sintió que todas sus reservas se deshacían como una galleta en un vaso de leche caliente. Impulsada por una emoción ingobernable, dio un paso al frente.

—¡Hola! —Con timidez y moviendo una de sus manos en el aire, deseó que esas dos sílabas pudieran obrar milagros y borrar el miedo del niño. Sus dos hermanos la siguieron, pero Marco no respondió. Levantó una de sus manos en señal de saludo y sus pupilas negras se posaron en ella antes de volver a observar con intensidad la punta de sus zapatos. Había algo en esa mirada, oscura como la noche, pero tan llena de luz como la primavera, que hizo que en Lucía se multiplicase el interés por el recién llegado.

Fue Mónica quien se acercó con su sonrisa cálida y un dibujo en la mano de los que Lucía y sus otros dos hijos habían hecho. Estaban llenos de color y decían «Vienbenido» con enormes letras irregulares, lo que arrancó en los adultos un pellizquito de ternura. Los labios de Marco se curvaron en una sonrisa tímida, pero todos los allí presentes vieron que el niño no sabía ni qué hacer ni cómo reaccionar.

Ella le habló despacio, y aunque usó palabras sencillas, él no pareció entender. José hizo lo mismo, y con gestos suaves le ofreció un juguete, un cochecito. Marco lo sostuvo entre sus dedos largos sin prestarle la más mínima atención. Parecía tan perdido… Lucía no podía apartar la mirada de su rostro, de esa mezcla de tristeza y desconcierto que, aun siendo tan niña, la hizo querer arreglar lo que fuera que estuviera roto dentro de él.

Como el niño no se movía, Mónica le ofreció su mano y lo condujo al piso de arriba para mostrarle la que sería su habitación a partir de entonces. Le tendió algo de ropa limpia, zapatillas y un abrigo verde que había sido de Carlos un par de años antes. Le invitó a cambiarse. El resto de los Badal no sabía muy bien qué hacer y Lucía, impaciente por conocer al niño un poco más, se acercó a su cuarto sosteniendo entre sus manos una pelota desgastada. Su favorita para los partidos en el césped.

—¿Quieres jugar? —preguntó.

Mónica, emocionada ante los esfuerzos de su hija por incluir al croata en las rutinas de la casa, lo miró curiosa. Marco fijó su atención en la pelota, luego en la niña, y de vuelta en la pelota. Lucía pensó que quizá no había entendido, pero entonces él movió la cabeza afirmativamente, con cautela. Despacio, pero decidido, dejó a Mónica y la habitación tras de sí y siguió a Lucía hacia el jardín.

El resto del día fue un caos desordenado y ruidoso, con palabras en idiomas que ni uno ni otros entendían, pero que pronto se convertirían en su propio lenguaje compartido. A Marco le gustaban los juegos sencillos, las carreras, las construcciones con bloques y, sobre todas las cosas, pintar con ceras de colores o rotuladores. Lucía tardó poco en descubrir que tenía una risa cálida y que,

cuando estaba distraído, alzaba las cejas como si el mundo entero le sobrecogiera.

Esa noche, cuando se sentaron a cenar, Marco se encogió en su silla, tratando de desaparecer. Sin pensarlo dos veces, Lucía empujó con suavidad su plato para que quedara junto al suyo y se inclinó hacia él.

—Está rico —dijo, señalando la comida y exagerando una mueca de gusto para incitarlo a tomar una cucharada.

Marco la observó, pestañeó y luego le regaló una levísima sonrisa antes de hundir él mismo su cuchara en el plato. Aunque no hablaran el mismo idioma, ese día, en esa mesa, Marco dejó de ser un extraño para convertirse en una piedra angular en la vida de esa familia, sobre todo en la de Lucía.

—Mejor ponte deportivas o zapatos planos —sugirió al verla salir de su habitación con esos botines tan bonitos como incómodos con los que había aterrizado.

Lucía se miró los pies y estuvo a punto de replicar, pero lo pensó dos veces y decidió hacerle caso. Dio media vuelta y regresó al salón un par de minutos más tarde.

—¿Mejor?

—Si quieres volver a casa con los tobillos intactos, sí.

—¿Tan peligrosas son las aceras aquí? —preguntó ella al tiempo que cogía su bolso y su chaqueta.

—Pueden llegar a ser muy resbaladizas. Ya me lo agradecerás más tarde.

Marco abrió la puerta de la calle y, una vez que estuvieron los dos fuera, la cerró con llave. Él no se había cambiado y llevaba la misma

cazadora de cuero marrón de antes. Con ella puesta, Lucía lo encontraba aún más atractivo. Recordó que observar fijamente a las personas no era correcto y que mejor se centraba en no tropezar al andar. Bajaron juntos las escaleras que les conducían hasta el portal.

—Verás que el país es muy seguro y apenas hay delincuencia, así que no has de preocuparte por robos o cosas de esas. Pero, como decíais en España, «más vale prevenir que curar».

—Eso mismo. —Parecía satisfecha al ver la cantidad de vocabulario que recordaba Marco—. Bueno, y ¿adónde vamos ahora?

—Depende del hambre que tengas.

—Podría comer algo, o dar una vuelta y comer más tarde.

Marco reflexionó un segundo, antes de contestar.

—Venga, pues paseemos un poco. Podemos picar alguna cosa en los puestos del centro y sentarnos a comer después. Hay un restaurante por allí de comida tradicional que tienes que probar sí o sí.

Echaron a andar. Marco guiaba, con la facilidad de quien se mueve en su terreno, y Lucía lo seguía, ajustándose la *pashmina* que llevaba al cuello. A pesar de que el sol del mediodía iluminaba las calles adoquinadas, el aire de Zagreb soplaba algo más fresco de lo que esperaba. A Lucía le pareció que en cada esquina había una postal lista para ser fotografiada.

—Zagreb era antes dos ciudades distintas, por eso la gente habla de la ciudad alta, Gornji Grad, y de la ciudad baja, Donji Grad. La primera conserva su atmósfera medieval. La segunda, como ves, es un entramado de avenidas amplias y elegantes edificios de la *belle époque*. Vamos a empezar el recorrido por la plaza central, estamos solo a un par de calles —aclaró divertido al ver la expresión de ella.

—¡Pareces un guía turístico!

—Qué va, pero uno no tiene el placer de visitas así todos los días.

Marco le guiñó un ojo y Lucía rio sonrojada. Pasaron al lado de un músico callejero y ella tiró una moneda en una cesta para las propinas. Estaba tan contenta que se sentía generosa. Pronto vislumbraron la plaza de la que había hablado el escritor y cruzaron las vías del tren con cuidado de no ser atropellados. Había una gran estatua ocupando su centro y se dirigieron hacia ella, sorteando a los turistas.

—Este podríamos decir que es el corazón de Zagreb —señaló Marco—. Como ves, las terrazas están llenas. Un amigo mío dice siempre que el deporte nacional del país no es el fútbol, sino el…, ¿cómo decíais? Ah, sí, el marujeo. Pasamos más horas en terrazas tomando café y hablando que en casa o en el trabajo.

Lucía sonrió divertida por el comentario y miró curiosa a la gente sentada a su alrededor.

—A este café vendremos a que pruebes los chocolates, por cierto. Esta plaza se llama como el señor de la estatua ecuestre, Ban Jelacic, uno de nuestros héroes nacionales.

—Parece que esté protegiendo la ciudad.

—Algo así hizo, sí. Ayudó a consolidar la identidad nacional de mi pueblo.

Lucía volvió a mirar la estatua, intentando imaginar la historia que pesaba sobre aquellos hombros de bronce. Su teléfono vibró en el bolsillo y el nombre de su hermano pequeño apareció en la pantalla. El mensaje la sacó de su ensoñación.

Cómo vas con Marco?

Bien, paseando ahora por Zagreb

Quiso adjuntar una foto con el escritor, una de esas que a ella no le habían gustado nunca y de la que habría renegado, si hubiera sido otra persona quien lo propusiera. Pero dado que estaba con su Marco de viaje, había que aprovechar y crear algún que otro recuerdo en forma de imagen.

Se colocó delante del escritor y dijo «Sonríeee» antes de captar la instantánea de los dos felices mirando a cámara. Había mucha gente a su alrededor, pero al notar el contacto en su espalda fue como si se quedasen solos, como si desapareciese el mundo y, por una milésima de segundo, el universo hubiera parado para que ella se percatara de su calor, su aroma y su proximidad.

Tal cual llegó esa sensación de intimidad con él, se esfumó en cuanto interrumpieron el contacto. Lucía sacudió la cabeza y pulsó el botón de adjuntar la selfi. Pol tardó menos de cinco segundos en replicar.

Qué guapos, hermanita. Por qué a mí no se me invitó a ese viaje?

Porque tú eres un cascarrabias y no has movido ni un dedo por reconectar con él

Exijo una videollamada con vino. Y que te lo traigas contigo a Barcelona cuando vuelvas

Veré lo que puedo hacer

Envió un gif con un gato mafioso mientras echaban a andar cuesta arriba hacia la catedral. Cuando guardó de nuevo el móvil en el bolso, una sonrisa traviesa presidía sus labios.

—Pol manda recuerdos y está tirándose de la barba por celos.

—Podía haber venido él también —aclaró divertido.

—Que se lo gane un poco, que es un comodón. Que ni un mensaje te ha mandado.

Marco echaba de menos ese tira y afloja al que solían jugar los hermanos cuando eran niños y no pudo evitar sonreír ante su comentario.

—¿Cómo está?

—Bien, la verdad —dijo subiendo la cuesta que los separaba de la siguiente parada—. Trabaja desarrollando videojuegos en una empresa catalana en la que, para mi gusto, lo tienen demasiado mimado. Cuando por fin se atrevió a salir del armario y hacer oficial que su obsesión con mis muñecas era lo que todos pensábamos —añadió Lucía con malicia—, hizo el loco por un tiempo antes de sentar la cabeza. Mamá y papá se estresaron durante aquella época, pero al conocer a Brandon se les pasó. Fue en un viaje a Ibiza con amigos cuando sucedió el famoso cruce de caminos, y desde entonces comen los dos perdices y sushi con corazones tan juntos como revueltos. ¡A diario! Brandon es productor en Netflix, muy divertido y están superenamorados. Dan hasta un poco de asco a veces de lo felices que son.

—Pero eso es bueno, ¿no?

—Claro. Son una pareja pintoresca, pero es imposible no quererlos y no reírte con ellos. Hacemos mucha vida juntos. Y Pol es un desastre con el teléfono, pero sé que tiene ganas de verte. Quizá

puedas venir tú también de visita a Barcelona unos días. Mi casa es grande y podría hospedarte sin problema.

—Claro, me encantará —concedió. La idea le atraía demasiado—. ¿Preparada para seguir con el tour?

Marco le contó la historia de la catedral, el terremoto y la rehabilitación. Como estaba cerrada al público por las obras no se detuvieron demasiado y siguieron caminando.

—Es curioso, ¿no? —comentó Lucía mientras avanzaban por las calles empedradas—. Cómo algo tan sólido como una catedral puede ser a la vez tan frágil.

Marco asintió con una sonrisa.

—Supongo que eso aplica a casi todo. También a las relaciones. Hasta lo más fuerte termina por romperse si los cimientos son malos o si se construye con materiales de mala calidad.

El mercado Dolac, a dos pasos de donde se encontraban, los saludó con los colores vivos de sus frutas, flores y verduras que se mezclaban con los tonos rojizos de las sombrillas que protegían a los comerciantes del sol. El aire olía a especias, hierbas frescas y algo dulce que Lucía no lograba identificar.

—Esto es una maravilla —exclamó girándose hacia Marco y sacando de nuevo el teléfono para capturar otra imagen.

—Lo llaman el vientre de Zagreb. Es donde viene todo el mundo a comprar productos frescos. Algunos puestos llevan generaciones. Y aquí también se practica el deporte nacional.

—¿El cotilleo?

—¡Exacto! ¿Qué mejor sitio que este para enterarte de nuevos chismes?

—Si había algo que no esperaba de esta visita, es verte proclamando lo mucho que os gusta marujear en vuestro país.

—Somos un pueblo tranquilo. Y piensa que es algo normal. Como una actualización de noticias e historias de Instagram, solo que en vivo y en directo.

—Visto así…

—Vamos, que quiero que pruebes algo típico.

Se acercaron a un puesto de frutas y Marco señaló el género expuesto sin detenerse.

Guio a Lucía hacia otro tenderete cercano, donde un hombre robusto con un bigote generoso cortaba rebanadas de un pastel dorado y crujiente. El aroma que desprendía era irresistible: un cóctel de mantequilla, queso fresco y especias que se entrelazaban en el aire.

—Esto es *burek.* Si quieres saborear algo auténtico, hemos de empezar por aquí. Es un clásico, sencillo y…, bueno, ya verás.

Lucía observó con curiosidad mientras el vendedor les pasaba un par de pasteles calientes envueltos cada uno en una servilleta. Se parecía a una empanada con forma de caracola rellena de queso y espinacas. Marco le ofreció uno.

—¿Y bien?

Lucía dio un mordisco y, en cuanto la masa crujió entre sus dientes y el interior cremoso explotó en su paladar, dejó escapar un suspiro de aprobación.

—Está increíble —concedió—. Solo con lo bien que huele le abre el apetito a cualquiera.

—Hay de carne también o solo de queso, pero estos son mis favoritos.

Lucía observaba a las personas con las que se cruzaban: mujeres mayores vendiendo flores recién cortadas, agricultores ofreciendo cestas de higos y cerezas, y vendedores de miel que presumían de su cosecha local. Se limpió las migas de la camiseta con la servilleta y capturó un par de instantáneas más con su teléfono.

—Todo aquí tiene un aire tan… tradicional pero vibrante a la vez —comentó ella, deteniéndose a mirar unos tarros de mermelada casera.

—Eso es Zagreb en esencia. Antiguo y nuevo, de lado a lado. Como si cada parte de la ciudad estuviera en un continuo tira y afloja con el tiempo.

Lucía sonrió al ver el cariño nostálgico que solo puede expresar quien conoce cada rincón de su ciudad. Lo miró de reojo mientras él revisaba un puesto de especias, y se sorprendió de cuánto le recordaba aún al niño que fue, más allá de las evidentes diferencias. Lucía, con una sonrisa que no podía disimular, decidió apartar esos pensamientos y volver de lleno al presente.

—Bien, señor guía, ¿cuál es el siguiente destino?

Marco alzó una ceja, divertido.

—¿Te gustan las sorpresas?

—Depende —dijo Lucía sonriendo—. ¿De qué tipo de sorpresas estamos hablando?

—De las que incluyen vistas espectaculares.

13
Vistas espectaculares

Las calles de la zona alta parecían diseñadas para el susurro de los pasos más que para el ruido de los coches. Para llegar allí pasaron por una vía que unía una parte de la ciudad con la otra, donde una vez —y hasta hacía unos años— hubo un puente al que el pópulo llamaba «sangriento». Era en ese puente, en ese paso que no tenía dueño, donde se dirimían todos los conflictos entre los habitantes de la zona. Una vez que el arroyo desapareció, se convirtió en una pintoresca callecita con tiendas de souvenirs que mantuvo el mismo nombre que el puente, Krvavi Most.

—En la vereda del río que ya no riega Zagreb desde hace mucho, hubo casas de señoritas de compañía, que podían ser regentadas tan solo por mujeres. Al parecer usaban un gnomo de jardín en la ventana para avisar a sus clientes de cuándo estaban disponibles y cuándo no.

—Qué informado parece usted, señor Novak. ¿Debería preocuparme?

—¿Por que me encanten la historia y los detalles curiosos de los lugares en los que vivo? Que no te quepa la menor duda —afirmó con cierta suficiencia—. Vamos, que aún hay mucho que ver.

Marco pensó que Lucía se había puesto celosa, y aquello le pareció una tontería, pero al mismo tiempo le gustó. Se regañó a sí

mismo por eso último. Caminaron un poco más y le enseñó la farmacia más antigua de la ciudad, cuyo funcionamiento comenzó en el siglo XIV, y también el artilugio antibrujas que estaba instalado en esa misma calle.

—Estas bolas de metal con picos puntiagudos que se pueden ver en los tejados de algunas casas son antiguas trampas para brujas. Se creía que si las hechiceras pasaban volando en sus escobas en la oscuridad de la noche quedarían enganchadas. Era común que la gente mirara los techos al comenzar el día, por si alguna había quedado presa.

—Qué locura, ¿no?

—La realidad supera muchas veces la ficción.

Subieron una cuesta llena de grafitis y mensajes de todos los tipos y colores en dirección al mirador de la torre Lotrscak. Desde allí, se extendía ante ellos una vista que parecía sacada de un cuento. Los tejados anaranjados se apilaban unos sobre otros, y las torres de las iglesias competían con el cielo, como si intentaran contar su propia historia en silencio.

Lucía se detuvo un momento para recuperar el aliento. Contaba con un revoltijo de emociones diversas e incomprensibles, pero, al mirar esa infinidad de edificios frente a sí con la luz del sol brillando y el verde de los árboles a su alrededor enmarcando la escena, se sintió un poco más en paz. Respiró hondo apoyada en la barandilla y cerró los ojos por unos instantes. «Todo va a salir bien», se dijo. Javier vino a su mente. También Rosa y la conversación que necesitaba mantener con Marco. Pero cuando el frescor se coló por sus fosas nasales dejó ir esos pensamientos. Inspirar en tres, exhalar en seis. Sintió el frío de la baranda en sus manos y la

presencia de Marco a su lado. Al abrir los ojos lo encontró observando el horizonte con la misma expresión de calma y orgullo que llevaba mostrando todo el día.

—Este es uno de mis rincones favoritos —pronunció muy relajado —. Desde aquí parece que la ciudad respira libremente y sigue su curso sin importarle cuáles son tus preocupaciones o problemas de humano diminuto. Te pone en tu sitio, vaya. Cada tejado, cada calle…, todo tiene una historia. Y cada historia, unos personajes. Y cada personaje, unos conflictos y motivaciones. Y podríamos seguir así hasta el final de los días.

Lucía giró la cabeza para mirarlo de nuevo, y lo percibió grande. Majestuoso. En comparación, ella se sintió pequeñita.

—Eres todo un hombre de mundo. —Soltó un suspiro y lo observó de reojo—. Es como si en su momento yo conociera la semilla y pudiera estar admirando ahora mismo no el árbol, sino el bosque al completo.

—Tampoco es eso, pero han pasado muchos años, Lu. Tú has conocido mundo también.

—Sí, claro. Y soy muy afortunada de haberlo podido hacer. Pero tengo una espinita clavada por no haber vivido fuera de España al menos una temporada. No sé, hacer un Erasmus o un viaje de esos que están ahora tan de moda como mochilera seis meses recorriendo Asia o el Amazonas. O algo alocado, lo que fuera. A veces pienso que tan solo me he dedicado a seguir el camino marcado sin cuestionarme de verdad qué quería hacer yo.

—Entiendo a lo que te refieres.

Seguía apoyado en la barandilla mirando el infinito a sus pies cuando un perro se acercó a olisquear sus zapatillas. Tardó menos

de diez segundos en continuar su camino.

—¿Lo entiendes de veras? —Lucía siguió tratando de poner en palabras eso que tanto la martirizaba—. Ni siquiera yo tengo claro lo que quiero decir. Es como si hubiera una ola en mi cabeza que viene y va con certezas, y lo que hoy se siente comprensible mañana es una maraña de sensaciones incoherentes que me nublan la mente. Y mientras, la vida sigue y avanza y te empuja, ya estés en la cresta de esa ola o te encuentres en plena caída. En marea alta o marea baja, un día tiene veinticuatro horas, con sus ochenta y seis mil cuatrocientos segundos. Ochenta y seis mil cuatrocientos. Me entró curiosidad y lo calculé. —Marco trataba de seguir sus palabras—. Y hay que producir, ser responsables, tomar decisiones, y… ¿tan terrible es que no me guste tomarlas? Las decisiones, digo. Que prefiera las cosas sencillas, los amigos de toda la vida, los lugares de siempre. El café con una nube de leche, los zumos sin azúcar, las comidas caseras, los domingos en familia, leer en papel, perderme entre las letras que destacan en un fondo amarillento…

—A veces, cuando las cartas que te han tocado jugar en lugar de ases son doses y cuatros, necesitas salir a buscar una pareja de reyes que te haga la partida. ¿Entiendes? A mí me ha costado siempre tomar decisiones también, créeme. Y mucho. Pero me toca hacerlo porque no tengo más remedio.

Lucía se juzgó ridícula. MUY ridícula. ¿Qué hacía contándole todas esas paranoias a Marco el primer día que se encontraban por fin a solas y con tiempo?

—Perdóname —dijo por fin—. No sé qué me ha pasado. Sueno como una niña mimada a la que se lo han dado todo hecho. Tienes

razón, puedo huir de las decisiones trascendentales por puro privilegio, y encima me pongo a lloriquear por ello.

—Creo que todos tenemos derecho a quejarnos y a tener una opinión, Lu. Al final, toda experiencia es individual y solo tú sabes qué es mucho y qué es poco para ti, ¿no crees?

—Supongo…

—Y no hablas como una niña mimada, por cierto. Suenas como alguien que quiere entenderse a sí misma, lo que ya es mucho más de lo que hace la mayoría.

Su tono era firme pero cálido, con una sinceridad que ablandó el armazón de Lucía, al menos una pizquita. Se sentía tonta y expuesta.

—¿Sabes? Creo que a veces nos castigamos demasiado por sentirnos imperfectos. O… perdidos. Como si estuviera mal tener dudas o no tenerlo todo claro. Pero ¿quién demonios lo tiene todo claro de verdad? Mira esta ciudad. —Señaló de nuevo hacia los tejados, bañados de los tonos dorados del mediodía—. Ha sido construida, destruida y reconstruida tantas veces que nadie podría decir que ha tenido un plan claro desde el principio. Y, sin embargo, aquí estamos. Y es hermosa, y tan llena de vida como lo estamos nosotros, con sus cicatrices, imperfecciones, secretos y vergüenzas. También tú tienes el derecho a la pataleta y a perderte de vez en cuando.

—¿Solo de vez en cuando?

—Creo que la respuesta correcta es tantas veces como necesites.

Lucía dejó que sus palabras calaran.

—Quizá tienes razón —concedió en voz baja—. Siempre se te dio bien tranquilizarme. No has perdido tu toque, ¿eh? —Rio pícara

como tratando de quitarle hierro al asunto—. Aunque de verdad creo que es más fácil decirlo cuando se ve la película desde fuera. Dentro de tu propia maraña no ves nada más que nudos, bifurcaciones y enredos.

—Y por eso necesitamos momentos como este. —Se giró hacia ella con una media sonrisa, apuntando con sus brazos hacia el entorno—. Para salir de la maraña y ver todo desde otro ángulo. Piensa que no importa lo complicado que se vea todo ahora mismo, siempre hay algo que puedes reconstruir. Y cambiar. O dejar ir. Cuando era adolescente, me gustaba subir aquí para pensar. Veía el funicular, a los turistas pasando, al señor que enciende los farolillos de hierro forjado por las tardes y los apaga cada mañana, a otros niños o adolescentes paseando, hablando o jugando, y yo… me planteaba cuestiones tan grandes e incoherentes como el porqué de nuestra vida, la razón por la que estamos aquí, por qué unos mueren y otros viven, por qué existe quien lo tiene todo y hay quien llega al mundo sin nada, y cosas así. Después de muchas vueltas entendí que pensar y pensar y pensar no solucionaba nada. Cuanto antes aceptes que las cosas son como son, antes harás algo con las cartas que la vida te ha dado. Ahí empezaron a cambiar las cosas.

—¿A qué te refieres?

—A que me di cuenta de que siendo infeliz, quejándome, preocupándome o sintiéndome miserable me mantenía ajeno a la partida.

Lucía lo observó en silencio, y algo dentro de ella se suavizó. Como si se disipara parte de la tensión. ¿Sería ese el clic que le faltaba por hacer? Marco parecía ser la prueba viviente de que estaba bien no tener todas las respuestas.

—¿Te parece si continuamos arreglando el mundo con un cono de vainilla en las manos? —Marco señaló con la cabeza a un carrito blanco que se encontraba a unos metros y Lucía soltó una carcajada inesperada, que alivió el peso de sus pensamientos.

—Creo que es justo lo que necesito. Pero el mío que sea de chocolate.

14
Una república independiente

Un aroma dulce se difuminaba en el aire mientras caminaban hacia la plaza de San Marcos. Las baldosas multicolores del tejado de la iglesia brillaban de fondo con el sol de la tarde, y las sombras de las pocas nubes que surcaban el cielo cubrían la plaza, acariciando la ciudad a su paso. Lucía disfrutaba de su helado, dejando que el sabor le recordara momentos más sencillos. Marco, con la mirada distraída, jugaba con la base del cono entre los dedos.

Tratando de ser un buen guía, le había hablado de Nikola Tesla y de cómo quiso implementar luz eléctrica en Zagreb antes de que lo rechazaran y se marchase con sus inventos a Estados Unidos. También pasaron por delante del museo de las relaciones rotas —que a Lucía le llamó mucho la atención—, de la iglesia de Santa Caterina y por último llegaron frente a otra cuyos colores y escudos captaban la atención de todo aquel que pasase, fuese turista o no. Se cruzaron con un mastín enorme del que Lucía no se percató, embelesada como estaba en su remolino interno y en los detalles de los edificios que tenían a su alrededor.

—¿Te acuerdas de la excursión fallida de nuestro último verano? La de la playa secreta.

—¡Cómo olvidarlo! —exclamó Lucía con una carcajada—. Por una vez la reprimenda no fue culpa mía, aunque nos cayera igual.

—Escapamos del grupo para buscar esa cala de la que me había hablado un chico de clase, no me acuerdo del nombre.

—Adrià.

—Eso es, Adrià. Me dijo que era el lugar «más bonito del mundo» y que ningún adulto lo conocía. Como un santuario secreto.

—Y así nos lo vendiste tú a nosotros luego. —La voz acusatoria de ella propició la risa nerviosa del otro, que comenzó a rascarse la nuca con aire culpable.

—Tengo que confesar que no tenía ni idea de dónde estaba.

—Fue bastante evidente. —Lucía le dio un ligero empujón con el codo—. Nos hiciste caminar a Pol y a mí como dos horas bajo el sol, con la promesa de «ya casi llegamos». Y en algún momento del suplicio me convencí de que terminaríamos en otro país.

—Exagerada como ella sola —se defendió Marco, alzando las manos hacia el cielo—. Pero admito que tu cara cuando nos perdimos en ese bosque de pinos fue legendaria. Parecía que ibas a matarme.

—Legendaria fue tu expresión cuando apareció el perro. —Lucía dejó escapar una carcajada que atrajo la mirada curiosa de un par de transeúntes—. Ese que empezó a ladrarnos sin parar y del que tú trataste de huir trepando a un árbol sin demasiado éxito mientras Pol se escondía detrás de un arbusto.

Marco se inclinó hacia adelante divertido, sorprendido de su propia memoria. Lucía se reía exageradamente.

—Ríete, ríete, pero no fui yo quien tiró su mochila y salió corriendo como si el suelo estuviera en llamas. —Ella le propinó otro empujón con la cadera, aunque esta vez con una sonrisa enorme iluminándole el rostro.

—¡Fue una estrategia de supervivencia! —bromeó, entrecerrando los ojos con fingida indignación—. Y funcionó. Era un mastín y no era tan grande, pero… —Hizo una pausa, enderezándose—. Bueno, sí, era enorme y punto.

—En mi defensa diré que, a pesar de mis nulas artes escalando, fui yo quien logró calmarlo ofreciéndole el bocadillo de jamón que nos había hecho tu madre. Y después de eso encontramos la cala. La arena era blanca, y el agua, completamente cristalina. ¿Te acuerdas? La costa de Dalmacia me recuerda a veces a aquella playa.

Lucía se perdió en el recuerdo.

—Nos quedamos allí hasta que el sol empezó a bajar. Había tantas piedras de colores en la orilla… Y tú te pasaste horas buscando la más rara. ¿Qué fue lo que dijiste? Que sería tu amuleto de aventuras o algo así.

—Te lo creas o no, la tengo en casa. En Korcula. Te la enseñaré cuando vayamos. Está en mi despacho —aseguró con ternura—. La guardé todos estos años. No sé ni por qué, la verdad. Es solo una piedra, pero para algunas cosas soy un romántico.

—¿Solo para algunas cosas?

—Me temo que mis escasas exnovias protestarían si me proclamase un romántico en todo lo demás. Pero podemos decir que tengo mis momentos.

Sonrió y continuó andando. La piedra era un pedazo de su infancia, de esos días en los que todo parecía más sencillo y el futuro no era más que una idea lejana. Lucía se agarró de su brazo, levantó la mirada hacia Marco, y en sus ojos encontró algo familiar, algo que no había cambiado con los años.

—¿Sabes? Me alegra que no hayamos olvidado. —Su voz además de ronca, era suave, cargada de sinceridad—. Pero, para que quede claro, si aparece otro perro, eres tú quien negocia con su bocadillo.

Se rieron, dejando que el presente y el pasado se entrelazaran con nostalgia y alegría.

Lucía no lo confesó, pero había seguido yendo a aquella cala con amigos y con Javier, y en muchas ocasiones también sola, sobre todo cuando necesitaba pensar. El verano siguiente a la marcha de Marco descubrió que el nombre del mastín era Pipi y que era un bonachón gigantesco, muy insistente si tenía hambre. Durante años, cuando se acordaba, le llevaba trocitos de fuet que él devoraba siempre encantado.

Marco, por su parte, recordaba aquella época de manera más borrosa, como si estuviera cubierta por un velo espeso. Pero había momentos, aquí y allá, que se dibujaban de nuevo en su memoria con una claridad pasmosa. De niño convivió con la sensación constante de estar desconectado en cierto modo de todo y todos, atrapado en un cuerpo que no le pertenecía de manera completa. Había algo, un rinconcito dentro de él, que se había proclamado como república independiente y que le tenía como esclavo por obra y servicio.

A los ojos de Mónica, José y sus profesores, Marco era un chico excepcionalmente aplicado, responsable, e incluso disciplinado en exceso para su edad. Pero lo que para ellos podía parecer admirable, para Marco era una prisión. Su prisión dorada. Y esta era gobernada por una rigidez excesiva que lo controlaba. Al fin y al cabo, cada regla autoimpuesta y cada pequeña obsesión no eran un signo de

virtud, sino una forma de lidiar con un miedo inexplicable a que, si no seguía los pasos correctos, algo terrible ocurriría de nuevo.

Todavía no se lo había comentado a Lucía, pero ella fue su ancla en aquella época tan complicada para él. Ella no lo juzgó, no cuestionó sus motivos para quedarse quieto unos segundos antes de cruzar las puertas ni qué le hacía encender y apagar las luces de la habitación un número determinado de veces las noches que había tormenta. De alguna manera entendía que él necesitaba esos rituales para serenarse y lo aceptaba sin opinar. Quizá por eso se sentía tan a gusto con ella, porque no tenía que controlarse tanto. Estaban en confianza. Eran casa el uno del otro.

Cuando, por el contrario, hablaba con cualquier otra persona, se esforzaba por reprimir sus impulsos para parecer más normal de lo que se sentía. Y era agotador.

Durante años no tuvo un nombre para aquello que le pasaba, solo sabía que algo dentro de sí mismo no andaba del todo bien. Que había una pieza en él que no encajaba del todo. Por supuesto, no sacó el tema con nadie hasta muchísimos años después. Los otros chicos se burlaban si lo veían contar los pasos al subir las escaleras, o si se ponía nervioso cuando alguien movía sus cosas sin permiso. Aprendió a reprimir lo que podía, pero el costo era alto.

Las noches fueron un refugio y un campo de batalla al mismo tiempo. Se quedaba despierto hasta tarde, repasando mentalmente los verbos en castellano que debía aprender o contando los pasos desde su cama hasta la puerta para asegurarse de que todo estaba en orden y que podía escapar corriendo en caso de necesidad.

Mónica y José se percataron de algunas de estas manías y lo comentaron con la especialista que acompañaba al joven en su

adaptación. Para Marco todo debía ser perfecto: sus cuadernos ordenados en líneas exactas, los lápices afilados a la misma medida, las camisas abotonadas siempre hasta el último ojal, la ropa sin manchas ni arrugas. Si algo se salía de lugar, un nudo de ansiedad se formaba en su pecho, crecía y le hacía retorcerse hasta que lograba arreglar el problema.

Estaba claro que un perro salido de la nada y ladrando en su dirección no fue una excepción en absoluto. Sonrió al recordar el miedo con el que le lanzó aquel bocadillo y lo feliz y manso que parecía el can en cuanto lo engulló. Al final los cubrió de lametones e hizo oscilar alegre su rabo peludo hasta que apareció su dueña por allí. Fue gracias a ella que encontraron la cala por fin, qué cosas tiene siempre el destino.

—¿En qué piensas? —Lucía acababa de tirar el cartón del helado y lo miraba con curiosidad—. Te has ido de viaje, ¿eh?

—Perdóname. Estaba aún pensando en aquella excursión y aquella época. Hacía mucho que no me acordaba de eso. —Lo que era verdad y mentira a la vez.

Lucía lo agarró del brazo de nuevo con una sonrisa en los labios y confesó que ella sí pensaba a menudo en esos años.

—A veces echo de menos la simplicidad de entonces, ¿sabes? Estábamos todos bien. Jugábamos. Dormíamos. Hacíamos bizcochos y pizzas caseras. Nos tumbábamos frente a la chimenea a pintar, leer o a lo que fuera. Y nadie esperaba nada de ti más que fueses al colegio, hicieras los deberes, te lavases bien los dientes y fueras muy feliz.

—Visto así…

Marco pensó que, a pesar de haber compartido unos años juntos, sus infancias habían sido muy diferentes. Decidió no hacer ningún comentario al respecto.

Un silencio cubrió con su manto la burbuja en la que se encontraban y ambos lucieron expresiones muy distintas. Ella parecía estar recordando memorias dulces. Él, amargas. Cuando los ojos de ella volvieron a caer en la tensión de las manos de él y en su mirada perdida, se dio cuenta de su error y trató de sacarlo de su gris ensimismamiento.

Le preguntó por su regreso a Croacia, por su tía Irina y por toda esa vida que ella se había perdido mientras trataba de sobrevivir a su propia adolescencia. Tenían muchas cosas que contarse, que actualizar y recordar. Lucía se sentía en una nube de algodón. Marco, a su manera, también. ¿Quién iba a decirles a ellos que podrían estar rememorando batallitas juntos después de tantos años?

—¿Por qué no vienes ya a dormir?

—Porque si no ocurrirá algo malo.

—¿Cómo lo sabes?

—Tan solo lo sé. Duerme tú, que yo vigilo.

Muchas noches Lucía hacía guardia con él y amanecían hechos una bolita en la alfombra de su habitación. O le convencía de que hiciera vigilancia en la cama. O se escabullía para pedir ayuda a sus padres, quienes, por supuesto, no sabían demasiado bien qué hacer.

—¿Qué tal si abrimos el sofá cama en el salón y acampamos todos allí esta noche?

—Síií —respondían a coro.

Menos Marco, que se avergonzaba de forma terrible por sufrir esos miedos.

—No pasa nada —le decía Lucía en susurros para tranquilizarlo—. Cuando estamos juntos, nada puede pasarte. Ya lo verás.

Y con su manita apretaba la del croata y agarrados seguían a Mónica hasta el salón.

Ahora entendía que esas pequeñas rutinas, esos rituales, no eran un capricho ni una elección. Eran su refugio. Su forma de controlar un mundo que, desde muy temprano, le había demostrado que podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos.

15
Algo íntimo

Que durante muchos años Marco se sintió perdido no era un secreto para nadie. En su corta vida había dicho adiós a muchas personas que para él eran importantes, y, a la vez, a dos futuros que pensó que serían para siempre. La primera vez era demasiado pequeño como para darse cuenta. La segunda tan solo no lo vio venir.

La mudanza a Zagreb desató una tormenta sin precedentes en su mundo interno. A los doce años, Marco llegó a una ciudad que no entendía, rodeado de un idioma que había empezado a desvanecerse de su memoria tras años viviendo en un hogar donde las palabras en español llenaban sus días. La lengua croata estaba ahí, enterrada, pero torpe e incompleta. Cada vez que intentaba hablar y alguien fruncía el ceño sin entenderle, una oleada de vergüenza lo golpeaba como un balde de agua helada. Eso le hacía esforzarse más, y a más esfuerzo, más rígido se volvía en sus hábitos.

Las calles de Zagreb eran hermosas pero caóticas, y para el joven Marco aquel caos era insoportable. Los sonidos de los tranvías, el bullicio del mercado y los tonos agudos de los gritos en el idioma que todavía estaba reaprendiendo se mezclaban en un ruido blanco que a veces lo hacía desear encerrarse en su cuarto y no salir jamás. Pero quedarse quieto también era peligroso. Si no hacía sus tareas

con la precisión que se había impuesto, si no repasaba mentalmente las lecciones del día, sentía que algo terrible estaba al acecho, como una sombra acosándolo en cada rincón de su mente.

El colegio fue el primer campo de batalla.

Se sintió desdichado por haber abandonado una escuela en la que encajaba y tener que sentarse al lado de alguien que no fuera Lucía. Los niños, además, no entendían por qué Marco se quedaba atrás antes de entrar a clase, tocando discretamente el quicio de la puerta tres veces. Al principio no dijeron nada, pero pronto empezaron las burlas. Con eso sí se metían con él. «¿Eres supersticioso, Lovric? ¿O solo raro?». Algunos se reían; otros tan solo lo evitaban. Marco, en silencio, trataba de adaptarse. Pero esa adaptación era una máscara, una obra agotadora en la que él era el actor principal y cuyo público no sabía por qué necesitaba disfraces.

El apoyo de su tía Irina fue un alivio en parte y un gran peso a su espalda al mismo tiempo. Ella veía en Marco un reflejo de los valores que creía fundamentales: disciplina, esfuerzo, perseverancia. Cada vez que le decía que debía ser un hombre de provecho, Marco asentía obediente, escondiendo el tic que le hacía parpadear más de la cuenta cuando la presión se volvía insoportable. Irina no sabía que, detrás de aquel niño en apariencia ejemplar, había un universo en constante combustión.

A los quince años, sus rituales empezaron a interferir en su día a día de formas más evidentes. Necesitaba horas para terminar tareas que a otros chicos les tomaban minutos. Antes de un examen, repasaba sus notas hasta el punto de que estas terminaban arrugadas, con los bordes desgastados de tanto tocarlas, y hasta húmedas por el sudor de sus manos. En los pasillos, evitaba pisar las

grietas entre las baldosas, y, si lo hacía por accidente, sentía que el resto del día estaba condenado al desastre y se paseaba entre las clases con un nubarrón gris sobre los hombros.

Una tarde, durante una sesión con la orientadora escolar, todo salió a la superficie. Ella notó que Marco giraba su lápiz en círculos sobre la mesa, una y otra vez, mientras le hablaba y desviaba la mirada todo el rato hacia la esquina derecha de su marco de visión. Al principio no quiso presionarlo, pero cuando lo vio repetir el gesto por décima vez, le preguntó por qué hacía eso.

Él se encogió de hombros, sin levantar la mirada.

—No sé…, me hace sentir mejor.

La orientadora lo observó con detenimiento. Ese «sentir mejor» le sonaba conocido, como un intento de mantener el control en medio de una situación incómoda. Un control del que ella misma había sido presa muchos años antes. Conocía a Lovric desde que se matriculó en la escuela y ya había sido testigo de sus tendencias perfeccionistas y la rigidez con la que solía afrontar algunas situaciones. Con paciencia, le pidió que le hablara de lo que sentía, y aunque Marco se resistió al principio, poco a poco fue describiendo lo que pasaba por su mente: los miedos irracionales, la necesidad de seguir una serie de reglas autoimpuestas y el alivio momentáneo que le daban sus rituales.

—¿Crees que estoy loco? —preguntó con un hilo de voz, consciente de que había desvelado más de lo que pretendía.

—Claro que no —respondió ella, con una sonrisa suave—. Creo que eres muy inteligente y me alegra mucho que hayas confiado en mí para compartir esto que estás pasando. Si quieres, podemos trabajar juntos para que la calma se instale ahí dentro —dijo

señalando con un dedo el pecho del joven— y que así todo esto que me cuentas deje de controlar tu vida. ¿Qué te parece?

Le pareció bien, aunque no entendiese aún qué significaba eso ni si de verdad iba a ser posible salir de su jaula dorada. Sin embargo, que alguien pusiera palabras a lo que sentía marcó un inicio esperanzador. Empezó a comprender que lo que le sucedía no era una rareza exclusiva suya, y que, igual que le regalaba más ansiedad y tensión interna de la normal, también le hacía dueño de superpoderes como el hiperenfoque, la disciplina y una fortaleza interna inigualable.

La orientadora, que era también la maestra de Biología, le habló con delicadeza sobre la posibilidad de que su cerebro funcionara de manera diferente al de la mayoría y que aprender a gestionarlo podía ayudarle a conseguir lo que quisiera en la vida.

No lo juzgó.

Tampoco intentó corregirlo.

Solo le ofreció información. Y por primera vez en mucho tiempo, Marco pensó que lo que pasaba tenía, quizá, una explicación. Y hasta una solución positiva.

Se habían sentado a comer en un restaurante cercano y Lucía lo miraba inquieta al otro lado de la mesa.

—Creo que no me estás escuchando.

—Sí, claro que sí, tan solo… No, vale, estaba pensando en mis cosas.

—¿Algo que se pueda compartir?

Marco lo pensó un momento antes de contestar.

—¿Sabes? Antes, cuando hemos hablado de la excursión aquella, me he dado cuenta de que hay una cosa que nunca te confesé, e imagino que no sabrás, porque dices que nunca te llegaron mis cartas.

—Y esa cosa es… —dijo para animarle a continuar tras esa pausa dramática.

—Tengo TOC.

—¿Cómo que tienes TOC?

—Sí, trastorno obsesivo compulsivo. TOC. Resulta que no es que fuera un niño rarito, sino que no sabía cómo gestionarlo bien entonces.

—¿A qué te refieres?

—Pues… no sé. A que durante mucho tiempo me sentí extraño, como si algo estuviera mal dentro de mí, ¿sabes? Y no entendía bien qué pasaba. Siempre había tenido un montón de manías, pero mis padres decían que eran tonterías de críos, o al menos eso recuerdo yo. Tenía que alinear los zapatos antes de irme a dormir o repetir una palabra en mi cabeza hasta que me sonase bien. Y luego, cuando llegué a tu casa, me daba miedo que pensaseis que estaba loco.

Lucía frunció el ceño, inclinándose un poco hacia él.

—Pero nunca pensamos eso. Yo no, al menos. Y también hacías cosas así.

—Lo sé, lo sé, pero me daba miedo que me rechazarais. Era como que, si mostraba esas cosas, fuera a perder lo único privado que me quedaba. El único trocito propio. Todo el mundo conocía «mi historia» y estaba un poco harto de ver la pena reflejada en los ojos de la gente cuando me miraban. —Se encogió de hombros,

jugueteando con una servilleta de papel. Su mirada vagaba entre las vetas de la madera de la mesa, como buscando allí las palabras adecuadas.

Lucía lo observó con una expresión indefinible.

—¿Y cuándo lo supiste?

—En el instituto. Aunque creo que la psicóloga a la que iba por tus padres trató también de ayudarme con el tema, solo que me costaba confiar en ella y había muchas cosas que no le contaba.

—Esa sensación la entiendo bien —dijo ella, pensando en su primera experiencia terapéutica poco antes de entrar a la universidad—. Pero, dime, ¿estás mejor? O sea… Aparte de ponerle nombre a lo que tú has llamado tus manías, ¿te encuentras mejor que entonces?

—Muchísimo, aunque tuve que medicarme durante un tiempo. Ahora ya no me controla. Además, me ayudó a mejorar mi concentración y fui capaz de sacarme la carrera a la primera, e incluso de escribir algún que otro libro —añadió sacándole la lengua para quitarle algo de dramatismo.

—Idiota. Nunca he conocido a nadie que haya tenido TOC y no sé bien cómo funciona. Las niñas pijas de hoy se quejan mucho de que tienen OCD, y lo dicen en inglés, como si no existieran esas mismas siglas en nuestro idioma. Lo usan cuando algo les da grima y para acentuar lo poco que soportan que algo no esté completamente limpio, incluso cuando ellas no han cogido un trapo en su vida.

—Veo resquemor ahí.

—Mucho. Hay un par de becarias en la oficina que me ponen de los nervios. También dicen mucho eso de «ay, qué *gringe*», y me entran a veces ganas de arrearles fuerte con una sartén.

—No recordaba que guardases tanta agresividad ahí dentro —comentó Marco, divertido—. Sácala toda, por favor. No quiero que se vuelva luego en mi contra.

—Nah, ya he terminado. Cuando me pongo nerviosa, hablo sin parar. Lo siento.

—Y ¿qué te ha puesto nerviosa?

—Parecer imbécil y no saber qué decir. Vaya día llevo.

—Para mí, uno fabuloso. —Marco la miró, tímido, pero sonriendo y mostrando un poquito sus cartas. Había algo liberador en soltar esa verdad y en dejarse ser con ella sin filtros ni tabúes—. Solo quería decírtelo porque esta noche, si te apetece, unos amigos nos han invitado a cenar con ellos y suelen hacer bromas al respecto. Lo llaman el TOC de la fortuna, y según ellos, es uno de mis secretos para el éxito. Al parecer el karma tenía que compensarme de alguna manera todas las putadas que me había hecho pasar de niño, y pensó que, si lograba hacer frente a la ansiedad y los pensamientos intrusivos, me regalaría algo que siempre hubiera deseado. Como lo de revivir a los muertos no se podía…, pues me regaló lo otro.

Lucía lo observaba con atención y sonrió con picardía.

—¿Encontrarme? —Ahora fue ella la que sacó la lengua.

—Eso, también.

Pidieron café y Lucía lo saboreó despacio. Jugueteaba con la cucharilla entre los dedos mientras Marco le hablaba del grupo de amigos que iba a conocer aquella noche. En un momento dado, él echó un vistazo a su teléfono y se sorprendió de la hora que este le devolvía. El tiempo pasa volando cuando se está a gusto, pensó.

—Deberíamos movernos si queremos llegar a casa a tiempo para prepararnos. La cena es a las ocho y media, y aunque mis amigos

son geniales, odian la impuntualidad.

Lucía asintió, dejando la cucharilla sobre el plato con un leve tintineo.

—Entonces, mejor nos ponemos en marcha.

Había algo en su voz que delataba cierta desgana. Estaba cómoda y muy relajada. Aun así, se levantaron y Lucía se empeñó en pagar la cuenta, a pesar de las quejas e insistencia de Marco por que se dejase invitar. La camarera los miró divertida, pero convino en que ella había sido más rápida y que sus razones tendría.

Mientras caminaban de vuelta a casa, el aire fresco de la tarde hizo que Lucía se estremeciera y se sintiera cansada. El subidón se le había bajado un poco y andaba arrastrando los pies. Marco caminaba a su lado, también menos energético. Ella le sonreía y le escuchaba hablar, ahora sobre temas más banales, aunque de vez en cuando su mente se deslizase hacia Javier, su enfado, y el remolino de emociones que le provocaba estar allí con Marco. Sentirlo tan cerca le parecía algo tan irreal como si el tiempo hubiese decidido hacer una pausa para ellos, dejando al resto del mundo en un segundo plano. Ese día Lucía no pudo evitar ser consciente de cada pequeño detalle: la manera en que Marco inclinaba ligeramente la cabeza al hablar, la calidez en su risa, la gravedad de su voz, incluso cómo su brazo había rozado casualmente el suyo al gesticular en varias ocasiones. Contactos mínimos, casi insignificantes, pero suficientes para hacer que su corazón se sobresaltara.

No entendía del todo, o no quería entender, lo que le estaba pasando. No era solo la nostalgia, ni el haber compartido vida en el

pasado. Había algo más. Algo que la inquietaba y, al mismo tiempo, la atraía como un imán.

Cuando llegaron al apartamento, se movieron por el espacio con una comodidad que hablaba de la confianza que habían recuperado en tan solo un puñado de horas. Como si nunca se hubieran separado. Marco anunció que, si no le importaba, se iba a echar veinte minutos. «La edad», dijo excusándose, y la invitó a hacer uso de la casa al completo. A ella le pareció una idea genial recostarse un ratito antes de arreglarse para la noche. Lo imitó, se metió en su cuarto y cerró la puerta. La maleta seguía a un lado de la cama, pero la ignoró por el momento y se tiró sobre el edredón descalza. El colchón era firme y las almohadas muy mullidas, como a ella le gustaban. Olía a ropa limpia, a frescor. Lucía cerró los ojos sonriendo, dejándose llevar por esa sensación de paz regada de cansancio.

Al mirar su teléfono para ponerse una alarma, vio que tenía un buen puñado de mensajes sin contestar, no solo en WhatsApp, sino también en Instagram. Por la mañana había subido un par de historias presumiendo de su llegada a Zagreb y ya se le había olvidado. Ups. Rosa, Petri, Pol, Brandon y Javier eran los que más numeritos marcaban junto a sus nombres.

Ni siquiera piensas cogerme el teléfono?

El último mensaje de su novio le pareció feo y la hizo sentir mal. Tumbada como estaba, se quedó mirando la pantalla largo rato, pensando en si pulsar el botón de llamar o no. No le apetecía discutir y aún menos hacer como si no hubiese pasado nada, que es lo que terminaba ocurriendo siempre que era ella la que se enfadaba

con algo que él no reconocía como incorrecto. Pulsó su nombre en la pantalla y cerró los ojos.

—Hombreee, si mi chica sigue con vida. Pensaba que ya te habías olvidado de mí.

—Podría decirte lo mismo.

Se hizo un silencio que duró tan solo unos segundos en los que Javier decidió morderse la lengua por el bien de la conversación.

—¿Qué tal por Zagreb? ¿Te está gustando?

—Mucho, la verdad. Me está sorprendiendo gratamente. Estoy agotada de tanto caminar.

—Y con Marco, ¿qué tal? ¿Está siendo raro o te sientes cómoda?

—De momento todo va bien. Es tan encantador como lo recordaba. Me ha estado enseñando el centro y ahora se ha ido a echar un rato porque hemos quedado a cenar con unos amigos suyos del instituto y estamos los dos reventados. Yo necesito relajarme un poco también, que el madrugón de hoy ha sido interesante. Ahora cuando colguemos cerraré diez minutos los ojos antes de meterme en la ducha. ¿Qué tal te fue a ti por Londres?

—Mucha reunión, mucha comida y mucho alcohol. Como siempre.

Otro silencio.

—Pues vaya. Al menos puedes descansar un poco el fin de semana. ¿Has quedado con tus padres para comer mañana?

—No, al final Nico hace una barbacoa en su casa, así que iré a tomar un café con ellos antes de ir.

—Dales un besito de mi parte. Y disfruta mucho con estos por la tarde.

—Claro, será raro no tenerte aquí, pero espero que te aproveche mucho tu viaje. ¿Cuándo dijiste que volvías?

—El fin de semana próximo, el viernes. Dejé apuntados los vuelos en la pizarra de la nevera.

—Ah, OK, no sé por qué entendí que ibas solo el fin de semana.

—Cariño, te conté que venía una semana y que haríamos una ruta en coche. Me dijiste que te parecía bien. Que tenía que relajarme y que cambiar de aires me vendría estupendamente, palabras textuales. Las partes en las que te pusiste ácido a criticar mis prioridades mejor las omito.

—Supongo que no me di cuenta de que eso implicaba que no nos veríamos en dos semanas enteras.

—No soy yo quien está siempre de viaje de empresa. Para una vez que seré yo la que no duerma en casa…

—Lu, no me estaba quejando. Solo decía que no me había dado cuenta de que no nos veríamos en tantos días. Pero, bueno, da igual. Te dejo que descanses y ya me llamas si quieres luego o mañana y me cuentas qué tal por allí, ¿vale? Y dile a Marco que yo también quiero conocerlo.

—De tu parte, vale.

—Te quiero, cabezota.

—Y yo a ti, pero que sepas que sigo enfadada contigo.

Otro silencio.

—Me lo imaginaba, aunque espero que se te pase pronto. Empiezo a echarte mucho de menos.

Lucía colgó con un sabor agridulce en los labios.

16
Primera noche

Marco se echó en la cama cansado y a la vez algo revuelto. Tener a Lucía cerca generaba en él un revoltijo de sentimientos al que no estaba acostumbrado. Su compañía era tan refrescante como un chapuzón inesperado en un día de verano, pero también tan inquietante como caminar descalzo sobre rocas en un terreno desconocido. Era el eco de lo que habían sido, juntos y separados, entremezclado con lo que ahora parecían estar construyendo sin apenas darse cuenta. Pasar tiempo uno al lado del otro hacía sonar una melodía futura que era a la vez cómoda y excitante, casa y aventura. Una melodía que, por supuesto, era una utopía completa.

Javier existía. Y su existencia marcaba una línea, un muro infranqueable que Marco sabía que no podía cruzar, al menos no sin consecuencias. Y, sin embargo, cada vez que Lucía le sonreía o sus dedos rozaban accidentalmente los suyos al pasarle un plato, ese muro de hormigón se volvía frágil y difuso. Por unos segundos se olvidaba de Javier y se permitía relacionarse con ella, con su Lucía, como si su prometido no existiese y el hecho de estar pasando unos días cómplices pudiese significar algo más. Pero Javier existía y estaba hablando por teléfono con Lucía en ese preciso momento en la habitación del otro lado del pasillo.

Suspiró y trató de enfocarse en algo diferente. Dejó que sus pensamientos fluyeran libres, apoyó un brazo sobre los ojos para bloquear la luz tenue que entraba por la ventana y cerró los párpados mientras se hundía en el colchón y se abandonaba a un instante de divagación antes de que el sueño lo encontrara.

Al despertar, escuchó el sonido del agua corriendo desde el baño del pasillo. Se desperezó; el colchón aún estaba cálido bajo su cuerpo. Lucía canturreaba con despreocupación. El sonido llegaba hasta sus oídos amortiguado, pero la melodía le arrancó una sonrisa involuntaria. Era algo tan natural, tan característico suyo, que por un momento lo transportó años atrás, a cuando eran niños y ella hacía lo mismo sin importar quién estuviera cerca. Recordó lo mucho que Pol y Carlos se metían con ella para que se callase, pero la alegría que le transmitía siempre ese acto de tararear mientras se enjabonaba el cabello lo hizo sonreír de nuevo. Había algo de la autenticidad de Lucía que lo desarmaba, algo que no había cambiado con los años. Incluso en momentos así, y sin saberlo, ella conseguía llenar el espacio con una ligereza que parecía borrar cualquier tensión o preocupación que lo achantara.

El agua dejó de correr, y el canturreo se desvaneció. Marco permaneció tumbado un momento más con los ojos fijos en el techo mientras la nostalgia lo envolvía. De niño, él había fingido odiar esas costumbres suyas, compinchado con sus dos hermanos, para acusarla de arruinar sus canciones favoritas con su desafinación. Sin embargo, aquel recuerdo le parecía ahora entrañable, una de esas pequeñas cosas que terminan definiendo a una persona.

Se incorporó para ponerse en marcha y pidió a Alexa que pusiese música. Ese aparatito era uno de sus últimos placeres y le daba

hasta vergüenza reconocerlo porque durante un tiempo juzgó a sus amigos como esnobs cuando le hablaban de él. Quizá por eso terminó siendo un regalo de amigo invisible del que despotricó al principio, pero al que se había habituado con una rapidez casi embarazosa después. Jack Johnson comenzó a sonar en su habitación mientras se espabilaba. Sacó una camisa limpia del armario y se cambió con parsimonia, aún algo adormilado por la siesta. Unos toquecitos sonaron en la puerta.

—Pasa.

La manilla se movió y la cabeza de Lucía apareció por el resquicio de la puerta. Marco estaba descalzo, con los vaqueros desabrochados y una camiseta interior blanca de tirantes. Ella tragó saliva.

—Perdona, no quería molestar —dijo desviando la mirada con incomodidad. Marco no pudo evitar una sonrisa canalla—. Iba a preparar café y venía a ofrecerte una taza.

—No molestas. Dame un minuto y te alcanzo en la cocina.

Ella cerró la puerta con cuidado antes de dirigirse hacia la cocina con expresión de estar saboreando un limón. Definitivamente, no era buena señal que se pusiera nerviosa y se le secase la boca al ver a su hermano medio vestido. Había corrido con él por el césped en biquini mil y una veces de niños. Era absurdo, se repitió. Marco era Marco. Su Marco. Su amigo que había sido casi un hermano. Pero ahora, esa cercanía, esa familiaridad, parecía haberse transformado en algo más que la hacía sentirse tan torpe como una adolescente hormonada.

Respiró hondo y se concentró en el acto sencillo de preparar café. Encontró café molido en un bote de cristal en la encimera y sacó una

cuchara del primer cajón para rellenar el filtro metálico de la cafetera italiana que había junto a la vitrocerámica. Echó agua en la base, la puso al fuego y fijó la vista en la ventana, observando el movimiento de las hojas del árbol que había frente a la casa con el viento, como si aquello pudiera disipar el calor que sentía en las mejillas.

Cuando Marco apareció, ya estaba arreglado. Se había puesto una camisa de color verde y la sonreía con ojos benevolentes. En ese instante, la cafetera empezó a borbotear.

—¿Qué? —preguntó Lucía al ver que su expresión no mudaba y mantenía los ojos fijos en ella mientras apagaba el fuego.

—Nada, nada. —Él levantó las manos en señal de inocencia—. Solo te observaba. ¿Hay café suficiente para los dos? —preguntó con una expresión despreocupada mientras sacaba dos tazas del armario.

—Claro, ¿cómo lo tomas?

—Solo está bien. ¿Ya estás lista?

Marco percibió divertido su nerviosismo al acercarle las tazas.

—Sí, solo me queda coger el bolso. —Lucía agarró las tazas y caminó hacia la cafetera, evitando a toda costa mirar en su dirección. Sirvió los cafés con movimientos medidos y le pasó uno, esforzándose por no rozarle con los dedos esta vez.

—Gracias. —Dio un sorbo y suspiró con satisfacción—. Si quieres algo dulce para acompañarlo, hay pastas y chocolate en el armario de ahí. —Señaló el mueble sobre el microondas.

—Qué va, estoy aún llenísima. No sé siquiera si seré capaz de ingerir algo esta noche.

—No te preocupes, cocina Silvi y suele ser imposible resistirse a sus creaciones culinarias. Pero no te sientas obligada. De igual

manera, tenemos tiempo todavía. Solo hay que llevar vino. Tengo un par de botellas ya listas, así que sin prisa.

Lucía asintió sin mirarlo, concentrándose en terminar su café. La tensión en el aire era palpable, aunque ninguno de los dos lo reconocería en voz alta. Marco, aunque divertido por verla tan azorada, decidió darle un poco de espacio. Tras unos minutos, se enderezó y dejó la taza en el fregadero.

—Voy a contestar un par de correos. Avísame cuando estés lista y nos vamos, ¿vale?

—Perfecto —respondió ella, sintiéndose culpable sin saber muy bien de qué.

Cuando él salió de la cocina, Lucía dejó escapar un suspiro y se apoyó en la encimera de nuevo. Había estado acumulando aire en sus pulmones sin apenas darse cuenta. Pero ¿qué narices hacía? Estúpida, estúpida, estúpida. Sus pensamientos eran un caos, y se acababa de comportar como una completa estúpida. Petri le hubiera dado una colleja y Rosa se hubiera reído de ella sin ningún tipo de compasión. ¿No era ya una mujer adulta? ¿Qué recórcholis estaba haciendo entonces?

Aprovechó la oportunidad para contestar mensajes e informar a sus compañeras de trabajo de que estaba viva y que su casi hermano seguía tan encantador como siempre. Incluso más de lo esperado, pensó para sí misma. No pasaron ni dos minutos antes de que la pantalla del aparato se iluminara de nuevo con sus nombres. Querían fotos y que desconectase del móvil entre medias. Disimuló una sonrisa.

Metió ambas tazas en el lavavajillas y se acercó a su habitación para hacerse con el bolso, la chaqueta y un fular de cachemir

granate supercalentito que le daba calma por las noches. Odiaba pasar frío.

—Cuando quieras, nos vamos. —Se asomó al salón con ánimos renovados. Marco estaba sentado en el sofá con las gafas puestas y las piernas cruzadas, y miraba con seriedad su portátil. Cerró la pantalla y lo dejó a un lado al verla.

—Bien, vayámonos entonces. —Se puso en pie y le dirigió una sonrisa calmada.

Fueron caminando hasta casa de sus amigos, pues no estaba muy lejos y el paseo era tranquilo y estaba bien iluminado. Había gente deambulando por las calles y disfrutando en las terrazas. Su conversación fluyó más lenta y con más silencios que la de la mañana, lo que Lucía atribuyó al cansancio. Marco llevaba una bolsa de tela colgada del hombro con las botellas de vino y sus pasos eran tranquilos y seguros. Ella, con sus botines altos y bonitos, daba pasos más cortos pero también relajados.

Unos diez minutos después de salir de casa, llegaron a un portal con una puerta enorme de madera, y Marco llamó al telefonillo sin dudar. Lucía pensó que debía de haber estado allí ya muchas veces.

—¿Sí? —preguntó una voz femenina medio minuto después.

—Soy yo. Abre.

—Solo si te has acordado de traer vino y a la chica —dijo la voz en un idioma que Lucía no entendió. Marco rio e insistió en que abriera de una vez. Sonó una risita de fondo antes del ruido de la puerta al abrirse. Marco empujó y la invitó a pasar primero. Subieron andando al primer piso.

—Son muy bromistas, y hablan un poco de español e inglés. Si en algún momento te sientes incómoda nos vamos, ¿vale?

—Estaré bien, tranquilo —aseguró ella, agradecida por sus cuidados, poco acostumbrada a tantas atenciones.

La puerta entreabierta del 1.º A dejaba ver una casa iluminada y bastante espaciosa. Sonaban voces de fondo y un olor maravilloso, de comida casera, se escapaba por el descansillo. Lucía se detuvo un instante y respiró hondo aquel aroma. Pensó que algo tan sencillo como el olor a comida recién hecha era muy acogedor. Marco le hizo un gesto con la mano para que entrara y luego cerró la puerta tras ellos.

—¡Marco! —Una mujer alta, de cabello rubio y ojos vivaces, apareció desde la cocina con una espátula en la mano. Su sonrisa era amplia y franca, y abrazó al escritor con familiaridad antes de girarse hacia Lucía—. ¿Y tú eres…?

—Lucía —respondió ella, tendiéndole la mano con una sonrisa tímida.

—Nada de eso, aquí solo saludamos de verdad. —La mujer separó la espátula de su cuerpo tanto como pudo y la envolvió en un abrazo sorprendentemente cálido—. Soy Silvia. Bienvenida.

Lucía sonrió, un poco sorprendida, pero agradecida por la amabilidad del recibimiento. La mujer se volvió hacia Marco mientras lo señalaba con un dedo acusador.

—Espero que hayas traído algo bueno esta vez. No queremos repetir el desastre del último vino que trajiste.

—¿Cuándo no vengo con algo bueno? —respondió Marco, levantando la bolsa con aire ofendido—. El de hoy os va a encantar.

—Pasad, pasad. No os quedéis ahí. Estamos todos en la cocina. Saludad al resto y luego ya le enseñas la casa.

Siguieron a Silvia a la cocina y una serie de caras nuevas comenzaron a aparecer desde diferentes rincones del lugar. Había unas seis personas más, casi todas en parejas, que saludaron a Marco con entusiasmo y dirigieron miradas amables a la par que curiosas a su acompañante.

—Así que tú eres la famosa Lucía —comentó un hombre de cabello oscuro y rizado, señalándola mientras se servía una copa de vino y ofrecía otra a la aludida tras saludarla.

—Eso me temo —apostilló ella un poco insegura. Agradeció la copa que este le tendió unos segundos después.

—Dejadla respirar, chicos. —Marco se inclinó hacia Lucía y le susurró—. Son intensos al principio, pero en menos de una hora serás una más y casi ni te darás cuenta.

—Eso espero —contestó ella también en susurros, sonriendo aliviada por la broma.

Tras las presentaciones iniciales, el grupo volvió a sus conversaciones mientras ella los observaba con curiosidad. Todos hablaban más o menos bien español, cosa que le sorprendió muchísimo, y agradeció el esfuerzo por comunicarse en su idioma. La miraban con respeto y parecían cómodos bromeando entre sí, con la confianza que dan los años. Marco le había explicado que el grupo se formó en el instituto, y que, aunque cuando cumplieron la mayoría de edad cada uno tomó caminos diferentes, de una u otra forma siempre mantuvieron el contacto y trataban de verse al menos un par de veces al año.

—Las cenas en esta casa son visita obligada cada vez que estoy en Zagreb.

—Sabe que somos sus amigos más antiguos. Tiene que cuidarnos y ponernos al día. No todos los días se cuenta con el honor de invitados famosos en las cenas.

—No empecemos otra vez… —contestó Marco exagerando una cara de disgusto fingido que divirtió a Lucía. La atmósfera tenía un aire de camaradería nostálgica que a ella le resultaba entrañable—. De hecho, el título de amiga más antigua ahora no os corresponde a vosotros, sino a ella. Nos conocimos antes.

—Me caes fatal —dijo Silvia de broma, apuntándolo de nuevo con su espátula en la mano—, pero como grupo mantenemos el título. Podemos llamarlo tablas.

Lucía convino que le parecía un acuerdo más que justo.

Sentados alrededor de la isla de la cocina, todos con una copa en la mano, la miraron con atención. Marco se percató y trató de romper el hielo.

—Creo que mis amigos son unos cotillas que están tratando de ser amables y no agobiarte a preguntas, pero que se mueren por saber más cosas de ti.

Ocho pares de ojos la miraron sonrientes, asintiendo.

—Son muchos años escuchando historias.

—¡Hasta hablamos español por tu culpa!

—¿Cómo? —preguntó ella, extrañada por ese último comentario.

—Bueno, en realidad no es por tu culpa, sino por la de él —dijo el marido de Silvia señalando a Marco.

—¡A mí que me registren!

—Ya, ya…

Lucía tenía cara de estar más perdida que un pingüino en pleno desierto, lo que desató una nueva ola de risas entre los presentes.

Marco, consciente de que la atención estaba cien por cien centrada en ella, decidió intervenir.

—Oye, ya está bien de intimidar a mi invitada. Si seguís así, no vuelvo a traer a nadie.

—¡Como si lo hicieras a menudo! —soltó uno de los chicos, guiñándole un ojo a ella.

—Exacto, esto es todo un evento. Si fuese algo más habitual… —añadió Silvia, levantando su copa en un gesto burlón.

Lucía sonrió, relajándose un poco. Iba mirando a unos y a otros como en un partido de tenis, divertida de las pullitas que se iban lanzando. Era evidente que el grupo disfrutaba picando a Marco y que él se lo tomaba con bastante deportividad.

—Al final vamos a asustar a la pobre chica y aunque él la invite no va a querer volver —dijo Boris, otro de los amigos de Marco—. Para ahorrarte la intriga innecesaria —aclaró haciendo un gesto pomposo con las manos—, cuando éramos adolescentes estaban de moda las telenovelas mexicanas y nuestras abuelas las veían.

—Y nosotros también. Todos —apostilló su chica señalando a todos los presentes al tiempo que sonreía y levantaba con intención las cejas—. ¿Te imaginas a todos estos hombretones tirados frente al televisor mientras unos y otros se juraban amor eterno, descubrían infidelidades, hijos secretos y cosas así?

—Juan Ramón, estoy embarazada. Pero no es de ti, es de un caballo.

—¡Fuera de mi casa!

—Bésame como si no hubiera un mañana, Francisco José.

El grupo entero rompió en carcajadas, Lucía incluida.

—No me lo puedo creer.

—Pues créetelo. —Marco la miraba divertido—. Al menos ahora le pueden sacar provecho. A mí me ayudó a no olvidar el idioma, aunque el acento reconozco que me hacía mucha gracia.

Lucía reía con ganas, dejando de lado su inicial timidez. La espontaneidad del grupo y la forma en que revivían recuerdos con tanto desparpajo le parecieron encantadoras.

—¿Y ahora qué? ¿Vais a hacer una telenovela en vivo para que vea todo el talento que desarrollasteis? —preguntó siguiéndoles el rollo y recuperando la compostura mientras se llevaba una mano al pecho.

—No descartes la idea —respondió Boris, poniendo una mano en el hombro de Marco—. Podríamos hacer una versión moderna. Marco sería el galán atormentado, ¿no creéis?

—Oh, claro —añadió Silvia, sosteniendo su copa como si fuera un micrófono—. Marco, el tipo melancólico que nunca superó a su primer amor y camina bajo la lluvia con cara de sufrimiento.

—Muy acertado —convino Alice, mientras colocaba una servilleta en el bolsillo derecho de la camisa de Marco a modo de pañuelo improvisado—. Así, como un galán de película.

Marco dejó escapar un suspiro exagerado y se llevó una mano a la frente, continuando el juego.

—No me entiendes, María Guadalupe… —dijo con voz grave, poniendo acento latino y girándose hacia su público de manera teatral—. Mi alma está rota, como un espejo que refleja los mil pedazos de nuestro amor imposible.

Lucía casi escupió el vino de la risa mientras Boris caía en su silla fingiendo estar abrumado por la interpretación.

—Veo que aquí no os aburrís nunca.

—Ese es el plan. —Silvia aplaudió para dar por concluida la escena improvisada—. La vida ya tiene suficientes dramas. Los de mentira son siempre más divertidos.

Lucía estuvo de acuerdo. Encontraba refrescante la manera en que se tomaban las cosas. La conversación siguió por otros derroteros: viajes, recuerdos de escuela y hasta algunas anécdotas vergonzosas de Marco, que todos compartieron con gusto, aunque desde un cariño evidente.

—¿Siempre son así? —le preguntó Lucía en un momento en que las risas habían bajado un poco de intensidad.

—Sí, y creo que es uno de los motivos por los que los quiero tanto —respondió él, mirando a sus amigos con una sonrisa que decía más de lo que las palabras podían expresar.

Ese grupo de personas eran el ancla que Marco siempre había necesitado. Una conexión con sus raíces, con su adolescencia, y con un tiempo en el que las preocupaciones eran más sencillas y el futuro parecía un horizonte lleno de posibilidades. Aunque viviera lejos la mayor parte del tiempo, sabía que siempre podía regresar y encontrarse con los mismos rostros, los mismos chistes y la misma calidez que le hacían sentir en casa. Ellos seguían tratándole con naturalidad. Le expresaban su cariño y se preocupaban por él genuinamente. No por la fama cosechada o por los contactos que pudiese o no tener. Porque era él, Marco. Su Marco.

La conversación cambió nuevamente de rumbo y la interrogaron de forma nada sutil: a qué se dedicaba, que si le estaba gustando Zagreb y, por supuesto, la inevitable pregunta sobre si tenía pareja.

—Sí, estoy comprometida —respondió Lucía girando el anillo en su dedo antes de volver a dejarlo quieto.

Se produjo un silencio, apenas perceptible, pero suficiente para que Lucía notara un intercambio de miradas entre Silvia y uno de los chicos, Boris.

—Ah, eso es interesante —dijo Silvia con tono ligero, como si el comentario fuese casual—. ¡Muchas felicidades!

—Gracias. —La sonrisa de Lucía se mantuvo firme.

—Confieso que esperábamos que hubiera más en la historia de lo que Marco nos había dicho. Nunca nos trae a nadie, ¿sabes? Pensábamos…

Marco bufó, agitando una mano como para hacerlos callar.

—Silvia, no empieces con esas cosas.

—¿Qué? Yo no he dicho nada malo —replicó ella, alzando las manos con una expresión de falsa inocencia—. Solo digo que es agradable conocerte, Lucía. Y que, como amigos del soltero de oro aquí presente, morimos de ganas por que se lance a presentarnos por fin un día a alguna de sus novias. Y, como nos has caído bien, teníamos la esperanza de que esa chica fueses tú.

Lucía sintió una leve incomodidad.

—Sois todos unos cotillas, y punto. —Marco trató de avergonzar un poco a sus amigos para zanjar el asunto—. El día que haya una novia, la traeré. Hasta entonces…

—Tendréis que conformaros conmigo —cortó Lucía, entrando al trapo de las bromas del grupo.

Rompieron en carcajadas y brindaron por esa promesa todos juntos. La atención se desvió momentáneamente hacia otro tema, pero Lucía notó cómo Marco la observaba de reojo, con una mezcla de orgullo y otra emoción que no logró identificar antes de guiñarle un ojo con complicidad.

Cuando se sentaron a cenar hablaron de Barcelona, de política, de unos amigos suyos que estaban esperando un bebé y, ya con el postre, viraron de nuevo hacia Marco y un tema que parecía pesarle bastante.

—Bueno, Marco, ¿y qué pasa con ese contrato con el que tu agente te martiriza? ¿Habéis llegado ya a algún acuerdo? —preguntó Silvia mientras recogía los platos.

La pregunta intrigó a Lucía.

—¿Contrato?

—Sabes que Marco es nuestra superestrella local, ¿no?

—Algo así tengo entendido —aseguró Lucía mientras el aludido resoplaba.

—No es para tanto.

—Sí que lo es, y tú te callas.

Marco suspiró encogiéndose de hombros mientras cortaba un segundo trozo del pastel que se había servido de postre.

—Es un contrato de diez años con mi editorial inglesa —dijo mirándola a ella—. Me ofrecen estabilidad, más visibilidad…, pero también giras interminables, firmas de libros y lanzamientos con proyección internacional. Lo típico.

—Diez años —repitió Boris, apoyando los codos sobre la mesa—. Es mucho tiempo, pero también suena a un gran reconocimiento de tu trabajo, ¿no?

Marco asintió.

—Lo es. Pero no sé si quiero atarme tanto. La idea de vender mi libertad para pasar más tiempo en hoteles, aeropuertos y escenarios me agota solo de pensarlo.

—Entiendo que las giras puedan ser un sacrificio —dijo otro de los amigos sirviéndose otra copa de vino—. Pero… ¿no se supone que eso es lo que queréis los escritores? Reconocimiento y eso.

—Al principio sueñas con estas cosas, sí. Pero en realidad porque te encanta la idea de poder vivir de escribir. Lo que pasa es que una vez que entiendes el precio que has de pagar, deja de ser tan divertido.

Lucía, que había estado escuchando en silencio, intervino con cuidado. Se sentía muy incómoda al tener un as en la manga, una conversación pendiente, que no se decidía a iniciar. Le inquietaba que con su petición se rompiera la magia.

—¿Y qué te gustaría hacer? Si no firmaras, quiero decir —balbuceó.

Marco levantó la mirada hacia ella. La pregunta parecía haberle pillado desprevenido.

—Escribir. Como siempre. Pero… a mi ritmo, sin sentirme atrapado en un calendario o una agenda.

Lucía temía el conflicto que se podría generar si hablaba, pero también si mantenía silencio.

—¿Y no puedes decirle a Mara que prefieres seguir como hasta ahora?

—Ya lo he hecho, pero el contrato implica pasta, y ella se llevaría un buen pico.

—El dinero es siempre muy goloso —dijo uno de los chicos.

—¡Pues cambia de agente! —intervino otro.

Silvia interrumpió el momento con un suspiro exagerado.

—O de editorial, ¿no? Lucía, tú trabajas también en ese mundo. ¿Qué opinas tú?

—Pues… es que creo que es una decisión muy personal. No conozco a su agente y no conozco las condiciones, pero, como todo en la vida, es cuestión de negociar y llegar a acuerdos.

Marco la observó por un instante, como si estuviera evaluando sus palabras.

—Sé que viniste a desconectar, pero ¿me darás tu opinión uno de estos días, Lu?

—Claro, porque yo pienso que quizá un cambio sería…, pero, bueno, ahora no es el momento.

—Por nosotros no os cortéis, ¿eh?

Marco la miró curioso, y ella claudicó.

—A ver, es que yo opino que en el momento de tu carrera en el que estás, casi que da igual con quién publiques, porque tu nombre ya vende. Entonces no necesitas que tu editorial actual te asegure publicarte y giras; es más bien al revés. Ellos te necesitan a ti. Creo que tienes la sartén por el mango y es cuestión de plantearte qué estás dispuesto a ofrecerles tú a ellos, o si prefieres sondear otros sellos.

Lo soltó todo así, con seguridad. Marco asintió y sus amigos aplaudieron y la propusieron a ella como su nueva agente porque «no parece tan pesada como Mara, esta nos cae mucho mejor». Rompieron en carcajadas, y Lucía y Marco se observaron. Ella sintiéndose vil y rastrera; él, afortunado.

Tras un par de bromas más, el foco de la conversación cambió hacia otro de los asistentes, dejándoles espacio para respirar y relajarse.

A la hora de irse, todos ayudaron a recoger entre risas y comentarios sobre quién era el peor organizando la cocina o quién

no tocaba ni un trapo.

—¡No dejéis que Marco se ponga con la cubertería! Tardaría años en colocarla en el cajón a su manera milimétrica.

—Si con eso nos ayuda a atraer la fortuna a esta casa…

—¡No seáis capullos!

—Aquí somos adultos deconstruidos y damos y recibimos todos por igual —terció Boris—. ¡Igualdad y fraternidad, amigos!

Las carcajadas volvieron a inundar el piso.

—Nos ha encantado conocerte, Lucía. —Silvia le dio un abrazo espontáneo cuando recogían las chaquetas y los bolsos—. Vuelve pronto, ¿vale?

—Lo haré. Ha sido una noche maravillosa. Un millón de gracias por la invitación.

—Gracias a ti por venir —aseguró Boris antes de darle un codazo a Marco con una sonrisa burlona mientras los acompañaban hacia la puerta—. ¿Ves, Marco? No mordemos. A ver si te haces menos de rogar la próxima vez…

—Boris… —Marco resopló, visiblemente avergonzado, pero sin dejar de sonreír.

Al salir al fresco de la noche, Marco y Lucía caminaron acompañados aún por el eco de las risas de la velada.

—Son geniales —sentenció Lucía jovial—. Tienes suerte de contar con ellos.

—Lo sé. —Marco miraba al frente con expresión pensativa—. ¿Te han asustado? ¿Te has sentido a gusto?

—¿Asustarme? Para nada. Más bien me han conquistado. —Las palabras de Lucía estaban cargadas de sinceridad.

—Es peligroso que te conquisten. Luego no hay vuelta atrás.

Lucía negó con la cabeza.

—Entonces será mejor que me acostumbre.

17
London, baby

A la mañana siguiente, cuando Marco abrió los ojos sintió una ligera resaca burbujeando de fondo. Su alarma estaba programada para las ocho y media, y aunque todavía faltaban cincuenta minutos enteros no fue capaz de dormir ni un segundo más. Bebió un poco de agua del vaso que dejaba cada noche en su mesilla antes de acostarse y se metió en la ducha.

La velada anterior había sido divertida y maravillosa. Vivió como un regalo poder compartirla con Lucía y ver lo bien que se integró con sus amigos. Se hubiera quedado con ella hablando con una copa de vino en el sofá, pero ella se le adelantó preparando infusiones para ambos.

—¿Tienes miel?

—En la balda encima de las tazas —contestó él desde el salón.

Al poco apareció sonriente con un amplio y colorido pijama, sosteniendo una bandeja de bambú con dos tazas. Se acomodó en uno de los sofás tras depositarlo todo en la mesita de café situada enfrente.

—Estoy agotada pero feliz —anunció con una sonrisa somnolienta antes de sentarse.

—Pues ya somos dos.

Lucía lo observó con una intensidad mal disimulada, calentándose las manos con su taza y recostándose en su asiento. Subió los pies, dobló las rodillas y se hizo una especie de bolita, como Marco recordaba que hacía de niña.

—¿Qué pasa?

—Nada, solo te miro. Es… raro estar aquí, contigo.

—¿Estás incómoda?

—No, no, para nada. No me refería a eso. Es más bien… —Lucía se apretó más contra las piernas y dejó vagar la mirada por la habitación, tratando de buscar la palabra perfecta que describiera esa maravillosa sensación de irrealidad que la envolvía.

Marco se echó una cucharadita de miel en su infusión.

—¿Más bien qué? —la instó con curiosidad, girando el cuerpo hacia ella, como si temiera perderse lo que fuera a decir.

Lucía jugueteó con la cucharilla que descansaba en su taza, dándole vueltas al néctar dorado que reposaba en el fondo, antes de tomar un pequeño sorbo. Respiró hondo y dejó escapar una risita breve, cargada de un leve nerviosismo por contestar.

—No sé cómo explicarlo sin que suene cursi o melodramático.

—Inténtalo.

Levantando la mirada de nuevo, se encontró con sus ojos, que parecían aún más oscuros bajo la luz tenue del salón.

—Es como si este momento estuviera sacado de un sueño que tuve alguna vez. —Hizo una pausa, calibrando sus palabras—. Siempre he tenido esta imagen en mi cabeza…, que cuando nos reencontráramos estaríamos hablando, simplemente hablando, felices, tranquilos y en paz. Y ahora aquí, contigo…, es como si ese sueño se hubiera vuelto real. Como un *déjà vu* extraño.

Marco apartó la vista de ella, con un gesto más introspectivo.

—¿Eso es raro?

—No, raro no. Solo… inesperado.

Por un instante, no dijeron nada más. Solo el tintineo de las cucharillas y el eco del reloj de pared llenaron el espacio. Marco rompió el silencio con una sutil risa contenida al tiempo que subía los pies a la mesita para estirar las piernas y arrellanarse él también en el respaldo del sofá.

—Creo que ahora me toca a mí decir algo cursi.

—Ah, ¿sí? Adelante.

Lucía no iba a reconocerlo en voz alta, pero estar en pijama frente a Marco, en su casa, bebiendo té y haciéndose confesiones era lo mejor que le había pasado en siglos. Un festival erótico-festivo, pero sin erotismo, claro. Todo muy casto e inocente, se dijo, reprendiéndose a sí misma de nuevo por pensar esas cosas. La estaba poseyendo el diablo. O la virgen del pecado, como diría Petri. Ay, Dios, sí que estaba mal si se ponía a pensar en su compañera en momentos así. Trató de concentrarse de nuevo enfocándose en su interlocutor. Vio duda en los ojos de Marco. Una duda que bailaba y se recreaba en sí misma. Justo en ese momento, él se pasaba una mano por el cabello, considerando que mejor decía solo una parte de todo lo que pensaba.

—Es justo confesar que para mí esto también es algo sacado de un sueño. Y me encanta que estés aquí. Me hace feliz. Mucho —recalcó esa última palabra—. Que vinieras a verme a la firma en Barcelona y que estés ahora conmigo es una utopía maravillosa.

—Yo también estoy feliz de estar aquí —aseguró en voz baja. Sentía que casi cualquier cosa podía romper la magia del momento.

En la expresión de Marco había algo que sugería que quería decir más. Al final decidió no hacerlo. En su lugar, tomó un sorbo de su infusión y dejó que el silencio los envolviera de nuevo. El tipo de silencio que solo compartes con alguien con quien te sientes en casa.

Lucía se obligó a dejar la taza en la mesa. Ella también estaba cómoda por esa ausencia de palabras, pero una parte de su cabeza estaba llenando el espacio con ideas impuras. Mal, mal, mal. Algo en la manera en la que él había hablado le hizo sentir un calor extraño en las mejillas.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Marco rompiendo el hilo de sus ideas.

Lucía lo miró como si la hubiera pillado con la mano en el tarro de las galletas.

—Estaba pensando que… —vaciló, mordiéndose el labio—, que no tengo ganas de que acabe esta semana.

—Falta mucho todavía. Esto no ha hecho más que comenzar.

Su intensidad la hizo sentir vulnerable. El corazón le latía un poco más rápido de lo habitual, pero a la vez estaba en *casa*. Evitó los ojos de Marco y se recostó de nuevo en el sillón. Inspirar en tres, exhalar en seis. Volvió a mirarlo. Se sonrieron. Sabía que esa calidez en sus palabras y en su mirada deberían haber sido reconfortantes. Y en realidad lo eran. Y mucho. Pero de alguna manera extraña también despertaban en ella una punzada de culpa que no podía ignorar. Había algo profundamente injusto en cómo estaba permitiéndose disfrutar de todo aquello. Por un momento pensó que era terrible que el día hubiera sido tan perfecto y se hubiera

convertido en su favorito en siglos. Se juzgó por no tener ganas de llamar a Javier.

Marco observó cómo sus manos jugueteaban con un mechón de cabello, gesto que le pareció tan sugerente como encantador. Él no era alguien que se quedara atrapado tan rápido en sentimentalismos, pero tenerla allí, en su sofá, con esa combinación de incertidumbre y dulzura en su rostro, hacía que él se sintiera… completo.

Eso lo asustaba un poco.

Marco no podía recordar la última vez que se sintió tan a gusto con alguien. Quizá porque desde hacía tiempo su vida había sido un vaivén de rutinas cómodas, viajes incómodos y soledad elegida. Tenía amigos y, de vez en cuando, citas, pero lo que destilaba en presencia de Lucía era diferente: la sensación de encontrar la pieza que faltaba de un puzle que lleva incompleto en la mesa del salón más años de los que eres capaz de contar.

El reloj de pared marcó la una y el sonido del segundero llenó el breve silencio. «Esto no será fácil», se dijo con una media sonrisa en los labios. Aunque, en el fondo, sabía que tampoco lo quería fácil.

Cuando sus ojos se encontraron de nuevo, se sonrieron, tímidos, en ese pequeño universo que habían creado en el salón. Se quedaron un rato más hablando de cosas simples y disfrutando de las infusiones hasta que vaciaron sus tazas. Una media hora después decidieron que era hora de dormir. Lucía se dirigió a su habitación con una sensación de calidez y ligereza que no podía explicar del todo. Marco, que se quedó recogiendo y apagando las luces, se detuvo por un momento para mirar el lugar donde ella había estado sentada para agradecerle tanto a la noche como a su suerte.

Por la mañana Lucía lo encontró sentado a la mesa del salón frente a su portátil con una taza de café y una bandeja al lado con diversos dulces y bollería.

—Buenos días, dormilona. Son de hoy —dijo señalando la bandeja —. No sabía qué te apetecería, así que he cogido un poco de todo. Lo que no nos comamos, nos lo llevamos para el viaje en coche.

—Vale. Pero voy a darme una ducha antes, a ver si me despejo, que tengo la cabeza…

—¿A ti también te está pasando factura el vino?

—Y las risas y el trasnocheo —confesó con una sonrisa somnolienta—. Sigue a lo tuyo, yo vengo en breve.

Marco la instó a vestirse con ropa cómoda, porque, después de un último minitour por la ciudad, partirían hacia el sur.

Una hora después, y tras un copioso desayuno regado con café recién hecho y zumo de naranja, salieron para visitar el túnel Gric, de trescientos cincuenta metros de largo y construido como refugio durante la Segunda Guerra Mundial.

—Volvió a utilizarse durante la Guerra Patria en los noventa. Y hasta hicieron fiestas aquí dentro los jóvenes con música y alcohol y…

—¿Tú estuviste? —preguntó ella, sorprendida.

—Qué va, yo era pequeño. En aquella época vivía con vosotros en Barcelona. No conocí Zagreb hasta que me reclamó mi tía.

Lucía observó las bóvedas del túnel por el que paseaban. Sonaba el eco de sus pies y las risas de unos niños que andaban cerca con sus familias.

Cuando salieron a las calles empedradas del centro, el aire ya soplaba con la calidez de una mañana de mayo. El bullicio de la

ciudad se hacía presente: las terrazas de los cafés comenzaban a llenarse y el sonido de las bicicletas se entremezclaba con el murmullo de conversaciones y los pasos de los transeúntes. Marco lideraba la excursión con paso relajado, mostrándole a Lucía las calles que serpenteaban entre edificios clásicos y fachadas pintadas en tonos pastel. El sol, aún bajo, proyectaba sombras suaves y un cálido brillo que hacía resaltar cada rincón. Lucía iba pensando en lo maravilloso que era estar allí y en lo que pasaría si él accedía a su petición de publicar con Alumbra. ¿Y si al final trabajaban bien juntos? Por un momento se recreó en la cara que pondría Javier al enterarse y en lo que podría suponer para su carrera. «Para —se dijo —. Te estás armando castillos en el aire. Primero tienes que encontrar el momento para comentarle la situación. Luego ya…».

Caminaron por Zrinjevac, un paseo arbolado que se llenaba de vida con el buen tiempo. Los bancos estaban ocupados por parejas mayores, había niños que corrían persiguiendo palomas y un violinista callejero que tocaba melodías alegres.

—Este lugar parece sacado de una postal. —Lucía, que se esforzaba por alejarse de sus ensoñaciones, giró sobre sus talones para mirar el carrusel de árboles que se extendía por el parque.

—Me gusta venir aquí a leer cuando llega el buen tiempo —confesó Marco—. En primavera y verano siempre está lleno de vida, pero nunca pierde esa calma que lo hace especial.

Pasearon un rato más antes de dar media vuelta.

—No quiero que sientas que vamos corriendo, pero es que hay tanto que ver… En este viaje te enseño lugares y, la próxima vez, exploramos más a fondo el destino que elijas, ¿vale?

—Trato hecho.

Los dos sintieron chiribitas internas con ese pacto de volver y repetir, pero ninguno dijo nada. Subieron por última vez al apartamento de Marco para recoger sus respectivas maletas. El croata había preparado también una mochila con agua, tentempiés, fruta y las sobras del desayuno.

—Parece que nos vayamos de acampada —comentó Lucía divertida desde el descansillo al observar la cantidad de comida y bebida que llevaba Marco entre las manos.

—Ya me darás las gracias, ya…

A medida que el coche avanzaba por la carretera sinuosa, dejando atrás el bullicio de Zagreb, los paisajes verdes comenzaron a extenderse ante ellos. Marco había conectado su teléfono al sistema de sonido, y una lista de reproducción tranquila llenaba el espacio con acordes suaves. Lucía miraba por la ventana, apoyada en el reposacabezas, mientras sus dedos tamborileaban con suavidad al ritmo de la música.

—¿Siempre escuchas música tan melancólica? —preguntó ella rompiendo el silencio.

Marco sonrió, sin apartar la vista del camino.

—No es melancólica, es introspectiva. Hay una diferencia. Además, conducir con Ludovico Enaldi de fondo mola mucho.

—Claro, claro. —Le sorprendió escuchar a un hombre hecho y derecho como Marco usar la expresión «mola mucho»—. Y esta canción… ¿tiene una historia especial?

Él se encogió de hombros.

—Mi padre era pianista, ¿te acuerdas? Quizá por eso siempre me ha gustado escuchar música clásica. Me recuerda a la banda sonora

de mi infancia y, de alguna manera, me hace sentir a mis padres cerca. Este compositor me lo recomendó alguien cuando vivía en Londres. Bueno, el que fue mi mentor en el mundo de las letras.

Lucía levantó la mirada, interesada.

—¿El padre de Mara?

Marco asintió y su tono se volvió más pausado.

—De hecho, conozco a Mara gracias a él. ¿Te lo había contado? Es… una larga historia.

—Tenemos tiempo.

—Bueeeno, está bien. Pero es que no sé por dónde empezar.

—Pues por el principio, querido escritor. Dicen que así es como mejor se empiezan las historias.

—Veamos… Como ya te dije, estudié en Bari y al terminar la carrera me mudé a Londres con un amigo. Supongo que te suena eso de que el inglés era el idioma del futuro —apuntó bromeando.

—Algo así.

—Bueno, pues por eso fuimos. Al año y medio más o menos de haberme mudado, empecé a trabajar en una librería que tenía un cliente asiduo, muy amigo de la dueña.

—Sí, me contaste: él acabó siendo tu mentor.

—No te adelantes.

—Perdón, perdón. Continúe usted, entonces.

—Bien, pues este señor un día se quedó hablando conmigo porque la dueña no había llegado aún. Venía del médico y aunque habitualmente sonreía y era encantador con todo el mundo, aquella tarde en concreto llevaba un aire taciturno y melancólico difícil de disimular.

—¿Y qué pasó? —preguntó Lucía curiosa por conocer las piezas de ese puzle.

—Fue la primera vez que hablamos de algo más que de libros. Me contó que acababan de diagnosticarle una enfermedad crónica. Algo manejable, pero que le cambiaría la vida. Y yo…, bueno, hice lo que mejor sé hacer: escuchar. Y compartimos una conversación interesante, opiniones sobre muchos temas a los que no sé ni cómo llegamos, y ese ratito, de alguna manera, terminó siendo muy reconfortante para ambos. Ninguno de los dos nos lo esperábamos, pero a partir de entonces empezó a buscarme cada vez que iba a la librería.

—¿De qué hablabais? Aunque sospecho que lo sé…

—De todo. Literatura, arte, música, la vida… A veces me hablaba de los errores que había cometido, con la esperanza de que yo no cometiera los mismos. Un día me confesó que su periódico lo mandó a cubrir el funeral de Josip Broz Tito, en mayo de 1980. Este acontecimiento capturó la atención de la prensa británica y de todo el mundo, de hecho, y permaneció por la zona un tiempo. Siempre se arrepintió de no haberse quedado. Conoció a una joven de la que se enamoró y a la que no volvió a ver. Llevaba años con remordimientos de conciencia por ello y, bueno, imagino que conmigo se podía desahogar. Resarcirse de algún modo. Pasó todo poco antes de unirse a la mujer que terminó siendo la madre de Mara, y acabó poniéndole a su hija mayor el nombre de aquella mujer yugoslava.

—Guau, qué historia. ¿Y su mujer lo sabía? Que estaba llamando a su hija igual que un antiguo amor.

—Al parecer, sí. Eran otros tiempos, no sé, a su mujer no llegué a conocerla. Pero el caso es que nos hicimos amigos. Creo que orientándome y hablando conmigo sentía redimir parte de la culpa que tanto le atormentaba. Siempre me dijo que mi acento le parecía encantador y que le recordaba mucho a ella. Un día me vio mecanografiando un texto en la máquina de escribir que teníamos en la trastienda, una Olivetti antigua. Preciosa. Y, aunque me resistí una barbaridad al principio, terminé dejándome guiar y editar por él. Dirigía un periódico, había trabajado en redacción muchísimos años y tenía buen olfato con los textos. Me retó a pensar, a escribir y a crear algo que realmente valiera la pena. Algo en donde poder volcarme y desarrollar mis ideas de verdad.

Lucía lo miraba con atención, notando cómo la voz de Marco adquiría un matiz diferente cuanto más se adentraba en la historia.

—¿Y Mara? ¿Cómo entra ella en escena?

Marco se rio, como si estuviera recordando algo que lo sorprendiera incluso ahora.

—¿No te conté? Eso fue mucho después. Cuando me la presentó, ya estaba metido de lleno en escribir mi primera novela, de hecho, estaba casi acabándola. Llevaba un año largo publicando de vez en cuando una columna en su periódico y nuestra relación estaba más que establecida. Cuando Mara entró en mi vida, lo hizo cuestionándolo todo y a todos. Así es ella. Me desafió mucho. Al final nos hicimos amigos, pero llevó tiempo. De primeras necesitó asegurarse de que yo no fuera un «parásito que se aprovechaba de su padre». Palabras textuales.

Lucía soltó una carcajada.

—Madre mía con tu agente.

—Oh, sí. Es una grandísima persona, y muy buena en lo suyo, pero un hueso duro de roer. De eso no te quepa duda. De hecho… Tú no le caes del todo bien.

—Ah, ¿no?

—Está convencida de que quieres algo de mí y que por esa razón apareciste de la nada.

Lucía se quedó lívida. Pensó que debía soltarlo todo. Revelarle que, si bien se moría por convivir con él, también había viajado porque necesitaba su ayuda para salvar Alumbra, la editorial en la que se había dejado la piel y la que, en estos momentos, a punto estaba de hundirse en un agujero negro. Sin embargo, algo la retuvo. No quería perderse ni un minuto de la magia de estar junto a Marco. Disimuló como pudo.

—¿Qué iba yo a querer de ti?

—¿Verdad? Eso mismo le digo yo. Que deje de jugar a los thrillers, que en la vida real a la gente se la quiere, y punto. Pero bueno, ella es así. Ya se le pasará. Al final siempre da su brazo a torcer, salvo cuando tiene razón, que se puede tirar meses enteros recordándotelo y haciendo leña del árbol caído.

Lucía cambió de tema tan rápido como pudo.

—Bueno, y con Peter, ¿qué pasó?

Marco, antes de contestar, dejó escapar un suspiro, como si cada palabra estuviera cargada de un peso que aún no había terminado de soltar.

—Fue… complicado. Cuando falleció, ya había dejado el periódico. Estaba dedicando más tiempo a su salud y a disfrutar de los años que le quedaban. Viajaba, leía aún más que antaño y le encantaba llevarme de sibarita a restaurantes que le recomendaban colegas y

amigos. Yo, por entonces, todavía estaba viviendo en Londres. Recuerdo un día que se presentó en la librería con una caja de cartón que pesaba un quintal, tanto que todavía no sé ni cómo fue capaz de cargarla. Dentro estaban algunos de sus cuadernos, con notas e ideas de historias y de la vida, y un par de libros antiguos que, según me dijo, eran «demasiado importantes para quedarse acumulando polvo». Me los dio como quien entrega un testigo, ¿sabes? Lo he releído todo como un millón de veces.

Lucía lo miraba en silencio, sin interrumpir.

—Eso fue unas semanas antes de que se agravara su enfermedad. Pasó todo muy rápido al final. Mara, Mira (su otra hija) y yo intentamos estar allí tanto como pudimos, pero… —Marco apretó los labios un instante antes de continuar—. Peter era el tipo de persona que nunca quería que te sintieras obligado a nada. Hasta en sus últimos días se esforzó por hacernos creer que todo estaba bien. Pero, claro, yo sabía que eso no era cierto. Todos lo sabíamos.

—Lo siento mucho —dijo Lucía con suavidad.

—Fue devastador, para ser honesto. Pero también… transformador. Ese hombre me cambió la vida en muchos sentidos. Me guio, me colocó bajo su ala y me animó a hacer lo que siempre había querido y tanto miedo me había dado. Me repitió mucho que había que vivir con propósito, pero sin tomarnos a nosotros mismos demasiado en serio. Me decía que la partida de la vida son dos días, y que uno de ellos ya ha pasado.

Lucía se quedó callada, dejando que el silencio hablara por ambos.

—Qué duro y qué bonito. No sé ni qué decir. —Su tono era amable, casi reverente—. Me hubiera encantado conocerlo.

Marco asintió, con un destello de melancolía en sus ojos.

—Sí, estoy seguro de que te hubiera gustado. Y tú a él. Peter fue muchas cosas, y de alguna manera sigue siéndolas todas para mí. Hasta me atrevería a decir que algo parecido le sucede a su hija. A pesar de que ya no esté, es como si siguiera presente. Cada vez que me enfrento a una decisión importante, o cuando dudo de mí mismo, pienso en lo que me diría Peter. Me ayuda. Sí, creo que le habrías caído bien a Peter. E incluso te habría intentado convencer de que escribieras algo.

Lucía dejó escapar una risa ligera, aunque en su interior sentía el peso de las palabras.

—No lo sé. Nunca he sido buena para escribir historias.

—Eso dices tú. —Marco alzó una ceja—. Te recuerdo que hemos ido juntos a clase y que tus redacciones eran siempre de las mejor valoradas.

—Nah, dejo que seas tú el artista. A mí ya me va bien con lo que hago.

Por un rato, siguieron absortos en sus pensamientos mientras el coche avanzaba por los caminos que los acercaban a Plitvice con el verde envolviéndolos como un suave abrazo. Un letrero les indicó que estaban ya a pocos kilómetros de distancia. Los árboles se alzaban majestuosos a ambos lados de la carretera, con sus ramas entrelazándose como si quisieran formar un arco natural que guiara su camino. El murmullo de un río cercano les llegó a los oídos cuando Marco tomó un desvío y bajó las ventanillas, dejando entrar el aire fresco y puro de la zona.

—Ya casi estamos —anunció con una sonrisa, señalando el letrero que marcaba la entrada al parque nacional—. ¿Estás lista para enamorarte de este lugar?

—No puedo esperar. Google dice que es un pedazo de paraíso en la Tierra.

—Pues esta vez no exagera, señorita. Espera y verás.

18
Un azul imposible

El coche se detuvo en el aparcamiento principal del Parque Nacional de los Lagos Plitvice poco después del mediodía. La brisa de mayo traía consigo un frescor que contrastaba con el calor suave del sol, y el aire olía a tierra húmeda y vegetación. Marco bajó del vehículo y estiró piernas y espalda mientras observaba el flujo constante de turistas que, como ellos, llegaban con la expectativa de descubrir uno de los paisajes más icónicos de Croacia.

—¿Lista para caminar? Te advierto que, si no estás acostumbrada, esto puede ser agotador.

—¿Y quién te ha dicho que yo no tenga aguante? —replicó Lucía, levantando la barbilla con una expresión retadora.

Marco soltó una carcajada.

—Bueno, bueno, veremos si sigues diciendo lo mismo en un rato.

Un total de dieciséis lagos se conectaban entre sí a través de innumerables cascadas, cuyo recorrido se hacía en gran parte por un sistema de pasarelas. Habían sido declarados Patrimonio Mundial de la Unesco en 1979 y estaba convencido de que Lucía iba a quedar extasiada. Marco se colocó la gorra y se hizo con la mochila antes de cerrar el coche y echar a andar.

—Empezaremos por los de abajo. Prometo que no hay escaleras, pero sí mucha mucha agua.

Comenzaron el recorrido cruzando un puente de madera que daba acceso a la sección inferior. A medida que avanzaban, el ruido de la caída del agua se hacía más presente, un sonido envolvente que acallaba cualquier conversación o pensamiento intruso. Lucía caminaba a su lado, maravillándose con el azul turquesa de los lagos. Era un color tan intenso que parecía irreal, como si alguien hubiera añadido pigmento al agua.

—Te lo dije. —Marco se detuvo junto a ella, apoyando las manos en las caderas mientras observaba el paisaje con satisfacción—. Bienvenida al paraíso.

—No sé cómo describir esto —murmuró Lucía, sacando su móvil para tomar una fotografía—. Parece sacado de otro mundo.

—Es un azul tan vivo gracias al carbonato de calcio del agua —explicó Marco, señalando la superficie cristalina—. Y a los minerales que reflejan la luz de una forma que parece mágica.

Envió las fotografías con un «buenos días desde el paraíso» al grupo de la familia, a Rosa, Petri y Javier. A este último se lo pensó dos veces, pero terminó cediendo al impulso a pesar del mosqueo. Al fin y al cabo, sabía que no podía estar castigándolo con su silencio para siempre. En algún momento tendrían que hablar y hacer las paces, solo que todavía no se sentía preparada para claudicar. De hecho, solo de pensar en ello le hirvió la sangre.

Estaba cansada de ceder, pensó mientras reanudaba la caminata con pasos firmes y negando con la cabeza. Inhalar en tres, exhalar en seis. Inhalar en tres, exhalar en seis. El móvil le vibró en respuesta a los pocos minutos, pero trató de centrarse en la belleza que la rodeaba ignorando el cúmulo de emociones que buscaban morderla cada vez que se despistaba.

Marco iba por delante y ella disfrutaba del entorno. No dejaba de sacar fotos. Cuando se encontraron con Veliki Slap, la joya de la sección inferior, desde una pasarela cercana observaron extasiados cómo el agua caía desde una altura de setenta y ocho metros, llenando el aire con un rocío fresco y un sonido inigualable. Lucía dejó escapar una exclamación de asombro mientras intentaba capturar la magnitud de la cascada con su teléfono.

—Parece como si el agua no terminara nunca de caer.

—Y pensar que durante la Guerra Patria esta zona fue un campo de batalla —murmuró él casi para sí, con un tono más serio—. Aquí empezó todo.

Lucía lo miró con curiosidad.

—¿Aquí?

Los ojos de Marco recorrieron el paisaje con lentitud, como si buscaran algo invisible en el aire.

—Sí. En marzo de 1991 tomaron la oficina principal del parque. Fue el primer enfrentamiento, y un policía croata fue la primera víctima de la guerra.

El peso de sus palabras cayó como una piedra en el sereno murmullo del agua que los rodeaba. Su voz tenía una rigidez ácida que le delataba. Lucía lo observó de reojo. Había algo en la tensión de su mandíbula, en la forma en que sus ojos oscuros parecían mirar más allá de lo visible, que le hizo intuir que ese comentario no era uno cualquiera, sino más bien una confesión velada entre líneas.

El escritor apretó los labios y desvió la mirada hacia una cascada cercana, como si el constante movimiento del agua pudiera aliviar el torbellino que se agitaba dentro de él. Todavía le pasaba a veces: un pensamiento que lo conducía a otro, y a otro, hasta que una idea

inocua se transformaba en un nudo inmenso e imposible de desatar. ¿Cómo podía estar ahí, en un lugar tan hermoso, y a la vez sentir de manera tan inmensa lo ocurrido hacía ya tantos años? ¿Qué derecho tenía él a disfrutarlo, sabiendo lo mucho que otros habían sufrido?

—Marco… —Lucía rompió el silencio con la voz cargada de cautela.

La delicadeza del tono que ella había empleado lo sacó de sus pensamientos. Al mirarla se encontró con esos ojos castaños que tanto había añorado y algo en él se suavizó, aunque solo fuera por un instante. No quería que lo viera así. Ni arrastrarla al caos que a veces se alzaba en su mente en forma de tormenta feroz y desordenada.

—Es historia —dijo al fin, encogiéndose de hombros con un gesto que pretendía ser casual, pero que no engañaba a Lucía.

Ella, sin decir nada, se acercó, se colgó de su brazo y apoyó la cabeza en su hombro mientras caminaban. Marco se tensó al principio, sorprendido por el gesto, pero pronto sintió cómo esa calidez, sencilla y cercana, deshacía poco a poco el nudo que llevaba dentro.

—¿Sabes? Siempre he pensado que lugares tan bellos como este no deberían cargar con memorias tan feas —comentó con un tono tranquilizador.

—El mundo, por desgracia, no funciona así. Ni los lugares más hermosos están exentos de sombras —respondió él con voz seria.

Lucía levantó la vista hacia él, buscando algo en su expresión. Pese a la calma aparente, había una tristeza viva en sus ojos, una que le hacía preguntarse cuántos recuerdos cargaba en su silencio.

Al notar su mirada de nuevo, Marco suspiró, esforzándose en relajar el gesto. No era justo para ella que se pusiera así, más aún cuando había sido su propia elección llevarla hasta ese lugar que parecía encantado por la naturaleza. Con un leve movimiento de cabeza, señaló hacia un sendero que se adentraba en un área más frondosa.

—Vamos. Hay una cascada que quiero enseñarte. Es mi favorita.

Lucía aceptó, entendiendo que, por ahora, era suficiente con caminar a su lado. No podía borrar las sombras, pero podía acompañarlo mientras él encontraba la forma de escapar de ellas.

Los senderos serpenteaban entre los árboles, y se preguntó cuántas historias se habrían tejido en aquellos parajes de ensueño. El camino por las pasarelas les hizo bordear los lagos inferiores y cruzar pequeños arroyos que conectaban una cascada con otra. La sensación de estar en un lugar donde la naturaleza dictaba sus propias reglas era abrumadora.

Los lagos superiores eran más extensos, con aguas que parecían calmas en comparación con las cascadas que habían dejado atrás. Allí, las cavidades formadas por la erosión dominaban el paisaje, y Marco señaló los restos de la antigua cerca del lago Bourget.

—¿De verdad pensaron en convertir esta maravilla en una central hidroeléctrica? —preguntó Lucía, sorprendida.

—Sí, pero nunca llegaron a utilizarla. Quizá sea mejor así.

Marco insistió en detenerse en un mirador desde el que se podía apreciar una vista panorámica de todo el sistema de lagos.

—Guau, esto es… —Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

—Increíble, lo sé. —Marco apoyó los brazos sobre la barandilla de madera, mirando el paisaje con una expresión tranquila—. Sabía que te gustaría. Siempre que vengo aquí siento lo mismo. Como si el mundo se detuviera un rato solo para mí mientras lo observo.

Lucía se acercó a él para disfrutar de las vistas. Sentía la brisa fresca en el rostro, el olor a tierra húmeda mezclado con el aroma de los árboles. Aquel lugar tenía su propia magia, una especial, capaz de silenciar cualquier preocupación.

—¿Vienes a menudo? —preguntó en voz baja intentando no interrumpir la armonía del momento.

—De vez en cuando. Es otro de esos lugares que te recuerdan lo pequeño que eres, pero de una manera reconfortante.

Sus ojos se encontraron. Una intimidad tranquila comenzó a crecer entre ellos.

Pasaron un rato más así, en silencio, antes de retomar el sendero, que los llevó hacia una pequeña cafetería del parque. Con dos bebidas calientes en las manos y un par de empanadas de espinacas, que Marco sacó de su mochila, se sentaron en unos banquitos de madera que había junto al local.

—¿Cómo van esas piernas?

—Pues aquí siguen. Y funcionan y todo —contestó bravucona, sosteniendo su taza de cartón con ambas manos.

—Me alegra saber que te has hecho con ellas al final.

Lucía le soltó un empujón justo cuando Marco iba a darle un trago a su café y poco faltó para tirárselo por encima.

Su osadía lo hizo reír con ganas, sacudiendo la cabeza mientras ella lo miraba divertida, pero arrugando el morro. Había algo en la forma en que Lucía respondía, con humor y orgullo, que lo mantenía

todo el rato de buen humor. Y le encantaba. Le parecía adorable. Al darse cuenta del hilo de sus pensamientos trató de frenar en seco y pensar en rocas. Cosas aburridas. Arañas negras, peludas y asquerosas. Se burló de sí mismo al percatarse de que ni con esas se le bajaban las mariposas. Mierda.

Lucía, acomodada en el banco de madera, cruzó las piernas y le encaró desafiante.

—No recordaba que fueras tan chulito y competitivo. —Fingió seriedad al mirarlo.

El acusado ladeó la cabeza antes de apoyar un codo en la mesa para estudiarla.

—No soy competitivo, pero sí bromista. Tan solo estaba jugando. —Levantó los hombros, quitándole importancia.

Ella negó, mordiéndose el labio inferior para no soltar otra carcajada. Aunque no quería admitirlo, ese juego constante entre ambos le resultaba adictivo.

—Cuéntame algo que nadie sepa de ti.

—¿Así, de repente?

—Sí, así, de repente.

—De acuerdo. Veamos… Algo que nadie sepa de mí… —Hizo una pausa, pensando—. Cuando tenía seis años, gané un concurso de canto en mi colegio.

Lucía lo miró, incrédula.

—¿Tú? ¿Cantando?

—No te burles. Era un concurso navideño, y mi madre insistió en que me apuntara. Resulta que no lo hice tan mal.

—¿Y por qué nunca se me había mencionado esto?

—Porque jamás volveré a cantar en público. —Marco fingió un escalofrío—. Fue una experiencia traumática.

La risa brotó de la garganta de ella al imaginarse al pequeño Marco en esa situación.

—Creo que tendré que obligarte a ir al karaoke algún día.

—Buena suerte con eso. —La retó riendo antes de darle otro trago a su café—. Ahora te toca a ti.

Lucía se sorprendió.

—¿Qué?

—Vamos, algo que nadie sepa de ti.

Lucía se mordió el labio, dudando por un momento.

—Está bien… —Jugueteó con la tapa de su vaso de café como si estuviera a punto de revelar un secreto que había guardado durante años—. Una vez, en el instituto, intenté teñirme el pelo de azul porque quería parecerme a una artista que me encantaba.

Marco alzó las cejas, intrigado.

—¿Y qué pasó?

—Nada bueno, está claro. Fue un completo desastre. —Lucía soltó una risa nerviosa y se llevó una mano al cabello como si todavía pudiera sentir las secuelas de aquella experiencia—. No leí bien las instrucciones y terminé con el pelo verde… y con manchas en uñas y manos durante semanas. Mi madre casi me mata.

Marco soltó una carcajada que retumbó en las paredes de aquel local.

—No puedo imaginarte. ¿Tú, con el pelo verde? Necesito pruebas de eso.

—Por suerte para mí (y para tu desgracia), todas las pruebas gráficas están a buen recaudo y no tengo intención alguna de

compartirlas. Te aseguro que aprendí mi lección. Mamá me llevó para que arreglasen el desastre en la peluquería donde íbamos siempre y quise morirme. La cara de la mujer que me atendió era un cuadro.

—Espero que al menos la broma te sirviera como disfraz para Halloween.

—¡Idiota! —exclamó sacándole la lengua y tirándole la servilleta a la cara.

El buen humor se mantuvo entre ellos mientras terminaban el descanso. Al rato iniciaron el camino de regreso. Las bromas y risas fluían con naturalidad, aunque el cansancio empezaba a hacerse notar. El sol, descendiendo poco a poco en el horizonte, teñía el paisaje de un cálido resplandor dorado que parecía envolverlos en una calma melancólica.

—¿Estás bien? —preguntó Marco cuando notó que Lucía aminoraba el paso.

—Sí, sí…, solo que mis piernas empiezan a odiarme un poco —respondió ella ajustándose la bandolera en el hombro.

—¿Te digo que te advertí o mejor me ahorro el «te lo dije»?

—Uf, cállate. —Le lanzó una fingida mirada fulminante, lo que solo sirvió para divertirlo.

Sin embargo, distraída como estaba, el suelo húmedo y salpicado de charcos se convirtió en una trampa. Notó el resbalón cuando ya era demasiado tarde. Un pequeño grito escapó de sus labios, y por un instante sintió cómo el suelo desaparecía bajo sus pies.

Sus cuerpos chocaron y antes de que cayera del todo, unas manos firmes la sujetaron por la cintura. De forma instintiva, Marco había tirado de ella hacia sí con una fuerza protectora y segura. Lucía,

sorprendida, se aferró a su brazo, sintiendo la robustez de su cuerpo contra el suyo. Su respiración se entrecortó. La velocidad de sus latidos se aceleró cuando notó la solidez de su pecho y el calor que traspasaba la fina tela de su camisa de lino. Y ese olor… Podía sentir su respiración, lenta pero profunda, y el aroma de su piel mezclado con el frescor del bosque parecía invadir todos sus sentidos.

Por un instante en el que el tiempo se detuvo, permanecieron inmóviles, como si algo invisible e innegable estuviera vivo entre ellos.

—Cuidado —murmuró Marco con un leve reproche, apenas un susurro que vibró como un hilo de electricidad.

Lucía intentó hablar, pero las palabras morían antes de llegar a su boca. Tragó saliva y atinó a pronunciar un gracias con una voz más baja de lo que esperaba, casi como un suspiro. Miró sus labios. Las manos de Marco permanecieron en su cintura, cálidas y firmes, sin ninguna urgencia por soltarla. La presión que ejercían sobre su piel era ligera, pero suficiente para que un escalofrío ascendiera por su columna y la hiciera perder el sentido de la gravedad por un segundo. Pensó en el sueño que la acompañó de madrugada un par de noches atrás y el sabor que destilaba Marco en la boca de su yo ficticio. Tragó saliva. La proximidad entre ellos provocó que cada respiración compartida ocultara un secreto. Lucía fue dolorosamente consciente de la cercanía de su rostro y de lo mucho que le gustaba su varonil aroma.

Los ojos oscuros del escritor chispeaban entre la diversión y el deseo, algo que hizo que a Lucía le costara mantenerse erguida. Tampoco se movió de inmediato. Los labios de él parecían querer viajar hacia los de ella y tuvo que usar cada ápice de su autocontrol

para no hacerlo. Cuando por fin sus dedos se alejaron de su cintura, lo hicieron con una lentitud que parecía deliberada. Dio un paso atrás.

—No hace falta que me des las gracias —respondió él cuando la sangre decidió volver a regar de nuevo su cerebro—. Pero…, si quieres evitar otro resbalón, quizá deberías mirar por dónde pisas.

El guiño que le lanzó fue chulesco. Sin embargo, Lucía apenas escuchó sus palabras. Su mente seguía atrapada en el momento, en la sensación de sus manos en su cuerpo y en cómo su cercanía parecía haber encendido algo dentro de ella. Se forzó a recomponerse.

—Es difícil mirar al suelo con todo esto alrededor. —Ni haciendo un gesto amplio que abarcaba el idílico entorno logró que su tono sonara más a disculpa que a broma.

—Excusas —replicó negando con la cabeza antes de girarse y comenzar a caminar, esta vez reduciendo el ritmo para evitar más resbalones.

Lucía respiró hondo e intentó calmar esa combinación de nervios, vergüenza y calor que latía en su pecho. Se prometió no volver a permitir que un simple traspié la descolocara…, aunque una parte de ella sabía que no había sido el tropiezo lo que la había dejado temblando. Por mucho que Marco se hubiera ofrecido a meter su bandolera en la mochila, ella caminaba todavía sofocada.

—No es que desconfíe de tus habilidades atléticas —le había dicho agarrando una de sus asas—, pero he de asegurarme de que llegas con vida al coche.

—Qué caballeroso —contestó ella con ironía. No lo iba a confesar, pero al resbalar le había dado un pequeño tirón en la espalda y el

dolor ya hacía acto de presencia. Marco fue consciente de la mueca de dolor en el rostro de Lucía y no se lo pensó dos veces.

Cuando subieron al barquito que les acortaba el trayecto de vuelta, ella todavía sentía en la piel el peso invisible de sus manos y, aun con la espalda quejumbrosa, sonreía sonrojada.

19
Segunda noche

Cuando llegaron al hotel boutique en el que iban a hospedarse aquella noche, Lucía tenía un dolor de espalda tal que se castigó en silencio por haber olvidado sus pastillas. «Mierda, mierda, mierda», se dijo mientras se estiraba en vano, intentando aliviar la tensión que le recorría desde el cuello hasta la parte baja de la columna. El cansancio del día, sumado al esfuerzo físico de la excursión —del que por puro orgullo no hablaría en voz alta—, había hecho estragos en sus músculos. Llevaba dos noches sin dormir demasiado y su cuerpo no se estaba cortando en recordárselo.

El hotel, por otro lado, parecía un auténtico bálsamo para los sentidos. Apenas bajaron del coche, los ojos de Lucía se iluminaron con un destello de admiración que a Marco no le pasó desapercibido. Sonrió para sí, satisfecho de haber acertado con la elección. Al otro lado del camino que los guiaba hacia la entrada, una casona de piedra, con contraventanas pintadas de un verde vivo y balcones adornados por geranios en plena floración, les daba la bienvenida. Parecía el decorado de una película. Bajo la suave luz de las farolas y la que emanaba aún del cielo del atardecer, el lugar brillaba con una serenidad tan acogedora que te invitaba a entrar y a quedarte.

Un aroma a lavanda flotaba en el aire al cruzar el umbral y los envolvió en una calidez inesperada. Contrastaba con el frescor de la

atmósfera que, aunque agradable, hizo que el vello de sus brazos se erizase.

Una mujer de semblante amable y con el pelo rubio recogido los esperaba tras el mostrador para darles la bienvenida con un entusiasmo mal contenido. Se la notaba nerviosa. Tendría unos cincuenta años y las mejillas redondas. Su sonrisa reflejaba genuina hospitalidad y una excitación obvia por tenerlos con ella.

Lucía se rio para sí y miró a Marco de reojo, que parecía ajeno a sus pensamientos. La ilusión y la forma en la que brillaban los ojos de la mujer se debían a su presencia, aunque él no se hubiera percatado. Tras solicitar sus identificaciones para el registro, les ofreció un breve recorrido por el hotel. Con una voz que buscaba ser pausada, pero que evidenciaba el nerviosismo, les mostró los espacios comunes con pasitos cortos y acelerados: una sala de estar con sofás mullidos y una chimenea de piedra, el comedor con manteles de lino impecables y ventanales que ofrecían una vista privilegiada al jardín. Las habitaciones, separadas por un pequeño jardín interior, tenían techos abuhardillados y muebles de madera oscura. La anfitriona les enseñó el comedor en donde podrían disfrutar de un desayuno casero a la mañana siguiente y les dejó acomodarse tranquilos, no sin antes echar un par más de miradas nerviosas a Marco.

—Estamos aquí para cualquier cosa que necesiten —aseguró, con lo que pareció una reverencia, antes de encaminarse de nuevo a la recepción dando pequeños saltitos y dejando un susurro de pasos tras de sí.

—Creo que te ha reconocido —comentó Lucía en español cuando la mujer estaba ya lo bastante lejos como para que no la escuchase.

Marco contestó con un leve movimiento de hombros.

—Pasa a veces.

Lucía cayó en la cuenta de que ser famoso no debía de ser muy agradable a la hora de viajar y desconectar. Al quitarse el bolso en bandolera otro latigazo de dolor la atravesó. Marco estaba junto a la puerta, a punto de ir hacia su cuarto, y se percató de la mueca que se le dibujó en el rostro.

—¿Todo bien? —preguntó, girándose con cara de preocupación.

Lucía soltó un suspiro.

—Creo que mis vértebras han decidido rebelarse después de tanto trote.

—¿Quieres que vayamos a buscar una farmacia?

—No, que ya es tarde y no me apetece salir otra vez. Además, dudo de que tengan lo que necesito. —Trató de sonreír, pero el gesto se torció con otra punzada.

—Señorita Badal, creo que antiinflamatorios y analgésicos para el dolor hay en todos los países. Que somos Europa, ¿eh?

—No me refería… Me da pereza salir con el coche otra vez. Seguro que una ducha de agua caliente ayuda y una buena noche de descanso, también —añadió.

—Así que hoy no te puedo emborrachar, entendido. —Marco la observó por un instante, como si evaluara una solución. Luego, entre el pragmatismo y el desparpajo, añadió—: Si ves que no mejoras después de la cena, puedo intentarlo yo.

—¿Intentar el qué?

—Un masaje. No soy fisioterapeuta, pero tengo algo de práctica.

Lucía parpadeó, cohibida de repente. Lo último que se esperaba era esa propuesta.

—¿Y eso?

—Largas horas escribiendo y mucho estrés. Me tocó aprender algunas técnicas para no acabar hecho un nudo. Voy todas las semanas al fisio, es uno de los placeres que me concedo desde hace unos años. Al final… los movimientos básicos los pillas.

Ella dudó por un segundo, perpleja aún.

—No sé si me genera mucha confianza lo de ser tu conejillo de Indias en eso de los masajes, pero, si veo que el dolor no remite, me lo pensaré. Eso sí, si me dejas peor de lo que estoy, mandaré a mis hermanos a vengar a palos mi triste espalda.

—Me parece lógico y un riesgo muy asumible. —Se separó del marco de la puerta que había estado dándole apoyo los últimos minutos—. Bueno, te dejo tranquila para que te relajes un rato. Yo iré a darme una ducha ahora y a cambiarme de ropa, que creo que huelo a mono.

—Ahora que lo dices… —Ante la cara de sorpresa de él, Lucía soltó una carcajada—. Yo también debo de oler a primate, sin juicios —añadió alzando las manos como quien no ha roto un plato y con una sonrisa pícara en los labios—. Nos vemos fuera en un ratito. Si ves que tardo mucho, mándame un mensaje.

—Tómate el tiempo que necesites.

Cerró la puerta y se encaminó hacia su habitación.

Lucía, en cuanto se quedó sola, se tiró sobre la cama y su cuerpo rebotó contra el colchón. Sacó el móvil del bolsillo. Tenía fotos y mensajes de Javier, además de un par de llamadas perdidas.

Miró la pantalla durante varios segundos, indecisa. Pulsó el botón de llamar y ahuecó las almohadas antes de activar el altavoz y cerrar los ojos. ¡Estaba agotada!

—Hola, amor —dijo una voz familiar al otro lado del teléfono tras unos tonos—. ¡Por fin tengo noticias tuyas! ¿Todo bien?

—Hola, cariño. —Lucía se removió, tratando de acomodar mejor la espalda al notar que el dolor se volvía punzante—. Hemos estado de caminata en un parque nacional y acabamos de llegar al hotel. Vamos a descansar un rato antes de ir a cenar.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—¿Vamos? —repitió Javier.

—Sí, Marco y yo.

Más silencio.

—Cariño, ¿estás ahí?

—¿Me tengo que preocupar?

Lucía pestañeó perpleja.

—¿Por qué ibas a tener que preocuparte? ¿Porque necesite descansar después de andar casi diecinueve kilómetros entre cascadas y rocas?

Silencio de nuevo.

—¿Compartís habitación?

—¿Cómo?

—En el hotel. ¿Compartís habitación?

—No, claro que no. Y aunque compartiéramos habitación no tendrías de qué preocuparte. ¿No llevas presumiendo desde que te conozco de lo poco celoso que eres? ¿Qué te pasa hoy?

Se oyeron ruidos al otro lado del teléfono y Lucía se lo imaginó pasándose una mano por el pelo, nervioso.

—No lo sé. Yo… Hoy en la barbacoa, cuando me han preguntado por ti estos y les he contado dónde estabas y la historia que te une a tu hermanastro… Las chicas se han vuelto locas.

—¿A qué te refieres?

—A que al parecer sí que es un escritor famoso. Cuando les he enseñado una foto de él, han confirmado que es muy atractivo y no han dejado de buscar más imágenes.

—Pero todo eso ya te lo había contado yo. Llevas escuchándome hablar de Marco casi desde nuestra primera cita.

—Ya, pero antes era tan solo un recuerdo de tu infancia, y ahora…

—Es alguien de carne y hueso.

—Sí. Alguien de quien mi prometida lleva hablando sin parar durante años, que es muy exitoso y que va a estar a solas con ella una semana entera.

—Ya veo.

—Pues eso.

—Entonces, después de no hacerme ni caso con el tema durante los últimos dos meses, hoy de repente te ha hecho contacto la neurona y has pensado que me he venido a Croacia a tener una aventura erótico-festiva, ¿es eso?

—Por Dios, Lucía, eso ni lo insinúes.

—O sea, que sí.

—Se han estado metiendo conmigo diciéndome que era muy confiado.

—Claro, porque yo soy una mala pécora que lleva engañándote casi veinte años.

—No, no es eso…

—Ah, ¿no? Entonces ¿qué es?

—Pues que tú eres muy inocente y estás enfadada conmigo, y…

—O sea, que soy tonta y cualquiera puede engañarme.

—No, yo no he dicho eso.

Lucía respiró profundo.

—Mira, si no estoy hablando mucho contigo estos días es porque continúo enfadada, porque aún no te has disculpado y porque estoy cansada de ser siempre yo la que cede cuando pasan estas cosas.

—Yo no he dicho que…

—Déjame terminar —lo interrumpió Lucía—. Estoy de vacaciones con alguien que es muy importante para mí. ¿Significa eso que haya venido hasta aquí para serte infiel? No, pero sí estoy tratando de desconectar un poco porque estoy agobiada y enfadada y necesito pensar solo en mí por unos días. —Javier escuchaba en silencio al otro lado de la línea—. Y Marco es muy guapo y todo un amor, pero también es respetuoso y es como mi hermano. No ha intentado nada conmigo, ni lo intentará tampoco. Sabe de tu existencia y también hemos hablado de ti. Deberías preocuparte más por mi enfado que por él.

Se escuchó a Javier suspirar largo y profundo.

—Vale. ¿Podemos correr un tupido velo entonces?

—Lo siento, pero esta vez no. Siento que debemos hablar largo y tendido de bastantes cosas. Yo… hay cambios que necesito que se hagan.

Javier tardó unos segundos hasta que digirió lo que acababa de escuchar.

—OK, y ¿qué propones?

Lucía empezó a mover los pies nerviosa al tiempo que se pinzaba el puente de la nariz.

—Pues no lo sé. Que usemos estos días separados para reflexionar y que hablemos a mi vuelta.

—¿No piensas hablarme hasta tu regreso?

—No, claro que podemos hablar, pero no quiero que me presiones para que haga como que todo está bien cuando para mí no lo está. Cuando tú estás de viaje, respeto que estás ocupado y luego no te lo reprocho todo el rato.

—Pero tú no estás allí por trabajo, cariño.

—En parte sí lo estoy, y si me hubieras preguntado por el viaje cuando te lo conté o en la semana siguiente, lo sabrías. Pero pasaste de mí porque querías probar tu punto y resulta que esta vez yo también quiero probar el mío. Por eso estamos los dos como idiotas discutiendo por teléfono un sábado por la noche.

—Bueno, tampoco estamos discutiendo del todo. Podría ser peor.

—Ya, bueno, pero tú me entiendes.

Silencio.

—Oye.

—¿Qué?

—¿Es bonito aquello?

—Mucho.

—Yo nunca he estado.

—Lo sé.

—Me gustaría estar ahí contigo ahora.

—Ya.

Silencio.

—Te echo de menos, ¿sabes? —probó Javier de nuevo.

—Y yo a ti.

Al colgar, Lucía se quedó mirando el techo de su habitación sintiéndose mal. Había mentido. En realidad no estaba echando tanto de menos a Javier. De hecho, no lo extrañaba ni un poquito. ¿Se estaba convirtiendo en una mala persona?

Decidió llamar a Pol para lavar un poco su conciencia.

—A ver, Lu, es que tu novio es un poco tonto a veces. Yo tampoco lo echaría de menos.

«¡¡¡Cari!!!», escuchó Lucía exclamar a Brandon de fondo.

—¿Qué? ¡Es verdad! Además, nuestro Marco ha vivido unos cuantos *upgrades* desde la última vez que le vimos y está cañón. Alégrate la vista y deja de darle tantas vueltas a todo. Mientras no os enrolléis yo haré la vista gorda con lo demás. Y piensa que te vas a casar en breve, vacaciones así te quedan pocas. En cuanto adoptéis un niño…, se acabó.

—Mira que eres aguafiestas.

—No más que tú. Estoy seguro de que ya has pensado solita cada una de las cosas mencionadas. Así que cállate y disfruta. O… ¿me equivoco?

Lucía guardó silencio, pillada en falta.

—Quien calla otorga.

—Vete a la mierda.

—«A Lucía le gusta Marco, a Lucía le gusta Marco…». —Empezó a canturrear Pol al otro lado de la línea para picar a su hermana. Su cuñado le quitó el teléfono y debió de empezar a corretear por la casa porque podía escucharlos discutir entre ellos.

—Lucía, soy yo, la bruja Lola.

—Vaya, Brandon, sí que te has desmejorado entonces.

—Qué va, cari, si sabes que yo tengo el cutis siempre perfecto. —Lucía lo imaginó haciendo algún gesto coqueto de los suyos y se tragó una carcajada—. Escucha, dos cosas tengo que contarte.

—A ver, dime.

—La primera es… ¡te lo dije! ¡Se puso celoso como predije!

—En serio, ¿para eso te peleas con mi hermano?

—No hay frase más orgásmica que esa.

—¿Que cuál?

—Que te lo dije, *bitch!*

Lucía se echó a reír.

«En realidad, sí que la hay», se escuchó a Pol contestar de fondo.

Lucía negaba con la cabeza y se llevó una mano a la frente. No tenían remedio.

—¿Cuál es la segunda cosa?

—Que no hagas caso al pesado de tu prometido y que disfrutes, que ya le va bien sufrir un poco. Yo sé que no harás nada impropio, pero alegrarte la vista es gratis, así que hazlo por ti y por todas tus compañeras. Y por mí, la primera.

«¡Amor!».

Más risas.

Cuando se levantó de la cama, el dolor en la espalda todavía la castigaba, y tras tratar sin éxito de aliviarlo estirando un poco, fue directa hacia el baño. Puso su móvil a cargar y, de paso, abrió Spotify. Le encantaba ducharse con música. No solo la relajaba, sino que la ponía de buen humor. Abrió el grifo de la ducha y dejó correr el agua caliente mientras se quitaba la ropa. El calor empezó a llenar el espacio, y ella, a tararear. Se deleitaba con el efecto burbuja que la combinación de música, vapor y el sonido del agua cayendo era capaz de generar.

El dolor anidado en su espalda permanecía, terco y desafiante. Dejó que el agua caliente se deslizara por su piel para que aflojara poco a poco los nudos de tensión que había ido acumulando en su cuerpo los últimos días. La conversación con Javier flotaba en su

mente como una sombra que la incomodaba. No estaba acostumbrada a plantarle cara con tanta vehemencia, y aunque una parte de sí misma pensaba que estaba haciendo lo correcto, había otra que la hacía sentir fatal. Como si estuviera actuando como una niña pequeña. Si bien sabía que no había sido del todo justa con él por teléfono, necesitaba que la tomase en serio esta vez. Estaba cansada de evitar el conflicto para mantener una paz que, en realidad, ya no la pertenecía del todo.

Cerró los ojos mientras la música suave llenaba el espacio y se forzó a centrarse en las sensaciones presentes. Pensó en Pol y Brandon, siempre tan escandalosamente leales a ella. Y graciosos. Mucho. Se encontró sonriendo al recordar sus ocurrencias. Y luego, cuando se enjabonaba, pensó en Marco, en las pizquitas doradas de sus ojos oscuros, en el grosor de esas pestañas que los enmarcaban, en sus hoyuelos y en la naturalidad con que la había agarrado cuando tropezó. La sensación que habían dejado esos dedos largos y varoniles sobre su piel la hizo sonrojarse y olvidarse un poco de Javier y del enfado.

Quizá podría no castigarse tanto por disfrutarlo.

Quizá tan solo era cuestión de dejarse llevar por unos días.

Cerró el grifo y se envolvió en una toalla mullida. Observó su reflejo en el espejo empañado. La chica del otro lado le devolvía la mirada, como si fuera otra versión de sí misma menos cargada de expectativas y rutinas. Un moño mal hecho coronaba su cabeza, y se fijó en las sombras oscuras que había bajo sus ojos. Esa noche necesitaba dormir sí o sí. Respiró hondo y buscó una canción un poco más movida para iniciar la rutina de cremas que incorporó a su vida el año anterior, al descubrir un conjunto de arruguitas nuevas

que la hicieron hiperventilar. Sentir que se hacía mayor la agobiaba más de lo que se permitía mostrar. Suspiró. Ser mujer a veces era un dolor de muelas.

Mientras se aplicaba el contorno de ojos, unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos. Paró la música dudando de si había escuchado bien o si se lo había imaginado.

—¿Hola? —gritó hacia la entrada desde la puerta del baño.

—¿Lucía? —La voz de Marco sonó desde el pasillo.

—¡Un segundo!

Caminó hacia la puerta de la habitación mientras se ajustaba bien la toalla y la aseguraba con ambas manos. Abrió para toparse con el escritor mirándola con sorpresa al tiempo que le mostraba una bolsa de papel con timidez.

—He bajado a hablar con la recepcionista y tenían unos sobres de árnica y crema para masajes en la tienda del hotel —dijo con una sonrisa inocente—. He pensado que te vendría bien.

—No sé si sorprenderme o asustarme por tu previsión —bromeó ella mientras lo dejaba pasar—. ¿De verdad te tomaste en serio lo del masaje?

—Bueno, no soy de ofrecer y no cumplir. Pero también te lo puedo dejar aquí y ya te lo echas tú como puedas.

Lucía dudó.

—Mmm, ¿cuánto tardas en esa supuesta curación mágica a base de árnica?

—No sé, ¿diez minutos? No pensaba poner un temporizador.

—¿Entonces…? —Lucía miró la cama y soltó una risa nerviosa—. Vale, no estoy acostumbrada a esto, pero dado el estado de mi

espalda supongo que sería tonto negarme. Eso sí, como me dejes peor de lo que estoy te lo haré pagar.

—Eso ya lo has dicho y me parece justo, sí.

Marco dejó la bolsa en la mesita junto a la entrada. Se giró hacia la habitación, sin saber muy bien dónde mirar. Lucía estaba tan… desnuda. Tragó saliva.

—¿Cómo hacemos esto? —preguntó ella.

—Ponte el pantalón del pijama y déjate la toalla enrollada arriba. Y, si te parece bien, te tumbas boca abajo a un lado del colchón para que pueda ponerte el árnica en espalda y hombros. ¿Qué opinas?

Lucía sintió las mejillas ardiendo, consciente de golpe de su ausencia de ropa y de todo lo demás.

—Vale —dijo más para sí que para Marco—, dame un segundo.

—Los que necesites. ¿Quieres que espere fuera?

—No, no hace falta. —Lucía negó con la cabeza y se acercó hacia la mesita donde tenía abierta su maleta de mano para sacar la parte de abajo de su pijama antes de dirigirse al baño—. No tardo nada.

Marco observaba la punta de sus zapatos cuando Lucía cerró la puerta tras de sí. Con el corazón a mil por hora, la española se miró en el espejo con cara de susto. ¿Qué acababa de pasar? Dejó caer la toalla al suelo y apoyando las manos en el lavabo abrió mucho los ojos. Mucho. Inspirar en tres, exhalar en seis. Inspirar en tres, exhalar en seis. Inspirar…

Se puso unas braguitas y el pantalón del pijama, y se rehízo el moño alto con un poco más de elegancia antes de regresar a la habitación tapándose el pecho con la toalla.

—Vale, ya estoy.

Respiró profundamente, se tumbó boca abajo y dejó un poco de espacio para que Marco pudiera acomodarse. El colchón se hundió bajo su peso. La toalla cubría su pecho y dejaba expuesta la piel de su espalda. Se sentía vulnerable y consciente de cada centímetro de piel descubierta.

El jazz sonaba desde los altavoces de su teléfono —aún en el baño — y llenaba a medias el cuarto. Se acomodó un poco mejor sobre la colcha mientras Marco entraba en el aseo para lavarse las manos y agarrar después la bolsita de cartón que había traído con él. Se sentó a su lado.

—¿Te vino bien la ducha o te sigue doliendo mucho?

—Sí duele, sí —dijo Lucía con la cara contra la almohada.

—OK, intentaré no hacerte mucho daño entonces. ¿Lista? —preguntó con una voz un poco más grave de lo habitual.

—Lista —respondió ella, sin estar segura del todo.

Marco se arremangó su suéter gris de punto fino para no mancharse con la crema antes de abrir uno de los sobres de árnica. La sensación repentina del gel frío sobre la piel de Lucía la hizo dar un respingo.

—Tranquila —murmuró Marco—, se calienta rápido.

—Con que no me dejes peor de lo que estoy me conformo.

Marco se puso nervioso e intentó cubrir esa sensación con palabras.

—Mujer de poca fe, como digas otra vez esa frase… —Dejó la amenaza a medias mientras extendía el gel por toda la espalda de Lucía con el corazón un poco acelerado—. ¿Te dan tirones así a menudo?

—A veces. Últimamente más —respondió ella con la voz amortiguada por la posición—. Supongo que el estrés, estar siempre delante del ordenador, malas posturas… Ya sabes, el pack completo de la vida adulta.

—Ese combo de malas decisiones ergonómicas me suena —bromeó Marco mientras sus manos se deslizaban sobre la piel de Lucía—. ¿Nunca has pensado en hacer yoga o algo así?

—Qué va. Durante un tiempo hice pilates y me iba fenomenal, pero llevo una temporada que entre unas cosas y otras me es imposible asistir a las clases y…

Las manos de él se deslizaban con más firmeza por su espalda, trazando un camino lento y decidido desde la base de la columna hasta los hombros. Lucía cerró los ojos y mordió el interior de su mejilla para no dejar escapar un gemido. No esperaba que el contacto de sus manos fuera tan… envolvente. La presión era justa, como si Marco supiera con exactitud dónde apretar y cuándo suavizar el toque.

—El estrés no es bueno.

—¿Tú haces yoga? —preguntó ella, divertida.

—Alguna vez me he atrevido. Aunque descubrí que no soy muy bueno en la parte de quedarme quieto y respirar —confesó él.

Lucía rio en silencio, relajándose un poco más con el contacto cálido de sus manos. Marco, por su parte, intentaba concentrarse en la tarea con un profesionalismo improvisado. Pero le resultaba difícil ignorar la suavidad de la piel de Lucía bajo sus dedos. El aroma cítrico del gel se mezclaba con el vapor de la ducha y toda la habitación olía a ella. Mierda.

—¿Cómo va? —preguntó, tratando de despejar la niebla que empezaba a formarse en su mente.

—Bien… —contestó ella en un susurro—. Sigue un poco más, por favor.

Él tragó saliva y desplazó las manos hacia sus hombros, amasándolos con movimientos lentos y rítmicos. Podía notar con claridad los nudos de tensión bajo sus dedos, y la forma en la que Lucía se revolvía cuando los presionaba. Se le habían escapado algunos gemidos que le habían erizado todo lo que no tenía que erizarse. Cada vez que sus manos trabajaban alrededor de la curva de su cuello o bajaban cerca de su cintura, Marco se recordaba que aquello era un favor inocente. Solo un masaje para ayudarla, aunque su cuerpo lo desmintiera con cada latido acelerado de su corazón.

Lucía sentía el peso de las manos de Marco como algo más íntimo de lo que debería ser. Por la firmeza y el cuidado que él empleaba imaginó escenas prohibidas, fantasías que cruzaban su mente sin pedir permiso. Su piel, caliente por el contacto, vibraba con una sensibilidad que la desconcertaba. Estaba en el séptimo cielo.

—Tienes unas manos increíbles —soltó sin pensar.

«¡¿Qué acabas de decir, Lucía?!», se recriminó al instante.

Marco se detuvo un segundo, como si la declaración hubiera hecho eco en el espacio entre ellos. Pensó una respuesta pícara, pero se mordió la lengua a tiempo.

—Gracias, desconfiada. —Sus manos retomaron el recorrido por sus hombros.

El silencio volvió a caer sobre ellos, solo roto por el jazz suave que se filtraba desde el baño. Marco descendió con calma hacia la parte

baja de su espalda, sus pulgares trazaban líneas firmes a lo largo de la tensa musculatura.

Lucía entreabrió los labios y salió un suspiro que intentó ahogar con la almohada.

«¿En qué narices estás pensando?», se preguntó. Se sentía culpable por la marea de sensaciones que la invadía. Javier debería estar en sus pensamientos, pero no lo estaba. Solo estaban Marco y esas manos que parecían diseñadas para hacerla olvidar cualquier cosa que no fuera el presente. Él cambió el ritmo y el patrón de su masaje, y se permitió disfrutarlo unos minutos más. Mientras durara.

Marco también luchaba con su propio conflicto interno. La curva de la cintura de Lucía lo tentaba, y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener sus manos en el territorio estrictamente permitido. Le hubiera hecho un masaje de cuerpo completo por el tiempo que ella le hubiese dejado estar ahí. Pero no. «Control, Marco, control», se repetía.

—Creo que ya casi estamos.

Le preguntó si necesitaba que insistiera en alguna zona en particular y ella negó con la cabeza.

—Gracias, ha sido perfecto —musitó, con la voz casi ronca.

Marco asintió, incapaz de decir nada más sin delatarse. Se levantó de la cama y retiró las manos con un suspiro contenido, frotándolas entre sí como si necesitara borrar la sensación que aún persistía en sus dedos. Lucía alzó la cabeza ligeramente y se giró hacia él con ojos brillantes.

—Bueno, misión cumplida. ¿Crees que podrás perdonarme la vida o te he dejado la espalda peor que antes?

—Tan mal —dijo haciendo énfasis en esas dos palabras— que es muy probable que necesite uno de estos a diario.

Marco soltó una carcajada.

—Ya veo, así que tanta desconfianza para nada, ¿eh? Tendría que haber apostado algo. —Fue de nuevo al lavabo para retirar lo que hubiera podido quedar del producto en su piel. Abrió el grifo y la boca al mismo tiempo. Deseaba devolver la normalidad a la situación. De repente, el ambiente se había vuelto muy íntimo.

—¿Cenamos?

Lucía aceptó, agradecida por el cambio de tema.

—Sí, dame cinco minutos para arreglarme.

Marco cerró el grifo y se secó las manos en la toalla que había colgada junto a la puerta.

—Perfecto. Te espero en el vestíbulo.

Dio a Lucía un poco de privacidad, que ella aprovechó para dejar caer la cabeza sobre la almohada y soltar un suspiro largo.

Marco, en el pasillo, cerró los ojos y apoyó su espalda contra la pared. «Estoy jugando con fuego», se dijo.

Lucía, que miraba al techo aún tirada en su colchón, se repetía lo mismo.

20
Luces titilantes

Marco esperaba en el vestíbulo, con las manos en los bolsillos mientras analizaba el diseño geométrico de la alfombra. Le recordaba a la de la salita de estar de la librería en la que trabajaba en Londres. Era curioso porque se había alojado en ese lugar varias veces y nunca se había dado cuenta de ese detalle. La forma en la que las líneas rojas se mezclaban con las azules y grises le hizo, de alguna manera, dejar de pensar en la delicada piel de Lucía y en su deseo de acariciarla de arriba abajo.

Estaba mal pensar así, aunque no pudiera evitarlo. Siempre sintió a Lucía como suya, de una manera más íntima de lo que la condición de hermana le otorgaba. Desde que la vio por primera vez en la entrada de esa casa que fue su hogar durante casi cuatro años. Era tan… luminosa que su sola presencia hacía de bálsamo.

Por eso, ver una sombra de inseguridad en sus ojos le sorprendió tanto. Continuaba siendo hermosa y única en mil y una maneras diferentes, pero la forma que tenía de hablar de sí misma y de su vida estaban teñidas con un halo de miedo. Como si hubiera claudicado y fuera lo que un día alguien le dijo que tenía que ser, en lugar de mostrar al cien por cien la Lucía que latía en su interior. ¿Tenía aquello sentido? Se sintió mal por juzgarla sin saber qué había detrás de todo aquello.

Era injusto por su parte.

Mucho.

Negó con la cabeza, y su mente regresó a aquel colchón y a su Lucía tumbada de espaldas. La sensación de su piel bajo las manos persistía aún en sus palmas, tan delicada y tan… vulnerable. Recordó los ruiditos que hacía cada vez que él masajeaba las áreas doloridas de su musculatura, como si ansiara el contacto tanto como él… Sacudió la cabeza para centrarse de nuevo. El eco de sus pensamientos le recordaba lo peligroso que era seguir por ese camino.

—¿Llevo mucho haciéndote esperar? —Una voz a su espalda lo sacó de sus cavilaciones.

Marco giró sobre sus talones y sus labios se curvaron al verla. Lucía llevaba un vestido sencillo, negro, con finos tirantes que dejaban a la vista la piel dorada de sus hombros; un maquillaje ligero resaltaba sus brillantes ojos castaños, y el cabello, aún húmedo, recogido en un moño desestructurado que le daba un aire sorprendentemente elegante.

—Vale, ahora sí pareces lista para una cena de cinco estrellas —comentó galante.

—No me seas zalamero —dijo ella con un mohín mientras bajaba los últimos escalones—. Después de todo el día en mallas me apetecía verme mejor.

—Pues te aseguro que has conseguido tu objetivo. ¡Voy a tener que estar quitándote moscardones de encima toda la noche!

Lucía soltó una carcajada.

—Exagerado. ¿Cuál es el plan?

—Había pensado en el restaurante del hotel, pero si quieres salir, seguro que encontramos algo por aquí.

Lucía se quedó pensativa un momento.

—Cenar aquí me suena bien. Tampoco estoy para patear mucho esta noche.

—La cocina del hotel es maravillosa, ya verás. Yo he venido varias veces. Y la terraza la iluminan por la noche y es preciosa, aunque si te apetece salir luego a tomar algo, conozco también un par de sitios.

Lucía negó sonriente.

—Suena perfecto. ¿Vamos?

Marco le ofreció su brazo de manera teatral y ella se lo aceptó con las mejillas coloradas. Era demasiado caballeroso para ella o, más bien, para lo que ella estaba acostumbrada, se reprendió. Se merecía ese tipo de atenciones, aunque la hicieran sentir rara. Se forzó a levantar la barbilla y a disfrutar de la cercanía de Marco mientras caminaban.

Al cruzar el vestíbulo hacia el restaurante, Marco notó cómo los botines de Lucía resonaban con confianza sobre el suelo de mármol. También cómo varios hombres se obnubilaron al verla, y la elegancia que imprimía al andar. Aquella escena le recordó a la Lucía de antes, segura y resuelta, la que él siempre imaginó que seguiría siendo de adulta. Esa que no tenía miedo de ocupar su espacio en el mundo. Cuando presintió que a lo mejor él había tenido algo que ver en ese cambio, un calor extraño le subió por el pecho.

Se sintió terriblemente estúpido por estar pensando aquello.

La *maître*, que resultó ser la misma mujer que los había recibido aquella tarde, les dedicó una sonrisa impecable y les condujo a una

mesa en la terraza, justo al borde del jardín. Las diminutas luces que lo iluminaban parecían flotar entre los arbustos. El ambiente era elegante pero relajado, entre el murmullo de conversaciones y el suave tintineo de copas brindando al aire.

—Me encanta —aseguró Lucía mientras tomaba asiento—. Es un lugar precioso.

Marco se acomodó frente a ella.

—Tiene mucho encanto, ¿no?

—Sí, supongo que sí. Hace tiempo que no disfruto de cosas así. —Su expresión alegre se nubló por un instante bajo las luces del jardín.

Marco sintió el impulso de preguntarle qué quería decir con eso, pero se contuvo. No era su estilo forzar confidencias. En cambio, levantó la carta del menú y cambió de tema con una sonrisa.

—¿Qué te parece si empezamos con una copa de vino? Algo blanco, fresco…, combina bien con esta noche.

Lucía agradeció el nuevo tono.

—Me parece una idea estupenda. Aunque te voy a confesar que no tengo ni idea de vinos, ¿eh?

—No te preocupes, yo hago de sumiller improvisado —bromeó Marco.

Pidieron una botella de Grasevina y algunos entrantes que la mujer, tan solícita como unas horas antes, recomendó con entusiasmo.

—Así que escritor, guía turístico, masajista y sumiller. Eres toda una caja de sorpresas —comentó Lucía mientras la *maître* se alejaba con su comanda.

—Estoy muy desaprovechado, sí.

—No me extraña que tu agente sea tan sobreprotectora entonces.

—Calla, ni la menciones. —Marco puso una cara de amargor impropia en él—. Estoy convencido de que es medio bruja. Cada vez que alguien la nombra a mi alrededor, aparece.

Lucía rio.

—¡Qué dices!

—Lo que oyes, si no, espera y verás. La hemos nombrado tanto que, en menos de cuarenta y ocho horas, se habrá puesto en contacto conmigo. Seguro. O nos la encontraremos en algún lado.

—Dios, qué mal rollo.

—¿Te apuestas algo o no?

—Vale. Quien pierda invita la próxima vez.

—Hecho.

Sellaron el pacto con un apretón de manos mientras les servían el vino y esperaban a que lo probasen. Ambos se miraron con complicidad y dieron un sorbito a sus respectivas copas antes de asentir y darle las gracias a la mujer, que, con elegancia, sirvió unos cuantos centímetros del líquido ámbar a cada uno antes de dejar reposar la botella en una cubitera junto a la mesa. Lucía se inclinó hacia Marco con gesto de secretismo mientras la *maître* se alejaba de nuevo.

—Creo que debe de estar enamoradísima de ti. La tienes temblando cada vez que aparece por aquí.

—¿A quién? ¿A la camarera?

Lucía señaló con sutileza hacia la entrada del restaurante, donde la aludida los miraba ahora con nerviosismo y admiración. Marco se llevó una mano a la nuca, incómodo.

—No puede ser para tanto…

—Lo es —aseguró Lucía, divertida—. Deberías haber visto su cara cuando le diste el carnet. Parecía que le iba a dar un paro cardiaco.

—¿Quién exagera ahora?

—Yo, desde luego, no. Aunque supongo que ya debes de estar curado de espanto.

—Bueno, me dedico a lo que me apasiona y además me permite vivir muy bien. Toda luz tiene su sombra.

Lucía paladeó sus palabras junto con un sorbo de vino.

—¿Cómo es eso de ser famoso? —preguntó mientras se recostaba en su asiento.

Marco dejó su copa y cruzó las manos sobre la mesa.

—Es raro. Creo que todavía no me acostumbro del todo, y dudo mucho que lo haga alguna vez. A veces se me olvida y me frustra. Puede ser divertido, pero en general es bastante extraño. Sobre todo cuando la gente te ve más como una idea que como una persona.

—¿Alguna vez te hizo ilusión? O sea, en el pasado, me refiero —interrogó Lucía.

—¿Quieres la verdad o la respuesta que doy siempre?

—La verdad, yo siempre quiero y querré la verdad.

—Está bien —dijo haciéndose de nuevo con su copa de vino—. Si fueses una periodista te diría que no, que siempre he sido una persona muy reservada (porque es verdad) y que es lo que menos me gusta de mi profesión, aunque entiendo que todo escritor se debe a su público y que soy muy afortunado por la cantidad de fans y lectores que esperan mis novelas y por todo el cariño que me regalan siempre que tienen oportunidad.

Lucía dio un sorbo a su copa de vino.

—OK, ahora la versión sincera.

—Está bien, maruja. Soy una persona muy reservada y siempre lo he sido, pero cuando publiqué mi primera novela, y la gente en mi país se volvió loca con ella, me hizo una ilusión bárbara. Yo estaba aún viviendo en Londres. Se publicó primero allí, en inglés, pero como los números fueron buenos y la temática se centraba en Yugoslavia, Mara consiguió que se publicara aquí en mi idioma. Aunque las firmas de libros en Inglaterra fueron tranquilas (al menos, las primeras), aquí hubo personas que se declararon fans sin ni siquiera conocerme desde casi el primer día. Y… me hizo ilusión —admitió, colorado.

—Es normal, ¿no? A mí me hubiera hecho dar saltitos también. Al fin y al cabo, era tu sueño dedicarte a esto.

—Sí, y sí. Pero luego se fue de madre.

—¿A qué te refieres?

—A que después de aquella primera toma de contacto, la siguiente novela funcionó mejor todavía. De repente, la gente me reconocía por todos lados. Me paraban por la calle, en el súper, en un restaurante… Fue un poco agobiante para un escritor primerizo recibir toda esa atención.

—Pero lo disfrutaste.

—Un poco, sí. Hasta que me di cuenta de que, hiciera lo que hiciera, siempre había alguien mirando y filtraban fotos mías a la prensa, y de todo generaban noticia. Coincidió también con la hospitalización de Peter. Me tocó lidiar con todo eso mientras una de las personas más importantes de mi etapa adulta desmejoraba día a día. Y yo quería acompañarlo, pero él estaba feliz por mí, por Mara. Y yo… Yo no sabía cómo sentirme. Supongo que confusión es una buena palabra.

—¿Y ahora? ¿Has hecho ya las paces con la fama?

—Yo no lo llamaría fama —dijo sin ocultar el rechazo tan grande que le generaba esa palabra—, pero podríamos decir que la sobrellevo de una manera más amable. Cuando Peter nos dijo adiós, me mudé a Korcula y aprendí a ponerme y quitarme el sombrero de escritor, o más bien, el de escritor en promoción. Aprendí a valorar aún más a mis amigos y a mi gente, y aunque no soy un gran amante de los focos, he hecho las paces con ese mundo, porque sé que gracias a tanto revuelo me van tan bien las ventas. Los seres humanos somos un poco idiotas y muy muy complejos.

—Amén —corroboró ella riendo.

Lucía se sintió rara por escucharlo hablar así de su trabajo. Ella estaba habituada a colocar el foco sobre sus autores, a verlos crecer y florecer con sus novelas, y nunca se había parado a pensar demasiado en sus cabezas. Quiso confesar su petición de ayuda, pero Marco la miraba con un brillo tal en sus ojos que pensó que esa noche no era la adecuada. Mejor dejar pasar unos días. Mejor relajarse un poco.

—¿Te has planteado alguna vez qué le pides a la vida ahora? ¿Algo más que fama y éxito? —se atrevió a preguntar.

Marco se sorprendió por lo directo de la pregunta.

—Pues no, pero pedir, pido cosas mucho más sencillas: paz mental, poder hacer lo que me gusta, disfrutar de la gente a la que quiero, celebrarlos a menudo… y no perderme en el camino.

Lucía asintió pensativa, acariciando el borde de su copa con la yema de los dedos.

—Suena sencillo, pero no lo es tanto. —Una sonrisa melancólica coronaba su rostro.

—No, no lo es —admitió Marco—. Pero si algo he aprendido con los años es que, cuando empiezas a soltar expectativas, todo gana en sencillez.

—¿A ti te funciona?

—No siempre —confesó Marco con cara de culpabilidad.

Lucía meditó sus palabras, evaluando sus propios sueños y fracasos.

—A veces siento que yo hice lo contrario —reveló al poco, sorprendiéndose incluso a sí misma—. Que de alguna manera dejé que las expectativas de los demás definieran lo que yo tenía que ser y hacer.

—¿Y ahora?

—Ahora estoy confusa porque ya no sé qué partes de la Lucía presente son reales y cuáles son meras copias de lo que un día entendí que debía ser. ¿Tiene eso sentido? Me encantaría recuperar la parte de mí misma que no vivía para complacer a los demás.

Marco sintió por ella una profunda admiración y ternura.

—La Lucía auténtica fue y será siempre mi favorita. Y la sigo viendo aquí delante, aunque la sepultes de vez en cuando con dudas.

Sus miradas se encontraron y desnudaron verdades que aún no se sentían capaces de reconocerse en voz alta. Lucía desvió los ojos hacia el vino que brillaba bajo la tenue luz de la terraza y Marco rellenó sus copas.

—¿Sabes? No es fácil admitir que te has perdido en algún punto del camino —confesó ella en un susurro.

—Pero hacerlo no es malo, aunque sea incómodo. Yo me he sentido perdido durante tantos años que no podría juzgarte por ello.

Y estoy encantado de poder compartir tiempo contigo, aunque te sientas perdida o no te encuentres. No necesitas tener todas las respuestas. Es más que suficiente con vivir el instante.

Lucía le dedicó una sonrisa agradecida.

—¡Eres demasiado encantador!

—¿Qué?

—Pues que dejes de ser tan perfecto, que no me extraña que Javier esté celoso.

—Perdona, no quería causarte problemas… —balbuceó Marco.

Lucía no le dejó terminar.

—Bah, tonterías. Estoy enfadada con él, así que me parece genial que sufra un poco. De hecho, creo que es normal que se sienta extraño. Yo necesitaba reencontrarme contigo para poder reconectar conmigo.

—¿Conmigo?

—Sí. No sé… —Se reclinó en su silla—. Hubo algo en nuestra historia que siempre quedó sin cerrar del todo. No me refiero a un tema romántico ni nada por el estilo. —Lucía sonrió con un deje de nostalgia en su expresión y sabiendo que callaba lo inconfesable—. Pero tú siempre eras un punto de referencia para la versión feliz de mí misma.

Marco sintió un nudo en la garganta.

—Eso es… mucho.

—Lo sé —dijo ella con ojos brillantes y la emoción arañándole la garganta—. Qué tontería más grande, y qué gran verdad a la vez. No sé, Marco, siempre fuiste superespecial para mí. Y sigues siéndolo. Es algo que no puedo evitar.

21
Un corazón

A Lucía le encantaba leer los mensajes que los ciudadanos impúdicos dejaban escritos en los baños de restaurantes y lugares públicos. Secretamente siempre había guardado el deseo de hacerlo ella misma, pero se sentía incapaz. Primero, nunca llevaba un rotulador indeleble en el bolso, y segundo… ¿No estaba mal? ¿Y si la pillaban? Pero cuando era más jovencita y salía de pubes y discotecas con sus amigas, se entretenía leyendo los minipoemas de quienes no tenían tal pudor.

De tanto hacerlo, se dio cuenta de que era común encontrar mensajes de diferentes emociones.

Los amorosos los presidía el típico «Amo a Juan», o a quien fuese, «Siempre juntos» y una fecha, o la clásica frase poética como «El amor es libre» o «El amor es como un pedo, si tienes que forzarlo probablemente es mier… coles».

La hacían sonreír.

Luego estaban los mensajes de ego, tipo «Sara ha estado aquí» y una fecha, «¡¡¡Viaje de chicas, os quiero!!!» (y otra fecha), o firmas y frases sacadas de Instagram: «Tú también necesitas terapia», «Mi psicóloga dice que no nos queremos suficiente, de nada» o «Sonríe :)».

Por último, estaban los que ella metía dentro del saco de los dramáticos, pues eran mensajes en los que predominaban la rabia o el enfado. «Mi ex es gilipollas, que te aproveche». «Odio mi vida», «La vida está llena de serpientes», «Las mujeres me dais asco», o palabras tan simples pero tan llenas —y vacías— de significado como «ZORRAS».

Siempre se dijo que, el día que sintiera el impulso de escribir en una puerta o muro de algún lugar, sería para formar parte del primer o segundo grupo, pero nunca del último. Quizá un día tendría un mensaje bonito que compartir.

Quizá.

Cuando se escapó al baño del restaurante en lo que traían el postre, atado a esa puerta había un bolígrafo junto a una nota en inglés. *If something nice happened to you today, write it down*, leyó. Un impulso la animó a sincerarse y, por primera vez, dejó el tan esperado mensaje.

«He encontrado a alguien que durante años sentí como mi hermano, y estar con él aquí me está enseñando que él no es mi hermano, sino alguien mucho más importante. ¿Es acaso eso posible? Gracias, Croacia». Y sí, junto a su confesión, también dibujó un corazón.

22
Javier

Marco conducía en silencio por la carretera que ascendía entre colinas bañadas por el sol. El aire olía a sal y a tierra seca, como solo lo hace cerca del mar Adriático. Llevaban las ventanillas bajadas para poder apreciarlo. No se fueron a dormir tarde, pero su cena juntos dejó a Marco el corazón blandito y más tarde le costó conciliar el sueño.

Había estado a punto de preguntarle a Lucía por su pareja. Sin embargo, fue una velada tan agradable y estuvieron tan a gusto que no quiso estropear el momento por entrometido, por mucho que su discreción le costase unas cuantas vueltas de más en el colchón. Lanzó una mirada de reojo a su compañera de viaje y se dijo que hoy hablarían del tema, tenían tiempo de sobra.

Habían desayunado sin prisas en el bufet del hotel algo de bollería, zumo de naranja y un par de cafés bien cargados antes de ponerse en camino hacia Split. Lucía decía estar adormilada, pero Marco la veía con los ojos muy despiertos. Parecía relajada. Las horas de descanso junto con el masaje habían obrado milagros y se encontraba mucho mejor, aunque antes de salir se hizo con más sobres de árnica en la tienda del hotel, «por si las moscas». La sonrisa traviesa con la que acompañó ese gesto hizo que su corazón

se saltara un latido y que se sintiera uno de los hombres más afortunados de la tierra.

El trayecto prometía ser largo, pero acordaron tomarlo con calma. Lucía iba absorta mirando el paisaje a través de la ventanilla. Las ondas de su cabello, aún algo húmedo por la ducha matutina, reflejaban la luz dorada que se filtraba entre las ramas de los olivos. Tenía la frente apoyada en el cristal y la expresión serena, aunque Marco sabía que detrás de esa calma era posible que todavía latieran más preguntas sin respuesta como las que compartió la noche anterior.

—¿Te apetece parar en Sibenik? —preguntó él, rompiendo el silencio.

Lucía giró la cabeza hacia él, parpadeando como si estuviera despertando.

—¿Sibenik? —repitió, probando el nombre en sus labios—. No lo conozco.

—Es una ciudad bonita. Calles de piedra, iglesias medievales, vistas al mar… Tiene su encanto.

—Pues me apetece mucho —respondió Lucía—. Podemos comer ahí si quieres.

—Eso había pensado, sí.

El silencio llenó el vehículo y Marco puso música para taparlo un poco.

—Perdona por estar tan callada hoy. Me he despertado bien, pero sin pilas —confesó Lucía con cara de inocente.

—No tienes nada de lo que disculparte. Aprovecha, si quieres, para cerrar los ojos un rato hasta que lleguemos. Te aviso cuando estemos entrando en el pueblo.

—¿Hace mucho que no haces este recorrido?

—Bastante —admitió Marco—. Me trae recuerdos.

Lucía parpadeó y le dedicó una mirada intrigada, pero no insistió para respetar el peso de aquella confesión velada. Ella también tenía las suyas y esa mañana se había despertado sintiéndose en una nube. No quería estropear su buen humor.

El paisaje cambiaba con lentitud mientras avanzaban hacia el sur. Pequeños pueblos costeros se asomaban entre las colinas con sus barcas balanceándose en la orilla del mar.

Cuando Sibenik apareció ante ellos, Marco condujo por las estrechas calles hasta encontrar un aparcamiento cercano al centro histórico. La ciudad era como un sueño de piedra junto al mar. Caseríos de tejados rojizos descendían escalonadamente hacia el puerto, donde las aguas azules del Adriático reflejaban el cielo despejado. Hacía calor, y el olor a salitre alegró a Lucía. Las callejuelas empedradas zigzagueaban entre edificios de piedra clara que brillaban bajo el sol abrasador. Marco se adelantó y extendió una mano hacia Lucía para ayudarla a bajar del coche, tras abrirle la puerta.

—Todo un caballero.

—No me quites el mérito —bromeó él.

Lucía salió del coche aceptando la ayuda del escritor. Estiró los brazos con un suspiro de satisfacción para desentumecer la espalda.

—Parece un cuadro —dijo, recorriendo con la mirada la ciudad que se alzaba a su alrededor.

—Es uno de mis rincones favoritos de la costa de Dalmacia —confesó Marco mientras ajustaba sus gafas de sol—. Ya verás la catedral, es impresionante.

Caminaron por callejuelas que parecían guardar siglos de historia en sus piedras desgastadas. Lucía deslizó los dedos por las fachadas de roca, como si quisiera absorber parte de la magia del lugar. Marco la observaba de reojo.

—¿Te parece si tomamos un café rápido? Creo que hoy no se me ha despertado el cerebro del todo.

—Claro, lo que necesites. Aunque confesaré que estoy disfrutando de este silencio sin pullas —bromeó.

—Que te den.

Lucía hizo ademán de darle un empujón, pero era verdad que iba sin fuerzas, lo que multiplicó las carcajadas de Marco. Fingió seguir andando enfurruñada mientras le dedicaba un corte de mangas, aunque ella misma iba aguantándose la risa.

—¡Ey! —Marco la alcanzó y la agarró por el brazo. Un pequeño escalofrío los recorrió a ambos tras el contacto—. Estaba de broma. Me gusta también cuando hablas. —La contempló muy serio, pero con una verdad titilando en el fondo de sus ojos—. Me gustas siempre.

Lucía le sonrió y se colgó de su brazo, tratando de evitar que él se percatara de sus rubores.

—Y tú también a mí, tonto. ¡Con lo que me ha costado encontrarte! ¿Te imaginas que ahora me cayeras mal?

—Sería terrible.

—Terrible. Eso mismo pienso yo.

Se sentaron en la terraza de una cafetería cercana y Marco pidió en el idioma local un par de cafés y un vaso de agua. Estuvo un rato discutiendo consigo mismo si no sería mejor que se cayeran mal.

Sería todo mucho más fácil. Lucía había dado alguna que otra vuelta a aquel mismo pensamiento.

—¿Mejor? —preguntó al ver la cara de plena satisfacción de Lucía al dar sorbitos a su americano mientras se empapaba de rayos de sol.

Ella tan solo asintió como respuesta.

—¿Sabes? —Se volvió hacia él—. Ayer me lo pasé genial. Creo que fue uno de mis días favoritos en mucho tiempo.

—Opino lo mismo. —El corazón de Marco dio un brinco, pero trató de disimularlo como pudo—. Pero recuerda que aún nos quedan unos cuantos días por delante. Hay que disfrutarlos tanto o más.

—Aunque será difícil, acepto el reto.

Pasearon sin prisa por las angostas calles, bordeando terrazas llenas de turistas que disfrutaban de café y *rakija.* La catedral de Santiago se alzaba majestuosa al final de una plaza luminosa, cuya imponente piedra blanca brillaba bajo el sol. Su fachada renacentista parecía custodiada por docenas de rostros tallados en piedra que vigilaban a los visitantes desde hacía siglos.

—¿Qué te parece? No es igual que la gallega, pero no está mal.

—¿Has estado en Galicia?

—En una firma de libros, sí. Hicieron un evento de thriller y novela negra y me llevaron como autor invitado. Me pareció impresionante. Estaba llena de peregrinos llorando, brindando y haciendo fotos. Hacer ese Camino del que tanto se habla tiene que ser toda una experiencia.

—Es genial. Yo lo hice con mamá, papá, Carlos y su pareja hace unos años, y nos encantó. Pol no quiso venir porque dijo que odiaba que le salieran ampollas y que dormir en albergues no era lo suyo.

Aunque yo creo que fue más bien culpa de la época en la que lo hicimos. Acababa de salir del armario y estuvo raro con la familia una temporada.

—¿Por qué? ¿Tus padres le dijeron algo?

—¡Qué va! Tan solo le costó asumirse. Había estado saliendo con una chica con la que no llegó a pasar nada, y no sé, a mí siempre me dio la impresión de que quería ser como Carlos, y para hacerse cargo de sí mismo, y de lo que de verdad quería, tenía que dejarlo ir como modelo. En plan… Ya sabes que uno es supercuadriculado, y el otro, creativo y relajado. Era como intentar que un cruasán tuviera sabor de pizza barbacoa. ¡No había por dónde cogerlo!

—Mira que eres exagerada…

—Rebátelo, venga —lo retó ella.

Marco la miró con curiosidad. Parecía que la Lucía que él conocía había vuelto a entrar en escena.

—Te ha hecho efecto ya el café, ¿eh?

Lucía esbozó una mueca chulesca y satisfecha.

—Es muy posible. Y quien calla otorga.

—A ver, estoy de acuerdo en que tus dos hermanos son muy diferentes. Siempre lo han sido. Pero la pizza barbacoa es una abominación casi tan grande como la hawaiana y deberían erradicarse ambas por completo de la faz de la tierra.

Lucía se carcajeó. «Es casi tan tiquismiquis como Javier», pensó. Estuvo a punto de decirlo en voz alta, pero prefirió morderse la lengua. Tratando de no reír, volvió a centrar su atención en el edificio que tenían delante y se entretuvo admirando las esculturas de rostros humanos.

—Parece imposible que hicieran esto solo con piedra. Esas caras parecen contar historias.

—Cambia de tema, di que sí —dijo él, echando un poco de sal en la herida—. Se supone que representan a gente de la ciudad, tal vez incluso a los constructores.

Lucía hizo caso omiso a su primer comentario.

—¿Te imaginas que tu cara quedara inmortalizada aquí para siempre?

—Me alegra muchísimo que ya no se hagan estas cosas. Creo que la simple idea de quedar inmortalizado en un edificio religioso no me dejaría dormir.

Lucía le dio un codazo juguetón en el costado. Marco, antes de pensarlo demasiado, la agarró de la mano.

—Ven, te voy a llevar a un sitio.

Ella frunció el entrecejo, pero se dejó guiar sin protestar sintiendo cosquillas en los dedos. Subieron por un sendero empedrado que rodeaba muros antiguos, mientras el rumor del mar acompañaba sus pasos. La brisa marina agitaba el cabello de ambos, enredándolo en mechones rebeldes. El sol doraba su piel.

Cuando llegaron a la cima, la vista se desplegó ante ellos como una postal viva. El azul profundo del Adriático se extendía hasta el horizonte, salpicado de pequeñas islas que flotaban como esmeraldas.

Lucía dejó escapar un suspiro de asombro y esfuerzo.

—Esto es increíble —susurró.

Marco la observó en silencio, disfrutando de la forma en que la luz del sol iluminaba sus mejillas.

—Bienvenida a la costa de Dalmacia —dijo, por fin—. Aquí verás que los croatas son más como yo. Altos y morenos.

—Y humildes.

—Eso siempre —convino Marco, revolviéndose el pelo con la mano —. Pero, bueno, dejemos los piropos para más tarde… ¿Comemos? Me muero de hambre.

—Pensaba que no me lo ibas a preguntar nunca.

Bajaron bromeando con paso tranquilo, disfrutando del paseo, del aroma del mar y de los olores que escapaban de las pequeñas *trattorias*. El tintineo de copas y el inconfundible graznido de las gaviotas los acompañaban.

Cuando por fin encontraron una mesa libre en una terraza con vistas al puerto, se sentaron. El agua resplandecía bajo el sol y las barcas se mecían con suavidad en el muelle. Marco pidió en croata una ensalada, un plato de calamares a la parrilla y una botella de vino blanco local.

—Estás en tu salsa aquí, así da gusto —comentó Lucía, apoyando el mentón en la mano mientras lo observaba.

—¡Estás en mis dominios! De algo me tendrá que servir haber nacido en este país si no es para fanfarronear con las visitas.

—Desde luego que eres de lo que no hay. Esta faceta tuya no la conocía. —Lucía negó con la cabeza.

Él sonrió con un aire misterioso.

—Hay muchas cosas que no te he contado.

Ella levantó una ceja, intrigada.

—¿Sí? ¿Cuántas?

—Espero que las suficientes como para mantenerte entretenida el resto del viaje.

Marco le guiñó un ojo y ella puso cara de rendición. No podía con él cuando se venía tan arriba.

El restaurante era acogedor, con mesas de madera pulida y flores blancas frescas en el centro. Marco y Lucía estaban sentados frente a frente, y él, tras consultarlo con ella, pidió como entrante un par de copas de *rakija*, una bebida tradicional de los Balcanes que no podía faltar en una experiencia croata completa. Lo sirvieron al instante.

—¿Me quieres emborrachar? —preguntó Lucía coqueta ante la copa de chupito transparente que había colocado el camarero ante ella.

—Para nada, aquí es costumbre tomar una copa de esto con higos secos antes de comer, sobre todo si el almuerzo va a ser abundante. Es una bebida espiritual, muy popular en esta región, que se elabora con ciruelas, uvas o albaricoques. Cada familia suele tener su propia receta secreta que se transmite de generación en generación. Se dice que tomar un *rakija* con alguien es una muestra de confianza y camaradería.

Lucía, intrigada por las tradiciones locales, le dio un sorbito y le ardió la boca. Marco rio.

—Muerde un higo y luego bebes. Verás que está mejor. Pero antes, brindemos. ¿Por nosotros?

—Por nosotros —dijo ella haciendo chocar su copa con la del escritor. El licor era aromático, y la segunda vez le gustó un poco más que la primera.

—¿Qué tal van las primeras impresiones de mi tierra? ¿Está cumpliendo tus expectativas?

—Todo lo que he visto hasta ahora me ha encantado, incluido este lugar.

—Ya verás que la calidad de los restaurantes varía mucho, pero intentaré llevarte a los mejores. Una vez que estemos en Korcula es más fácil porque podremos hacer comida en casa, o ir al restaurante de algún amigo. Desde que se puso de moda todo es por y para los turistas y se ha perdido calidad. Algunos sitios aún se salvan, claro está. Este, para mí, es uno de ellos.

—Me pongan lo que me pongan voy a devorarlo. No te asustes.

—Ya somos dos —admitió riendo—. Además, de niña también tenías saque. Y te ponías de muy mala leche cuando te entraba el hambre.

—Eso creo que no ha cambiado. La falta de comida me pone gruñona.

—Lo tendré en cuenta para el futuro.

Su almuerzo llegó y se sumergieron en los sabores del Adriático. Se permitieron disfrutar simplemente del momento. Pero en algún lugar entre las palabras no dichas y las miradas sostenidas, ambos sabían que aún quedaban muchas conversaciones pendientes.

El móvil de Lucía sonó sobre la mesa y ella lo silenció antes de meterlo en su bolso.

—Puedes cogerlo si quieres, ¿eh?

—No, tranquilo. Es Javier, no me apetece hablar con él.

—¿Me quieres contar con más detalle qué os ha pasado?

—Nada, no sé, bueno, ya te adelanté algo. Quizá es el estrés de la boda o que se nos han juntado muchas cosas, pero llevamos una temporada un poco rara. Me noto… irritada. Como si todo me molestara. Y sé que no es culpa suya, pero tampoco lo puedo evitar.

Y no me ayuda que me engañe ni que me trate como si mi opinión no contara.

—Pero… ¿tan así es? O sea, me sorprende mucho que hayas elegido a una persona como la que describes. La Lucía que yo recuerdo era tan fuerte y tan… —Intentó buscar las palabras correctas sin demasiado éxito. No quería exponerse demasiado. Decidió probar de otra manera—. Cuéntamelo bien para poder darte mi opinión, siempre y cuando la quieras, claro. ¿O estoy siendo muy indiscreto?

—No, no, es… No te quiero aburrir.

—No me aburres, he preguntado yo. Pero si no me lo quieres contar lo entiendo.

—No es eso. Es que no sé por dónde empezar.

—¿Qué tal por el principio?

—Está bien.

Y mientras el camarero les rellenaba el vino y les acercaba más entrantes ella se sinceró con el que tantos años atrás había sido su confidente.

—Ya te he dicho que estamos juntos desde la universidad. ¡Toda la vida! Yo me sentía muy perdida, te echaba aún mucho de menos y él hizo que fuera todo fácil, no sé. Siempre ha sido el decidido de los dos, y yo supongo que me he dejado llevar. Nos fuimos a vivir juntos tan pronto como comenzó a trabajar. Al poco, yo empecé en Alumbra y los dos teníamos claro que queríamos mejorar nuestras condiciones laborales, así que nos centramos en eso: en trabajar, hacer másteres y viajar en los veranos a la Costa Brava o a algún país exótico. Luego hablamos de ser padres, tema al que yo me resistí en un primer momento, pero supongo que, dado que yo

también fantaseo con el hecho de tener una familia como la mía, cedí. Te reconozco que me daba toda la pereza del mundo el momento embarazo, bebés, pañales…

—¿No tirasteis la toalla? Porque me habías dicho que…

—Lo hemos intentado varios años y no me he quedado embarazada. Nos planteamos entonces hacerlo por fecundación in vitro, pero justo mi empresa empezó a tener apuros y mis jornadas se hicieron más largas y no me veía capaz de sostener ambas cosas. Javier no entiende por qué no cambio de trabajo, y yo no sé cómo explicarle que no quiero dejar de ser yo para ser madre.

—¡Se te ha juntado todo!

—Mi pobre Alumbra está a punto de cerrar o de ser devorada por una de las grandes. A mí me está costando soltar. Entonces fue cuando Javier, entre medias, me organizó, como ya te había adelantado, una cena con una de las ejecutivas de la competencia para que me ofreciera trabajo. Quise morirme. Como cuando tu padre te pasea por el patio del colegio tratando de que alguien quiera jugar contigo. Pues igual.

—No conozco esa sensación.

—Perdona, era un mal ejemplo.

—Tranquila, sé a lo que te refieres. Y… ¿lo hablaste con él?

—Sí, pero no va a disculparse. Cree que estoy siendo una dramática egoísta y que la que debería pedir perdón y recapacitar soy yo.

—Vaya…

—Vaya no. Que te acabo de esparcir todos mis trapos sucios. ¿Qué opinas?

—Nunca he tenido una relación tan larga, así que no sé cómo debe ser. Pero recuerdo lo poco que te gustaba que te diesen órdenes de niña, así que imagino que te seguirá costando ahora de adulta.

—Me pone muy nerviosa —confesó Lucía riendo.

—Tuviste suerte de que Pol y yo nos dejásemos manejar por ti.

Unos gramos de silenciosa añoranza se posaron entre ellos. Recordaron las excursiones en busca de leña por el bosque, las peleas con cojines y los ataques de cosquillas.

—Fueron buenos años.

—Sí que lo fueron, sí. Echo de menos lo fácil que era todo antes, cuando no teníamos que preocuparnos de ser adultos ni de tomar decisiones.

—Lo malo es que no nos dábamos cuenta y siempre nos quejábamos de algo. Ahora nos quejamos menos, pero hay mucho más en juego.

23
Morir matando

Cuando faltaba poco para la primera Navidad como familia de seis, Lucía volvió llorando a casa. La niña se había peleado con un compañero de clase por defender a su hermano. Le había llamado huérfano apestoso, refugiado y tonto. Así, todo junto. Y ella, que habitualmente era tan civilizada, le pegó con un libro en la cabeza, gesto que inició una guerra de patadas y tirones de pelo para nada elegante.

«No tenías que haber hecho eso», la regañó Marco cuando los separaron los profesores. «Quien no tenía que haberse quedado callado eras tú». «Pero sí soy huérfano», le dijo. «Sí, pero no del todo. Ahora tienes otros papás. Y hermanos. Y, además, tú no eres tonto. ¡Tonto es él!».

Lucía tenía buena parte de razón, pero él no supo cómo reaccionar. Marco solo miraba al suelo. Ese fue el único día que no volvieron de la mano. En cuanto entraron en casa, ella se refugió en los brazos de su padre y lloró un río entero. Y le escribió una carta. Y cuando su hermano la leyó, fueron sus ojos los que se llenaron de lágrimas.

Los Badal acudieron a la mañana siguiente a hablar con su tutora y, gracias al cielo, la madre del otro niño también fue al colegio para disculparse. Su hijo había oído por casualidad una conversación suya

y se avergonzaba de lo sucedido. Pidió disculpas. No sirvió de mucho, pero al menos la cosa no fue a más.

Marco no recordaba muchas cosas de su infancia, pero aquella quedó grabada a fuego en su memoria. Se sintió extraño. Roto. Como si estuviera atrapado en su propio cuerpo, incapaz de reaccionar. Y lo odiaba. Descubrió entonces que, cuando lo atacaban, se paralizaba. Entraba en estado de shock.

Y le siguió pasando.

Solo reaccionaba cuando los insultos iban contra Lucía o Pol y, más tarde, contra alguien a quien apreciara. No sabía por qué, ni de dónde venía aquella parálisis. Pero cuando, muchos años después, se lo contó a su psicóloga, ella le explicó que podía ser una respuesta al trauma.

Quizá por eso al escuchar ciertas cosas que le contaba Lucía se sentía tan impotente. Porque con el tiempo había aprendido, había cambiado. Y porque, por ella, no tenía problema en morir matando. Nunca lo tuvo y, aunque fuese extraño, a pesar de los años separados, seguía sin tenerlo.

Pero los problemas de los adultos no se solucionan matando, sino hablando y escuchando. Lo sabía bien. Y aunque en teoría esto debería ser algo sencillo, en la práctica no lo era tanto.

Lucía masticaba con calma, en apariencia ajena al caos que Marco tenía en la cabeza. A él, en cambio, le costaba tragar. No por la comida —que estaba deliciosa—, sino porque cada palabra no dicha le pesaba en la lengua como piedra o metal.

La miró de reojo. Su pelo alborotado por la brisa, la forma distraída con la que jugaba con el tallo de su copa de vino, la curva

de su sonrisa al saborear el último bocado de calamar. Le daban ganas de preguntarle. De preguntarle de verdad: «¿Sigues enamorada de él?».

Cuatro palabras.

Cuatro.

—¿Qué pasa? —Lucía le sostuvo la mirada.

Marco reaccionó un segundo más tarde.

—Nada.

—Venga ya, Marco. Estás tenso. Te conozco.

Claro que lo conocía. Ese era el problema.

—Solo pensaba —dijo, tratando de fingir indiferencia— en todo lo que me contabas sobre Javier y vuestra relación.

Lucía sonrió, pero había algo en su expresión que delataba hartazgo.

—¿Y…?

—Y nada, ya está. Solo pensaba.

—Nada no, suéltalo. Qué sucede.

—Es que quizá no te gusta lo que te digo y te doy una opinión que no me has solicitado.

Lucía soltó el tenedor y tomó su copa de vino para darle un trago sin dejar de mirar a Marco.

—Deja de hacerte el interesante. Dime. Te estoy reclamando esa opinión, ahora. —Enfatizó esa última palabra con un cruce de brazos.

Marco se rascó la cabeza, incómodo. No tenía que meterse en ese jardín. Lo sabía. No tenía por qué entrar y decir estas cosas. Y sin embargo…

—Pues que me da la sensación de que te mereces mucho más de lo que él te ofrece. —Lucía escuchó de los labios de Marco lo que algunas de sus amigas ya le habían dicho y ella nunca había querido aceptar—. No sé, no conozco más que lo que me cuentas de ti, de él y de vosotros, pero… me da la sensación de que te has ido adaptando a lo que esa persona ha querido para ti, y la Lucía que yo recordaba no se dejaba limitar por nadie.

—Es complicado. Él es…, me hago pequeñita.

Marco sintió un leve pinchazo en el pecho. No por lo que decía, sino por cómo lo decía. Como si lo aceptara, como si fuera normal que alguien la hiciera sentirse menos.

—Pero es que no deberías sentirte así con la persona que se supone que te quiere —dijo, sin poder evitar que su tono se endureciera un poco—. Tú nunca has sido pequeña, Lu, tú siempre has sido enorme. Y lo sigues siendo, ¿no te das cuenta?

Lucía jugueteó con la servilleta y luego se encogió de hombros.

—No sé, Marco. No es su culpa. No del todo, al menos. Me enfada y me da rabia cómo reacciona, pero a veces pienso que el problema soy yo. Y eso me enfada aún más.

—Eso es una tontería.

Ella se rio sin ganas.

—¿Y si no lo es?

Marco apretó la mandíbula. Quería decirle que no, que no tenía ni un ápice de razón. Que la Lucía que él conocía nunca se encogía ante nadie. Que siempre había sido una fuerza de la naturaleza, una tormenta completa con rayos, relámpagos y arcoíris, y que, si alguien no podía con ella, era su problema, no el de ella.

Pero lo expresó con otras palabras más duras.

—A lo mejor lo único complicado aquí es que te has acostumbrado a algo que no te hace bien.

Zas.

Lo notó en el ambiente, denso e incómodo de repente.

Lucía no respondió de inmediato. Miró la copa de vino y la giró entre sus dedos como si buscara una respuesta en el líquido ámbar. Marco la observó en silencio y notó la manera en que su expresión se modificaba: el ligero frunce de su ceño, el mordisqueo distraído de su labio inferior.

—¿Sabes lo peor? —dijo al fin, con una risa breve y sin alegría—. Que ni siquiera sé cuándo empezó todo a cambiar, no soy capaz de poner una fecha en el calendario. Y me gustan los planes de futuro que tenemos, y ha sido mi único novio serio, y conocemos por completo la familia y la vida del otro, y… No sé si mis dudas son porque soy caprichosa o están fundamentadas en razones de peso. Quizá por eso prefiero no pensarlo y no hablar del tema demasiado hasta sentir un poco más de espacio mental para ello. Aunque como no llega, me agobio y…

Dejó la frase en el aire. Marco sintió un nudo en el estómago.

—¿Y por qué sigues ahí?

Lucía parpadeó y exhaló un largo suspiro.

—Porque lo quiero —respondió con voz débil.

Marco sintió cómo algo dentro de él se tensaba, un nudo de rabia y tristeza que le presionó el pecho.

«Porque lo quiero».

No sonó como debería. No fue un «lo quiero» con el brillo de quien ama sin dudas ni reservas. Tampoco uno que calara hondo y doliera por razones obvias. Sino un «lo quiero» dicho en voz baja,

como si la idea de dejar de hacerlo fuera más aterradora que la idea de seguir con él.

Pero Marco no podía decir nada más porque sentía que ya había ido demasiado lejos.

Así que respiró hondo y, tras rellenar ambas copas, le dio otro trago a su vino.

—Bueno, no pienso darte la turra con esto toda la tarde —dijo al fin, intentando suavizar el ambiente—. Solo quiero que sepas que…, que aquí tienes un espacio para hablar y desahogarte. Siempre.

—Lo sé.

Él leyó entre líneas todo lo que ella intentaba ocultar.

—¿Puedo hacerte una última pregunta? No tienes por qué contestar, pero no puedo no hacerla.

—Claro.

—¿Sigues enamorada de él? Después de tantos años… ¿Lo quieres como se debe querer a alguien con quien te casas?

—¿Quieres la respuesta larga o la corta?

—Las dos.

—La corta es no lo sé. El amor cambia, y llevamos juntos mucho tiempo. La larga es que no me apetece hablar más del tema. ¿Te importa si seguimos psicoanalizando mi relación de pareja en otro momento? No es que no quiera hablar del tema contigo, es que he sobrepasado el límite de mi tolerancia.

Marco se mordió la lengua y no insistió.

—No hay problema.

Pero claro que lo había. Le importaba. Lucía le importaba más de lo que debería. Más incluso de lo que estaba dispuesto a admitir. Mierda.

Ella se terminó el vino de un trago corto y dejó la copa sobre la mesa con un leve tintineo.

—Voy al baño un momento. Ahora vuelvo.

Marco la vio alejarse entre las mesas de la terraza y sintió que el aire a su alrededor cambiaba en cuanto desapareció de su vista. Como si su presencia dictara el ritmo de su respiración sin que él se diera cuenta.

Se pasó una mano por la cara y resopló.

«¿Sigues enamorada de él?».

No lo sabía.

Ese «no lo sé» le pesaba más que un «sí» tajante. Porque significaba que había espacio para la duda. Y Marco odiaba la duda cuando se trataba de Lucía. Odiaba no saber en qué punto estaba, si seguía enredada en un amor que ya no la hacía feliz, o si, en el fondo, solo necesitaba un pequeño empujón para salir de ahí.

Aunque él no fuese a darle ese empujón.

Las cosas no se hacían así.

Cuando Lucía volvió a la mesa, su expresión había cambiado. No sonreía de forma tan abierta como era habitual en ella, pero parecía más ligera. Los minutos a solas le habían servido para sacudirse un poco el peso del tema.

—¿Nos vamos? —preguntó, recogiendo su bolso.

Marco asintió y dejó algunos billetes sobre la mesa antes de ponerse en pie.

Se hizo un silencio denso entre ellos, solo roto por el murmullo de las olas y el sonido de sus pisadas. El ruido de los pensamientos de ambos era lo más escandaloso de la escena y, aun así, se veían

como una pareja más que caminaba pensativa entre las casas de piedra de aquel encantador lugar frente al mar.

Marco se sentía culpable por haber abierto la boca, y le dolía ver a Lucía afectada por la conversación. Él no quería que ella sufriera o que pensase que él la estaba juzgando o… ¡Ay! Qué complicadas eran las relaciones humanas. Solo quería arreglarlo, hacer que ella estuviera bien.

—Lu, yo…

Lucía giró la cabeza, pero no lo suficiente como para mirarlo de frente.

—¿Mmm?

Marco se pasó una mano por la nuca, buscando las palabras adecuadas. No quería que ella se quedara con ese peso en el pecho. No quería que creyera que él pensaba que era débil o que la estaba cuestionando.

—No quería hacerte sentir mal.

Lucía esbozó una sonrisa leve, pero no lo miró.

—Lo sé.

—No, de verdad. No es cosa mía meterme en esto, no… —Vaciló, frustrado consigo mismo—. No quiero que pienses que te estoy juzgando.

Ella se detuvo en seco, obligándolo a frenar también.

—No lo pienso. —Ahora sí lo miró, con esos ojos oscuros y enormes que a Marco siempre le habían parecido demasiado expresivos como para esconder nada. Pero esta vez, sí escondían algo—. Sé que te preocupas por mí y lo que me has dicho tampoco es la primera vez que lo escucho. Pero me siento vulnerable y un

poco estúpida ahora mismo, y… no es tan fácil de digerir. —Retomó el paso.

—Lo sé y lo entiendo —aceptó.

—Me gusta poder abrirme contigo, pero no quiero que Javier empañe mi tiempo aquí juntos. ¿Te importa si aparcamos el tema por ahora? Me apetece ser irresponsable y olvidar que esas dudas existen. Aunque sea por unos días.

Se colgó de nuevo de su brazo, como últimamente le gustaba hacer, y lo miró con ojos entre tristes y traviesos. El estómago de Marco dio un pequeño vuelco y envolvió una de sus manos con la suya antes de dedicarle una mirada cauta pero llena de cariño.

—Haremos lo que tú quieras hacer. En mí siempre encontrarás un cómplice.

24
Un lazo invisible

El segundo verano que Lucía y Marco pasaron juntos, la familia al completo se fue de vacaciones al Parque Nacional de Aigüestortes, incluidos algunos de sus tíos y primos. Era un paraíso de montañas imponentes, lagos de aguas cristalinas y bosques que olían a resina y a tierra húmeda. Durante el día, los primos correteaban entre los árboles, recogían piñas y ramas para construir cabañas, mientras los adultos organizaban excursiones por los senderos serpenteantes del parque para mantener a todo el mundo entretenido y hacer buen uso de los diez días que pasarían mezclados y revueltos en medio de la naturaleza. Pero cuando el sol comenzaba a bajar, y las sombras se alargaban sobre la hierba, el cansancio entraba en escena y el jaleo perdía decibelios durante un rato. Esos momentos de relativa calma eran los favoritos de los padres allí presentes, que solían aprovechar para dejarlos a su aire mientras se tomaban una cervecita en el porche de la casona alquilada.

Aquella tarde, después de un largo paseo hasta uno de los lagos, Marco y Lucía se quedaron atrás cuando los demás regresaban a merendar algo. Habían pasado todo el día tramando entre ellos, inventando historias sobre piratas y buscando tesoros escondidos entre las piedras donde se guardaban secretos que nadie más conocía. Ni siquiera ellos. Así de secretos eran.

El sol teñía el cielo de naranja cuando, cansados de corretear, se detuvieron, jadeando, con los pies hundidos en la tierra húmeda. Marco se dejó caer sobre la hierba y Lucía lo imitó, con la piel dorada por el sol y el cabello despeinado por la brisa. Estaban en ese punto entre el cansancio y la felicidad absoluta, cuando todo parece más real, y mucho mucho más grande de lo que es en realidad.

Lucía, que a diferencia de a Marco le costaba quedarse quieta, se levantó de nuevo y se puso a buscar piedrecitas lisas junto a la orilla. Cuando se hizo con un puñado —y con la lengua asomando apenas entre los labios—, empezó a lanzarlas una a una, intentando hacerlas saltar sobre el agua.

—Cinco botes —anunció con orgullo cuando la última piedra rebotó varias veces antes de hundirse.

Marco, que había estado tumbado en la hierba con los brazos cruzados detrás de la cabeza, se incorporó competitivo.

—Yo puedo hacer seis.

Lucía puso los ojos en blanco.

—Claro que no.

—¿Quieres apostar?

—Vale. Si ganas, te doy mi chocolatina de después de la cena.

—Y si no…

Lucía se lo pensó un momento y luego sonrió con picardía.

—Si gano yo, me tienes que llevar a hombros hasta el porche.

Marco se rio.

—Eso no es justo, pesas un montón.

—Entonces ¿qué? ¿No aceptas?

Él frunció el ceño, recogió una piedra y la sopesó en la mano. Tomó impulso y la lanzó con precisión. Un bote. Dos. Tres… Cuatro…

Se hundió antes del sexto.

Lucía aplaudió.

—Tienes tres intentos y, si no lo consigues…, ¡la chocolatina es mía!

Marco bufó y, después de intentar batir el récord de cinco botes sin demasiado éxito, se dejó caer de nuevo sobre la hierba. Un azul profundo cubría el cielo y en la distancia se escuchaba el murmullo del agua deslizándose entre las rocas. El canto de los grillos y el crujido de las ramas bajo el peso de algún animal que pasaba entre los árboles les hacía compañía. Estaban acostumbrados a ser la sombra del otro. Nunca necesitaron decir demasiado para entenderse. Sin embargo, en aquel momento a Lucía no le pareció suficiente y, con la seriedad repentina que solo los niños saben adoptar, levantó la vista hacia él en busca de certezas.

—Siempre vamos a estar juntos, ¿verdad?

La superficie del agua era un espejo perfecto que reflejaba las cumbres recortadas contra el cielo oscuro. El aire era fresco, con un leve aroma a pino y a leña quemada en la distancia. Oían a sus padres reír a lo lejos.

Él no era un experto en promesas, pero había algo en la forma en que ella lo decía, tan seria, como si de verdad necesitara escucharlo en voz alta.

—Claro que sí —respondió.

No quería mentir y ya había aprendido que «siempre» era una palabra muy grande. A veces, demasiado hasta para las mejores intenciones.

Lucía no pareció satisfecha.

Se giró de lado y estiró la mano hacia él, con el meñique extendido.

—Promételo.

Marco arrugó el entrecejo.

—Eso es cosa de niñas.

—No lo es. Es algo serio. Si lo prometes con el meñique, es para siempre.

Hubo un instante de duda, pero al final Marco suspiró y enlazó su dedo con el de ella. A pesar de que el contacto fue breve, cuando Lucía sonrió, con ese aire de satisfacción tranquila y esa luz que parecía emanar por todas partes, Marco pensó que acababa de hacer algo importante.

Esa noche, al regresar al campamento, no protestó cuando Lucía saltó sobre su espalda con una carcajada.

Ni siquiera cuando, antes de dormirse, le dejó su chocolatina en la almohada sin decir nada.

La promesa quedó ahí, enredada en la brisa fría de los Pirineos.

Un lazo invisible, más fuerte que cualquier palabra.

Habían prometido ser cómplices.

Para siempre.

25
Celos

Los celos son un veneno peligroso que te podría matar de una sentada, pero también lo es la ilusión, sobre todo cuando esta carece de fundamento. Mientras conducía de camino a Split, Marco estuvo masticando ambas emociones casi de manera simultánea. Le vino a la mente aquel pacto que hicieron de niños junto a un lago, con los meñiques entrelazados y los ojos brillantes. El miedo que tuvo al hacer esa promesa y el alivio que le provocó reencontrarla, al pensar que «siempre» era una palabra que también podía traer buena fortuna, incluso cuando esta se ha dejado de buscar.

La luz dorada del atardecer se filtraba por la ventanilla. A Lucía le encantaba observar cómo cambiaban la vida y los colores con los que se manifestaba cuando el sol descendía en el horizonte. Iba admirando ensimismada la cadencia somnolienta con la que el paisaje pasaba a su lado junto a las carreteras costeras. Estaba cansada. A un lado, el mar Adriático se extendía infinito, salpicado de islotes de roca blanca y barquitas que regresaban al puerto; al otro, colinas cubiertas de vegetación mediterránea y pequeños pueblos de casas con techos rojizos desperdigados entre la costa.

La conversación de la comida la había dejado agotada y quería encontrar ese botón de apagado de su cerebro para poder desconectar de veras. A veces parecía que cuanto más quería parar

de pensar, más pensaba. Como si se activaran alarmas ocultas en su mente, instaladas específicamente para no dejarla vivir.

Odiaba cuando eso sucedía.

Cambió de postura porque el hombro empezó a molestarla de nuevo y Marco la miró preocupado casi de inmediato.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, tranquilo. Solo que no estoy acostumbrada a tanto coche.

—Bueno, pues es casi el último recorrido largo, así que no te preocupes. En Korcula nos moveremos también en coche, pero ya verás que es una isla pequeña. En menos de quince minutos llegas a cualquier punto. Y tengo bicicletas.

Lucía le dedicó una sonrisa, una de esas que se le dibujaban en el rostro por pura inercia, y volvió a centrarse en el escenario del otro lado de su ventanilla. Sabía que Marco la observaba de reojo, quizá intentando descifrar lo que pasaba por su cabeza, pero ella mantuvo la vista en el punto donde el mar y el cielo se teñían poquito a poco de púrpura y naranja.

La música suave que salía de la radio los acompañó los veinte minutos que les separaban de su siguiente destino. Lucía cerró los ojos un instante, dejándose llevar por la tranquilidad engañosa del momento. Pero la calma era frágil, un fino velo que se rasgaba en cuanto su mente regresaba a la escena de la comida, a las palabras que habían intercambiado, y a las que no.

Era agotador.

Split los recibió con bullicio. Lucía agradeció la distracción. El tráfico se volvió más denso a medida que se acercaban al centro, lo que obligó a Marco a reducir la velocidad. Él había hecho ese trayecto ya un millón de veces, pero para Lucía era la primera, y esa

ciudad de la que tanto había leído parecía una más, sin nada demasiado especial. Hasta que divisó unas murallas.

—Voy a dejar el coche en un aparcamiento aquí fuera, que en el casco histórico son todo calles estrechas. Mañana cuando vayamos a coger el ferry, será más fácil también conducir desde aquí, ¿OK? —anunció él, mientras giraba el volante con destreza—. Nuestro hotel está dentro, en una de esas callejuelas a las que es imposible entrar si no es andando.

Lucía agradeció la oportunidad de estirarse un poco. Marco condujo un par de calles más hasta un parking cercano a la Puerta Áurea. Cuando apagó el motor y salieron del coche, los envolvió el aroma a gasolina mezclado con el aire cálido.

El escritor cargó con la mochila, su bolsa de viaje y la bandolera de Lucía.

—No tienes por qué…

—Te duele la espalda. ¿Prefieres llevarla tú y que luego no puedas moverte?

—No, tienes razón. Gracias —le dijo con voz sincera.

Avanzaron hacia las murallas, ya iluminadas a pesar de contar aún con luz natural, y Lucía no pudo contener una exclamación admirada.

—Guau, esto sale en *Juego de tronos*, ¿no?

—Lo veremos mejor mañana por la mañana, pero sí, hay algunos escenarios de la serie aquí. ¿Eres fan?

—Digamos que es mi *guilty pleasure*.

—Señorita Badal, es usted toda una caja de sorpresas.

—No lo sabes bien —confirmó, levantando la barbilla y poniendo cara de interesante—. Pero vamos, que tú no te quedas atrás.

—Si no sería muy aburrido.

—Afirmativo.

Se dedicaron una mirada cómplice y siguieron andando por el entramado de calles de piedra que conformaban el corazón de Split. La ciudad tenía un encanto vibrante: entre las ruinas del palacio de Diocleciano, se escondían bares animados, plazas iluminadas con farolillos y tiendas con escaparates llenos de artesanía local en ese museo al aire libre que es la parte amurallada de Split. Había mucha gente. Mucha. Y todo estaba vivo, en movimiento, como si la historia y la modernidad hubieran aprendido a convivir sin molestarse.

El hotel boutique donde se alojarían apareció al final de una pequeña callejuela de adoquines irregulares. Era un edificio de piedra clara, con contraventanas de madera y un letrero discreto grabado en metal oscuro. En la entrada, una enredadera trepaba por la pared y unas luces cálidas iluminaban la puerta de cristal.

—Nada mal —comentó Marco, empujándola para entrar.

El interior era acogedor, con una decoración minimalista pero con encanto. Suelos de mármol antiguo, vigas de madera en el techo y una suave iluminación que invitaba al descanso. La recepcionista, una mujer joven de ojos verdes y rostro elegante, se quedó de piedra al reconocer al escritor. La sonrisa amable se le congeló en el rostro y abrió mucho los ojos. Lucía tuvo que contener una risita.

—¿Marco?

Los ojos de la joven pasaron de Marco a Lucía varias veces antes de que él reaccionara y Lucía entendiera que la chica era algo más que una simple fan.

—Helena, vaya, menuda sorpresa —dijo por fin, algo tenso—. ¿Qué haces aquí?

—Trabajo aquí desde hace unas semanas. Al final dejé el restaurante, como hablamos.

—Ya veo… —Marco, consciente de cómo Helena miraba a Lucía, se sintió aún más fuera de lugar y pasó al inglés—. Os presento. Helena, esta es Lucía. Lucía, esta es Helena.

—Encantada —dijo la española sintiéndose muy incómoda.

—Lo mismo digo —contestó la chica de recepción, también algo desorientada—. Bueno, si me dais vuestra documentación os hago el *check-in* para que podáis ir a disfrutar de la noche. O… lo que sea. —Se le notaba la lengua de trapo. Probablemente ella también quería que se la tragara la tierra.

Ambos le entregaron sus identificaciones y la joven pareció concentrarse mucho en la pantalla.

—Así que dos habitaciones, ¿no? —quiso confirmar con el rostro ya un poco más relajado.

—Es correcto, sí.

Helena deslizó las llaves sobre el mostrador con un gesto mecánico, pero sus ojos se quedaron un segundo de más sobre Marco, como si intentara procesar el hecho de tenerlo ahí delante.

—Aquí tenéis —anunció con un tono más profesional ahora, pero aún algo temblorosa.

Marco cogió ambas sin mucho preámbulo. Lucía sentía el peso de la mirada de Helena sobre ella. No era exactamente hostil, pero tampoco del todo neutra. Como si estuviera evaluándola, midiendo algo invisible entre ellas. Trató de sonreír con aire indiferente antes de darle las gracias y echar a andar hacia el ascensor.

La recepcionista inclinó la cabeza y les deseó una buena estancia. Acto seguido volvió a centrar su atención en la pantalla del

ordenador, quizá con demasiado ahínco según se alejaban. Ya en el ascensor, Marco se pasó una mano por la nuca y soltó un suspiro.

—Eso ha sido raro.

Lucía se cruzó de brazos y ladeó la cabeza, observando su reflejo en la pared de acero pulido.

—Depende de a qué le llames raro —dijo con un tono que parecía despreocupado, pero que en realidad escondía una punzada que no quería admitir—. Así que Helena, ¿eh?

Marco sacudió la cabeza.

—No es lo que parece —aseguró mientras se cerraban las puertas.

Lucía fingió curiosidad.

—Entonces nunca te has acostado con esa chica ni habéis tenido una cita ni nada, ¿no?

Marco evaluó hasta qué punto quería seguir con aquella conversación.

—Bueno, yo no he dicho eso.

—Has dicho que no era lo que parecía y, por la expresión de su cara cuando nos ha visto entrar juntos, eso es justo lo que parecía —dijo con picardía.

Marco cerró los ojos un segundo y negó con la cabeza, resignado.

—Para, por Dios.

Las puertas del ascensor se abrieron con un leve tintineo, y Lucía le echó una mirada divertida antes de salir al pasillo. Marco la siguió.

—Voy a darme una ducha rápida y a cambiarme —anunció, buscando la llave de su habitación—. Lo digo por si quieres bajar a hablar con tu novia de la recepción.

Marco se plantó en medio del pasillo y cruzó los brazos frente al pecho.

—Así que esas tenemos, ¿eh?

Lucía se encogió de hombros.

—Marco, eres guapo, soltero y exitoso. Haces bien. Aprovecha.

Su tono era ligero, incluso bromista, pero la verdad se escondía justo debajo de la superficie. La sensación amarga, la incomodidad de darse cuenta de que esa mujer no era la primera ni sería la última. Que su Marco no era tan suyo como a ella le gustaba pensar.

El escritor arrugaba los labios, observándola con una mezcla de diversión y algo más complejo de definir.

—¿Qué me dices si en vez de bajar a la recepción me cambio y nos vamos tú y yo a cenar?

Lucía inclinó la cabeza, fingiendo considerarlo.

—Mmm… No sé, quizá esa pobre chica se ponga celosa y yo no quiero ser la responsable de que tengas problemas en tu vida amorosa.

Marco puso los ojos en blanco y dejó caer la cabeza hacia atrás con exageración.

—Eres insufrible.

Lucía se rio, apoyando la mano en el pomo de su puerta.

—Y a ti te encanta.

Él la miró un segundo, con esa media sonrisa que nunca sabía si era de resignación o cariño. Tuvo que morderse la lengua para no contestar lo que quería, que era un «a mí me encantas tú». En lugar de eso, negó con la cabeza y caminó hacia su puerta.

—Te doy media hora y nos vemos fuera, en la placita frente al hotel. Avísame si necesitas más tiempo.

26
Tercera noche

Lucía le sostuvo la mirada un instante más antes de meterse en su habitación. Cerró la puerta con suavidad y apoyó la espalda contra la madera. Suspiró.

No tenía motivos para estar molesta. Tampoco para sentir ese nudo en el estómago.

Pero eso no hacía la sensación menos real ni que desapareciera.

Se acarició la cara y caminó hacia la ventana. Desde allí podía ver las luces de Split brillando con un fulgor dorado, reflejándose en las piedras antiguas de la ciudad. Era bonito. Qué narices, era precioso.

Sacó su teléfono e hizo una fotografía.

Dejó su bandolera encima de la cama y abrió la maleta a un lado antes de meterse al baño. Sacó un vestido verde de tela ligera, con finos tirantes que dejaban sus hombros al descubierto y una caída elegante que abrazaba su silueta. Le favorecía mucho, y lo colgó para que con el vapor de la ducha se planchase un poco. Abrió el grifo. Se quitó la ropa y se recogió el pelo.

Una sensación amarga le hacía gárgaras en el estómago. Esa chica era muy joven y muy muy guapa, con la típica cara de revista, labios gruesos, piernas largas… Vale que no le había visto las piernas, pero era alta, casi tanto como Marco. Y él era alto.

Sus propias palabras le subieron la acidez a la garganta.

«Si yo fuera soltera, estaría loca por ti también», se había quedado con ganas de decir. Gracias a Dios se mordió la lengua a tiempo. No tenía derecho a ponerse celosa, ni inquieta, ni nada de nada. No. En realidad, su única obligación y derecho era la de sentirse bien, disfrutar de la noche y desconectar de todo lo que le removía por dentro.

Lucía dejó que el agua caliente le relajara los hombros mientras trataba de sacudirse las emociones que la asfixiaban. Respiró hondo, cerró los ojos. Inhalar en tres, exhalar en seis. Nada de esto debería importarle.

Nada.

Cerró el grifo. Se secó con calma, hizo su ritual habitual de cremas y salió del baño. Se deslizó dentro de la tela ligera del vestido, sintiendo el roce fresco contra su piel. Se recogió el cabello en un moño bajo desenfadado, pero dejó algún mechón suelto para que le enmarcara el rostro; se maquilló con un poquito más de cariño que los últimos días, aunque de manera sutil.

Cuando estuvo lista, se analizó en el espejo y sonrió con autosuficiencia. Bien.

Tras calzarse unas sandalias, se hizo con su bolso y salió de la habitación.

Marco ya la esperaba fuera, apoyado en la pared con una mano en el bolsillo del pantalón. Llevaba una camisa blanca remangada hasta los codos y el primer botón desabrochado y unos pantalones oscuros. Tenía un aire relajado. El tono dorado de su piel contrastaba con el blanco de la tela, y la brisa nocturna que se colaba en la plaza le agitaba el cabello.

Cuando la vio, su expresión cambió por una fracción de segundo.

Se quedó embobado, observándola, con una intensidad que la hizo sentir cada centímetro de su vestido.

—Vaya —murmuró para sí, enderezándose.

—¿Vaya qué? —le interrogó ella.

—Nada, solo que… —Marco se pasó la lengua por el labio inferior, como buscando las palabras—. Te queda bien el verde.

Lucía sonrió con picardía.

—Lo sé —dijo, levantando la barbilla—. ¿Nos vamos?

Marco le tendió el brazo como la noche anterior.

—Vamos, mujer fatal. Split nos espera.

Cuando bajó, no había rastro de Helena en la recepción, y eso hizo a Lucía sonreír con suficiencia. ¿Estaba mal tener una competencia silenciosa con otra mujer por la atención de un hombre que en realidad no era ni sería nunca suyo? Se dio un capón figurado, aunque eso no evitó que sus labios siguieran curvados al sentir el calor de Marco a su lado.

Ella caminaba erguida, colgada de su brazo y disfrutando de las mariposas que le revoloteaban en el estómago. No solo porque estas le habían insinuado que al verla a él se le había secado la boca, o por la manera en que él la miraba de vez en cuando, sino también porque la ciudad que la rodeaba parecía sacada de un sueño.

Marco le iba explicando la historia del lugar con esa facilidad suya para narrar el entorno que tanto le estaba fascinando. Le habló de cómo Split nació al amparo del suntuoso palacio que el emperador romano Diocleciano mandó construir a finales del siglo III en la costa dálmata y cómo se convirtió con el tiempo en un laberinto de callejuelas, donde mansiones medievales, tiendas y restaurantes convivían con los vestigios de una civilización antigua.

—Se disfruta mucho más fuera de la temporada alta —comentó Marco mientras se detenían en una pequeña plazuela iluminada por faroles—. Si ahora parece que hay gente, no te puedes ni imaginar cómo estará esto dentro de unas semanas, cuando haya miles de turistas descendiendo de los cruceros a diario dispuestos a invadir y fotografiar cada rincón.

Lucía dejó que la vista se perdiera en la arquitectura que los rodeaba. El contraste entre lo antiguo y lo moderno la fascinaba.

—Tiene un aire… caótico pero encantador —dijo, pasando los dedos por la pared de piedra junto a ella.

—Como casi todo lo interesante en la vida.

El aire olía cada vez más a salitre cuando llegaron caminando hasta Riva, el paseo marítimo. Las luces de la ciudad se reflejaban en el Adriático como estrellas derretidas. Lucía sintió que la noche tenía un sabor especial. Y, aunque no lo admitiera en voz alta, parte de ese encanto tenía más que ver con el hombre a su lado que con la ciudad en sí.

—Háblame de Helena —le pidió ella de repente, mientras caminaban aún agarrados del brazo.

Él pestañeó un par de veces antes de contestar con fingida indiferencia.

—¿Qué quieres saber?

—No sé, cómo os conocisteis, qué pasó, si ella te gusta…, esas cosas.

Marco se rascó el cuello, sintiéndose incómodo por la pregunta.

—Si no quieres contármelo no hace falta, ¿eh? —aclaró ella al ver su reticencia.

—Te cuento todo lo que quieras saber, solo que no suelo hablar de estas cosas —aclaró—. Pero, veamos, ¿qué me has preguntado? —dijo más para sí que para Lucía, buscando ganar un poco de tiempo y organizar sus ideas—. Ah, sí. Helena. Pues…, verás, como paso mucho tiempo en Korcula, cuando necesito salir de la isla a veces vengo aquí con el ferry. Ella trabajaba en uno de mis restaurantes favoritos y se ponía muy nerviosa cuando me atendía, y a mí me hacía gracia. Un día nos pusimos a hablar y me pareció divertida, nos tomamos una copa cuando terminó su turno y una cosa llevó a la otra, ya sabes.

—¿Así que fue un rollo de una noche? ¿O salisteis durante un tiempo?

—En realidad nunca hemos salido. Tan solo hemos quedado alguna vez. Cuando he pasado por Split nos hemos intentado ver, aunque no hayan sido demasiadas veces.

—¿Amigos con derecho a roce?

—Algo así.

—Es muy guapa.

—Sí lo es, sí, pero también es muy joven y aunque estaría dispuesta a tener una relación conmigo, o eso me dijo la última vez, yo no me siento de la misma manera. Así que la historia se acabó.

—¿Cuándo fue eso?

—Pues… antes de que comenzara la gira, hace tres meses, más o menos.

Lucía se quedó pensativa por un minuto.

—Así que guapo, exitoso y un rompecorazones.

—Por Dios, no empieces tú también. A mí tan solo… Me gustan las mujeres y he intentado enamorarme muchas veces, pero me cuesta

conectar de verdad con alguien.

—¿Has tenido alguna relación larga?

—Me temo que no. Ni últimamente ni nunca.

Lucía paró en seco.

—¿No has tenido nunca novia? —No daba crédito a lo que acababa de escuchar.

—Bueno, sí, pero creo que no he superado los ocho meses con nadie.

—¿Ocho meses? —repitió—. ¿Eso es todo? —Lucía trataba de dilucidar si le estaba tomando el pelo o si hablaba en serio.

Marco se encogió de hombros.

—Supongo que no se me da bien eso de las relaciones largas.

Lucía se sintió un poco culpable al ver la vulnerabilidad en los ojos de Marco y retomó la marcha. No sabía si sorprenderse o si, en el fondo, ya se lo había imaginado. Él tenía esa aura de hombre libre, de espíritu inquieto, de alguien que se mueve de un lado a otro sin atarse demasiado. Y sin embargo…

—Perdona, no me incumbe y eres libre de hacer lo que prefieras, solo que me sorprende mucho.

—¿Por qué?

—Pues porque eres demasiado maravilloso. —«Y porque las mujeres del mundo deben de estar cieguísimas si no lo ven», pensó para sí.

Él soltó una risa baja y miró hacia el mar.

—Ojalá fuese todo tan fácil.

—¿Y no lo es?

—Si lo fuera, quizá no estaría soltero.

Lucía lo interrumpió muy segura de lo que iba a decirle.

—O tal vez simplemente no has querido quedarte lo suficiente en un mismo sitio con una misma mujer.

A Marco le intrigaron las palabras de Lucía.

—Puede ser —admitió—. O tal vez no he encontrado aún a la persona por la que quiera hacerlo.

No añadió nada más, ninguno lo hizo. Marco se limitó a caminar despacio, con las manos en los bolsillos, dejando que el sonido del mar llenara el silencio entre ellos. Lucía se mordió el labio y continuó a su lado, sintiendo su calor a apenas unos centímetros de distancia. Las palabras que habían quedado flotando entre ellos tenían un peso extraño. Como si el aire se hubiera hecho más denso a su alrededor, pero, en lugar de apartarlos, los mantuviese unidos.

—¿Y tú? —preguntó de repente él, sin mirarla—. ¿Has tenido muchas relaciones largas?

Lucía alzó la vista hacia el cielo.

—Qué va, Javier ha sido mi única pareja hasta el momento.

—Y…, perdona que vuelva al tema de Javier, pero ¿qué te hizo a ti querer quedarte?

Lucía dudó si contestar o guardarse para ella la respuesta.

—Pues… la verdad es que no lo sé. Cuando nos conocimos, yo estaba muy perdida y él tenía muy claro lo que quería, y yo… supongo que me dejé llevar.

Marco intentó procesar sus palabras con cuidado.

—A veces es más fácil así, ¿no? —dijo en voz baja—. Dejarse llevar.

—O no, pero, bueno, cada uno hace lo que puede con lo que tiene. Hemos vivido muchas cosas juntos y me siento fatal pensando

y diciendo estas cosas, pero es que últimamente, ya te lo he contado, no veo nuestra relación con los mismos ojos.

Marco la observó en silencio, pero no presionó. Lucía lo agradeció.

Dejaron atrás las terrazas llenas de turistas y los músicos callejeros del paseo marítimo. La brisa nocturna arrastraba el olor del mar y el eco tanto de risas como de conversaciones en diferentes idiomas.

—¿Sabes? —Lucía después de un rato rompió el silencio—. Me cuesta creer que no haya habido ninguna mujer en tu vida que te hiciera querer quedarte. Con ella, quiero decir.

—¿Y si te dijera que hasta ahora no me ha preocupado demasiado?

—Y ¿ahora sí te preocupa? —Lucía se agarró de nuevo de su brazo para llamar su atención y que la mirase a los ojos.

—Ahora no me preocupa —aseguró—, pero sí que empiezo a plantearme que me encantaría tener conmigo a alguien con quien compartir y construir una vida juntos. A la persona correcta, me gustaría regalarle el mundo.

La intensidad de sus palabras le hizo sentir un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura de la noche. Lucía tragó saliva y asintió. Pero no dijo nada. Se limitó a seguir caminando, con la sensación de que, en algún punto de esa conversación, algo había cambiado entre ellos.

El restaurante que eligieron para cenar era pequeño y con encanto, con mesas de madera oscura y una terraza cubierta por enredaderas. Se sentaron cerca del borde, con vistas a una placita iluminada con faroles antiguos.

Pidieron vino y algo para compartir.

El aroma a marisco y especias se mezclaba con el dulzor del vino que les sirvieron en copas anchas.

—Dios, sí que somos escandalosos —dijo Lucía señalando a un grupo de españoles que armaban barullo.

—No sois los más discretos, digámoslo así —la picó él.

Lucía bebió un sorbo de su copa y ladeó la cabeza.

—Te recuerdo corriendo y gritando como el que más, así que…

La mesa de españoles soltó un grito y empezó a reír escandalosamente.

—Tierra, trágame. Me da mucha vergüenza ajena cuando viajo y me cruzo con españoles justo por esto.

—Lu, relájate. Tan solo se están divirtiendo. Creo que el resto de los comensales aquí los miran con envidia por la libertad con la que viven.

—¿Tú crees?

—Lo sé, porque yo mismo lo hago. Ojalá fuese más natural como vosotros.

Lucía lo miró sorprendida.

—Pero si tú eres natural.

—Qué va, y lo sabes. Te acuerdas cuando me dijeron que si me habían metido… ¿cómo era? Una escoba por el culo.

Lucía estalló en carcajadas.

—Un palo. Se dice un palo.

Se acordaba de ese día en el recreo.

—Bueno, eso —repitió con fingida gravedad—. En mi defensa diré que en aquel entonces no entendía bien vuestras expresiones. Y, además, era nuevo en todo. Y hablabais muy deprisa y…

Lucía intentó recuperar la compostura, pero aún se le escapaban algunas risitas.

—No es solo eso, Marco. Es que eras demasiado…, no sé, correcto para ser tan niño. Siempre tan serio, tan educado, tan… perfecto.

—Lo dices como si fuera algo terrible. «Marco, el demasiado perfecto». Me gusta, lo puedes poner en mi lápida cuando me muera —bromeó y se llevó la copa de vino a los labios.

—No, no lo es, lo juro —dijo ella—. Pero sí que eras un poco rígido. Ahora sigues siendo muy perfecto y maravilloso, pero un poco distinto. Como más relajado.

—¿Y qué ha cambiado?

Lucía inclinó la cabeza, estudiándolo.

—No lo sé, pero hay algo diferente en ti.

Marco sostuvo su mirada y dejó la copa sobre la mesa.

—Debo de ser como el vino entonces, que mejoro con los años.

Lucía le tiró la servilleta a la cara y Marco ladeó la cabeza para esquivarla sin demasiada suerte.

—Pues yo creo que, en el fondo, siempre has sido así —dijo ella al final, con la voz más baja—. Solo que te costaba dejarte llevar.

—¿Sabes? Creo que podría acostumbrarme a escuchar piropos tuyos a diario. Que si soy guapo y exitoso, que si soy muy perfecto, que si soy maravilloso…

Lucía pudo notar casi a cámara lenta cómo sus mejillas se llenaban de calor. El bullicio de la plaza seguía a su alrededor, con el grupo de españoles alzando otra ronda de risas y brindis, pero entre ellos dos la conversación había creado su propio espacio, uno en el que las palabras parecían pesar más de lo normal.

—Eres idiota —dijo por fin, haciéndose la ofendida.

Marco apoyó la barbilla en la mano con teatralidad.

—¿Ya no hay más piropos?

—Vete a pedírselos a Helena.

—Uh… Golpe bajo. Me gusta.

Lucía le sacó la lengua y él soltó una carcajada.

—Bueno, dime, ¿qué se supone que haces cuando no estás de gira, ni escribiendo ni ligando con camareras en Split?

—Así que esas tenemos, ¿eh?… Vale. Pues… es fácil.

—Sorpréndeme.

—Vivir.

—Por favor, tantos datos no, que me saturo —se burló ella.

—No, en serio, paso todo el tiempo que puedo en Korcula, escribo sin presiones, voy a navegar con algún amigo, salgo con la bici, leo, voy a comer al pueblo, cocino… Cuando lleguemos mañana a mi casa, entenderás a qué me refiero.

—¿Vives en una mansión o algo así?

—No, para nada. Pero mi casita tiene una entrada privada al mar y puedes ver el sol salir y ponerse cada día, caminar para darte un chapuzón, tumbarte en la hamaca con un buen libro, escuchar las olas romper en la orilla…

—Suena a paraíso.

—Lo sé, pero es que no merecemos menos, ¿no crees?

Lucía sintió de nuevo esa corriente entre ellos, como una vibración en el aire.

—Supongo que tienes razón.

Marco cogió la botella para rellenar ambas copas y alzó la suya hacia ella.

—Por cierto, esta noche estás tan preciosa que es difícil pensar que el paraíso pueda estar en un sitio diferente al presente. Brindemos por ello.

Lucía parpadeó nerviosa.

—Vaya… —Alzó su copa con timidez—. Así que el vino te vuelve un encantador de película.

Marco se acercó a ella.

—Digamos que el vino ayuda, pero eso no le resta verdad a mis palabras. Estás preciosa y me están encantando estos días contigo.

Lucía fingió estudiar su respuesta, pero el calor en su rostro la delataba. Bebió un sorbo antes de hablar.

—Eres un encantador de serpientes. Aunque no voy a negar que escuchar cosas bonitas de vez en cuando es muy agradable.

Marco puso una expresión muy pícara.

—Soy encantador contigo porque no mereces menos. —Le dio otro trago a su copa—. Y puedes estar tranquila, solo quiero que disfrutes tanto como estoy disfrutando yo de tenerte aquí.

—Madre mía. Y luego dices que soy yo la que te lanza piropos.

—¿Quieres que lo retire?

Lucía sintió de nuevo la intensidad de su mirada, esa electricidad que había flotado entre ellos toda la noche. Se humedeció los labios y trató de concentrarse en otra cosa que no fuese el hombre sentado frente a ella. Sin éxito.

—La verdad es que no —acertó a decir con el corazón latiéndole a mil por hora.

Un gesto indefinible se dibujó en el rostro de Marco.

—Bien.

27
Cosas de niños

Cuando empezó a ir al mismo colegio que sus «hermanos», Marco descubrió que el recreo era su rato favorito del día. Su escuela estaba al lado del bosque y el patio era tan amplio que incluso había una parte donde los árboles crecían sin orden, como si la naturaleza se negara a dejarse domesticar. Todo lo salvaje que podía ser la naturaleza en los alrededores de Barcelona, claro.

Le encantaba.

En esos ratos estaba con Lucía sin preocuparse de deberes ni clases aburridas. Tampoco de hablar perfecto. A los dos les divertía correr por el patio, trepar al árbol grande del fondo o sentarse a hablar y compartir su bocadillo a la sombra. A veces solos, a veces con otros niños, pero siempre juntos. Eran inseparables.

Y eso estaba bien.

Sin embargo, un día, sin previo aviso, su cabeza empezó a traicionarlo. Se dio cuenta de que se pasaba más tiempo del debido mirándola. De que le gustaba verla reír con la cabeza echada hacia atrás, como si el mundo entero fuera suyo. De que su pecho se encogía un poco cuando se agarraba a su brazo para contarle un secreto al oído o volvían a casa de la mano, como habían hecho desde siempre. También de que se transformaba en el niño más feliz del universo cuando ella intentaba hacerle cosquillas.

Para colmo, Lucía se preocupaba mucho por él y le cuidaba. Le abrazaba por la noche cuando tenía miedo y siempre sabía qué decir para tranquilizarlo. No se lo explicaba, pero Lucía le había empezado a gustar. A gustar gustar. Ahora se ponía raro cuando la veía con otros niños. Y triste cuando jugando le daba la mano a cualquier otro compañero de clase.

Y eso estaba mal.

Porque Lucía no era solo su mejor amiga.

Era su hermana. No de sangre, pero sí en todo lo demás. Y si alguien se enteraba de lo que sentía, si ella lo descubriese…, lo odiaría. O dejaría de querer ser su amiga y de apoyar su cabecita en su hombro cuando vieran películas en el salón, de abrazarlo por la noche cuando tenía miedo o de darle la mano cuando volvían a casa. Y él no quería que eso pasase. No tenía más familia que esa y no conocía a nadie tan genial como Lucía.

Así que fingió que nada había cambiado, por muy difícil que fuera.

Se calló cuando otro niño le declaró su amor en medio del patio y ella se echó a reír, avergonzada pero feliz.

Se calló cuando la vio emocionarse porque Lucas, el niño de sexto, le había dado un dibujo con su nombre en letras grandes y torpes.

Se calló cuando alguien preguntó si eran novios y Lucía frunció el ceño con asco y dijo: «¡Puaj, no! ¡Es mi hermano!».

Y entonces, de pie frente a ella, se obligó a callarse otra vez.

Lucía tenía los brazos cruzados y esa mirada terca que le aseguraba que no lo dejaría escapar.

—¡Dímelo! —exigió la niña—. Sé que te gusta alguien.

Marco sintió un sudor frío recorriéndole la espalda.

—No me gusta nadie —mintió.

Lucía resopló, impaciente.

—¡Mentira! Te vi dibujar corazones en tu cuaderno.

—Porque estaba aburrido.

—Y te pusiste rojo cuando Marta López te habló en clase.

Marco se encogió de hombros, tratando de actuar normal.

—Porque casi no la conozco.

—¡Estabas como un tomate!

—Hacía calor.

—Marco, estamos en invierno.

Él apretó los dientes, nervioso. Lucía siempre se daba cuenta de todo. Se había puesto rojo porque notó que Lucía lo miraba, no por la otra niña. Pero si seguía insistiendo y observándolo con esa intensidad, acabaría confesándolo todo.

Y eso no podía pasar.

Así que claudicó.

—Vale, me gusta Marta.

Lucía lo miró con incredulidad.

—¿En serio?

—Sí.

—Vaya, qué fácil ha sido. Pero… ¡si es una pija repelente!

Marco hizo un gesto despreocupado, fingiendo indiferencia.

—No sé, es guapa, supongo —dijo estudiando la punta de sus zapatos.

Lucía arrugó la nariz como si acabara de oler algo horrible y negó decepcionada con la cabeza.

—Tienes un gusto pésimo.

Y, como quien habla del tiempo, le aseguró que ella no le delataría. Que guardaría su secreto, dijo. Y que ojalá pronto le

gustase una chica menos tonta, porque si se hacían novios ella no querría tener que pasar tiempo con Marta. Y a Marco se le arrugó un poquito el estómago.

La única niña que le gustaba estaba justo enfrente de él, con expresión de enfado y el pelo revuelto, burlándose de su supuesto mal gusto.

Y nunca podría decírselo.

Porque era su hermano.

Y los hermanos no se enamoran.

28
Más cerca

El tejado del hotel estaba salpicado de la luz clara de la mañana. Desde allí se veía el casco antiguo de Split extendiéndose hasta el mar. La piscina reflejaba el cielo sin una sola arruga en la superficie y la brisa marina traía el eco de la ciudad despertando.

Lucía estaba tumbada en una de las hamacas. Una resaca muy tonta le cerraba los párpados y curvaba sus labios en una sonrisa perezosa. Estaba cansada, con la cabeza embotada de tanto vino y tanto gin-tonic. No sabía de dónde había sacado la fuerza ni el ánimo la noche anterior para darlo todo hasta la hora en que lo hizo, pero, fuera como fuese, le estaba pasando factura. Menos mal que cuando bajaron a desayunar, y Marco vio su cara sufriente, le propuso descansar un rato en la azotea del hotel.

—¿Hay piscina en este lugar? —Sus ojos se abrieron de súbito.

Poco tardó en subir a cambiarse para aprovechar un rato los rayos del sol antes de salir a turistear de nuevo. Llevaban tres días sin parar y un rato de desconexión le sonaba a gloria bendita. Y ahí estaba con su biquini negro, una camisa blanca abierta por encima y el pelo despeinado de tanto bailoteo nocturno. Se había propuesto dejar que el sol le calentara la piel sin moverse demasiado.

Marco, por otro lado, trataba de parecer relajado, pero no lo estaba en absoluto.

Una ligera resaca también le martilleaba de buena mañana. Se había despertado pensando en Lucía y la manera en la que había bailado con él la noche anterior, en su cuerpo al moverse y su vestido verde que marcaba esas maravillosas curvas de mujer que tan loco le volvían.

Tenerla tumbada frente a él semidesnuda no ayudaba nada a su ansiedad matutina.

Después de la cena, habían ido a tomar una copa aprovechando el momento de confesiones y el buen humor que los acompañaba. Nada especial. Solo música en vivo en un bar con las luces bajas, el murmullo de la gente y el calor pegajoso de la costa cuando el verano empieza ya a tocar la puerta. Pero luego…, luego Lucía quiso bailar.

Y él no pudo decirle que no.

Vale que fuera un baile inocente. Bueno, unos bailes. O al menos debían de haberlo sido. Pero entre la música vibrando desde el suelo, el roce de sus cuerpos y la risa de Lucía, cuando él fingía no saber llevar el ritmo, Marco había sentido cómo todo dentro de él se tensaba hasta el punto de romperse.

Y con ella no era la primera vez que le pasaba.

Casi había perdido la cuenta de la cantidad de veces que, desde que la conocía, había tenido que tragarse lo que sentía. Cuántas veces había sonreído con calma cuando por dentro su cabeza era un caos de pensamientos desordenados y reglas autoimpuestas. Cuántas veces se había repetido como un mantra: «No puedes sentir esto. No está bien. Tienes que parar».

Pero la noche anterior le había costado especialmente no estrecharla contra él y besar con pasión y avaricia esos labios que

ahora sonreían somnolientos. Con la risa de Lucía pegada a su oído, con sus manos aferrándose a sus hombros cuando el mundo daba vueltas por culpa del alcohol, había sentido la tentación de olvidarse de todo y tirarse a una piscina mucho más peligrosa que la que tenían enfrente.

Si tan solo…

Lucía se inclinó hacia él y colocó una mano sobre su brazo para llamarlo, sacándolo de su burbuja.

—Marco, ¿te importaría echarme un poco de crema en la espalda? No me quiero quemar.

Marco tragó saliva.

—Claro, date la vuelta.

Se quitó la camisa y se colocó boca abajo en la tumbona. Se desabrochó la parte de arriba del biquini. Soltó un suspiro cuando él se acercó a ella y deslizó las manos con suavidad, esparciendo el ungüento con movimientos lentos.

—Dios…, esto es el paraíso —murmuró acallando un gemido de placer.

Marco sonrió de nuevo, con el corazón latiendo un poco más rápido de lo normal.

No pasa nada, se dijo. Esto es normal. Amigos cuidándose entre sí. Hermano responsable asegurándose de que su hermana… «No. No pienses eso ahora. Hoy no».

Tomó aire despacio y siguió extendiendo la crema con la paciencia de un monje, concentrándose en la textura de la loción y en la calidez de la piel bajo sus dedos. Lucía dejó escapar otro suspiro de placer y se removió en la tumbona para acomodarse mejor. Marco

sintió cómo se le tensaban los hombros y lo que no eran los hombros.

Mierda.

Trató de seguir enfocado en la tarea que se le había encomendado y en dejar de pensar en la noche anterior.

Pero no se le dio demasiado bien.

Cuando en el bar Lucía se puso a bailar, fue como si el resto del mundo desapareciera. Siempre había sido así. Desde que eran niños, ella tenía esa capacidad de dejarse llevar y atrapar el momento. Se movía sin miedo al ridículo y hacía que los demás la siguieran sin siquiera intentarlo. Y él, que se aferraba a sus propias reglas como un náufrago a un pedazo de madera, siempre había sentido entre fascinación y envidia por eso.

Pero tal vez por el alcohol, en ese bar, bajo esas luces y apreciando el latir de la música en todo su cuerpo, la sensación fue diferente.

O quizá tan solo fue que era ella la que estaba allí con él.

Porque Marco la había sostenido por la cintura y Lucía apoyó las manos en sus hombros, y se había dejado llevar, con una confianza tan ciega que a él le había temblado el pulso.

Y durante un segundo —un maldito segundo que fue tan breve como eterno— había tenido la certeza de que, si se inclinaba un poco, si rompía las reglas que él mismo se había autoimpuesto, Lucía no se habría apartado y le hubiera devuelto el beso.

Pero entonces ella se había reído y descansado la frente en su hombro, y Marco había sentido de golpe el peso de todos los años que hacía que se conocían, de todas las veces que había echado de

menos volver a escuchar el sonido de su voz o aferrar su mano, y terminó desechando la idea.

Porque si cruzaba esa línea, sabía que no habría vuelta atrás.

Un chapuzón en la piscina interrumpió el ritmo desordenado de sus pensamientos y Marco parpadeó, volviendo al presente. Un par de huéspedes se estaban refrescando en el agua, y deseó hacer lo mismo, sacarse de encima el calor pegajoso de su piel, del aire, de ese maldito diálogo interno que estaba teniendo consigo mismo y que no lo dejaba vivir.

Lucía lo miró por encima del brazo.

—¿Todo bien?

Marco le dedicó una sonrisa tranquila.

—No eres la única que bebió un poco de más anoche, señorita.

—Ay, calla. No me lo recuerdes. —Lucía volvió a acomodarse—. Pero qué bien lo pasamos, ¿no?

Si ella supiera.

—Ni que lo digas. —Respiró hondo y cerró el bote de crema con un chasquido—. Listo. Ya no morirás de insolación.

Lucía usó una mano de visera para cubrirse del sol.

—Gracias, doctor. ¿Puedo volver a dormirme?

Marco asintió con una sonrisa suave, observándola mientras cerraba los ojos de nuevo. Lucía era tan…

Tenía que parar.

Se levantó y se tiró de cabeza a la piscina. Necesitaba con urgencia un poco de agua fría.

Cuando una hora y media más tarde fue a su habitación a cambiarse y a cerrar su maleta, tenía un mensaje de Mara pidiéndole que la

llamase. Tardó en descolgar dos tonos.

—Marco, por fin das señales de vida.

—Hola, Mara. ¿Cómo estás? Bien, bien, ¿y tú? —dijo Marco fingiendo una voz femenina—. Oh, muy bien, gracias por preguntar.

—De verdad que no sé ni cómo te aguanto.

—Pues porque no te queda más remedio, me da a mí la sensación. Pero a mí también me alegra saber de ti. ¿Qué andas haciendo estos días? ¿Te has ido de vacaciones a algún lado?

—¿En esta época del año? ¿Y después de nuestra gira? No, gracias. No todo el mundo es tan afortunado como tú —añadió su agente con un tono a medio camino entre la ironía y el reproche.

Marco resopló y se dejó caer sobre la cama. Sabía que esa llamada no era solo para ponerse al día. Mara nunca hacía nada sin un motivo.

—Venga, suéltalo. ¿De qué querías que habláramos?

—Del contrato que tenemos por firmar.

—No voy a firmarlo.

—Marco…

—No pienso firmarlo.

—¡Por lo menos escúchame!

Marco se pasó una mano por la cara y cerró los ojos.

—Mara, no quiero atarme durante los próximos diez años. Ya hemos hablado de esto, y cuanto más lo pienso, más claro lo tengo.

—Seguiremos hablando hasta que entres en razón. Es una oportunidad increíble.

—Es una cárcel increíble.

Mara suspiró exasperada al otro lado de la línea. Odiaba cuando las cosas no salían como ella quería.

—Vale, dejemos el contrato un segundo. Hablemos de Lucía.

Marco sintió cómo se le tensaban los músculos.

—¿Qué pasa con ella ahora?

—¿Te ha confesado ya qué es lo que quiere? Sigue sin darme buena espina.

—Mara, ¿en serio?

—En serio, Marco. Aparece de la nada después de años y de repente está ahí, como si nunca se hubiera ido. Casualmente.

Marco apretó la mandíbula, exasperado ante el tonito con el que había pronunciado esa última palabra.

—Por favor, no empieces otra vez. No sabes de lo que hablas.

—Claro que lo sé. Sé que desde que esa mujer ha aparecido en tu vida estás idiota perdido y no te reconozco, de verdad. Me gustaba más el otro Marco.

—No tienes ni idea de lo que hablas.

—Sí la tengo. Y, además, te está distrayendo de lo importante.

Marco bufó, incorporándose.

—Si me has pedido que te llame solo para soltarme mierda y agobiarme, te puedes ahorrar el discurso. Además, acordamos unas semanas de tregua, y aún estoy dentro del plazo que nos dimos. Sé cuidarme solo y yo sí respeto nuestros pactos, no como tú.

—No lo parece.

Silencio.

Mara suspiró.

—Hazme un favor. Cuando se vaya, ven a verme. Quiero hablar contigo en persona.

—Mara…

—Conozco mucha gente en el medio editorial. Y ¿adivinas qué? Me han llegado rumores que no te gustarán de tu mosquita muerta… Pero supongo que como estás de luna de miel preferirás que guarde silencio. Así que disfruta de tu idiotez y después ven a verme. No es una pregunta.

Marco se apretó con fuerza el puente de la nariz, tratando de soltar de alguna manera toda la frustración que sentía.

—Está bien. Cuando vuelva a Zagreb, hablamos.

—Me vale. Y piénsatelo. Sobre todo, lo del contrato.

—Adiós, Mara.

Colgó antes de que ella pudiera responder.

Genial. Justo lo que necesitaba.

Un golpe en la puerta le hizo levantarse. Cuando abrió, se encontró con Lucía, con sus gafas de sol sobre la cabeza y una sonrisa en los labios.

—¿Listo para perdernos por la ciudad?

Marco dejó el móvil sobre la mesita y le devolvió la sonrisa, como si su cabeza no estuviera tratando de procesar cada una de las palabras de la última llamada de su agente.

—Siempre.

29
Algo refrescante

El calor ya empezaba a apretar cuando salieron del hotel. Ver a Helena de buena mañana revolvió el estómago de Lucía más de lo que se atrevería a confesar, pero le dedicó una sonrisa al pasar porque ella era una señora que no se andaba con chiquilladas.

A lo que Helena le contestó con una mirada de arpía.

—Uy, tu amiga no ha debido de pasar buena noche —le dijo bajito a Marco ya desde la calle.

El escritor suspiró, pasándose una mano por el pelo.

—Me escribió anoche y por lo que me dejó entrever no estaba demasiado feliz de verme contigo en la que denominó como «nuestra ciudad».

Dibujó unas comillas en el aire y Lucía no pudo evitar la punzada de la incomodidad en su voz.

—Y… ¿no crees que sería buena idea que hablases con ella para aclarar las cosas?

—A ver, es que… —¿Cómo compartir con Lucía lo que pasó sin que ella lo juzgara demasiado?—. Digamos que empezó a enviarme fotos con poca ropa y, como no contesté, derivaron en otros mensajes un poco menos amables.

La bilis le trepó por la garganta y agradeció llevar sus gafas de sol puestas para disimular lo poco que le gustaba imaginar a Marco

recibiendo ese tipo de cosas. No era estúpida. Sabía que Marco tenía un pasado y que era libre de hacer y deshacer con quien quisiera. Pero no podía negar que le molestaba. No por celos —se repetía—, sino porque prefería seguir pensando que Marco era un ser angelical y no el terror de las nenas en la cama. Dios, qué incómodo todo. Y qué innecesario.

—Supongo que si antes le funcionaba…

—Intenté hablar con ella esta mañana, pero no estaba muy receptiva y yo no me desperté con demasiada paciencia, así que me da a mí que, de momento, la cosa se quedará así.

—Bueno, pues ya está. No vamos a dejar que nos arruine el día —resolvió Lucía, más por ella que por Marco—. Además, ahora nos toca aprender un poco de historia. ¿Sabías que el palacio de Diocleciano es una de las estructuras romanas mejor conservadas del mundo?

Lucía había propuesto hacer un tour.

—¿Desde cuándo te interesa tanto la historia?

—Desde que estamos aquí y me he dado cuenta de que solo sé que no sé nada. No quiero parecer una turista desinformada.

—Demasiado tarde —bromeó él.

Lucía le pegó un codazo, pero se rio.

Un guía los esperaba en la plaza principal, y más personas fueron llegando poco a poco. Marco y Lucía se unieron al grupo, y él, sin pensar demasiado, apoyó una mano en la parte baja de la espalda de ella para acercarla un poco más cuando un grupo de adolescentes casi la empujó al pasar.

No fue nada. Un gesto automático, instintivo. Pero Lucía se tensó un instante al sentirlo a través de la fina tela de su vestido.

Ella no hizo comentario alguno. Y él, tampoco.

El tour comenzó. Marco, para sorpresa de nadie, se descubrió más pendiente de Lucía que de las explicaciones. De cómo se apartaba el pelo detrás de la oreja, de la forma en que sus labios se curvaban cuando algo le hacía gracia, o de los restos de crema con destellos dorados que su piel conservaba aún del ratito bajo el sol en la azotea del hotel.

Y cada vez que se daba cuenta, pensaba en lo agradable que había sido volver con Lucía de la mano al hotel, en cómo lo miró cuando le abrazó para darle las buenas noches y en la frase que le había dicho al oído.

«No me faltes nunca más».

Le costó demasiado dejarla ir después de esa frase.

—¿En qué piensas? —le susurró ella de pronto, arrimándose a él mientras caminaban.

Marco parpadeó.

—¿Qué?

—Te has quedado en las nubes.

—Nada, solo que… —Hizo una pausa, fingiendo pensarlo, aunque la respuesta real estuviera invadiendo contra su voluntad cada rincón de su mente—. Necesito algo frío o me voy a derretir aquí mismo.

—¿Helado? —sugirió Lucía como buena golosa que era.

—Helado —confirmó él.

—¿Te parece entonces si después de esto nos sentamos en algún sitio con sombra? —sugirió ella.

—Me parece un planazo.

—Lo sé, soy una genia organizando días turísticos.

Marco se echó a reír y le pasó un brazo por los hombros con naturalidad, apretándola un poco contra él.

—Y modesta, además.

Lucía le sacó la lengua, pero no se apartó, dejando que sus mariposas hicieran piruetas y vítores a placer.

En algún punto del recorrido, se recogió el pelo en un moño improvisado para aliviar el calor. Llevaba un vestido blanco y unas gafas de sol negras que acababan en punta a ambos lados y marcaban su perfil sofisticado. Marco intentó no mirarla demasiado, de nuevo sin demasiado éxito.

Lucía entrecerró los ojos al darse cuenta, divertida.

—Céntrate, que ya queda poco.

Le dio un leve empujón con el hombro y siguió caminando, pensando, ingenua, que mejor no bebían más gin-tonics por unos días y que el embobamiento de Marco se debía a la resaca en lugar de a su mera presencia junto a él.

Marco lo tenía claro: si se dejaba llevar demasiado, se metería en un lío. Pero, al mismo tiempo, ¿cómo se suponía que debía mantenerse a raya cuando Lucía lo miraba así? Y se movía así, y olía así, y se reía así y…

Cuando el tour terminó, buscaron un sitio con sombra en una terraza cerca del paseo marítimo. Se sentaron a una mesa de madera desgastada, y Marco, antes de que Lucía pudiera protestar, se levantó a pedir los helados.

—Uno de pistacho para la señorita, que es una clásica —anunció al volver, dejándole su tarrina delante.

—Y para ti… ¿nata?

—¡Limón! Ligero y refrescante. No quiero que me dé un coma diabético en plena ola de calor.

Ella pestañeó y hundió la cucharilla en el helado.

—Oye, ¿invocamos al final a Mara? ¿Ha aparecido? —preguntó Lucía con aparente indiferencia.

Marco dejó escapar un suspiro.

—Me debes un vino, sí. No ha sido mi conversación favorita del día.

—¿Qué quería?

—Recordarme que tenemos un contrato que firmar y… —dijo metiéndose un poco de helado en la boca— que tú no eres de fiar.

Lucía trató de mantener la calma, pero temía que Mara estuviera metiendo las narices donde no la llamaban. ¿Se habría acercado a Alumbra a husmear?

—¡Si ni siquiera me conoce!

—No te lo tomes como algo personal, no se fía de nadie que no sea ella misma.

Lucía suspiró con un deje de resignación.

—Bueno, supongo que su trabajo es desconfiar del mundo y proteger tu carrera.

—En teoría, sí. —Marco removió su helado con la cucharilla—. En la práctica, me trata como si fuera un niño de cinco años al que hay que llevar de la mano.

Lucía ladeó la cabeza, observándolo.

—Pensaba que erais amigos.

—Y lo somos. Pero cuando estamos en desacuerdo es como una guerra, con trincheras, emboscadas y todo lo que puedas imaginarte. Mara es muy testaruda, y también creativa —añadió más

con resignación que diversión—. Y ahora tiene el maldito tema del contrato entre ceja y ceja y no entiende que no quiera firmarlo. Así que… no sé. Volveremos a ser amigos cuando pase esta tormenta, supongo. Hasta entonces tiene una lista de objetivos clara y es incapaz de hablar de nada que no tenga que ver con ella.

Marco se rascó la cabeza con la mano libre y Lucía se quedó en silencio un instante, pensativa.

—Pues lo siento, imagino que no debe de ser muy agradable.

Marco alzó la vista y la vio jugueteando con la cucharilla, haciendo dibujos en su helado medio derretido.

—¿Cómo va lo tuyo con la editorial? —preguntó él.

A Lucía se le encogió el estómago. Nunca encontraba el momento apropiado para pedirle a Marco un manuscrito o una tabla de salvación para Alumbra. Y menos después de que Mara le dijera que ella no era de fiar…, quizá no debía ni intentarlo.

—Pues… hoy tenía mensajes de mi jefa y de dos de mis compañeros, y solo de ver sus nombres en la pantalla me ha subido un poco la tensión.

—¿Siguen mareándote con cambios?

—Sí y no. El problema es que estamos pasando un mal momento financiero. Hemos ido perdiendo a todos los escritores que eran más superventas y remontar está costando. La dueña se plantea vender y por lo que he leído en sus mensajes la noticia se ha filtrado y ha cundido el pánico en la oficina.

Marco chasqueó la lengua. En ese momento, Lucía soñó con la posibilidad de que él se ofreciera a sacarla del atolladero. Si él decía algo, por mínimo que fuera, ella finalmente confesaría eso para lo

que no había encontrado aún el momento adecuado. Pero los pensamientos de él iban por otros derroteros.

—De la que te has librado.

—Bueno, no del todo. Cuando vuelva tendré que lidiar con ello igual. —Lucía se frotó la sien como queriendo ahuyentar la tensión acumulada—. Pero al menos lo haré un poco bronceada y con algo más de espacio mental. Estar aquí me está viniendo bien.

Marco la observó en silencio durante unos segundos, viendo cómo pasaba la cucharilla distraídamente por el helado derretido, con un rictus serio, como si intentara convencerse a sí misma de sus propias palabras. ¿Qué es lo que habría descubierto Mara? ¿O se lo había dicho solo para molestarlo? Mira que llamar a Lucía mosquita muerta…

—Me alegro —dijo al final—. Que te venga bien, digo.

—Sí, la verdad es que necesitaba salir de ahí. Solo que…, no sé, también me siento un poco culpable. Como si estuviera escapando.

—Quizá sí que lo estás haciendo.

Lucía le lanzó un beso al aire, y Marco sonrió antes de añadir:

—Todo el mundo necesita escapar de vez en cuando.

Ella soltó un suspiro y dejó la tarrina a un lado.

—Supongo que sí.

Marco tamborileó los dedos sobre la mesa y le preguntó con curiosidad:

—Si vendieran, ¿qué harías?

Se quedó pensativa un momento.

—No lo sé —admitió—. No me imagino trabajando en otra editorial. No porque sea la mejor, sino porque…, bueno, es que es mi vida desde hace años.

—Podrías probar otra cosa.

—¿Como qué?

Marco se encogió de hombros.

—Escribes bien. Podrías lanzarte de lleno a eso.

Lucía dejó escapar una carcajada suave.

—Qué va. Yo soy buena editando los textos. Lo de juntar palabras os lo dejo a vosotros.

—Nunca digas nunca.

Ella levantó la mirada, sorprendida por la firmeza en su voz. Marco sonrió, consciente de la ironía.

—Eh, no he leído tus textos de adulta, pero sí tus mensajes. Y de ti me leería hasta la lista de la compra.

Ella negó con la cabeza, pero su expresión se suavizó.

—Eres un zalamero, pero si algún día me lanzo a escribir, prometo que serás el primero en saberlo.

Marco no entendía bien el significado de la palabra *zalamero*, pero sostuvo su mirada antes de asentir.

—Trato hecho.

Lucía se metió una cucharada de helado en la boca, como si la conversación no hubiera sido más que un desvío casual. Pero Marco se quedó prendado ante la posibilidad de cambios que tenía ella en su vida sin ser consciente de ello. Y no pudo evitar preguntarse si, en ese futuro incierto, habría o no espacio para él de la forma que a él le gustaría.

30
Un sueño

El viaje en ferry a la isla donde vivía Marco fue tranquilo. Sin embargo, Lucía, que no estaba nada acostumbrada al bamboleo de las olas, sintió su estómago retorcerse en más de una ocasión. Tuvo que concentrarse en cómo la brisa salada le acariciaba la piel para no echar hasta la primera papilla.

El barco, que se deslizaba con suavidad sobre las aguas tranquilas del Adriático, dejaba tras de sí una estela blanca que se disipaba en la inmensidad azul. Lucía y Marco estaban apoyados en la barandilla de la cubierta posterior, cada uno con una botella de agua fría en la mano, observando en silencio cómo el día se rendía poco a poco ante la noche.

—¿Seguro que estás mejor?

Marco, preocupado, golpeó con suavidad el cuello de su botella con la de Lucía, sacándola de sus pensamientos. Todavía estaba pálida.

—Sí, bueno…, más o menos —admitió, acercando su cuerpo al de él—. Por un momento pensé que mi desayuno iba a acabar alimentando a las gaviotas.

—O a los peces. Ñam, ñam.

—Puaj, ¡qué asco! —Lucía lo empujó—. No me hagas pensar en eso, que no me ayuda en nada.

Tenía las tripas casi del revés. Marco no pudo aguantarse una risotada.

—Pues yo tenía intención de llevarte a navegar un día de estos, pero creo que mejor planes terrestres, ¿no?

—Hazme esa pregunta cuando no tenga sudores fríos, anda. Y lo reconsideramos.

El ferry atracó con suavidad en el puerto, y Lucía dejó escapar un suspiro de alivio cuando sus pies tocaron tierra firme. Aunque el malestar todavía le revolvía el estómago, la sensación de estabilidad ayudó a que su mareo comenzara a desaparecer.

—Bienvenida a Korcula —dijo Marco mientras se hacía con las llaves del coche.

El lugar, iluminado por las luces cálidas de los faroles, tenía un aire casi irreal. Las fachadas de piedra clara y el rumor del mar en la distancia hacían que todo pareciera sacado de un decorado. Lucía observaba curiosa el entorno. El sol se había puesto mientras navegaban hacia allí y, en comparación con el ajetreo de Split, parecía que acabasen de llegar a la apacibilidad hecha isla.

Antes de ir a casa de Marco, pararon en un pequeño supermercado junto al puerto. La tienda tenía el aire acogedor de los sitios de toda la vida: estanterías algo desordenadas, un par de gatos dormidos en el escaparate y una anciana en la caja que los miraba con curiosidad.

—¿Qué te apetece cenar? —preguntó Marco, metiendo en la cesta una botella de vino blanco.

Lucía, todavía con el cuerpo revuelto, lo miró indecisa.

—Algo ligero. No sé si sobreviviría a una cena pesada.

Marco aceptó su propuesta y empezó a coger cosas casi sin pensarlo: uvas, queso, pan de masa madre, un poco de jamón, tomates frescos, lechuga…

—Esto servirá.

Salieron con una bolsa de cartón llena de provisiones y subieron al coche, dejando atrás el bullicio del puerto. A medida que avanzaban por la carretera, la isla se volvía más silenciosa, solo interrumpida por el sonido de los grillos y el vaivén de las olas.

—Lo mismo huele un poco a humedad cuando entremos. No te asustes. Pasa siempre que me voy, pero, en cuanto ventilemos un poco, verás que la casa es muy agradable.

—Lo que me apetece es meter los pies en el mar. Tenías una entrada privada, ¿no? ¿Está lejos?

—Cuando lleguemos, me lo dices tú —contestó misterioso.

Los dos estaban cansados y el escritor no veía el momento de quitarse las deportivas y darse una ducha en casa. En su casa. Por fin.

Unos minutos más tarde llegaron a un pequeño camino de grava que los condujo hacia una propiedad a un lado de la carretera. Marco abrió el acceso con un mando inalámbrico y la valla se abrió poco a poco. Una vez dentro, dejaron el coche aparcado junto a la entrada y Lucía bajó despacio, estirando los brazos y soltando un suspiro.

La casa blanca de aspecto rústico se encontraba rodeada de árboles y palmeras. A su alrededor había césped y naturaleza a raudales. Marco empujó la puerta y encendió las luces, revelando un interior espacioso pero acogedor. El olor a humedad les golpeó a ambos.

—Le tenemos que dar un ratito para que se ventile. Ven, deja aquí las cosas y te enseño mi humilde morada.

La casa tenía techos altos con vigas de madera clara y paredes blancas lisas, lo que hacía que el lugar se antojara aún más amplio. La decoración era minimalista pero cálida: muebles de madera natural, textiles en tonos arena y beis, y unos ventanales enormes.

Lucía depositó la bolsa con las compras sobre la encimera de la cocina, desde donde se veía todo el salón. Una gran mesa de madera presidía el centro con un par de sillas a juego y un banco, como si los muebles hubieran sido escogidos con tiempo y sin prisas. Sobre una estantería flotante había una colección de tazas de cerámica y botellitas de vidrio con especias.

—Vale, punto a favor —dijo Lucía, deslizando los dedos por la encimera de mármol—. No pareces un escritor atormentado, caótico y desordenado.

Marco se rio, apoyándose en el quicio de la puerta.

—No te emociones. No has visto mi estudio aún.

Desde el salón, unas enormes puertas correderas de cristal daban al terreno trasero. Lucía se acercó y Marco deslizó una de ellas, dejando que la brisa marina inundara la estancia. Salió, pisando la madera cálida del porche. Cuando él encendió las luces, la vista la dejó sin aliento.

—Madre mía…

Ese espacio era un pequeño paraíso. El porche se extendía con una pérgola cubierta de enredaderas, de la que colgaban unas lucecitas tenues que le daban una sensación íntima y relajada. Más allá, el césped llevaba a una zona de arena fina, donde una hamaca se balanceaba entre dos árboles. Al fondo, la valla que daba acceso

a la cala privada se extendía como una postal perfecta: el mar oscuro, tranquilo de fondo, reflejaba la luna con destellos plateados mientras rompía sus olas en la orilla.

Lucía descendió los escalones de madera y se quitó las sandalias. Sintió la arena bajo sus pies y suspiró con satisfacción mientras recorría el paisaje con la mirada.

—Creo que no me voy a querer ir de aquí nunca.

Marco, que se había apoyado en la barandilla del porche y la observaba, sonrió con suficiencia.

—Te lo advertí. Aunque con luz es aún más bonito.

—¿Y los dormitorios?

—Arriba. Hay cuatro habitaciones. La mía, un estudio y otras dos que uso para invitados. Así que tienes dónde elegir.

Lucía seguía sin palabras. Al verlo de frente, sintió un leve escalofrío. No por el frío, sino por la forma en que la miraba. Como si nunca hubiera dejado de hacerlo. Como si fuera el mismo Marco que se marchó hacía más de veinte años de su lado.

Por un momento deseó muy muy fuerte que así fuera.

Y poder disfrutar de esa casa y de Marco muchas veces.

Infinitas.

Como si nunca se hubieran separado.

—¿Quieres darte una ducha? —preguntó él, rompiendo el momento—. Ven, que te enseño el resto.

Lucía se sacudió la arena de los pies antes de seguirlo de nuevo al interior de la casa.

Marco tomó el equipaje de ambos y subieron por una escalera de madera clara que crujió bajo sus pasos. La planta superior tenía también grandes ventanales y se veía tan luminosa y acogedora

como el piso inferior. Un pasillo corto daba acceso a las habitaciones, todas con puertas blancas y detalles sutiles en madera. El escritor abrió la primera puerta a la derecha y encendió la luz.

—Esta es la más grande, así que si quieres puede ser tu habitación mientras estés aquí.

Lucía entró y se encontró con un espacio amplio pero sin excesos. Una gran cama con sábanas de lino blanco presidía la estancia, acompañada de una lámpara de cerámica sobre una mesita de noche. Frente a la cama, unas puertas correderas de cristal daban a un pequeño balcón con vistas directas al mar. A un lado, un armario de dos puertas y una butaca con un libro sobre el reposabrazos, como si alguien lo hubiera dejado ahí a propósito, esperando a ser leído.

Lucía se acercó al balcón y abrió. La brisa marina entró de inmediato.

—Esto es una locura, Marco —susurró.

—¿Para bien o para mal?

—Para muy bien. ¿Me puedo quedar a vivir contigo? —Lo miró con ojos brillantes y una sonrisa enorme en el rostro.

—El tiempo que quieras. —Él señaló la puerta contigua—. El baño está ahí. Tiene de todo. Toma lo que necesites, hay toallas limpias en el mueble.

—Gracias.

—Yo voy a darme una ducha rápida y me pondré a preparar algo de cena. Baja cuando termines. Y si quieres explorar el resto de las habitaciones o el exterior, siéntete como en tu casa.

Lucía lo observó desaparecer por el pasillo antes de cerrar la puerta. Respiró hondo. No sabía si el mareo del ferry aún le afectaba

o si era otra cosa lo que le revolvía el estómago.

Se quitó la ropa despacio y entró al baño. El suelo de piedra estaba fresco bajo sus pies y la iluminación tenue creaba un ambiente relajante. Abrió el grifo de la ducha, pero se lo pensó de nuevo y lo cerró para regresar a la habitación. De la maleta sacó su biquini negro y se lo puso deprisa. Se moría por probar el mar, aunque fuese con un chapuzón rápido.

Salió al pasillo con una toalla sobre los hombros. No se oía nada, salvo el leve murmullo del agua corriendo en alguna parte de la casa. Marco debía de estar en la ducha.

Perfecto.

Bajó las escaleras en silencio y cruzó la sala hasta las puertas correderas, que seguían abiertas. La brisa nocturna la envolvió en cuanto puso un pie en el porche. El aire tenía esa frescura de la noche mezclada con el salitre. Lucía pensó que era una pena que las buganvillas no tuvieran olor al reparar en varias que teñían de color toda la parte externa de la casa.

Atravesó el césped descalza hasta llegar a la arena. Se detuvo un instante antes de empujar la puerta metálica que daba acceso a la playa.

Y ahí estaba.

El mar.

Oscuro e infinito. Las olas lamían la orilla con un vaivén pausado, casi hipnótico.

Avanzó despacio, dejó caer la toalla junto a la orilla y metió los pies en el agua. Un escalofrío placentero le recorrió la espalda. Estaba fría, pero no le importaba. Sonrió. Los hundió un poco más y luego, sin pensarlo demasiado, se zambulló por completo.

Su mundo se cerró por un segundo envuelto en agua fría y oscuridad, y al emerger sintió cómo su ser se despertaba.

Flotó por unos minutos, extasiada ante el cielo estrellado. Todo era paz y silencio, pues no había más sonidos que los propios del mar a su alrededor. Estaba sola.

Hasta que lo percibió y su corazón comenzó a latir más fuerte.

Volteó la cabeza y vio a Marco en la barandilla del porche, que la contemplaba con la misma intensidad con la que el mar buscaba a la luna. No podía distinguir bien su expresión, pero algo en su postura la hizo sentir vulnerada y desafiada. Y lo peor es que no quería apartar la mirada. No podía.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche? —preguntó a voz en grito entre las olas.

Sonrió y, sin decir palabra, bajó los escalones del porche para caminar hacia ella. Avanzó, con ese aire despreocupado tan suyo, como si nada en el mundo pudiera apresurarlo. Llevaba una camiseta de algodón blanca, unos pantalones cortos y el pelo todavía algo húmedo por la ducha.

Se detuvo en la orilla y permitió que el agua le mojara los pies.

—¿Está fría?

—Ven y averígualo. —Le retó ella.

Marco, con un movimiento despreocupado, se quitó la camiseta y la dejó caer sobre la arena, junto a su toalla.

Lucía tragó saliva.

No debería sentir nada. No era la primera vez que lo veía sin camiseta, pero en ese momento, en esa noche iluminada por la luna, con la brisa agitando su pelo y la sal pegándose a su piel, sintió la escena más íntima que nunca.

Y sexy.

Dios, tenía que dejar de pensar así.

Marco entró en el agua despacio, disfrutando del escalofrío que le recorría la piel al contacto con el mar. Cuando este le llegó a la cintura, se sumergió por completo.

Lucía flotaba de espaldas y esperó a que él emergiera.

Y lo sintió.

Unas manos la sujetaron por la cintura y tiraron de ella hacia el fondo.

Soltó un grito ahogado antes de hundirse, pero no le dio tiempo a reaccionar. Salió riendo.

—¡Idiota! —dijo echándole agua a la cara.

—No pude resistirme —se defendió él, divertido.

Lucía le echó de nuevo agua con un manotazo, pero él ni se movió ni perdió la sonrisa.

El mar los envolvía como un secreto. El frío fue menguando a medida que se acostumbraban a él. Marco se acercó para apartarle un mechón de cabello húmedo de la cara.

Su dedo luego rozó su mejilla, lento, intencionado.

Y por un segundo, Lucía creyó que iba a besarla.

—Se te ha corrido un poco el rímel —comentó sin bajar la intensidad ni cercanía que compartían.

Ella parpadeó, aturdida por la voz de Marco en la quietud de la noche: sonaba baja y seca.

Mierda.

Se llevó instintivamente la mano a los ojos avergonzada y se alejó un poco de él, nerviosa.

—Genial. Seguro que estoy monísima.

Marco seguía sin apartarse.

—No he visto un mapache más adorable en mi vida.

Lucía no supo qué más decir ni qué hacer con esa intimidad tan palpable que tenían entre ellos. Intentó pasarse los dedos debajo de los ojos para arrastrar hacia los lados el negro de la máscara de pestañas y quiso huir.

—¿Salimos? Me estoy quedando pajarito.

Marco, sereno y sin apartar los ojos de ella, aceptó la propuesta.

—¿Has tenido ya bastante mar?

—Por ahora —aclaró Lucía.

Ella notaba los ojos de él clavados en su espalda según llegaba a la orilla y los nervios le arañaban el estómago.

Salió del agua despacio, y la brisa fría le erizó la piel al instante. Un escalofrío le recorrió la espalda antes de soltar una risa ahogada.

—Dios, ¡qué frío!

Se abrazó a sí misma temblando antes de agacharse a coger la toalla y envolverse con ella el cuerpo. El tacto de la tela áspera pero tibia fue un alivio.

Marco, que salió tras ella, sacudió la cabeza haciendo que miles de gotas de agua volaran a su alrededor. Lucía dio un paso atrás justo a tiempo para evitar la pequeña tormenta y fingió indignación.

—Eres un niño.

—A veces. —Marco le guiñó un ojo y recogió su camiseta de la arena. Como si el frío no le afectara en absoluto, echó a andar hacia el porche con su característica calma. Como si no supiera exactamente lo que provocaba. Su piel húmeda resplandecía bajo la luz de la luna, con las gotas deslizándose lentas por su cuello, su clavícula, su torso…

Lucía, a su lado, tragó saliva y desvió la mirada hacia la casa, intentando ignorar el cosquilleo que le erizaba la piel.

Se hizo a un lado para dejarla pasar cuando llegaron a la puerta de la valla y le permitió avanzar unos pasos por delante.

—Si ya has tenido suficiente mar… ¿una ducha y a cenar?

Lucía asintió radiante en el porche.

—Hecho.

Desaparecieron los dos en el piso superior.

31
Cuarta noche

Cenaron en el porche. Las luces cálidas de la pérgola creaban un contraste acogedor con la inmensidad oscura del mar. Tanto Lucía como Marco se dieron una ducha rápida con una sonrisa bobalicona congelada en sus rostros, pero cuando la joven salió de su habitación Marco ya había preparado todo fuera y había encendido unas cuantas espirales para ahuyentar a los mosquitos.

Sobre la mesa encontró una ensalada fresca con tomates y aceitunas, una tabla de quesos, pan crujiente y un bol con uvas. En el centro, una botella de vino blanco ya abierta en una cubitera.

Lucía se dejó caer en una de las sillas con un suspiro de satisfacción, todavía frotándose los brazos en un intento de recuperar el calor perdido. La brisa seguía presente con ese frescor tan de noche de verano que la había obligado a ponerse una sudadera antes de salir.

Estudiando detenidamente la mesa dejó escapar una risa sorprendida.

—¿Así que esta es tu idea de cena ligera?

Marco servía dos copas de vino.

—Come lo que te apetezca y deja lo demás. Estamos en casa.

La naturalidad con la que lo dijo la perturbó. «Estamos en casa». Como si el «nosotros» en esa frase fuera algo implícito.

—Qué formal te has vuelto para ser alguien que, hace menos de una hora, me ha hecho una aguadilla rastrera.

Marco rio entre dientes y partió un pedazo de pan con los dedos, entretenido con su propia travesura.

—No quería que se te secaran las ideas. Fue por tu bien.

Lucía resopló, fingiendo indignación. Agradeció que el sonido del mar llenara el espacio entre ellos. Había una tensión nueva, más palpable, que por momentos parecía querer gritarles a ambos. Pero las olas iban y venían en un vaivén pausado, acompasando la conversación silenciosa de las miradas que se cruzaban sobre la mesa.

—¿No brindamos hoy? —preguntó ella curiosa, sosteniendo su copa en el aire.

Marco la estudió un momento antes de asentir.

—Claro, ¿por qué quieres brindar?

Lucía paseó la mirada por el porche, por las lucecitas a su alrededor, por el reflejo del mar que se perdía en la negrura de la noche y por el hombre que tenía sentado frente a ella. Todavía sentía el frescor del agua en la piel, el rastro de sal pegándose a su clavícula y el cosquilleo que había dejado la mano de Marco cuando le apartó el cabello.

Se humedeció los labios y se encogió de hombros, restándole peso a lo que en realidad deseaba decir.

—Mmm… ¿Por bañarnos en el mar muchas más noches?

Lucía inclinó apenas la cabeza mientras elevaba su copa, intentando que su voz sonara ligera, casual. Pero el deseo en sus palabras, en esa idea, en la posibilidad de que aquello se repitiera —

de que ellos se repitieran—, le llenó el pecho con una sensación cálida y peligrosa.

Marco la observó un segundo más de lo necesario antes de alzar su copa también.

—Hecho.

El tintineo sutil del cristal llenó el espacio antes de que ambos bebieran sin dejar de mirarse.

El escritor se felicitó a sí mismo por su autocontrol. Había estado tan cerca de besarla en el agua. De enredar sus dedos en su cabello mojado, de sentir su boca salada y tibia contra la suya. Cuando emergió del mar, con la piel erizada y esa forma de mirarlo como si en su cabeza estuviera debatiéndose entre mil cosas, a punto estuvo de besarla entre las olas, y le faltó bien poco para cargarla en hombros, llevarla al interior de la casa y hacerle el amor. Contra la pared. Sobre el sofá. En cualquier sitio que ella hubiera considerado adecuado.

Para él lo eran todos.

Pero respiró. Y se contuvo.

Y ahí estaba ella, sentada frente a él con las piernas cruzadas y envuelta en la luz dorada de la pérgola. Tan tranquila.

La sensación de que Lucía pertenecía a ese lugar —no solo a esa casa, sino a su vida— era una verdad ineludible. Algo que el aire mismo le repetía cada vez que respiraba.

Sacudió la cabeza queriendo alejar el impulso de inclinarse sobre la mesa y probar si sus labios sabían o no a vino.

Cogió una rebanada de pan y algo de queso, pero más que por hambre, era porque necesitaba una distracción.

Lucía tenía su propio enjambre interno, un hervidero de pensamientos e imágenes desordenadas que su mente tuvo a bien dibujar sin su permiso. Y necesitaba hablar. Cubrir esos huecos con palabras antes de que él notara el efecto que tenían sobre ella su risa y su piel, que imaginaba aún tibia.

—¿Sabes?, tu casa me recuerda a los veranos en la costa.

—¿Sí? —Marco la miró con curiosidad, mordiendo un pedazo de pan—. ¿Por qué?

—No sé…, porque es blanca y amplia. Y la preside el mar. Eso siempre ayuda a que todo lo de fuera deje de importar tanto. Como cuando éramos críos. Como cuando todo era más fácil.

Lucía observaba cómo el vino reflejaba la luz tenue de la pérgola. Marco ladeó la cabeza para estudiarla.

—Estás de vacaciones, Lu, y esta es también tu casa. Hagamos que en estos días haya espacio solo para lo importante.

—Que es…

—Nosotros, claro está. Nosotros y lo que tú quieras.

Lucía no respondió de inmediato.

Ese nosotros no era cualquier cosa. Estaba construido sobre recuerdos salados, sobre veranos interminables en la costa, sobre la risa de cuatro niños corriendo descalzos por la arena y el césped de su jardín. Pero también sobre silencios largos, sobre ausencias y sobre un reencuentro que había llegado demasiado tarde…, o quizá justo a tiempo.

Y luego estaba lo otro. Aquello que la hacía hipersensible a cada palabra de Marco, a cada mínimo gesto. Aquello que la empujaba hacia él como si su cuerpo supiera algo que su mente aún no se

atrevía a admitir. Química, se decía. Solo era química. Una atracción lógica y natural.

Tenía que serlo.

La alternativa era mucho más aterradora.

Lucía bajó de nuevo la mirada hacia el reflejo dorado del vino en su copa, sintiendo que el peso de la realidad acechaba en los márgenes de esa noche perfecta. No quería pensar en su vida fuera de esa casa. En los días que vendrían después. En la rutina. En las expectativas. En lo que pasaría cuando tuviera que marcharse.

No todavía.

—Por ahora —pronunció al final antes de llevarse la copa a los labios.

Y ese «por ahora» quedó suspendido entre ellos, flotando en ese aire tibio y salado de la noche, cargado de significados que ninguno de los dos se atrevía todavía a desvelar.

32
Tradiciones

Lucía no solía madrugar los domingos por voluntad propia. Los sábados era casi tradición quedarse hasta tarde en el sofá viendo una peli todos juntos y disfrutaba de esa sensación de cálida placidez al despertar. Escuchar la respiración tranquila de sus hermanos mientras se desperezaba entre sábanas. Sin prisas. A veces agarraba el libro que tenía en su mesilla y leía un rato alguna de las aventuras de Los Cinco. Otras, se entretenía observando las líneas de luz que se colaban entre las persianas. Pero esa mañana, cuando abrió los ojos y vio que Marco no estaba allí, aguzó el oído. Había un murmullo de actividad en el piso de abajo. No era el televisor ni sus padres hablando. No. Era otra cosa.

Se restregó los ojos y se deslizó fuera de la cama. Sintió el suelo frío bajo sus pies descalzos. Caminó en silencio por el pasillo y descendió las escaleras en pijama, todavía con el sueño pegado a la piel. A medida que se acercaba a la cocina, el sonido se hacía más claro. El tintineo de utensilios y botes chocando entre sí. Susurros y risas contenidas.

Los vio al asomarse por la puerta.

El sol entraba con timidez por la ventana y su madre colocaba una fila de ingredientes sobre la encimera de la cocina. Tenía el pelo recogido en un moño caótico y aún llevaba la camiseta de dormir

bajo la bata desabrochada. La imagen en sí no resultaba inusual. Lo que sí lo era, era Marco.

Él estaba de pie junto a Mónica, con el pijama remangado hasta los codos y la mirada fija en el bol de cerámica que había frente a él. Parecía expectante, como si estuviera participando en algo de suma importancia.

Lucía frunció el ceño.

—¿Qué hacéis?

Mónica le sonrió.

—Buenos días, dormilona. Hacemos lo típico de los domingos.

Lucía parpadeó.

—¿El qué?

—¡Tortitas! —La cara de Marco se iluminó al contestar.

Lucía no entendía nada.

—¿Desde cuándo hacemos tortitas los domingos?

—Desde hoy —respondió su madre sin dudar, guiñándole un ojo antes de abrir la nevera—. A no ser que tú no quieras y Marco y yo tengamos que comérnoslas todas solos.

Lucía miró a Marco, que tenía esa expresión suya de falsa indiferencia que tan bien conocía. Esa que significaba que eso —lo que fuera— era importante para él.

Mónica se inclinó hacia ellos con aire de conspiración.

—Además, las mejores no son las de los hoteles, sino las que se hacen en casa, en pijama y con las manos llenas de harina.

Lucía agrandó su sonrisa. Le gustaban los planes que parecían un secreto.

—¿Puedo ayudar?

—Claro, renacuaja. Ayúdanos. Ven aquí.

Lucía se subió a una de las sillas de la isla y sonrió, aún adormilada. Mónica le entregó una cuchara de madera que ella agarró con decisión y colocó el bol donde iban a hacer la mezcla entre los dos niños.

Juntos, comenzaron a echar los ingredientes: huevos, leche, un poco de azúcar y una pizca de sal. La cocina se llenó de un olor nuevo, dulce y cálido, que se coló en cada rincón de la casa. Cuando Marco le pasó la harina y sus manos chocaron un segundo, la sensación de extrañeza regresó.

No supo explicarlo, pero fue la primera vez que notó a Marco como parte de su casa, de su familia. No como el niño que se sentaba en una esquina, sino como uno… más. Como una parte inherente de ese lugar.

La idea se esfumó en cuanto su madre los miró con aire de conspiración.

—Las tortitas perfectas requieren un ingrediente secreto.

Lucía se inclinó con curiosidad.

—¿Cuál?

—Ensuciarse un poco en el proceso.

Mónica los dejó meter las manos en la harina. Y ahí fue cuando todo se descontroló.

La primera nube blanca flotó en el aire como un suspiro. Luego vino otra, y luego otra. Lucía chilló cuando Marco le estampó una pizca en la mejilla, y él cuando ella devolvió el ataque con una torpe lluvia de harina sobre su cabello despeinado.

Mónica ni siquiera intentó detenerlos.

—Sabía que esto pasaría…

Los reprendió entre carcajadas, pero no hizo demasiado esfuerzo por frenar la batalla. Al final, los tres estaban cubiertos de polvo blanco y risas sofocadas para no despertar al resto de la casa.

Tardaron casi media hora en limpiar el desastre. De. Sas. Tre. Marco, cuando lo vio, sintió un miniataque de pánico que logró apaciguar a medida que las manchas desaparecían y el orden regresaba al lugar. Cuando finalmente se sentaron a la mesa, con una torre de tortitas doradas en el centro y los platos llenos, la cocina aún vibraba con la risa de los tres.

Lucía probó la primera y cerró los ojos con deleite.

—Perfectas.

—¿Sí? —preguntó su madre con dudas.

Lucía confirmó con entusiasmo.

—Las mejores del mundo.

Marco necesitó ir a cambiarse de pijama y lavarse las manos tres veces, pero masticaba en silencio con esa expresión satisfecha que ponía cuando algo le gustaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Entonces ya está —declaró la mujer, sirviéndose un poco más de café—. A partir de ahora, los domingos serán de tortitas.

La niña sonrió y se fijó también en Marco. Tenía una gota de sirope en la comisura de los labios y el pelo revuelto por la batalla. No pudo imaginar esa escena sin él.

33
Un *déjà vu*

Despertar en una cama amplia, dura y con almohadas mullidas es un regalo para los sentidos. Al menos eso pensó Lucía al abrir los ojos el martes por la mañana. Tenía una sensación reconfortante anclada en el pecho, gracias a la combinación de varios elementos. Por un lado, el delicioso vino blanco de la noche anterior, que la había ayudado a dormir como los ángeles. También el baño nocturno con aguadilla incluida. Y Marco. Marco presidía la cumbre de sensaciones que se anidaban en su interior mientras remoloneaba entre las sábanas. De alguna manera, sentía que él era el gran responsable de esa calidez y esa ansia de vida que se había adueñado de ella.

No recordaba cuándo fue la última vez que había tenido ganas de hacer cosas porque sí, y no porque hubiera que hacerlas. No porque fuera lo que se esperaba de ella, por hacer feliz a alguien más o porque fuera lo correcto. No. Lucía se había levantado animada y feliz porque sí y era una sensación maravillosa.

Se acostó pensando en las vueltas que da la vida, tan caprichosa y sorprendente a veces. Le parecía increíble que el niño que tenía miedo de la oscuridad, y algunos días dormía acurrucado junto a ella, fuera hoy el hombre que era. Galán, protector y divertido. Tan atractivo y seguro de sí mismo.

Sacudió la cabeza y suspiró. Sabía que no debía darles tantas vueltas a Marco ni a su historia. Había llegado a ese pueblo croata con la intención de descansar y disfrutar el presente, sin hacer planes ni pensar demasiado en el futuro. Necesitaba que él accediera a echarle un cable con la editorial, y aclarar un poco su cabeza para hacer frente a la avalancha de responsabilidades que le esperaban a su vuelta. Ya está. Bastante tenía entre manos. Reflexionar tanto sobre el pasado no le ayudaba demasiado.

Se estiró para desentumecer los músculos antes de levantarse de la cama y hacerse con una camisa ligera con la que salir al pasillo.

En el piso inferior Marco estaba de espaldas, en pantalones cortos y descalzo, sirviendo café en dos tazas. Parecía cómodo, más de lo normal, presidiendo ese rincón del mundo. Lucía apoyó un hombro en el quicio de la puerta y cruzó los brazos, vigilándolo con la misma calma con la que él la había espiado a ella la noche anterior desde el porche. Muy concentrado, vertía el líquido con la precisión de alguien que necesitaba que las cantidades fueran exactas. No derramó ni una gota ni dejó que sobrepasara la línea imaginaria que había trazado en cada taza.

—Buenos días, madrugador.

Marco parecía haber intuido ya su presencia.

—Buenos días, dormilona. Estaba a punto de ir a buscarte —respondió, dejando la cafetera en su sitio. Luego colocó una taza frente a ella—. ¿Café?

Lucía avanzó un par de pasos hasta apoyarse en la encimera y le regaló una sonrisa somnolienta.

—Gracias. Vas a malacostumbrarme.

—Y qué malo sería, ¿no? —preguntó irónico.

Marco le dedicó una sonrisa de esas que hacían que todo pareciera más simple de lo que realmente era. Lucía dio un trago a su café y, nerviosa, dobló los dedos de sus pies.

—Me podría habituar a ello —confesó siguiéndole el juego.

—Pues hazlo —la retó él.

Le dedicó una mirada capaz de desarmar a cualquiera y regresó a los fuegos.

Lucía observó su ancha espalda que se le marcaba bajo la camiseta blanca y le dio otro trago a ese líquido celestial encargado de despertarla.

—¿Qué haces?

—Nuestra tradición de domingo, pero en martes.

—No me lo puedo creer. ¿Sabes la de tiempo que no desayuno tortitas?

—El suficiente como para que el de hoy sea un desayuno especial. ¿Te siguen gustando con miel y limón?

—Sí.

No sabía por qué le sorprendía que recordara cosas tan pequeñas. Marco siempre había sido así. Observador. Meticuloso. Como si el mundo siguiera ciertas normas invisibles que él tanto se esforzaba en comprender y memorizar.

—¿Te ayudo?

—Me puedes dar conversación si quieres. Esto ya casi está.

Lucía se subió a una de las sillas altas de la isla y rodeó su taza con ambas manos para sentir ese calor reconfortante en la piel. Desde allí tenía una vista perfecta de Marco, que en ese instante vertía la masa en la sartén y se aseguraba de que cada tortita tuviera el grosor exacto. Era hipnótico verlo hacer cosas pequeñas,

casi triviales, con tanta concentración. Se fijó en cómo contaba mentalmente los segundos antes de darles la vuelta, para terminar apilándolas en un plato junto a los fuegos.

—Así que… —Lucía bebió otro sorbo—, el plan de hoy es ganarnos un pico de azúcar y… ¿qué más?

Marco respondió sin apartar la vista de la sartén.

—Depende. ¿Quieres un día de turista o un día de verdad?

Lucía jugueteó con la cuchara.

—¿Cuál es la diferencia?

Marco volteó la tortita con un movimiento ágil y le dedicó una mirada rápida por encima del hombro.

—Turista significa ir a ver lo que todo el mundo ve. La torre de San Marcos, la catedral, sacar fotos, seguir rutas predecibles…

—¿Y un día de verdad?

—Significa ir a donde nos apetezca sin un objetivo concreto.

Lucía entrecerró los ojos con interés.

—Me gusta más cómo suena eso.

—Lo intuía. —Marco retiró la sartén del fuego y deslizó la última tortita sobre el plato, uniéndola a la torre dorada que había ido formando—. Tengo un sitio en mente.

—¿Sí?

—Sí, pero, primero, el desayuno. ¿Dentro o fuera?

—Menudas preguntas haces… Y más cuando hace un día así.

Salieron al porche. El sol de la mañana ya calentaba lo suficiente como para hacer innecesarias las sudaderas. La brisa marina traía consigo el aroma salado del mar mezclado con el dulzor de los pinos que bordeaban la casa. Lucía llevó el mantel y entre los dos pusieron la mesa con lo necesario. Marco dejó el plato en el centro y se sentó

en uno de los bancos, sirviendo más café en sus tazas mientras Lucía se acomodaba frente a él. Todo en la escena se sentía fácil, cómodo. Como si llevaran haciendo eso desde siempre.

—Tienen buena pinta —comentó Lucía, cogiendo un trozo de tortita y mojándolo en miel antes de llevárselo a la boca.

—¡Oye! Sírvete bien, ¡que hay muchas!

—¿Sabes qué es lo peor? —Lucía puso un par en su plato. Roció un poco de miel y limón sobre ellas—. Que sigues haciendo exactamente lo mismo que cuando éramos críos.

—Si algo funciona, ¿para qué cambiarlo? —respondió él con picardía.

Lucía saboreaba con deleite las tortitas.

—Están mejor de lo que recordaba.

—Tuvimos una buena maestra.

El silencio, roto solo por el canto de los pájaros y el leve tintineo de los cubiertos, hablaba del viaje en el tiempo que esa sencilla frase generó. Lucía sintió un mordisquito en el corazón al pensar en su madre y en esos domingos en los que los tres trajinaban entre harina y huevos para preparar sus desayunos especiales. Hoy entendía que el regalo no eran solo las tortitas, sino esos ratitos juntos.

—Mónica estaría orgullosa —murmuró él al tiempo que echaba un poco más de miel sobre su plato—. Y feliz de vernos aquí juntos. Aunque seguro que diría que están un poco secas.

Lucía soltó una risa suave, apartando con la punta del tenedor una miga solitaria en su plato.

—Diría que nos ha faltado vainilla y que hay que batir mejor la masa.

—Y que usamos demasiada miel.

—«Menos es más» —imitaron al unísono la voz severa de Mónica.

Un rato después, ambos dejaron los cubiertos sobre los platos con un suspiro.

—Estoy llenísima —declaró Lucía y se echó para atrás en su silla. Se llevó una mano al vientre.

—Yo también—admitió Marco—. Lo cual es preocupante, porque aún es temprano.

Ella cerró los ojos un momento, sintiendo el calor del sol en su piel.

—Vamos a necesitar una siesta después de esto.

—O quemar energía en la playa —sugirió él, mirándola de reojo.

Lucía entreabrió los ojos, observándolo con pereza.

—Si cuando dices quemar quieres decir reposar, me parece una gran idea.

—Tal vez. —Marco se encogió de hombros con una sonrisa traviesa—. Quizá tan solo quiero ver si flotas con el estómago lleno.

Ella le lanzó la servilleta que tenía en la mano, pero terminó riendo mientras recogían la mesa.

La cala frente a su casa era un rincón escondido entre formaciones rocosas, montañitas verdosas y arena dorada. Ahora con la luz del día se apreciaba mejor. El mar se extendía en un azul brillante frente a ellos. No había nadie más. Algún velerito de fondo, gaviotas y pájaros de especies desconocidas para Lucía, que se emocionaba al verlos aletear a su alrededor.

Una vez que llegaron al punto elegido, Lucía extendió su toalla y se tumbó con un suspiro. Marco la imitó, estirando la suya con

precisión, alisando los bordes y asegurándose de que quedara perfectamente alineada y sin una pizca de arena dentro.

A Lucía le divertía tanta meticulosidad. A pesar de sus manías, todo en él irradiaba una apasionante calma en apariencia natural.

—Creo que voy a derretirme. —Lucía se apoyó sobre los codos y cerró los ojos un instante.

—El agua está ahí mismo.

Marco se inclinó para sacarse la camiseta. Lucía no lo estaba mirando, pero sintió el movimiento sutil del algodón deslizándose por su piel. Así que se volvió hacia él. El sol recortaba la silueta de Marco con una perfección irritante. La piel bronceada, los músculos definidos con la naturalidad de alguien que no se obsesiona con ellos, pero los tiene. Los hombros anchos, la línea de su espalda descendiendo hasta la cintura de su bañador.

Lucía trató de enfocarse en alisar un pliegue inexistente de su toalla.

—¿No vas a meterte? —preguntó él, sacudiéndose la arena de las manos.

—Luego. Ahora estoy bien aquí. No quiero que me dé un corte de digestión.

—Como quieras —dijo y, sin mucha prisa, caminó hacia el agua.

Lucía esperó un par de segundos antes de atreverse a levantar la vista.

Lo vio avanzar con la brisa desordenándole el cabello oscuro y las gotas de sudor deslizándose por su espalda desnuda antes de que el agua las reclamara. Lo vio sumergirse y emerger con el cabello empapado, sacudirlo antes de pasarse las manos por la cara. Ella soltó el aire sin darse cuenta de que lo había contenido.

Definitivamente, esto era un problema.

Se mordió el labio inferior.

Tenía que dejar de mirar con ojos de deseo a ese hombre o iba a buscarse problemas. Grandes. Problemas. Sacó su móvil de la bolsa de playa y revisó las notificaciones. Tenía varios mensajes de Rosa y Petri. Habían hecho un grupo.

Rosa

Cuenta ya. Cómo va tu retiro espiritual?

Petri

Espero que al menos hayas conocido un par
de croatas guapos que valgan la pena para
alegrarnos el día

Lucía sonrió a la pantalla mientras tecleaba con premura.

Todo bien. La isla es preciosa, buen clima,
buena comida…

Rosa

Ajá. Y Marco?

Lucía apretó los labios y miró de forma instintiva hacia el mar para asegurarse de que el escritor seguía entre las olas, como si eso hiciera que la conversación fuera más privada.

Marco está bien. Me ha hecho tortitas. Ha
sido un desayuno decente

Petri

Decente? Hija, estás viviendo la fantasía del slow living en una isla croata con un maromo que cocina y que además está de toma pan y moja. Qué más quieres?

Lucía se revolvió en la toalla. Sabía exactamente qué más, pero no pensaba escribirlo.

Nada más

Rosa

Ja

Petri

Ja

Os voy a bloquear

Las dos comenzaron a bombardearla con emojis de risas, así que Lucía salió del chat. Rosa le había escrito aparte para preguntarle si había algún avance con el tema salvavidas. No supo qué contestar. Bloqueó la pantalla con un suspiro y guardó el teléfono de nuevo. Eso no había ayudado mucho.

Unos pasos en la arena la alertaron de que tenía compañía. Intentó concentrarse en el sonido del mar, en el calor del sol sobre su piel, en cualquier cosa que no fuera la imagen de Marco saliendo como un Adonis del agua. Pero su propio cuerpo la traicionó. Su piel hormigueaba, su respiración era menos profunda de lo que debería…

No mires, no mires, no mires.

Miró.

Y Marco se acercaba con el agua aún escurriéndose por su piel, gotas resbalando por su pecho y descendiendo en caminos lentos por su abdomen hasta perderse en la tela húmeda de su bañador. Su cabello chorreaba, despeinado y revuelto de forma absurda e irritantemente atractiva.

Lucía sintió que su estómago se encogía con una mezcla de calor y nerviosismo.

—¿Seguro que no te quieres bañar? —preguntó él mientras se pasaba las manos por su pelo mojado.

—Segurísima —respondió, agradeciendo que su voz no la delatara.

Marco inclinó la cabeza con fingida lástima.

—Una pena.

Antes de que pudiera procesarlo, él sacudió la cabeza con fuerza, esparciendo gotas de agua en todas direcciones. Lucía chilló y se cubrió con los brazos, pero no sirvió de nada.

—¡Marco, no! —exclamó, sintiendo el agua fría en su piel caliente.

Marco solo se rio, agachándose y sacudiéndose aún más, salpicándola con descaro.

—Oh, vamos, estás en la playa. Un poco de agua no te matará.

—Estoy bien aquí en el secano, gracias —respondió ella sin levantar la vista.

—¿Segura?

—Completamente.

—¿Sí? —Marco se agachó junto a ella como si nada—. Es solo agua, ¿qué dramatismo es este?

Lucía le lanzó un manotazo juguetón en el brazo.

—Vete. Aléjate.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que te moje más?

—¡No tengo miedo de nada!

—Ah, entonces no te importará que…

Antes de que terminara la frase, Marco se inclinó de golpe y pasó una mano húmeda por la parte baja de su muslo.

Lucía pegó un grito y se revolvió para apartarlo, riéndose sin poder evitarlo.

—¡Para ya!

—Lo haré… si vienes al agua por las buenas.

Lucía entrecerró los ojos.

—Ni lo sueñes.

—No parecías tener tantas reticencias anoche y las olas me han dicho que te extrañaban, así que lo justo…

Fue su única advertencia antes de que ella sintiera cómo la agarraba con firmeza, con un brazo rodeando su espalda y el otro bajo sus piernas.

—¡Marco, no! —chilló mientras él se incorporaba sin esfuerzo con ella en volandas.

—¿Qué dijiste antes? ¿Algo de que no tenías miedo? —preguntó él con tono burlón de camino a la orilla.

—¡Eres un crío! ¡Suéltame ahora mismo!

Marco ignoró su protesta y siguió con ella en brazos, como si no pesara nada. Lucía se aferró a su cuello por puro instinto, riéndose contra su piel mojada.

—Marco, en serio… ¡No!

—Hora del baño.

Y sin darle tiempo a decir nada más, la lanzó al mar.

El agua la envolvió en un golpe refrescante que le robó el aliento. Resurgió con una bocanada y se apartó el pelo mojado de la cara para encontrarse a Marco riendo con la satisfacción pintada en la cara.

—Eres lo peor.

—Y tú una exagerada.

Lucía entrecerró los ojos.

Y, con una sonrisa traviesa, se lanzó hacia él.

34
Marco

Marco nunca había sido un hombre de impulsos.

Le gustaban el control, la rutina y los bordes bien definidos de su mundo. Le tranquilizaban los números, la simetría, la matemática de un café servido hasta la misma línea imaginaria de la taza. Siempre la misma. Quizá por eso las relaciones le habían parecido un caos que no sabía cómo gestionar.

No era que no hubiera estado con mujeres. Claro que había conocido mujeres. Pero todas, sin excepción, fueron efímeras, una brisa pasajera rozando su piel que no llegaba a calar hondo. Él mantenía la distancia justa para no sentirse expuesto. Lo suficiente para satisfacer necesidades físicas, para cumplir con lo que se esperaba, pero jamás tanto como para dejar que alguien entrara del todo.

Y no lo hacía adrede.

Tan solo le costaba que no fuera así.

Era un programa que se activaba de manera automática y permitía que todo fuera fácil con ellas. Sabía cómo actuar, qué decir y cuánto ofrecer sin comprometerse del todo. No porque quisiera hacerles daño, no, sino porque protegía de manera visceral su autonomía y libertad. Y porque ninguna le había llegado a importar de verdad.

Con Lucía, sin embargo, era todo lo contrario.

Lucía era caos, pero uno que le parecía encantador. Era impredecible. Un huracán que provocaba en él mil y una emociones capaces de arrasar con todo.

Y Marco, incluso con todas sus normas, listas mentales y rutinas inquebrantables, jamás supo cómo manejarla.

Pero no es que quisiera manejarla. No. Lucía le fascinaba. Desde siempre. Desde que eran niños y ella se reía con la cabeza echada hacia atrás, con el descaro de quien no teme ocupar espacio.

Su problema era que con Lucía todo se sentía diferente.

Todo era diferente.

Lo había sido esa mañana, cuando la vio salir al porche con su camisa ligera y el cabello aún enredado por las sábanas, con esa sonrisa de quien todavía no ha decidido del todo si pertenece al mundo real o al de los sueños. Lo fue en la cocina, cuando su voz somnolienta y su risa suave hicieron que incluso un acto tan mundano como servir café se sintiera íntimo.

Y, sin lugar a dudas, también lo había sido en la playa.

Desde el momento en que extendió su toalla con esa despreocupación que a él le resultaba imposible de imitar. Desde que se recostó con ese suspiro satisfecho, con su piel dorada al sol, con ese biquini que dejaba demasiado poco a la imaginación y que lo obligó a apartar la vista más veces de las que le gustaría admitir.

Hasta tuvo que meterse en el agua para despejarse. Iluso. Como si el mar pudiera enfriar lo que su presencia encendía en él.

Y luego, al regresar y verla guardar el móvil con una sonrisa traviesa dibujada en sus labios, supo que algo tenía que hacer. Cualquier cosa antes de que la inercia y el peso de sus pensamientos lo aplastaran.

Estuvo mal.

Lo sabía.

Pero sin dar tiempo a que ella protestara, o que su cerebro pensase un plan mejor para disfrutar de su rincón especial en el mundo con Lucía, lo hizo. Se inclinó y, con un movimiento ágil, la levantó en brazos. Ella soltó un grito entre sorprendido y divertido, aferrándose a sus hombros por instinto.

—¡Marco! ¡Suéltame ahora mismo!

—¿Aquí? —quiso preguntar él, fingiendo pensárselo—. ¿O mejor allí? —haciendo un gesto con la cabeza hacia el mar.

—¡Ni se te ocurra!

Pero la risa en su voz lo delataba.

—Demasiado tarde.

Caminó hacia la orilla con pasos firmes mientras Lucía se removía en sus brazos, pero no con verdadera intención de escapar.

—¡Te odio!

—No mientas.

—¡Marco!

—Lucía.

Qué bonito sonaba su nombre. Lucía. Tenerla tan cerca solo aceleraba los latidos de su corazón, pero sus brazos alrededor del cuello bien habían merecido la osadía de adentrarse en el agua y dejarla caer al mar.

El chillido de ella se convirtió en una risa ahogada cuando emergió, con el cabello pegado al rostro y los ojos brillando de indignación y diversión a partes iguales.

—Estás muerto —aseguró dejando un desafío flotar entre ellos, junto con las gotas de agua con las que lo salpicó en cuanto pudo

reaccionar.

Él podría haber intentado esquivarlas, pero no lo hizo.

Porque por primera vez en mucho tiempo no quería esquivar nada.

Así que se dejó perseguir y hundir en el agua por esa maravillosa mujer que parecía pletórica ante la sensación de victoria y venganza. Cuando eran niños jugaban a lo mismo, la diferencia era que, con toda la vida que se había evaporado entre ellos, cada vez que sentía su contacto todo lo que quería era atraerla hacia sí y besar esos labios que enmarcaban su sonrisa.

Cuando volvieron a las toallas, Marco fingió dormitar mientras Lucía leía. Dejaron que el sol dorase un poquito más sus pieles y que las olas cantaran para ellos su habitual melodía.

Por la tarde fueron al pueblo a dar una vuelta y tomar un café. Seguían bastante llenos del desayuno, así que pensaron que sería mejor plan cenar temprano. Marco se obligó a no pensar en el vestido blanco semitransparente que cubría la figura de la que fue su hermana durante unos años en su infancia. ¿Cómo era eso que decían los españoles? Ah, sí, que su cuerpo no era de piedra. Bueno, pues estaba claro que el suyo tampoco lo era.

El pueblo conservaba un encanto que pocas islas podían ofrecer sin parecer un decorado. Korcula, más que un destino turístico, tenía alma. Para su desgracia, en los últimos años se había convertido en un lugar sobrepoblado durante los meses de verano y se podía ver a extranjeros de todo tipo inundando las aceras y las terrazas. Pero, por suerte, esa avalancha aún no había llegado. Las casas de piedra blanca y techos de tejas rojas parecían desafiar el paso del tiempo, y

los barquitos se mecían tranquilos en el puerto, preparándose para la pesca nocturna.

Lucía caminaba con la curiosidad de quien quiere absorber cada detalle. Sus pupilas reflejaban la calidez de la tarde. Marco, en cambio, avanzaba con una especie de resignación tranquila. Sabía que la vería maravillarse con cada rincón, detenerse a sacar fotos mentales, señalar cosas al azar con emoción genuina. Y le gustaba. Le gustaba más de lo que era capaz de admitir.

—No me habías dicho que esta isla tiene historia de verdad —comentó Lucía ante una placa en la pared de un edificio que mencionaba a Marco Polo.

Marco sonrió levemente.

—¿Pensabas que era solo una isla bonita en el Adriático?

—Pensaba que era tu escondite personal. Lo cual sigue siendo cierto.

Él se encogió de hombros.

—También es la supuesta cuna de Marco Polo.

—¿Supuesta?

—No hay pruebas definitivas de que naciera aquí, pero hay suficientes indicios como para que los locales se hayan apropiado de ese relato.

Lucía cruzó los brazos y lo miró con expectación.

—Ilústrame.

Marco contuvo una sonrisa y señaló el edificio ante ellos.

—La historia oficial dice que era veneciano, pero en el siglo XIII Venecia controlaba esta parte de Croacia, así que muchos creen que en realidad nació aquí.

—Así que tenéis a un explorador famoso como héroe local.

—Más o menos.

—¿A ti te pusieron Marco por él?

—Mi padre amaba su historia y quiso intentar que yo heredara su espíritu aventurero.

—Ah. Tiene sentido.

—En su cabeza, sí. En la mía, no tanto.

—Te pega.

—¿El nombre?

—El espíritu de explorador.

Él resopló con suavidad.

—No soy yo muy de explorar.

—Lo eres más de lo que crees.

El aire entre ellos se llenó de una tensión silenciosa. La mirada de Lucía tenía una intensidad que desarmaba a Marco y este desvió la suya antes de que ella pudiera leer demasiado en su expresión. Señaló una esquina más adelante.

—Ahí está el café del que te hablé.

Lucía se giró hacia la fachada de piedra con una puerta de madera oscura y ventanales que dejaban ver un interior acogedor. Las estanterías estaban llenas de libros y había cientos de papeles pegados en las paredes.

—¿Qué es todo eso?

—Notas. De los clientes. Mucha gente pasa por aquí y deja un mensaje.

Lucía se acercó con curiosidad para leer algunos trozos de papel pegados en la entrada. Aún no le había confesado a Marco su osadía en los baños de aquel hotel y sonrió para sí.

«Volveré con la persona correcta».

«Si encuentras esta nota, pide el café con avellana. No te arrepentirás».

«Las mejores conversaciones ocurren en lugares como este».

—Me encanta —susurró Lucía—. ¿Has dejado alguna vez una nota?

Marco metió las manos en los bolsillos.

—Una vez.

—¿Qué decía? —le preguntó con curiosidad.

Marco sostuvo su mirada un par de segundos antes de encogerse de hombros.

—No lo recuerdo —mintió.

Pero claro que lo recordaba. Solo que no pensaba decírselo.

«Algunas personas dejan huellas en los lugares. Otras, en la gente».

35
Lucía

Cuando Marco se mudó de vuelta a Korcula, lo hizo en plena crisis existencial. Despedirse de Peter le había desgarrado como hacía demasiado tiempo nada lo hacía, y pensar en las personas queridas a las que había tenido que decir adiós por el camino… le rompió.

Pensó en sus padres. En esa imagen indefinida que estaba anclada en su recuerdo y cuyo olor y magia se desvanecía en demasiadas ocasiones. Como si su memoria tuviera cimientos caprichosos que según el día pudieran decidir si hacer o no acto de presencia.

Había instantes en los que se acordaba de sus caras. De la sensación de paz que le invadía cuando los escuchaba murmurar en el salón, o de las notas del piano que llegaban a su habitación casi a cualquier hora.

Sin embargo, también existían otros en los que reinaba el olvido. Y aparecía un agujero, el hueco enorme que habían dejado al marcharse y que nunca llegó a reparar. Y en esas ocasiones su interior se volvía abismal, casi fantasmagórico, una maldición de la que no sabía cómo librarse.

Peter había ayudado a su versión joven a encontrar un lugar en el mundo. Uno que él quería, que le hacía feliz y que, en cierto modo, le ayudaba a considerarse parte del todo. Gracias a él sintió por fin

que la fortuna podría también llamar a su puerta. Él puso empeño. Se había movido, aprendido idiomas, estudiado y conseguido un puesto en esa librería que tanto le había cambiado la vida. Pero Peter… Peter le regaló alas. Y saber que ya no volvería a aparecer de sorpresa para proponerle una cena caprichosa, indecentemente calórica o por completo sobrevalorada, le rompía el corazón.

Tenía gracia, ¿no? Decir adiós a alguien implicaba, sobre todo, dejar ir las pequeñas cosas. Los detalles. Eso que hacía que tu vida se sintiese grande. Lo que para cualquier otra persona sería algo insignificante, pero que a ti te hacía sentir importante. Eso que dejaba semillas en tu interior y te ayudaba a florecer.

Volver a Korcula, a esa isla donde guardaba recuerdos fugaces con sus padres, lo despertaba por dentro. Le dolía la garganta y le picaban los ojos a menudo. Y se sentía raro, porque era un hombre adulto que sobre el papel lo tenía todo, pero que echaba en falta lo más importante.

A su gente. A las personas a las que quería, esas que le habían hecho ser quien era. En esos días lo visitaba la soledad para mordisquearle las entrañas y teñir todo su mundo de un color gris rojizo. También la tristeza hacía acto de presencia y, a pesar del mar, del sol y las estrellas, su mundo se volvía insignificante. Pensó en regresar a Zagreb, pero había demasiada gente y ruido. Demasiadas distracciones. Hizo caso omiso de la desaprobación de su tía y se quedó a vivir allí. En Korcula. En el lugar que eligió como su refugio.

En aquella época escribió mucho. Llenó libretas de recuerdos, de dudas y de pensamientos, de esos que no le dejaban dormir. Y de tanto hacer zafarrancho interno, pensó en Lucía.

Por primera vez en siglos se planteó de nuevo buscarla. Ir a Barcelona y tratar de encontrar su escuela y la casa en la que vivieron. Volver a ver sus grandes ojos oscuros le parecía un privilegio. Entender qué había pasado para que no volvieran a dar señales de vida, una necesidad.

Pero le daba miedo.

Cuando se lo comentó a su tía, esta puso el grito en el cielo. También Mara. ¿No era curioso que dos personas tan estoicas y diferentes estuvieran de acuerdo en este tema en particular cuando en todos los demás solían mantener opiniones opuestas?

Si no perdió la cabeza en aquella época fue porque le adelantaron la fecha de entrega de un manuscrito y tuvo que encerrarse a escribir, editar y corregir como si no existiera tiempo para nada más.

Terminó posponiendo la idea, que no olvidándola.

El tiempo no hizo que sus preguntas desaparecieran, pero le distrajo lo suficiente como para que pareciera paciencia.

Ahora, sentado frente a Lucía en una mesa de madera pulida en la terraza de ese pequeño restaurante en Korcula, con el aroma del vino tinto y la brisa del Adriático envolviéndolos, Marco se daba cuenta de que nunca había dejado de preguntarse qué pasó con esas cartas. Con ellos. Qué habría pasado si él no hubiera tenido que marcharse.

Lucía, ajena a su ronroneo interno, tenía los labios manchados de vino y las mejillas sonrojadas por el calor del día y el efecto del alcohol. Se la veía relajada, absorta en la conversación sobre la historia del casco antiguo y las bromas que Enzo —el dueño del restaurante— tenía a bien soltar cada vez que pasaba junto a su

mesa. Después de turistear, habían acudido a la *trattoria* que regentaba este amigo suyo en la isla.

Enzo les había agasajado con olivas, brochetas y otras exquisiteces mientras miraba a Lucía con admiración.

—¿De dónde sacas a estas bellezas? —le susurró tras darle un codazo de camaradería cuando Lucía se excusó para ir al baño.

—Esta es la chica con la que compartí la infancia y de la que te he hablado alguna vez.

Los ojos del italiano se abrieron con sorpresa.

—Me da a mí que tenemos que quedar, tú y yo, a tomar unas cuantas cervezas y ponernos al día cuando se vaya. Hoy, disfruta. —Le guiñó un ojo con intención. Marco se rio en respuesta.

—Claro, ya sabes dónde encontrarme.

Cuando Lucía volvió a la mesa, Marco aún sentía el codazo de Enzo como un eco en el costado. Su amigo tenía razón: esta noche merecía ser descorchada como una botella bien añejada, con paciencia y sin prisas. Había demasiadas preguntas en el aire y el vino hacía que pesaran un poquito menos de lo habitual.

—Tu amigo es un encanto.

—Es un embaucador. —Marco se llevó el vaso a los labios—. Si le das cuerda, acabará contándote historias sobre lo mucho que ha sobrevivido en este pueblo.

—Lo cierto es que no me sorprendería. Aquí todo el mundo tiene una historia que contar.

Marco la observó. ¿Era la oportunidad? No quería que la conversación girara en torno a su propia nostalgia, pero había algo en ese momento, en la calidez de la noche y el murmullo de las conversaciones del lugar, que amortiguaba sus propios miedos. Si no

lo preguntaba en ese instante, no lo haría nunca. Dio un trago a su copa y la miró con intención.

—¿Sabes? No te lo había contado aún, pero yo también estuve a punto de buscarte.

Lucía parpadeó.

—¿Cuándo?

—Hace unos años —murmuró—. Cuando volví a la isla. Pensé en ir a Barcelona. A buscarte. A encontrarte, más bien.

Lucía sintió una punzada en el pecho. No sabía qué parte de esa confesión la descolocaba más: el hecho de que él hubiera querido localizarla o que nunca hubiera llegado a hacerlo.

—Cuando me mudé a Korcula fue un momento… complicado. —Tenía que escoger bien las palabras—. Pensé mucho. Y por primera vez me sentí capaz de buscar las respuestas que me faltaban desde hacía tanto tiempo.

—¿Por qué no lo hiciste? —preguntó ella en voz baja.

—Porque mi tía y Mara se encargaron de darme todas las razones habidas y por haber para no hacerlo. Dijeron que remover el pasado nunca acaba bien. Que si no nos habíamos buscado en tanto tiempo, era por algo. —Marco presionó los labios un segundo—. Y porque no sabía si tú querrías verme. Mis dudas de siempre, vaya.

Lucía colocó el tenedor sobre el plato. Perdió el apetito de golpe y sintió un pozo de infinita tristeza abrirse en su interior.

—Marco… —exhaló, negando con la cabeza—. No tienes idea de cuánto esperé una señal tuya.

Él dejó su bebida sobre la mesa con cuidado. No estaba seguro de si debía continuar o no. No quería insistir, pero tampoco quedarse con la duda. Necesitaba saber. Entender. Encontrar algo de alivio.

—Lucía…

—Dime, ¿qué te preocupa?

—¿Qué pasó con las cartas? ¿Me escribiste de verdad?

El corazón de Lucía se detuvo un instante. ¿No la creyó?

—Claro que te escribí. Te escribí durante meses y nunca recibí respuesta. Después de nuestra cena en Barcelona estuve haciendo memoria. Mamá llamó a la ONG que te asignó a nuestra casa y le aseguraron que siempre entregaban todo lo que recibían. Como tu tía no nos dio un teléfono ni una dirección ni nada… —Lucía bajó la mirada hacia el mantel de lino, trazando con el dedo el borde de su copa—. A lo mejor no te las entregó. ¿Crees que pudo pasar algo así? A mí no se me ocurre otra explicación.

Marco estaba helado. La idea de que su tía Irina hubiera interceptado las cartas lo golpeó con una intensidad inesperada. Siempre había supuesto que Lucía tan solo dejó de escribir, que esa promesa que se hicieron se evaporó en el aire. Que la vida había seguido adelante para ella de la misma manera en que, a la fuerza, lo había hecho para él. Pero si no fue así, si de verdad había estado ahí, al otro lado del mar, esperando una respuesta que nunca llegó… Se pasó una mano por la cara, intentando ordenar sus pensamientos.

—No sé qué pensar —admitió, con la voz un poco más tensa de lo habitual—. Pero tiene sentido. Mi tía siempre creyó que lo mejor era que me enfocara en empezar de nuevo. Quizá consideró que esas cartas solo me harían más daño. Aunque le pregunté mil veces y siempre mantuvo la versión de que a ella no le habían entregado nada.

Lucía se sentía indignada.

—No tenía derecho a decidir eso por ti, si es que esto llega a ser verdad. Pero también es cierto que, si no hubiera pasado lo que pasó, quizá tú y yo no estaríamos hoy aquí, así. —Hizo un gesto con la mano señalándolos a ambos y a su entorno—. Y me gustan mucho nuestras versiones de ahora. Sobre todo, la tuya.

Lucía sacó la lengua para disminuir esa tensión que, de alguna manera, se había colado en el ambiente.

—Si empiezas otra vez con los piropos, señorita Badal, no respondo de mis actos.

Lucía sonrió coqueta.

—Correré el riesgo.

Marco le devolvió la sonrisa y asintió con gravedad. El silencio entre ellos estaba lleno de palabras no dichas. Había duda, electricidad y tristeza.

—¿Qué habrías hecho diferente si hubieras recibido mis cartas?

Marco la observó, reconociendo un hilo de inseguridad en su voz.

—Te habría respondido. Hubiera buscado la forma de vernos, quizá me hubiera ido a estudiar a España. No sé.

Lucía tragó con dificultad. Era extraño pensar que, en un universo paralelo donde esas cartas hubieran llegado a sus manos, quizá todo habría sido diferente. Sabía que sus padres hubieran hecho lo imposible por traerlo de vuelta, aunque fuera en vacaciones o cuando llegase el momento de ir a la universidad. Pero a la vez…

—¿Ves? Pero entonces no hubieras conocido a Peter y quizá no estarías aquí —reflexionó Lucía en voz alta—. Quizá hasta en los giros que no nos gustan la vida tiene sus motivos.

Marco apoyó los codos sobre la mesa, inclinándose un poco hacia ella.

—¿Y ahora? —preguntó, sin apartar sus ojos de Lucía—. ¿Cuál dirías que es el motivo de juntarnos de nuevo?

—Premiarnos por ser unas buenísimas personas. Está claro.

Intentó que su voz sonara ligera y positiva, pero al mirarlo con un poco más de atención vio algo en su expresión que la desarmó. No era solo la molestia de haber sido ignorado, sino el dolor de haber creído que ella lo había olvidado. Lucía dejó la copa sobre la mesa con un leve tintineo y le sostuvo la mirada antes de agarrar sus manos.

—Marco, para que quede claro y que no tengas más dudas al respecto, has sido de las personas más importantes de mi vida desde que apareciste y ni la distancia ni los años han sido capaces de cambiar eso. En realidad, da igual lo que pasara. No pienso irme a ninguna parte. He venido para quedarme. No quiero mi vida sin ti.

Algo que llevaba demasiado tiempo contenido se liberó. Marco sabía que ella no tenía intención de quedarse de la manera que a él le encantaría, pero él tampoco deseaba regresar a su vida sin Lucía. Se le antojaba demasiado gris y programada. Demasiado… vacía. La miró a los ojos y trató de sonar despreocupado y positivo, aunque le costara un poco.

—Imagino que ahora que estás aquí ya no tengo que imaginar cómo sería encontrarte.

Lucía asintió.

—Exacto. Ahora estamos donde nos corresponde.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Lucía lo miró a los ojos, con el corazón latiéndole fuerte. Se sonrieron cómplices. Marco se llevó la copa a los labios y trató de asimilar de alguna manera la verdad que acababan de descubrir.

Quizá todo había pasado por algo, por mucho que odiase esa frase.

Y quizá Lucía sí había regresado a su vida para quedarse.

Para quedarse de verdad.

36
Quinta noche

Esa noche bebieron mucho vino y se contaron historias. De las compartidas y de las posteriores. Anécdotas de esas tontas que siempre arrancan una carcajada. Como aquella vez en que Marco, con once años recién cumplidos, se empeñó en construir una balsa con restos de madera y bidones viejos para cruzar un pequeño lago en el parque donde jugaban de niños. La embarcación tambaleante flotó durante menos de diez segundos antes de romperse bajo su peso. Tanto él como Lucía, su copiloto, quedaron empapados y Pol y Carlos los abuchearon entre risas.

También rememoraron la tarde en la que Lucía escribió una carta anónima a su profesora de Matemáticas, en la que sugería que el álgebra era una forma encubierta de tortura medieval. Cuando, entre nervios y risitas cómplices, intentaron deslizar la nota bajo la puerta de su despacho, una ráfaga de viento la hizo volar para aterrizar justo a los pies de la directora del colegio. Marco nunca vio a Lucía correr tan rápido como aquel día.

Después llegaron las historias de los años separados, los recuerdos de esa vida en paralelo.

Lucía habló de Barcelona, de las clases en la universidad, de los días que pasaba enterrada entre libros en la biblioteca central y las noches en las que, sin importar cuánto lo intentara, el insomnio la

obligaba a caminar dando vueltas por el jardín hasta que el cansancio la vencía. Le contó sobre aquel profesor excéntrico que dictaba sus clases con un cigarro apagado en los labios y que solía decir que la literatura era el único antídoto contra el olvido. Sobre las tardes en la cafetería al lado de la facultad, donde tomaba café con leche hirviendo y escribía en una libreta que aún conservaba.

Marco, por su parte, le habló de Bari, de su facultad y de las mañanas en las que se quedaba más tiempo del necesario en el mercado —donde trabajaba algunas horas para poder costearse los estudios—, solo para escuchar las historias de vida de los pescadores. Le contó que, por mucho que le gustaran los clásicos, siempre terminaba volviendo a los autores que habían marcado su adolescencia. Le confesó que una vez se presentó a un concurso de relatos bajo un seudónimo ridículo, convencido de que no llegaría a nada, y que, cuando ganó, se sintió más expuesto que orgulloso. También que quiso que le tragase la tierra cuando diez años después la prensa lo encontró y sacó titulares con ello. Le habló de los veranos en que compartió un pequeño apartamento con vistas al mar, donde escribía hasta la madrugada con la radio sonando de fondo después de poner copas a los turistas que salían noche tras noche sin descanso.

Los recuerdos fluían sin esfuerzo, como si la distancia y los años separados nunca hubieran existido. Entre sorbos de vino, sintieron la cercanía que nunca llegó a romperse del todo.

Enzo les hizo de chófer para evitar que condujeran. Y ahí estaban. Después de unos cuantos abrazos de más y la promesa de regresar pronto, encendieron espirales para ahuyentar a los mosquitos mientras se tomaban la última copa en el porche de la casa.

Lucía tenía las piernas estiradas sobre la mesa, iluminadas por las lucecitas de la pérgola y la tenue luz de la luna. Se la veía cómoda, casi como si hubiera estado ahí desde siempre. Había dejado que la batería de su teléfono muriera sin ningún tipo de contemplación y sonreía relajada. Marco la miraba sin dar crédito aún al millón de emociones que tenía burbujeando en su interior y tratando de disimular ese brillo de ilusión que no dejaba de crecer tanto en su mirada como en su pecho.

El aroma a citronela de las espirales se mezclaba con el de la lavanda que crecía en el borde de la terraza, mientras el mar amortiguaba los sonidos propios de la noche. La conversación se fue apagando como una vela consumida por la brisa. Cuando se quedaron en silencio, escucharon el canto lejano de los grillos y el murmullo del viento entre los árboles. La noche había caído por fin del todo, envolviéndolos en una burbuja íntima y tranquila.

—Creo que ya es hora de dormir —murmuró Lucía, estirándose perezosa, sin fiarse del todo de sí misma.

Marco asintió, pero no se movió de inmediato. La contempló unos segundos más, intentando asegurarse de que no era un sueño.

Cuando se despidieron en el pasillo, con un simple «buenas noches» y una sonrisa cansada, ambos supieron que algo entre ellos estaba creciendo, con la misma claridad con que la magia de la noche daba siempre paso al día.

El graznido de las gaviotas y el aroma del café despertaron a Lucía antes de lo esperado. Se desperezó en la cama y se quedó unos segundos mirando el techo, con la mente flotando entre la vigilia y el sueño.

El aire fresco de la mañana entraba por la ventana, que dejó entreabierta la noche anterior, y traía consigo el murmullo del mar y el aroma salado de la brisa. Se levantó con la sensación de haber bebido un poco de más, y dormido un poco de menos. Pero por un instante, en la privacidad de su cuarto, se permitió sonreír.

Las conversaciones y miradas de la noche anterior danzaban en su mente provocándole cosquillas. Para bajarle unos grados a los revoloteos de sus mariposas se dio una ducha rápida antes de bajar a la cocina, descalza. Marco preparaba el café. Llevaba una camiseta de lino arremangada hasta los codos.

—Buenos días —dijo él con voz adormilada.

—Buenos días. Huele increíble.

Marco le tendió una taza caliente, y en el momento en que sus dedos se rozaron, sintió un leve escalofrío recorriéndole la piel. Lucía apartó la mirada con una sonrisa y se sentó en una de las sillas alrededor de la isla. Luego sopló el contenido de la taza antes de darle un primer sorbo.

—¿Lista para nuestra aventura en bicicleta?

—Pero nos desperezamos un rato antes en la playa como ayer, ¿no?

—Me encantará hacerle una aguadilla de nuevo, señorita Badal.

Lucía le sacó la lengua como respuesta. Tardaron poco en estar fuera, de camino a su nuevo rincón marino favorito.

La arena aún conservaba el frescor de la noche cuando llegaron a la playa. La resaca, que les martilleaba las sienes a los dos, hizo que aquella mañana nadie corriera hacia el agua.

Lucía cerró los ojos, disfrutando del sonido rítmico de las olas y la sensación de la arena fría bajo los pies. Marco, a su lado, se estiró

con los brazos sobre la cabeza y dejó escapar un suspiro satisfecho.

—Definitivamente, esta es la mejor manera de empezar el día —murmuró.

Lucía estuvo de acuerdo y lo contempló con idolatría. La forma en la que ese hombre la había hecho sentir desde que sus caminos se cruzaron de niños se había multiplicado por diez mil desde que se reencontraron. Su calidad humana no había dejado de crecer. La noche anterior compartieron un momento cursi, o un par, pero eso solo incrementó las ganas que tenía de estar con él. De cuidarlo.

Lo observó todo lo largo que era sobre su toalla milimétricamente extendida y se dio cuenta de que ese día le había fallado su excelente habilidad para mantenerse alejado de la arena.

—Tienes la mejilla manchada —dijo sin pensar mientras se acercaba para limpiársela con el pulgar.

El roce fue leve, casi imperceptible, pero una chispa saltó. Marco abrió los ojos para encontrarse a Lucía inclinada sobre él. El corazón casi se le sale del pecho. Por un instante, en el que el agua se mecía de fondo y la distancia entre ellos se había reducido, el mundo dejó de girar sin que ninguno hiciera nada por evitarlo.

Lucía fue la primera en reaccionar. Apartó la mirada y carraspeó apurada antes de darse la vuelta y mirar hacia la orilla. Ese silencio se llenó con el sonido del mar y el cosquilleo que ninguno de los dos se atrevió a nombrar. Mierda. Mierda. Mierda. No podía acercarse tanto, tenía que…

Se tumbó de espaldas sobre la toalla, con una mano sobre el vientre y la otra cubriéndole los ojos. Trató de no pensar en nada. De fluir y dejarse llevar por el momento. De soltar esa maldita tensión que la tenía tan revolucionada.

Inspirar en tres, exhalar en seis.

Marco, a su lado, recuperaba un ritmo cardiaco normal. No dijo nada. No hizo nada. No quería cagarla, notaba a Lucía diferente. Así que respiró profundo y dejó que el mar apaciguara tanto su jaqueca como sus huracanes internos.

El sol calentaba con más fuerza cuando regresaron a casa. Se cambiaron, subieron a por sus bicicletas y tomaron la carretera en dirección a Lumbarda.

El camino fue un deleite en sí mismo. Pasaron entre colinas cubiertas de viñas, con el azul intenso del Adriático asomando entre los claros del paisaje. Pedaleaban a un ritmo pausado, sin prisas, disfrutando del sol que empezaba a calentar la piel y del silencio interrumpido solo por el canto de los pájaros y el crujir de la grava bajo las ruedas.

De vez en cuando, Marco se adelantaba para mirarla con esa expresión de desafío juguetón que siempre se le despertaba con ella cerca. En una cuesta abajo, Lucía se dejó llevar y cerró los ojos un segundo mientras el viento jugueteaba con su cabello.

—Si te caes, no pienso ir a recogerte —bromeó Marco, alcanzándola de nuevo.

—Mentirosillo —replicó ella con una sonrisa traviesa instalada casi de forma permanente en sus labios.

Pasaron por Zrnovo, un pequeño pueblo con casas de piedra, donde se tomaron un café. El aire olía a higos maduros y lavanda. Desde allí, el camino comenzaba a descender con suavidad, bordeando olivares centenarios y matorrales de romero silvestre.

—No está mal como ruta, ¿eh? —presumió Marco cuando hicieron una breve parada en un mirador con vistas al mar desde el que Lucía quiso sacar una foto.

Esta, con las mejillas sonrojadas por el ejercicio, bebió un sorbo de agua y confesó que no sabía si sería capaz de hacer el camino de regreso. Marco rio. Reanudaron la marcha tras asegurarle que volverían a casa en taxi.

Cuando llegaron a Lumbarda, los viñedos se extendían en suaves laderas que bajaban hasta casi tocar la costa. Marco le explicó que ese pueblo no solo era conocido por su vino, sino también por sus playas de arena dorada, algo poco común en la escarpada costa dálmata.

El viñedo que iban a visitar era Bire Winery, uno de los más prestigiosos de la isla y especializado en grk, un vino blanco seco con un característico toque mineral debido a los suelos arenosos donde crece la uva. Un hombre de sonrisa franca y manos curtidas los guio entre las hileras de vides para explicarles el proceso de producción mientras la brisa se filtraba entre las hojas. Los dos escucharon con interés, pero se distraían rápido cuando se rozaban por accidente.

Tras la visita, se instalaron en una mesa de madera bajo la sombra de las parras. Les sirvieron una cata acompañada de pan casero, aceite de oliva, queso de la isla de Pag y aceitunas marinadas. El vino era fresco y vibrante, con notas cítricas y un ligero toque salino que parecía llevar consigo la esencia del Adriático.

—No sé nada de enología, pero creo que este se acaba de convertir de manera oficial en mi caldo favorito —dijo Lucía.

—Entonces tendré que asegurarme de llevarme unas cuantas cajas a casa. Para incentivar tus ganas de volver a degustarlo.

Le guiñó un ojo y Lucía sintió un cosquilleo en el estómago. Pero, en lugar de responder, alzó su copa y chocó la de Marco sellando un pacto tácito entre ellos.

El día aún tenía muchas horas por delante, pero la magia ya estaba ahí, suspendida entre el sabor del vino y el aire cálido de la isla. La burbuja en la que se encontraban los embriagó por completo. Y hablaron. Y rieron. Y jugaron. Y se compartieron. Y los minutos se fueron evaporando uno tras otro, tras otro.

37
No. Quiero. Volver.

El jueves a Lucía le entró un bajón monumental. Había desconectado tanto durante esos días que cuando la agenda de su teléfono le recordó que su vuelo salía, desde Dubrovnik, al día siguiente casi se le corta la digestión.

Esos días con Marco habían sido tan mágicos que la simple idea de regresar al mundo real le daba pánico, claustrofobia y una parada cardiaca de manera simultánea. Todo a la vez. ¿Sería eso motivo suficiente como para prolongar su estancia en la isla? Esperaba que sí porque no quería volver.

No.

Quería.

Volver.

Con Marco era todo fácil. No criticaba su manera de vestir ni su necesidad de comer hidratos, beber vino o mojar pan. No. Parecía incluso disfrutar de verla feliz y relajada. Hasta se alegraba de que ella viviera como lo hacía. Como si estuviese bien. Como si la vida hubiera parado sus giros, sus dramas y sus peroratas de «madura de una vez» para regalarles unos días de paz compartida y disfrute.

No habló con Javier en esos días.

Nada.

Cero.

Él no le escribió, imaginó que para probar su punto, y ella ni siquiera le echó de menos.

No.

No le echó de menos.

Era como si hubiera entrado en una burbuja de antirrealidad con Marco en donde no cupiesen los problemas, los ahorameenfadoynorespiro ni las prisas. Juntos habían comido palomitas dulces y saladas, cocinado un bizcocho de limón con pepitas de chocolate negro —porque era su favorito—, tomado el sol, leído, bebido vino con queso y uvas, y compartido entre risas situaciones embarazosas que nunca le habían confesado a nadie.

Todo había sido sencillo.

Fácil.

Y.

Sencillo.

Mucho más de lo que tenía entendido Lucía que podía ser la vida adulta.

Ella estaba harta de escuchar que ya no tenía edad para andarse con tonterías, chiquilladas o idealismos. También eso de que a su edad las calorías iban directas a las cartucheras y que, por ser mujer, lo mejor era ayunar por las noches o ingerir solo verduras salteadas. Su prometido las salteaba y hervía para ella, pero ¿tan loco era que no quisiera cenar todas las noches como si fuera un conejo? ¿O es que en Croacia no se juzgaba como poco atractiva la naturalidad en las mujeres?

Llevaba una semana sin escuchar críticas, sin sentirse mal por comer, beber, dormir o descansar, y lo mejor es que se encontraba bien… ¡hasta guapa! Sus inseguridades no la habían abandonado del

todo, pero, de alguna manera, había ganado espacio. Sentía las miradas a su alrededor cuando se movía y veía en ellas admiración y no mal rollo. Disfrutaba de nuevo arreglándose y desarreglándose.

Y no quería volver a la Lucía que era cuando llegó.

Se miró en el espejo y pudo apreciar cómo el sol había dorado su piel y regalado brillos a su pelo castaño. Las canas de sus cejas seguían ahí —le habían salido cuando a su madre le diagnosticaron el cáncer—, pero tampoco tenían ningún otro lugar al que salir corriendo. Era una marca que le demostraba que Mónica se fue y se decía que era su manera de acompañarla. Javier le había sugerido varias veces que se las tiñese, como si tener algo blanco además de los dientes y la esclerótica del ojo fuese un pecado capital, pero ella había desestimado siempre la idea.

Arg.

Pensar en Javier la ponía de mal humor.

Y triste.

Todo ese día le ponía triste.

Bajó a la cocina como cada mañana y Marco estaba tirado en el amplio sofá del salón. Olía a café, pero tenía pinta de haber desayunado hacía ya un rato largo. ¿Cómo haría para madrugar tanto y estar siempre tan espléndido? Las puertas correderas que daban al porche estaban abiertas y la brisa entraba a raudales en esa casa que bien podía considerarse un paraíso terrenal. Sonaba música clásica de fondo, un piano para ser más precisos, y el sonido del mar y el canto de los pajaritos entraba del exterior. ¿Quién querría irse de un lugar así?

Ella no.

Ella.

No.

Quería.

Irse.

Cuando Marco se percató de su presencia, alzó la vista de su libro y le dedicó una sonrisa de esas tranquilas que la envolvían en un abrazo sin siquiera tocarla.

—*Buongiorno, bella* —murmuró imitando un acento italiano y dejando el libro a un lado.

Lucía intentó sonreír, pero algo en su gesto la delató. El escritor se incorporó.

—¿Estás bien?

Se encogió de hombros, restándole importancia. Pero Marco no era idiota. Palmeó el hueco libre a su lado en el sofá. Lucía dudó un momento, pero bajó los escalones que le faltaban y se dejó caer junto a él, con un gesto de tristeza absoluta en la cara.

—¿Te ha escrito Javier? —preguntó Marco un poco asustado, sin saber qué esperar.

Ella negó con la cabeza y apoyó la mejilla en su hombro. Marco tardó unos segundos en responder, como si estuviera ordenando sus pensamientos.

—Entonces ¿qué pasa?

Lucía suspiró.

—Mañana me voy.

Marco se quedó en silencio. Luego, con un movimiento lento, rodeó sus hombros con un brazo y la atrajo más hacia él.

—No tienes por qué irte si no quieres —murmuró muy cerca de su cabello.

Lucía sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda.

—Claro que tengo que irme, pero no quiero —susurró.

—¿Por qué?

—Porque la vida real me espera.

—¿Y quién dice que esto no es real?

—Todo el mundo. Esto son vacaciones, pero necesito volver y ser adulta, y no me apetece en absoluto.

—En tal caso vuelve, sé adulta, y regresa cuando quieras. Esta es también tu casa, Lu, ya te lo he dicho muchas veces.

—Marco…

Lucía se imaginó por un momento qué pasaría si le besaba. Un beso lento. O mejor, uno rápido y pasional. Se preguntó qué pasaría si se sentaba a horcajadas sobre él y le arrancaba la ropa, o se la arrancaba él. Qué pasaría si hacían el amor. Si dejaba que la hiciera lo que quisiera en cada uno de los espacios de ese lugar, esos que le encantaría meter en su maleta. O si ella se permitiera hacer lo que tanto deseaba sin darle tantas vueltas.

Pero luego se acordó de que estaba prometida y de que todavía tenía que hablar de un tema delicado: si había alguna posibilidad de que publicara con su editorial algún libro inédito o cuyos derechos ya hubiera recuperado. Habían estado demasiados años sin hablarse como para generar situaciones violentas.

—Lucía.

Marco no necesitó más que decir su nombre para sacarla de su burbuja. Casi dio un respingo, pero se asomó a sus ojos antes de agarrar la mano que él había colocado sobre su hombro y recostarse junto a él.

—¿Crees que podemos hacer que hoy sea el mejor día de todos?

Marco sonrió.

—El mejor es difícil, pero podemos intentarlo.

Lucía deseaba atrapar cada minuto de ese día y embotellarlo cual perfume para poder así abrirlo cuando estuviera lejos y empaparse de su esencia. Quería estar feliz y disfrutar de Marco tanto o más que todos los días previos. Pero sabía que no funcionaba así. El pecho se le había encogido con una mezcla de emoción y tristeza. Y no podía hacer que la sensación desapareciera sin más, pero decidió intentarlo.

Marco propuso que desayunaran fuera unos cruasanes con mermelada a la plancha, zumos de naranja y tanto café como necesitaran. Después podían salir a navegar un ratito.

—¿Navegar?

—Bueno, me dijiste en el ferry que te sacara el tema cuando se te templara el estómago, y creo que por fin ha llegado el momento.

Lucía se sintió cuidada y un poco consentida.

—Vale, pero por la noche cenamos en casa. Y nos damos un último chapuzón nocturno en el mar.

Tenían un trato.

Después de un desayuno tranquilo en una cafetería junto al puerto, caminaron hasta el muelle, donde una pequeña embarcación los esperaba. Un anciano de mirada afable con la piel curtida por el sol los saludó con un gesto de la cabeza. Marco se acercó para abrazarlo. Intercambiaron unas palabras en croata —de las que Lucía no entendió nada— y, dedicándole una sonrisa, la ayudó a subir a bordo.

—¿Amigo tuyo?

—Algo así.

—¿Qué significa eso?

—Te cuento la historia cuando salgamos del puerto. Nos va a ayudar a soltar amarres.

Era un velero pequeño, de unos ocho metros de eslora, y parecía haber vivido unas cuantas historias ya en el mar. Su casco de madera, con detalles pintados en blanco, mostraba marcas de uso que le daban un aire de autenticidad. Las velas, plegadas por el momento, eran de un tono marfil. El conjunto tenía un aire nostálgico y acogedor.

Cuando los cabos quedaron sueltos, Marco maniobró con destreza y la embarcación empezó a alejarse del puerto. A medida que avanzaban, las aguas se volvían de un azul verdoso que reflejaba la luz del sol. El barullo del muelle fue quedando atrás, reemplazado por el sonido rítmico de las olas golpeando el casco y el crujir de la madera al moverse con su vaivén. Lucía cerró los ojos por un instante, sintiendo la brisa fresca en su rostro y el sol acariciándole la piel.

—Bienvenida a la verdadera libertad —gritó con energía Marco, mientras desplegaba las velas y el viento empezaba a hacer su trabajo.

Observó a Lucía de reojo. Parecía encajar tan bien allí, con el cabello enredado en la brisa marina. Le dolía pensar que en breve ya no estaría. Le dolía aún más el hecho de que no fuera suya. A pesar de que una parte de sí mismo le aseguraba que ella era la buena, el *the one* del que tanto hablaban en películas y novelas. Pero no se podía nadar continuamente contracorriente. Su cabeza le recordaba a menudo el desorden de aquella situación y la falta de simetría en la ecuación de sus vidas. Pero a su corazón le daba igual. Siempre había ido por libre.

Con ella no sabía ser de otra manera.

Había contado los días, los gestos y las miradas. A veces le daba la sensación de que Lucía también sentía algo. Pero seguía eligiéndolo a él. A Javier. A su vida de adulta más allá de esas aguas.

Se obligó a concentrarse en el barco.

—Davor, el hombre del puerto, fue quien me enseñó a navegar cuando llegué aquí. Yo estaba hecho un desastre. Supongo que lo sigo estando, según a quién preguntes —añadió con una risa amarga pensando en Mara—, pero en aquel momento no tenía ni idea de cómo encontrar el equilibrio. Descubrí que, aparte de la soledad, el mar me regalaba también calma. Quizá me recordaba a mis años universitarios, cuando tenía tanto trato con los pescadores del mercado, o a las tardes, ya casi olvidadas, jugando con mi madre y otros niños en la playa cerca de nuestra casa. Como, aparte de escribir, los meses que pasaba en la isla tenía poco más que hacer, se me ocurrió que sería una buena idea aprender a navegar.

Davor era un pescador de toda la vida, con una paciencia infinita. Pasaron horas y horas navegando entre las islas cercanas, mientras le explicaba cómo leer el viento, qué hacer para ajustar las velas y cuándo confiar la travesía al vaivén de las olas. «El mar siempre devuelve lo que le das —le decía aquel hombre con su voz grave y pausada—. Trátalo bien y nunca te perderás».

Marco le habló de aquella época, quizá más por llenar el silencio que por otra cosa. Él también sentía que emociones contrapuestas lo arañaban y no quería regalarles espacio. Cuando acabó su relato, Lucía lo miró con ternura.

—Te ayudó mucho.

—Mucho —respondió él en voz baja. Luego carraspeó y añadió—: Y gracias a ello con suerte hoy no nos hundiremos.

Lucía le rio la gracia y se dejó mecer bajo el sol mientras la brisa le revolvía las ideas.

Marco, que había aprendido a amar aquel ritmo tranquilo y a entender la lengua del viento y de las mareas, se dio un baño de mar mientras navegaban. Le hubiera gustado llevar a Lucía a explorar otras islas a vela, pero sabía que con ella cabía la posibilidad de que se mareara y mejor lo dejaban para más adelante. Quizá con el tiempo aprendiera también a apreciar esos ratitos a solas en los que pareces estar en medio de un desierto de agua, con nada más a la vista que tú mismo. A él le costó ganar confianza como para salir a explorar rincones de la isla que antes solo imaginaba. Pero fue gracias a ello que se convirtió en parte del paisaje, uno más entre los habitantes del puerto, que ahora ya lo saludaban con familiaridad.

Tal vez por eso sonreía a Davor con tanta gratitud cada vez que lo veía. Sin él es posible que nunca hubiera sentido tanta certeza en que su verdadero hogar estaba allí, en esa isla entre las olas. Ni podría echar mano de alguna de sus múltiples enseñanzas como que «a veces, soltar amarras da más miedo que quedarse en puerto. Pero hacerlo es la única forma de vivir y avanzar». O que el viento era tan incontrolable como la vida, pero que, tanto de las velas como de nuestras acciones, somos los únicos responsables. Siempre decía que lo importante era aprender a orientarlas en la dirección correcta cuando el viento soplaba a favor, y a recogerlas y descansar cuando soplaba en contra.

Marco no podía estar más de acuerdo. Ahora solo le faltaba decidir si eso que soplaba entre Lucía y él era una brisa a la que valía la pena encomendarse a toda vela, o mejor dejaba su barca amarrada a puerto y permitía que ella navegara libre.

38
Séptima noche

Por un rato, todo lo demás dejó de existir. Solo estaban ellos, el agua y el sol. Horas después tenían la piel besada por la sal y la risa aferrada al viento. Cuando regresaron a puerto, el atardecer comenzaba a pintar el cielo de tonos dorados y naranjas. Amarraron el velerito y pusieron rumbo a casa.

Pararon un momento en el restaurante de Enzo, y Marco regresó con una bolsa *sospechosa*, que metió directamente en el maletero.

—¿Qué era eso?

—Tú querías una cena especial, ¿no?

Lucía asintió con curiosidad, pero se distrajo al ver a Enzo despedirlos con la mano. Le escuchó gritar un «¡volved pronto!». Se asomó por la ventanilla para tirarle un beso. Marco arrancó el coche. La brisa del atardecer olía a salitre y pino.

—No vas a darme ni una pista, ¿verdad? —insistió ella.

Marco negó con la cabeza, disfrutando del misterio.

—Tendrás que esperar un poco. La paciencia es una virtud, Lu.

—Sí, claro, y también un suplicio.

Él rio y aceleró por la carretera angosta que rodeaba la costa. Durante el trayecto apenas hablaron, la música lo hizo por ellos. A veces parecía que la cercanía de sus cuerpos bastaba para comunicarse y saber cómo estaba el otro y qué necesitaba.

Al llegar a casa, Marco fue directo a la cocina con la bolsa de Enzo. Lucía salió al porche, para contemplar el cielo del atardecer fundiéndose con el mar. Respiró profundamente, queriendo grabar ese instante en su memoria. Mañana por la tarde ya no estaría allí.

—¿Nos duchamos?

La voz de Marco la sacó de sus pensamientos. Él estaba justo a su lado, observándola con ese cariño que tanto había extrañado.

—¿Y si despedimos primero al sol con una copa de vino? Es mi última noche aquí.

—Por ahora —puntualizó Marco.

—Por ahora, sí —confirmó ella con una expresión entre tímida y nostálgica.

—Está bien. Siéntate entonces, ahora traigo las copas.

Brindaron por muchos más atardeceres juntos y contemplaron, sentados uno al lado del otro, cómo la luna vencía a la oscuridad.

Marco no quería dejarla marchar, y Lucía no quería irse, pero todos los asuntos que ambos habían dejado en pausa seguían esperando que los atendieran. Y la vida debía continuar su curso, como siempre había hecho. Se miraron a los ojos para infundirse ánimos y subieron para darse una ducha y a prepararse en su última noche. De momento.

Lucía dejó que el agua caliente le limpiara la piel y se llevó las manos al rostro. No quería pensar en el mañana, en la maleta abierta sobre la cama, en el billete de ferry doblado en su bolso. Quería quedarse en el presente, en la sensación líquida que le recorría el cuerpo, en el aroma a jabón de lavanda que flotaba en el aire.

Cuando terminó su particular sesión de spa, se puso su biquini y se cubrió con un vestido negro bohemio. Tenía aún la piel cálida y el cabello húmedo cuando tras sus cremitas reglamentarias bajó para ayudar con la cena.

Encontró a Marco en la cocina, terminando de prepararlo todo. Ese hombre era un regalo del cielo. Iba descalzo, con los pantalones remangados y una copa de vino en la mano. Parecía tan dueño de su espacio, de su pequeño refugio en el mundo, que por un instante sintió envidia de su certeza. Sonaba música suave en el altavoz y las puertas correderas estaban abiertas de par en par, dejando que la brisa nocturna entrara a la casa.

Ella se apoyó en el quicio de la puerta y lo miró detenidamente.

Algo dentro de ella se disparó.

No podía permitirse pensar en él así.

No podía.

Y sin embargo…

—Si me miras de esa forma mucho más tiempo, voy a pensar que estoy haciendo algo mal —bromeó él, sin girarse.

Lucía sonrió pillada en falta y levantó las manos hacia el cielo.

—No. Solo… estaba memorizando la escena.

Marco se detuvo un segundo y luego le ofreció la copa de vino.

—Entonces memorízala mejor con esto en la mano.

Ella aceptó de buena gana y se acercó despacio a la encimera.

—¿Puedo ayudar en algo?

—Quedándote aquí conmigo, por ejemplo —dijo él con una media sonrisa.

Lucía sintió un pellizquito en el corazón ante el doble sentido que podía tener esa frase, pero no respondió. Se limitó a estudiar cómo

metía y sacaba cosas de la nevera. Marco se movía con naturalidad, con precisión.

—¿Qué estamos cocinando?

—Pasta. Con marisco. Algo sencillo pero delicioso.

Ella levantó una ceja.

—O sea, nos decantamos por un clásico.

—Si Enzo te escuchase decir eso, soltaría un *per che cazzo* con mucho movimiento de manos.

Se rieron.

Siguiendo las instrucciones del escritor, ella picó los tomates mientras él se ocupaba del marisco. Había un vaivén entre ellos, una sincronía no ensayada que los hacía moverse con facilidad en el mismo espacio. Se rozaban al pasar de un lado a otro, las caderas chocaban, los brazos se cruzaban al alcanzar los mismos ingredientes.

Y cada toque dejaba un rastro.

Lucía intentó ignorarlo al principio.

No fue hasta que Marco se inclinó por detrás de ella, al apoyar una mano en la encimera para alcanzar un bol, que su piel se erizó de forma involuntaria. Su perfume, mezclado con el aroma del mar y el jabón de la ducha, la envolvió.

Se quedó quieta.

Mierda.

Demasiado consciente.

Marco permaneció ahí, a escasos centímetros de ella, lo suficiente para que sintiera el calor de su cuerpo detrás.

Cuando se separó, ella dejó escapar un suspiro que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

—Si la comida está mala, puedes mentirme —le dijo mientras Marco emplataba la pasta.

—Si la comida está mala, pediré pizza.

—Cruel.

Esa noche tan solo se encargaron de los entrantes, el plato principal se lo había pedido a Enzo y venía prácticamente hecho. La pasta fresca lista para hervir, la salsa de mariscos que la acompañaba necesitó solo un golpe de calor. La hizo esperar unos momentos hasta que lo que fuese que se trajera entre manos estuvo listo.

—Vale, ya puedes venir.

Lucía caminó despacio hacia el porche y abrió mucho los ojos al ver la mesa cubierta con velas y preparada con tanto mimo y elegancia.

—Enzo te debe de querer mucho —comentó bajo un cielo que aún conservaba los últimos rastros del crepúsculo.

—Enzo sabe que hoy es nuestra última noche —respondió Marco, sirviendo el vino con calma—. Y que quería que fuera especial.

Lucía sintió algo que la oprimía en su interior. Se esforzó por sonreír, por no pensar en lo que significaba la «última noche».

—Brindemos, entonces.

Marco levantó su copa y sus pupilas se encontraron en el reflejo del cristal.

—Porque te mereces el mundo y me encantará disfrutarlo contigo, hoy y siempre.

—Por disfrutarlo siempre juntos —repitió ella en un susurro.

Chinchín. El tintineo de las copas se fundió con el murmullo del mar y la noche los rodeó.

Lucía sentía su propio cuerpo como si no le perteneciera del todo. Flotaba. Llamaba a gritos un roce que debía de estarle prohibido. Que *estaba* prohibido. Así que se centró en disfrutar mientras las copas de vino se llenaban y se vaciaban sin prisa, en una cadencia peligrosa.

Y Marco no dejaba de mirarla.

No como solía hacerlo, sino como si la conociera demasiado bien y percibiera cada una de sus expresiones. ¿Sabía que aquello no tenía ya marcha atrás?

Lucía quería decirle muchas cosas, pero todas se le atascaban en la garganta. Quería decir en voz alta lo especial que él era para ella, lo feliz que estaba de haber pasado esa semana con él, lo muchísimo que lo quería y admiraba, lo guapísimo que estaba con esa camisa de lino blanco a medio cerrar y lo increíblemente maravilloso que le parecía como ser humano.

También había una parte de sí misma con ganas de gritarle a los cuatro vientos lo enamoradísima que estaría de él si su situación fuera diferente, y el miedo que le daba el estarlo ya un poco.

Y perderlo.

Perderlo también la asustaba sobremanera.

O no saber cómo volver a la rutina y la normalidad sin tenerlo cerca. Tenía ganas de meterlo en la maleta y llevárselo con ella, o de quedarse allí con él, para siempre, y refugiarse del mundo exterior en sus brazos.

Quería compartir con él todas estas cosas, pero no sabía cómo. Las palabras se le quedaban atrapadas entre el miedo y el anhelo. ¿Cómo decirle que no quería irse? ¿Cómo confesarle que, cuando

pensaba en la mañana, en el billete de avión en su correo, el estómago se le cerraba a cal y canto?

Si hablaba, si rompía el silencio con la verdad, tenía la certeza de que las lágrimas la traicionarían. Y ella no quería ser ridícula, ni frágil, ni exponer ese torbellino que amenazaba con desbordarla. Por eso se obligó a concentrarse en la comida, en el vino, en el sonido de las olas de fondo. Pensó que el tiempo podría detenerse si se negaba a mirarlo de frente. Se centró en su acompañante.

Apretó los dedos, para atrapar ese instante y guardarlo en su memoria.

Marco la observaba en silencio. Conocía ese leve temblor en sus labios de cuando quería decir algo, pero dudaba. Había visto esa batalla en ella más veces de las que podía contar. Y aunque una parte de él ansiaba que hablara, que pusiera nombre a lo que flotaba entre ellos, otra parte temía escuchar lo que ya intuía.

Así que no la presionó. En su lugar, alargó la mano y rozó la suya con suavidad.

—No pienses tanto. Estamos aquí y está todo bien.

Lucía levantó la vista y se encontró con sus ojos oscuros, siempre tan insondables y capaces de desarmarla con una sola mirada.

Un poco triste. Un poco feliz.

—Lo sé.

—Y el aquí siempre será un regalo si estamos juntos, ¿no crees?

No respondió. Porque si lo hacía la emoción se le notaría en la voz.

—¿Lo tienes todo listo para el viaje de vuelta? —preguntó Marco por ahuyentar el silencio.

—No, ni un poquito —confesó ella.

—Podemos ir a pasar el día a Dubrovnik y así lo conoces, que es un lugar muy especial.

—Ahora mismo solo quiero pasar el día en la playa, contigo, pero imagino que sería muy tonto no conocer la Perla del Adriático.

—Siempre podremos ir la próxima vez que vengas. Lo decidimos mejor mañana si te parece.

—Vale —aceptó ella.

Continuaron comiendo hasta que no quedó nada en sus respectivos platos. Se quedaron en el porche, pero el aire se volvió más fresco y se movieron al salón con otra botella de vino. Ahí los recibió una intimidad nueva, diferente.

Lucía se dejó caer en el sofá y se acurrucó junto a Marco sin siquiera pensarlo. Apoyó la cabeza en su hombro y suspiró.

—Eres cómodo —murmuró.

Marco dejó escapar una risa baja, grave.

—¿Se supone que eso era un cumplido?

—Claro, uno prémium.

Él sonrió y pasó un brazo por el respaldo del sofá, relajado. Sus dedos rozaron distraídamente el codo de ella.

No del todo distraídos.

—¿Estás a gusto?

—Mmm.

—No te quedarás dormida, ¿verdad? Sé de alguien que quería saltar olas en la oscuridad de nuevo.

—Hace frío.

—Lo sé, pero cierta mujer que conozco no se deja asustar por la temperatura.

—Esa mujer tiene demasiadas cosas en la cabeza ahora mismo.

Marco hizo una pausa, pero acabó preguntándole aquello que tanto deseaba saber.

—¿Como cuáles?

Lucía no respondió de inmediato. Se mordió el labio inferior, sopesando cuánto estaba dispuesta a compartir. Sus ojos vagaron por el salón tenuemente iluminado, por la botella de vino medio vacía sobre la mesa, por las sombras alargadas en la pared que proyectaban las velas titilantes. Y luego volvieron a los deditos de sus pies, que era incapaz de no mover cuando estaba nerviosa.

—Cosas —murmuró finalmente.

—Eso no es una respuesta.

—Tampoco es una mentira.

Lucía se giró hacia él, y la observó con ternura y algo que le crecía en el pecho cada vez que la miraba demasiado tiempo.

—¿Quieres decirme alguna de esas cosas?

Lucía inspiró hondo y exhaló despacio, con la mirada fija en un punto indefinido de su camisa.

—Me da miedo lo mucho que te voy a echar de menos cuando me vaya.

Las palabras se quedaron suspendidas entre ellos, frágiles y densas al mismo tiempo. Marco sintió cómo su propio cuerpo se tensaba ante la confesión. Su primera reacción fue una punzada de alegría, un destello de esperanza, aunque la siguió un recordatorio necesario: ella no podía quedarse. No así.

En lugar de contestar, pasó los dedos por la piel de su brazo, que reaccionó a su roce.

—Yo a ti también —dijo, con la voz más baja de lo que pretendía.

Lucía alzó la vista. Sus pupilas estaban dilatadas, el vino o la emoción o ambas cosas habían teñido su mirada de un brillo febril.

—Marco, yo…

No terminó la frase. Tal vez porque no había palabras para lo que estaba a punto de hacer. Tal vez porque si las ponía en voz alta, harían todo más real.

Pero se movió.

Apenas un poco.

Lo suficiente como para que su nariz rozara la de él.

Las ganas, reprimidas y atesoradas durante días, la invadieron por completo.

Lucía sintió su contacto como una corriente eléctrica que atravesaba su cuerpo. Se quedó quieta y el universo entero cesó su actividad, ansioso por que uno de los dos diera por fin ese paso.

Su respiración se volvió más profunda. El latido en su garganta, apresurado, irracional. Notó su manera de tensarse en apenas un segundo. Pero Marco no se apartó.

Solo soltó un suspiro, cual confesión silenciosa, que se desvaneció contra su boca.

Tenía el pulso acelerado y fue testigo de su propia resistencia al derrumbarse. La mano izquierda ascendió por el rostro de Lucía y lo recorrió con una caricia indecisa. Una pregunta muda emergió en sus ojos.

Lucía no respondió con palabras.

Pero él entendió cuando ella cerró los ojos.

No había más espacio entre ellos.

No más dudas.

Y, sin pensar en el después, se precipitó contra su boca.

39
La certeza de lo inevitable

Marco había imaginado esa escena mil veces, pero nunca se permitió provocarla. Había visualizado a Lucía mirándolo con deseo, devolviéndole un beso apasionado e incluso mordiendo su cuello, presa de la lujuria, pero nada lo preparó para lo que en realidad fue tenerla entre sus brazos.

Ese primer beso fue lento. Como si probaran el terreno, regalándose el uno al otro la posibilidad de arrepentirse. Pero ninguno lo hizo y todo se volvió más voraz y urgente. Profundo. Húmedo. Inmediato. El deseo de ambos gritándoles que ya habían esperado demasiado.

Lucía se aferró a su camisa abierta y tiró de él. Sintió el calor de su cuerpo contra el suyo, la forma en la que encajaban a la perfección, el universo gritándoles que habían sido diseñados para eso.

Marco deslizó una mano por su espalda, atrayéndola aún más hacia sí. El beso, más hambriento y desesperado por momentos, subió de intensidad. Ella gimió contra su boca, y ese sonido bastó para prenderle fuego a todo.

Las copas de vino quedaron olvidadas sobre la mesa.

Las dudas, sobre el suelo.

El aire entre ellos se fue volviendo más y más espeso, cargado de electricidad y algo más profundo. Todo sabía a certeza. Eran inevitables. Las yemas de los dedos de Marco recorrieron su piel con deleite, casi con adoración, sabiendo que todo lo que iba a suceder esa noche sería un recuerdo al que regresaría una y otra vez.

Pero no quería pensar en eso.

Quería centrarse en Lucía y en esos labios húmedos que sabían a vino y a paraíso a partes iguales. Quería besarla entera, sentirla, hundirse en ella. Saborear su éxtasis y su placer. Regalárselo. Darle todo lo que le pidiera. Todo lo que necesitara.

Todo.

Las manos de Marco escalaron por su cuello, su rostro, su espalda. Necesitaba tocarla para asegurarse de que era real. Quería bebérsela con las manos. Con la piel. Con la boca. Lucía se agarraba a su espalda y a su pelo, porque, si lo soltaba, todo lo demás vendría de golpe.

Y no quería.

No esa noche.

Solo quería perderse en él. Sentirlo. Saborear cada centímetro de su cuerpo. No era solo deseo. Era necesidad. Su piel gritaba, la llamaba con una urgencia nueva, una que no había experimentado nunca. Y cuando Marco la tumbó en el sofá, con su cuerpo cubriendo el de ella, con sus bocas encontrándose una y otra vez, supo que no había vuelta atrás.

Suspiró, perdida en el vértigo de su propio deseo. Se dejó llevar por la forma en la que Marco la tocaba, con esa mezcla de urgencia y ternura que la hacía temblar. Sus dedos se perdían por su cabello, en su nuca, en cada parte de él que pudiera atrapar, intentando

anclarlo a ella, tratando de decirle con cada roce lo que no se atrevía a pronunciar en voz alta.

Marco dejó un reguero de besos por su cuello y un rastro de mordiscos lujuriosos que la hicieron arquearse contra él. Las pelvis de ambos se llamaban y la piel de Lucía se acaloraba con cada caricia, con cada roce. La temperatura fue subiendo a medida que él la recorría con una devoción que la desarmó por completo.

Apenas pudo contener el jadeo.

—Dios, Marco. Dios —repetía Lucía una y otra vez.

Lucía atrapó su rostro entre sus manos e hizo que volviera hacia su boca. Lo besó de nuevo, con más hambre, con más necesidad.

—Te quiero en mi cama —dijo él.

Se miraron a los ojos y ella aceptó la propuesta. Subieron las escaleras en un torbellino de besos y manos impacientes. En el último tramo de escaleras no pudo aguantarse más y la alzó para llevarla en volandas hasta la habitación.

Las luces tenues proyectaban sombras que se enredaban en las paredes, reflejando la intensidad de unos cuerpos que se buscaban sin reservas. Y entre risas ahogadas y caricias que hablaban más que las palabras, Marco la tumbó sobre las sábanas con reverencia.

Se detuvo un instante, solo para mirarla. Para admirarla.

Para recordarla así, con la piel iluminada por la noche, con el pecho subiendo y bajando al compás de su respiración entrecortada, con los labios hinchados por sus besos.

Lucía extendió la mano y rozó su mejilla con la yema de los dedos, con una ternura que contrastaba con la desesperación de sus cuerpos.

—No pares —le imploró con voz rasgada, llena de todo lo que no podía decir.

—Eres una diosa, Lu.

Después vendrían las preguntas, las consecuencias.

Pero en aquel momento solo existían ellos.

Y, con el corazón latiéndole en la garganta, y con el deseo incendiándolo por dentro, se acercaron aún más al precipicio.

El resto de la noche dejaron de pertenecer al mundo.

Subieron al cielo y bajaron a los infiernos. Volaron. Llovieron. Rieron. Y encontraron una manera de decir con caricias y besos lo que ninguno se atrevió a poner en palabras. Fueron el uno del otro, y a la inversa. Lo fueron todo y no fueron nada, y cuando la luz del alba despuntó al otro lado de la ventana, aún estaban enredados entre las sábanas, acompasados en sus respiraciones, unidos en la bruma de un sueño que se resistía a disiparse.

Lucía se despertó primero. O quizá solo había dormitado, no estaba segura. Su mente iba y venía, atrapada entre la realidad y la nebulosa de la noche. Sintió el peso del brazo de Marco sobre su cintura, su piel caliente contra la suya, la forma en que su pecho subía y bajaba con una respiración tranquila, satisfecha.

El nudo en su garganta apareció de golpe.

En ese instante, en la quietud de la madrugada, con los restos del deseo que aún impregnaban su piel, supo que algo había cambiado. Para siempre. Ya no podría fingir que aquello no había sucedido. Que no era. Que nunca había sido.

Cerró los ojos y respiró hondo, buscando calma en ese torbellino desbocado de su interior. Inspirar en tres, exhalar en seis. Inspirar

en tres, exhalar en seis. Inspirar en tres…

Sin saber por qué, le vino a la mente una tarde de verano, en la que debían de tener unos diez años. Habían pasado horas y horas correteando por la playa y estaban felices. Pletóricos.

El día había sido largo. Derrumbaron castillos de arena a carcajadas, compitieron entre las olas y pelearon por quién se quedaba con el último polo de limón.

Pero lo que Lucía recordaba con más claridad de aquel día no eran en sí las risas ni la sal pegada en la piel. Era el miedo y la felicidad que la acompañaron después de vencerlo. Una sensación de certeza que, de repente, la invadía de nuevo.

Habían encontrado una pequeña cala escondida entre las rocas y, por supuesto, los chicos decidieron que era el lugar perfecto para una nueva hazaña: saltar desde una roca alta al agua. Sus padres se lo tenían prohibido porque una vez uno de sus primos se rompió tres dedos del pie izquierdo al saltar, pero lo hicieron de igual manera.

Carlos fue el primero, seguido por Pol, que quería demostrar que era tan hombre como su hermano. Ambos se lanzaron sin pensarlo demasiado.

Un, dos, tres, ¡pum!

Chapuzón.

Marco, siempre más calculador, midió la distancia antes de lanzarse y observó cómo lo hacían los otros dos para asegurarse de que no era tan arriesgado. Al saltar, la adrenalina recorrió su larguirucho cuerpo y una sonrisa se instaló en su rostro.

Sin embargo, Lucía se quedó atrás.

Desde abajo, Carlos la animó. Pol le hizo gestos exagerados de que no era para tanto y Marco no dijo nada, pero salió del agua para

volver a subir a la cima donde estaba ella sin atreverse a saltar.

—No tienes que hacerlo si no quieres —dijo al llegar, con esa calma que siempre tenía cuando hablaba con ella.

El problema es que Lucía sí quería. O, al menos, quería querer.

Recordaba avanzar hasta el borde de la roca, con el estómago encogiéndose al calibrar la distancia. El agua parecía estar más lejos de lo que estaba en realidad y se sentía paralizada.

—Vamos, Lu, si yo lo hice, tú puedes —la alentaba Pol desde abajo.

Ella tragó saliva y respiró hondo. «Solo es un salto —se dijo—. Uno pequeño».

Pero sus piernas no se movían y empezó a temblar.

En ese momento, Marco dio un par de pasos y se colocó a su lado. No le metió prisa, no se burló de ella, no intentó convencerla. Tan solo se quedó ahí.

Como ella seguía paralizada, le pidió que le diera la mano.

Lucía lo miró, confundida.

—¿Cómo?

Marco insistió, estirando el brazo.

—Dame la mano. Lo haremos juntos.

Ella dudó, pero entrelazó sus dedos con los de Marco. Todavía recordaba el miedo disminuyendo casi al instante. No desapareció, pero sí se hizo más pequeño, más manejable.

—A la cuenta de tres —dijo él—. Uno…, dos…

Lucía apretó fuerte su mano.

—¡Tres!

Y saltaron.

El grito quedó ahogado en el impacto con el agua, y al emerger, jadeando y riendo a la vez, lo primero que vio fue a Marco, flotando a su lado, aún agarrándola, sonriente.

—Sabía que podías hacerlo —aseguró, antes de soltarla con un apretón rápido.

Lucía se pasó el resto del día con el pecho hinchado de orgullo. No solo por haber saltado, sino porque Marco lo había hecho con ella. Por ella. Sin dudar. Sin soltar su mano hasta que estuvo segura.

En ese momento no pensó demasiado en lo que significaba.

Solo supo que, con él, lo desconocido daba menos miedo. Que, con él, era capaz de saltar sin pensar en la caída.

Y ahora, acostada a su lado, con la respiración aún desordenada, con el sabor de su sexo y sus labios impregnado en su piel, con su cuerpo entrelazado al suyo en la penumbra de la madrugada, lo comprendió.

Siempre había sido Marco.

Su Marco.

Su refugio. Solo que, hasta entonces, no había sabido ponerle nombre.

40
Siempre

¿Cómo haces cuando te das cuenta de que te has salido del camino? Se supone que te has equivocado, pero todo en ti grita que lo que has hecho es un acierto. ¿Cómo sentirte cuando la vida al completo te palpita en la piel y el universo hormiguea en tu interior? ¿Cómo explicarle al corazón que eso que ha pasado es un error y debería permanecer en secreto?

Marco estaba ajeno al remolino en el que Lucía se ahogaba.

La primera sensación que le despertó fue el calor. No el del sol colándose entre las cortinas ni el de las sábanas cubriendo su cuerpo desnudo, sino el de la piel de Lucía, todavía pegada a la suya.

Sus cuerpos seguían unidos, como si ni siquiera en sueños hubieran querido soltarse. Su brazo estaba sobre su cintura, sentía su aliento cálido en el cuello. Y en ese instante, antes de que la conciencia lo arrastrara por completo a la realidad, se permitió la ilusión de que aquello no tenía que terminar. De que no había un después que amenazara con derrumbar lo que habían construido en una sola noche.

—Mmm… —Lucía se removió a su lado, con la voz rasposa de sueño.

Con su brazo la atrajo más hacia él. Hundió el rostro en su cabello y suspiró, todavía medio dormido.

—Buenos días…

Lucía cerró los ojos. Solo por un momento.

—Buenos días —susurró.

Él deslizó la mano por su cintura, trazando círculos suaves con la yema del pulgar y dejó un reguero de besos por su hombro. Lucía se derritió con su contacto.

—¿Cómo has dormido?

—Lo poco que me has dejado dormir, bien.

—Señorita Badal, ¿hace falta que le recuerde quién quería «más y más y más» anoche?

Lucía se removió tratando de escapar de su abrazo. Sonreía.

—Eres idiota.

—Por ti soy lo que haga falta. —Marco le dio un mordisquito en la curva del cuello que hizo que a Lucía le regresara el deseo.

—Marco, para. Sabes que eso no…

Marco repitió el gesto para no dejarla continuar.

—¡Marco!

—Vale, ya paro, cascarrabias.

Lucía no sabía cómo sentirse.

Su piel seguía llamándolo, su cuerpo pidiéndole más. Pero su mente no paraba de recordarle que todo aquello, por muy perfecto que hubiese sido, no tenía cabida en su vida.

—¿Estás bien?

—Sí —mintió.

—Yo también.

Él lo decía en serio. Porque, por primera vez en mucho tiempo, encontraba que todo tenía sentido. Que el mundo entero encajaba a su alrededor.

La observó con una intensidad muy suya, intentando memorizar cada detalle. Como si la idea de dejarla ir lo estuviera destrozando por dentro.

—No me mires así —murmuró.

—¿Así cómo?

—Así… Como si…

No terminó la frase. No podía.

Marco deslizó los dedos por su mejilla, con una ternura que la hizo contener el aliento.

—Lucía…

Ella tragó saliva.

No quería escuchar su nombre en su voz. No así. No con ese tono de certeza.

Porque si lo hacía, todo se volvería aún más real.

Y ella no podía permitirse que fuera real.

Marco pareció notarlo. Lo vio en la forma en la que ella se tensó bajo su caricia, en el parpadeo rápido de sus ojos, en el leve mordisco a su labio inferior.

Y aunque su primer instinto fue acercarse más, asegurarse de que no se arrepentía, se obligó a detenerse.

Se apoyó sobre un codo y la estudió en silencio.

—¿Qué pasa?

Lucía desvió la mirada hacia el techo.

—Nada.

Pero su pecho subía y bajaba con prisas, un corazón que iba demasiado rápido para su propio bien.

—No me mientas.

Ella se pensó cada una de sus palabras.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que ha sido la mejor noche de mi vida? ¿Que no me quiero separar de ti? ¿Que no quiero salir de esta cama porque ahí fuera todo se complica?

Marco sostuvo su mirada.

—Sí. Me encantaría que me dijeras eso, la verdad.

Lucía se pasó la lengua por los labios, nerviosa.

—Te lo podría decir porque no te estaría mintiendo. Pero a veces lo que quieres y lo que debes no son lo mismo.

Pum.

Las palabras cayeron entre ellos como una piedra en un estanque.

Marco las sintió golpeándole las entrañas.

No apartó la mirada, pero su expresión cambió. La calidez de la mañana se enfrió un poco, incluso el aire pareció llenarse de algo invisible que los empujaba en direcciones opuestas.

—¿Debes? —repitió Marco en un murmullo.

Lucía cerró los ojos por un instante, buscando escapar de la pregunta. O de sí misma.

—Marco…

Él trató de contener su frustración.

—No. Está bien —dijo con un tono demasiado sereno para la tormenta que se había despertado en su interior. Se incorporó—. Si te sientes así…

Lucía se incorporó también y sujetó la sábana contra su cuerpo como si fuera un escudo.

—No es que me sienta así, es que… Hay cosas en mi vida que no puedo ignorar.

Él dejó escapar un suspiro y apoyó los codos sobre sus rodillas, con la mirada perdida en algún punto de la habitación.

—No quiero que ignores nada. Pero yo no he sentido certeza mayor en mi vida que esta. —Levantó el dedo índice y la señaló a ella, a sí mismo, a la distancia mínima que los separaba—. Que nosotros.

Lucía sintió un nudo doloroso en la garganta.

—Yo tampoco…

Las palabras salieron en un susurro, con miedo de que, al pronunciarlas, se hicieran aún más reales.

Marco la observaba con atención, intentando leer en su rostro los sentimientos en los que se debatía. Quería entender qué estaba pasando dentro de su cabeza. Qué engranajes estaban trabajando y cuáles habían frenado su giro en las últimas horas.

—Te estás arrepintiendo, ¿no?

Lucía parpadeó, volviendo en sí. Tardó un segundo de más en reaccionar esbozando una tímida sonrisa.

—Estoy muerta de miedo.

Pero Marco la conocía demasiado bien. Esa sonrisa no era suya.

—¿Por qué sonríes cuando no quieres? —preguntó con genuina curiosidad—. Noto la tensión en tu mandíbula. ¿Quieres que me vaya un rato?

Lucía estaba muy incómoda.

—No, no quiero que me dejes sola.

Él trataba de adivinar lo que no estaba diciendo. Luego se acomodó en la cama y se señaló el pecho.

—Ven aquí.

Ella no dudó en acurrucarse junto a él.

Así se quedaron, enredados en una burbuja que ambos sabían que no podía durar. Rememoraron escenas de hacía unas horas,

sensaciones, sabores, dudas y certezas, mientras Marco acariciaba su cabello o dibujaba círculos con los dedos en su espalda. En ese contacto silencioso procuraba hacer las paces con la única verdad que importaba: no podía obligarla a quedarse. No podía pedirle que lo eligiera. Porque el amor no se mendiga ni se ruega. Se siente y se construye. Se entrega.

Darse cuenta de que no podía hacer nada para influir en el resultado de aquello le hizo sentir impotente… y, al mismo tiempo, estúpido.

Lucía, por su parte, se sentía atrapada en un vendaval de pensamientos. Él la acariciaba y ella jugaba con el vello de su esternón, y se veía una estúpida. Una hipócrita. Quería tocarlo por todas partes: la línea de su mandíbula, la raíz de su pelo, la barba incipiente en su rostro. Quería sentir esos brazos fuertes que horas antes la habían sostenido sin esfuerzo, que la habían hecho perderse y encontrarse al mismo tiempo. Quería recorrer cada rincón de su piel, sentir su calor, su aliento contra su cuello. Quería saborear su deseo, hacerlo suplicar, ver esa sensación de paz que después del orgasmo coronaba su rostro. Quería todo eso y más.

Y, al mismo tiempo, sabía que no debía hacerlo. Que no podía hacerlo.

¿Cómo se había equivocado tanto de vida?

¿Cómo pudo pensar que Javier era la persona correcta cuando, en realidad, ya la había encontrado hacía años?

Marco era su mandarina, su limón, su naranja entera. Siempre había sido él, y ella no había sabido esperarlo.

El miedo escalaba por su cuerpo como un ejército de hormigas.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Qué iba a pensar la gente? Dios, su familia lo conocía, lo consideraba un hermano. Y Javier…

Parecía que había pasado toda su vida detrás de algo que ya tenía en la mano, como cuando sostienes el teléfono, pero sigues buscándolo por todas partes. O conduces con gafas de sol bajo una tormenta, preguntándote por qué está todo tan oscuro.

Dios.

Qué diferente era entender la teoría a vivirla en propia piel.

Y lo peor es que todo iba demasiado veloz. Su cabeza iba muy rápida.

—Lu.

—Mmm.

Sintió cómo la besaba en el pelo y el calor de su aliento se colaba entre sus mechones.

—¿Recuerdas que hace unos días me preguntaste si me había enamorado alguna vez?

Lucía se giró para mirarlo, pero él la invitó a quedarse como estaba, con la cabeza apoyada en su pecho.

—Mmm.

—Cuando éramos niños, me enamoré de una chica de mi clase. Me parecía la más guapa del mundo, la más brillante, la más divertida. Y…, lo creas o no, ha sido un regalo saber que sigue siendo igual de increíble tantísimos años después.

Lucía cerró los ojos y un nudo enorme se coló en su garganta.

—¿Estás queriendo decir…?

Marco deslizó los dedos por su mejilla y, cuando habló, su tono de voz era bajo pero firme.

—Nunca me gustó Marta, Lu. Eras tú. Siempre fuiste tú. Y quizá suena patético, pero sigo igual de loco por ti. Más incluso.

Ella contuvo el aliento.

—Si hay alguna posibilidad de que te plantees una vida conmigo, estoy dispuesto a intentarlo. Te quiero y no tengo prisa. Pase lo que pase.

Levantó su mentón con suavidad, forzándola a mirarlo a los ojos.

—Siempre has sido tú, Lucía. Y sigo tan enamorado de ti como entonces.

Pum.

Lucía sintió el peso de su confesión oprimiéndole el pecho. Todas esas emociones ya la tenían al borde del abismo. Marco la miraba con una honestidad tan pura que casi dolía.

Siempre había sido ella.

Siempre.

Quiso decir algo, cualquier cosa, pero las palabras se atoraban en su garganta. Apoyó la frente contra su clavícula y cerró los ojos. Por un instante, solo por un instante, se permitió imaginar que podían quedarse así para siempre. Siempre. Qué palabra más dulce cuando la compartes con quien quieres. ¿Era acaso posible que…?

Estaba harta de pensar.

No quería hacerlo más. Prefería olvidarse del mundo y de todas sus malditas reglas.

Quería besarlo. Hacerlo suyo. Disfrutar de cada pedacito de piel de la persona por la que más había suspirado en su vida. Mirarlo a los ojos y perderse en ellos. Y encontrarse. Y vivirse.

Antes de que el miedo volviera a atraparla, y la culpa le susurrara al oído que esto no debía estar pasando, lo agarró por la nuca y

posó sus labios contra los suyos. Lo besó con premura, con pasión, con una sed desconocida quemándole la piel. Lo besó con arrojo. Con mimo. Con hambre. Con esa necesidad feroz que nace cuando has esperado demasiado.

Lo besó con el cuerpo y con el alma, con el amor que había callado, con el deseo que le consumía la piel.

Lo besó como se besa a alguien a quien nunca has podido olvidar.

Como le hubiera gustado que la besara él mil veces. O un millón.

Como nunca había besado a Javier.

Como si nunca fuera a besar a nadie más.

Como le gustaría poder seguir besando a Marco para siempre.

Siempre.

Siempre.

Siempre.

Lo besó como si fuese suya.

Como si no hubiera un mañana. Como si la vida pudiera comenzar y terminar en los límites de esa cama.

Marco gimió contra sus labios y la atrapó entre sus brazos, dejando que ese beso le contara todo lo que ella no sabía expresar con palabras. Recibió todo lo que ella tuvo a bien entregarle sin barreras, sin excusas y sin miedos.

Lo que vino después fue un delirio de manos y bocas, de caricias ansiosas y suspiros rotos. Fue la piel contra la piel y el latido de sus nombres entrelazados en la garganta.

Fue amor.

Del más puro.

Del más inevitable.

Del que no se planea, pero tampoco se puede negar.

Se besaron con todo lo que tenían, con todo lo que eran. Y en esa mañana de viernes, con la luz del sol derramándose sin límite desde las ventanas, y con el mar arrullándolos de fondo con su constante melodía, hicieron el amor como si solo ellos pudieran caber entre los márgenes de ese lugar.

Como si, por primera vez en sus vidas, hubieran llegado de verdad a casa.

41
Café

Dicen que una persona es capaz de reconocer entre diez mil y cien mil millones de olores diferentes. Que el olfato, ese sentido tan infravalorado en un mundo donde «tanto tienes, tanto vales», es en realidad un archivador silencioso de recuerdos. Un detonador invisible de emociones.

El aroma de comida casera te devuelve a la infancia. El de una casa antigua, a la seguridad de tu abuela. El del mar, a la libertad del tiempo libre. El del café, al ritual de cada mañana.

De alguna manera, Marco sabía que, a partir de entonces, no podría volver a tomar café sin pensar en Lucía. Tampoco acostarse en su cama sin reconocer su fragancia entre las sábanas.

Había algo suyo esparcido por toda la habitación. Por toda la casa. No solo la ropa que había quedado tirada junto a la cama la noche anterior, o el vaso de agua que había dejado sobre la mesita. Estaba en el aire. En su piel. En la sensación de que el mundo había adquirido una tonalidad distinta, nítida y a la vez incierta.

Pero la vida no se pausaba solo porque ellos lo desearan y el rugido de su estómago rompió el silencio que los envolvía.

—Deberíamos bajar a desayunar —murmuró.

Ella gruñó.

—Podríamos quedarnos aquí para siempre y vivir del aire.

—No te veo sobreviviendo sin café.

—En eso tienes razón —resopló, antes de separarse a regañadientes.

Se vistieron en silencio. La electricidad entre ellos seguía ahí, palpable en cada roce accidental, en cada mirada sostenida. Marco se puso una camiseta de manga corta y unos pantalones de lino, el pelo aún revuelto por el sueño: tanto el disfrutado como el onírico. Lucía dejó su pelo alborotado, libre, y se puso la ropa interior bajo la camisa que él llevaba puesta la noche anterior y que se encontró tirada en el suelo.

Marco la miró con curiosidad y ella se encogió de hombros después de justificar su vestimenta con un sincero «huele a ti».

Bajaron las escaleras dentro de esa burbuja frágil que los rodeaba desde la noche anterior. Marco iba detrás, notando cómo el lino de su camisa se deslizaba sobre la piel desnuda de ella.

Le gustaba cómo se veía con su ropa. En la cocina, el sol ya inundaba el espacio con su luz cálida. Marco fue directo a la cafetera mientras Lucía abría las puertas correderas que daban al porche antes de sentarse en la encimera, con los pies descalzos balanceándose en el aire.

Él sacó dos tazas sin pensarlo. Café para dos. Podría acostumbrarse a eso más de lo que ya había hecho en los últimos días. Como si fuera normal. Tan normal como cuando contaba mentalmente los segundos exactos que tardaba en verter el líquido y se aseguraba de que llenaba ambas tazas a la misma altura. Como si su cabeza no estuviera ya anticipando el momento en el que ella iba a marcharse y él se quedaría solo con el eco de su ausencia.

Percibió la mirada de Lucía sobre él.

—¿Qué?

—Nada —respondió ella con una sonrisa suave—. Es solo que… No sé. Me gusta esto.

—¿El café?

Ella negó con la cabeza.

—Nosotros. Aquí. Así.

Marco se coló entre sus piernas y la besó en los labios. Con delicadeza. Luego le pasó su taza.

—A mí también.

Lucía no respondió de inmediato, pero, cuando lo hizo, su voz sonó más contenida.

—No quiero pensar en Barcelona, y tampoco quiero que pienses que me arrepiento de esto, porque no es así. Pero creí que iba a resistir la tentación y que no íbamos a estar teniendo esta conversación… Dios, qué vergüenza.

Marco le levantó la barbilla para mirarla a los ojos.

—Conmigo no necesitas tener vergüenza, Lu. No hace falta que te recuerde que te he visto corretear en bragas de niña por el jardín y que tú me has consolado mil veces cuando lloraba, ¿no?

—Bueno, ahora también te he visto…

Lo dijo con un tono de voz coqueto que casi hizo a Marco escupir el café. Tosió, recuperándose, mientras sus ojos oscuros la escrutaban con incredulidad y un peligroso interés.

Lucía sonreía con picardía.

—¿El qué es eso que has visto, señorita? —la desafió, dejando la taza a un lado y acercándose a ella con lentitud.

Apoyó las manos en los muslos de Lucía, atrapándola entre su cuerpo y la encimera. Sus dedos se deslizaron lo suficiente para que

ella sintiera su contacto. Un cosquilleo eléctrico la recorrió y un nudo de deseo se instaló entre sus piernas.

—Nada… —susurró con fingida inocencia.

Marco sonrió de medio lado, inclinándose hasta ese punto exacto donde su clavícula se fundía con la piel de su hombro. Lucía apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de sentir la caricia de su barba rozando con suavidad su piel y la primera presión de sus labios. Un escalofrío la atravesó de arriba abajo, directo a su vientre, a su sexo, a ese lugar donde la anticipación se mezclaba con el calor líquido del deseo. Dios, Dios, Dios.

—¿Aún nada?

Lucía jadeó, antes de suplicar.

—Marco…, para… —Su voz no sonaba nada convencida.

Él se detuvo apenas un segundo.

—No parece que estés muy segura de lo que acabas de pedirme —murmuró de nuevo con una sonrisa traviesa—. Creo que necesitas pensarlo un poco más. O quizá… —Sus labios trazaron un camino lento y húmedo por su cuello antes de darle un mordisco suave, lo justo para que un gemido se atascara en la garganta de Lucía—. Quizá necesitas verme haciéndolo un rato más.

Lucía apretó las manos, una contra la espalda de Marco, otra en su pelo. Podría haberle clavado las uñas. Podría. La manera en que él la tocaba y la besaba le hacía perder la cabeza.

—Joder… —susurró sin aliento.

Marco deslizó una mano por su espalda para atraerla más hacia él. La sintió encajar contra su cuerpo, caliente, temblorosa, ansiosa.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti? —Su voz era ronca, densa, cargada de algo que la hizo estremecerse. Ella negó con la cabeza,

sin aliento—. Que para mí eres transparente en muchos sentidos. Y me encanta. Puedo sentir cómo se te acelera el pulso, cómo te estremeces cuando hago esto… —Besó el punto exacto detrás de su oreja—. Y cómo te muerdes el labio cuando intentas no gemir.

Lucía apretó los ojos, negándose a darle la razón.

Marco subió la mano por su muslo, lento, explorando cada curva, cada centímetro de piel expuesta.

—Dímelo, Lu… —susurró contra su oído, deslizando los labios por el borde—. Dime que te gusta.

Ella apoyó la frente en su hombro, aferrándose a él, con la respiración agitada.

—Eres malo. —La voz le temblaba por el placer que él seguía regalándole—. Pero me encanta.

Marco gruñó complacido antes de atraparla en otro beso, esta vez más profundo, más exigente. Sus lenguas se encontraron en una danza lenta y desesperada, mientras sus cuerpos se fundían en un vaivén de caricias y jadeos entrecortados. Y entonces, de golpe, Marco se separó, respirando con dificultad.

Lucía parpadeó, aún atrapada en el torbellino de su propio deseo.

—¿Por qué te detienes?

Marco apoyó la frente en la de ella.

—Porque ya no tengo veinte años… y a nosotros se nos va a enfriar el café.

Lucía lo miró, boquiabierta, antes de soltar una carcajada.

—Pues yo podría cabalgarte el resto del día, pero tienes razón —declaró, rozando su nariz con la suya antes de fingir toda la indiferencia de la que fue capaz—. Mejor hacemos de adultos responsables un rato. Ale, a preparar el desayuno. ¿Tostadas?

Marco dejó escapar un gruñido y se pasó una mano por el rostro. Sonreía divertido.

—Me vas a matar, lo sabes, ¿no?

—Entonces tendrás una muerte placentera, Marco Novak.

Él la miró, con una chispa de rendición en los ojos, antes de sacudir la cabeza y robar otro beso a la mujer de su vida. Esta vez uno más ligero.

A veces resistirse solo hacía que el deseo ardiera con más fuerza.

Prepararon tostadas y desayunaron bajo la pérgola antes de ir a la playa. Los besos pararon, pero las manos se buscaban. Lucía dijo que no tenía ánimo de hacer de turista ese día y que lo dejarían para su siguiente visita. Marco se sumó un punto, por eso de que ella volviera, y se puso el bañador sin rechistar. Ella dejó la maleta más o menos preparada antes de agarrar el protector y la toalla, y caminaron hacia ese trocito de arena y mar que se veía desde el porche.

—¿No quieres que vayamos a explorar otra cala?

—No, quiero fundirme con este lugar.

Marco le sostuvo la mirada.

—Me gusta cómo suena eso.

Lucía fingió una calma que no sentía. Se acababa el tiempo y debía pedírselo. Sabía que tenía que hacerlo. Pero ¿cómo? ¿Cómo mirarlo a los ojos y decirle «necesito tu ayuda» sin que pareciera que había venido aquí con una intención oculta? Suspiró. No. No iba a pensar en eso ahora. Caminaban descalzos sobre la arena, sin prisa, sin más sonido que el rumor de las olas. A mitad de camino, Marco la sacó de sus pensamientos cuando entrelazó sus dedos a los

de ella con naturalidad. En respuesta, Lucía apretó su mano y disfrutó de ese gesto sencillo, pero tan lleno de significado.

Cuando llegaron a ese punto frente a la orilla que era ya suyo, extendieron las toallas. Ella se quitó la camisa de Marco, que aún cubría su piel, dejándola caer sobre la toalla con un gesto que al escritor le pareció terriblemente sexy. Se quedó en biquini, la piel dorada por el sol de los días previos. Él tuvo que recordarse que debía respirar cuando la vio estirarse, alzando los brazos por encima de la cabeza, y dejó a la vista la curva suave de su abdomen y la tensión de sus muslos.

—Si sigues mirándome así, te vas a ganar una aguadilla.

Marco se rio.

—Dame un segundo, que todavía estoy procesando la imagen.

Lucía le lanzó una mirada divertida antes de acercarse a él con el bote de protector solar en la mano.

—Te ayudo, anda.

—¿Eso es un favor o una excusa?

Lucía no respondió. Abrió el bote y vertió un poco del líquido en su palma antes de deslizarla sobre su espalda. Marco cerró los ojos un instante, reprimiendo el escalofrío que le recorrió la piel y disfrutando el contraste entre la calidez de sus manos y la frescura del protector.

—Tienes una habilidad impresionante para convertir algo tan inocente como poner protector solar en un acto de pura maldad.

—Gracias.

—No era un cumplido.

Lucía alzó el mentón con chulería.

—Para mí sí lo ha sido.

Volvían a su habitual tira y afloja. Al juego. El sol ardía sobre ellos. Y quemaba, pero lo que ardía era otra cosa. Y a Lucía no dejaba de crecerle la ansiedad.

Se dieron un baño, donde hubo aguadillas y besos. Ella quería hacerle el amor entre las olas. Pero cada minuto que pasaba ella sentía cómo se esfumaba el tiempo. El ferry salía en dos horas.

—¿Sucede algo?

Estaban sobre las toallas y Marco no podía seguir haciendo como que no se daba cuenta de que algo pasaba. Porque algo pasaba. Solo había que observar a Lucía un momento para darse cuenta. Era incapaz de parar el tembleque de sus manos.

Finalmente se sentó en su toalla, cruzó las piernas y apoyó los codos sobre ellas.

—Hay algo que no te he dicho —soltó de golpe con un tono que vaticinaba tormenta.

A Marco se le encendieron las alarmas.

—Y ese algo es…

—Bueno, en realidad sí te lo he dicho, pero no te lo he dicho todo. Necesito pedirte algo.

—¿Algo más que protector solar y carantoñas? —preguntó él queriendo suavizar la tensión, aunque algo le dijo que tal vez no estaba preparado para lo que estaba por caer.

—Es algo serio.

Marco dejó caer los brazos a los costados y la miró con atención. Lucía parecía angustiada. Más angustiada de lo que la había visto nunca.

—Tranquila, dime qué es lo que tanto te preocupa.

Ella tragó saliva y apenas le salió un hilo de voz.

—Ya te conté que mi editorial está en problemas. Y si no consigo algo potente que publicar, algo que venda de verdad, van a cerrarla.

La expresión de Marco se endureció.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

Lucía intuyó que sus peores augurios se iban a cumplir.

—Pues que quizá tú… Podrías ayudarme. Mi jefa me sugirió que te pidiera ayuda. Quizá con alguno de los manuscritos inéditos que me dijiste que tienes, o alguna de tus primeras obras, de las que no se han traducido, o…

El silencio que se estableció entre ellos rasgaba como una cuerda tensa a punto de romperse. Marco no daba crédito a lo que estaba escuchando. Mara tenía razón. Joder. Joder. Joder. Midió mucho sus siguientes palabras.

—Déjame ver si lo entiendo —dijo al fin, con una calma que no presagiaba nada bueno—. Has pasado una semana conmigo, me has visto discutir con mi agente por tu culpa y ahora resulta que sí que querías algo de mí. Maravilloso.

Lucía sintió la cadencia de esas palabras como un mazazo en el pecho.

—No es así, Marco. Esto no tiene nada que ver con lo que ella decía, yo…

Él se apartó con un gesto brusco.

—¿No? ¿Y por qué ahora, entonces? ¿Por qué no me lo pediste antes?

A Lucía la culpa le ardía en la piel.

—No quería que pensaras que…

—¿Que estabas aquí por interés? Pues enhorabuena, porque justo eso es lo que estoy pensando.

—No es justo. La respuesta puede ser un «no», pero…

—Ante el vicio de pedir, la virtud de no dar. Tu madre siempre decía eso, ¿no? Me pregunto qué opinaría ella de esto —añadió.

Escuchar ese refrán de los labios de Marco y oírlo mencionar a su madre fue como un jarro de agua fría. Eso era un no. Reconocía que tenía razón para enfadarse. Por eso se había resistido tanto a mantener esa conversación. Ella sabía la respuesta desde el principio. Siempre supo que no debía mezclar el cariño genuino que sentía por él con cuestiones laborales. Se arrepentía de no haberse mantenido fiel a su primera reacción, cuando le dijo a Rosa que jamás involucraría el afecto por Marco con intereses editoriales.

—Olvídalo. No te lo he preguntado para que te enfades ni para utilizarte, pero tenía que hacerlo. También existe la frase de «el "no" ya lo tienes» y los síes se consiguen preguntando.

—No me molesta que me preguntes, Lu. Me molesta que me lo preguntes hoy, ahora, tras una semana negándome a pensar que querías algo de mí, después de que nos hayamos acostado y de que yo prácticamente te haya declarado amor eterno. ¿Quién eres tú y quién he creído que eras?

42
Sin permiso

La vuelta a casa fue gris y pegajosa, a pesar de que brillara un sol espléndido. Marco decidió no acompañarla al aeropuerto y quedarse en su isla. Sin embargo, la llevó en coche hasta el ferry con la mandíbula apretada y la mirada esquiva. Condujo con más tensión de la habitual. Pero tensión mala, no de la que habían compartido los días previos. Desde la conversación de la playa, no habían vuelto a hablar.

Lucía intentó calmar los ánimos con comentarios triviales, pero cada respuesta del escritor era más escueta que la anterior. Más ausente. Más vacía. Hasta que Lucía se dio por vencida y dejó de intentarlo.

Cuando llegaron al embarcadero, Marco apagó el motor sin pronunciar ni una palabra y bajó del coche para ayudarla con la maleta. Ni siquiera la miró a los ojos. No hubo ni un roce accidental de manos. No hubo nada.

A Lucía aquella situación le parecía insoportable.

—Marco, no quiero que nos despidamos así —murmuró ella, con un nudo suplicante en la voz.

Él se miró la punta de sus deportivas blancas.

—Por favor, déjame explicarte, yo… —insistió ella, dando un paso hacia él.

El escritor negó con la cabeza y se apartó, desviando la vista hacia el mar.

—No eres la única que necesita pensar —dijo con voz grave, áspera—. Yo… creía que estabas aquí por mí, por nosotros. No por tu editorial.

—No es así como lo estás pintando, joder. Que me conoces, que sabes que… —trató de defenderse ella.

—¿Que te conozco? —Soltó una risa amarga—. La Lucía que yo conozco va de frente. Dice las cosas. Es honesta. Y tú… Lo siento, pero, ahora mismo, no sé quién eres tú.

Se quedó helada.

Le conocía lo suficiente para saber que la herida que le había abierto con aquella petición no se curaría con palabras apresuradas en un muelle. Y dolía. Ese dolor era mayor que el de la sensación de culpabilidad y ahogo que no paraba de crecer en su interior. Marco lo había interpretado todo como una traición y tampoco era así. Él pateó una piedrita y metió las manos en los bolsillos de su chaqueta. ¿Cómo podía haber salido todo tan mal? Miró hacia el mar y a los pasajeros que ascendían por las rampas del ferry.

Este anunció su inminente salida con un pitido largo y profundo.

—Tengo que irme —murmuró ella, sin saber qué más decir.

Marco asintió una sola vez. Ni un paso atrás, ni un gesto para detenerla. Nada.

—Gracias por todo, Marco. Yo… lo siento. Si pudiera borrar algo, no sería lo de anoche, sino ese comentario. De verdad que lo siento mucho.

—Dejémoslo, Lu. Ni una palabra más, por favor. Necesito procesar todo esto.

Lucía agarró la maleta y se obligó a no mirar atrás. Se repitió que tenía que subir a ese barco, que debía abandonar la isla, que el mundo no se detenía, aunque su pecho doliera como si alguien le estuviera arrancando el corazón de cuajo.

Cuando el ferry se alejó de la costa, se sentó junto a una de las ventanas y se abrazó a sí misma. La vista desde el mar era espectacular, pero ella solo sentía un vacío inmenso que se propagaba por su interior. Y cuando Dubrovnik apareció en el horizonte, majestuosa y brillante bajo el sol, Lucía no sintió nada. Estaba apagada.

No hubo *playlist* de *Juego de tronos*. No hubo fotos. No hubo nada más que el eco de unas palabras que no lograba sacarse de la cabeza.

«No sé quién eres tú».

Lo cierto es que, en ese momento, ella tampoco.

Las primeras lágrimas cayeron sin permiso.

No hizo nada por detenerlas.

43
Despedidas

La primera vez que se dijeron adiós el planeta estaba cambiando y la inocencia de Lucía todavía no se había malogrado. Ese verano de 1995, como siempre, olía a salitre y crema solar en las playas, y a césped recién cortado en los parques. La vida tenía un ritmo distinto, una cadencia propia de los noventa, en la que las preocupaciones aún no cabían en una pantalla de bolsillo y el mundo se vivía a través de la tele, los vinilos y las revistas de música.

Por las mañanas, los niños madrugaban para ver *Los Fruittis* y *D'Artacán y los tres mosqueperros,* antes de que se les echara de casa con la advertencia de no volver hasta la hora de comer. Se pasaban el día en la calle, en el parque o en el bosque, jugando al escondite, al pañuelo o con una pelota, mientras los más afortunados alternaban entre la Super Nintendo y la recién llegada PlayStation. En las tardes y noches disfrutaban de más televisión con *El príncipe de Bel-Air*, *Los vigilantes de la playa* y *Expediente X.* Cuando los adultos la apagaban, les quedaba la música de los Héroes del Silencio o de El Último de la Fila. Lucía y Marco tenían permiso para ir al cine juntos y alucinaron con *Toy Story*, mientras los adultos leían novelas como *El club de la lucha*, de Chuck Palahniuk. Años después, Lucía la leería y se quedaría con la duda de si, de verdad, «todo lo que posees acabará poseyéndote».

Aunque en los bares, los mayores hablaban de la crisis económica o de los atentados de ETA, en casa de los Badal se siguió muy de cerca el final de la guerra de Croacia que tan paralizada había mantenido la adopción de Marco. Fue un año en el que nadie podía prever lo que vendría después. Y en algún rincón de una casa cualquiera, una niña soñadora, con el pelo alborotado y la nariz pegada a los libros, ya estaba imaginando quién sería cuando creciera.

Lo que no sabía era que, muchos años después, recordaría el año 1995 como aquel en que todo cambió. Que la nostalgia llamaría a su puerta, y con lágrimas en los ojos se daría cuenta de que entonces la vida era perfecta tal cual era. Cuando los videoclubs todavía alquilaban cintas VHS y la infancia olía a plastilina, se celebraban los cumpleaños con sándwiches de Nocilla y se llenaban las carpetas del colegio con pegatinas.

En noviembre de 1995 se firmaron los acuerdos de Erdut y Dayton, y se finiquitó el conflicto que había mandado al pequeño Lovric a emigrar, y a sus padres, a la tumba. Atrás quedaban cuatro años de violencia, el asedio de ciudades como Vukovar y Dubrovnik, los campos de refugiados y la muerte de miles de personas. Croacia se independizó de nuevo mientras sus calles aún olían a pólvora y escombros. Aquella guerra dejó cicatrices abiertas que, para muchos, durarían toda una vida.

Fue entonces cuando en una casa de campo a las afueras de Barcelona, otra batalla, mucho más pequeña pero igual de dolorosa, empezó a librarse. Lucía no entendía mucho de política ni de tratados de paz, y tampoco comprendía todavía lo que significaba perder a alguien.

Quizá por eso, el que Marco tuviera que irse la dejó catatónica.

—Pero ¿por qué? —preguntaba una, y otra, y otra vez, esperando una respuesta distinta que justificase tal disparate o que lo frenara de golpe.

«La gente a la que quieres a veces se va y la pierdes para siempre».

Aquel fue un aprendizaje trascendental para ella.

La ausencia de Marco le generó un vacío enorme. Se volvió más insegura, y un poco menos pizpireta. Le faltaba su mitad. No dejaba de esperarlo ni de preguntarse qué podían haber hecho tan mal para que aquel niño al que tanto quería no contestase ninguna de sus cartas, ni diera señales de vida, ni nada de nada. ¡Tenían un pacto!

Se prometió a sí misma que nunca dejaría de buscarlo, y que, si lo encontraba, haría lo que fuera para recuperarlo y no dejarlo marchar. Por todo esto, Lucía sentía que el alma se le había desgarrado en mil pedazos mientras regresaba a Barcelona.

Se sentía imbécil, estúpida y mala persona. ¿Cómo pudo gestionarlo todo tan mal? Voló a Croacia con un problema y regresaba con tres. No tenía contrato ni posibilidad de uno a la vista. No había solucionado el tema con Javier, sino que además ahora era una adúltera desleal que aún no sabía cómo miraría a su prometido a los ojos. Y, lo peor de todo, Marco no quería saber nada más de ella.

Nada.

Más.

De ella.

Estaba todo mal y no sabía cómo arreglarlo.

Cuando el avión aterrizó en Barcelona, Javier la avisó con un mensaje de que estaba esperándola en la salida de la terminal. Lucía

respiró hondo y cerró los ojos.

Inhalar en tres, exhalar en seis. Iba a necesitar mucho ese mantra los siguientes días.

Recogió su maleta y caminó hasta la salida, tratando de esquivar la insufrible cantidad de pasajeros que deambulaban de un lado para otro en el aeropuerto. Subió a la planta más alta, a la zona de salidas, y abandonó la terminal con la maleta a rastras y el corazón encogido.

No estaba preparada. No para ver a Javier. Para sonreírle como si todo estuviera bien. Para volver a encajar en una vida que, en apenas unos días, se le había desmoronado entre las manos.

Pero ahí estaba él.

Apoyado en el capó de su coche, con las mangas de la camisa remangadas y esa sonrisa fácil con la que siempre la recibía. La miró con cariño, con la seguridad inquebrantable de quien no duda de su lugar en el mundo, sin imaginar que todo lo que él creía tan estable se tambaleaba.

Lucía tragó saliva y notó cómo los músculos de su mandíbula se crispaban.

Javier se apartó del coche y la recibió con un beso en los labios.

—Qué bronceada está mi chica —susurró mientras la arropaba entre sus brazos.

Lucía cerró los ojos un segundo, confusa, culpable y a la vez feliz de que Javier siguiera oliendo a Javier. Eso la calmaba.

—Gracias —murmuró entre suspiros.

Cuando se separaron, él cogió su maleta y la metió en el maletero.

—¿Vamos a casa?

Casa.

El concepto la golpeó como un puñetazo en el estómago.

Lucía se metió en el coche.

Fue un trayecto extraño. Demasiado extraño. Javier le contaba cosas sin parar —que si la oficina, que si su madre había preguntado por ella, que si el perro de los vecinos se había escapado otra vez— y ella asentía en los momentos adecuados o respondía con monosílabos cuando hacía falta.

Él no mencionó a Marco.

Ni ella tampoco.

Pero su nombre ardía en su garganta como una herida abierta.

Una vez que aparcaron y subieron a su apartamento, Lucía sintió con una brutalidad aplastante los giros que había dado su vida durante su viaje. La familiaridad de su propio hogar, el olor del suavizante en la ropa tendida, los libros desordenados en la estantería… Todo parecía ajeno y extraño, como si perteneciera a otra vida. Bálsamo y castigo.

Javier dejó la maleta en la entrada y la acompañó al salón.

—He hecho una crema de verduras y he puesto un vino blanco nuevo a enfriar. ¿Tienes hambre?

El estómago de ella rugió. Desde las tostadas de por la mañana no había vuelto a ingerir nada.

—Un poco, pero no demasiada.

Javier la miró con preocupación.

—¿Te encuentras bien?

—Creo que he debido de pillar algo en el avión, me siento un poco…

El gesto de su prometido se suavizó y se llenó de preocupación. Sabía gestionar mejor a una Lucía enferma que a una enfadada.

—¿Por qué no te das una ducha y te pones el pijama mientras yo preparo la mesa? Seguro que comer algo e irte pronto a la cama te ayudará.

Ella se dejó hacer, pero ni comer ni dormir la ayudaron demasiado.

Javier durmió abrazándola, y Lucía apenas pegó ojo. Se tomó dos pastillas de melatonina que de poco sirvieron. Cuando le adelantó que no había conseguido el contrato, no hizo muchas más preguntas sobre Croacia ni sobre Marco. Intuyó que aquella negativa había influido en el ánimo de su prometida y le dio espacio. Quizá eso significaba que en breve estaría tomando mejores decisiones profesionales. Quizá. La dejó dormir confiando en que, fuese lo que fuese lo que traía, se le pasaría pronto.

A la mañana siguiente cuando sonó su despertador, Lucía tenía aún peor aspecto que la noche anterior, y Javier se creyó lo del virus. Le insistió para que trabajase desde casa, pero ella sabía que tenía unas cuantas conversaciones pendientes en la editorial. Cuanto antes las tuviera, mejor.

La semana que estuvo fuera pasó de todo dentro de esa oficina que ella consideraba un poco suya. Eso sí: nada bueno. Al entrar, notó el ambiente enrarecido: los cuchicheos, las miradas de reojo y cierta tensión flotando en el aire a la espera de una tormenta inminente. La ausencia de buenas noticias por parte de Lucía melló la confianza de Rosa, que tenía muy presente la posibilidad de recibir una negativa. En cuanto vio su cara, supo que no se había equivocado. Lucía llegó con las ojeras tatuadas bajo los ojos. La falta de sueño le

pesaba en los hombros, pero no era nada comparado con el peso de lo que sabía que iba a ocurrir.

—No ha querido firmar, ¿verdad?

Lucía negó con lágrimas en los ojos.

Rosa estaba sentada detrás de su escritorio, con el gesto cansado y la mirada fija en la pantalla del ordenador. Enseguida supo que no era la única que tenía malas noticias que compartir.

—¿Has…, has vendido? ¿Cuándo ha pasado? —preguntó Lucía una vez que intuyó que su peor pesadilla se había hecho real.

Rosa suspiró y se quitó las gafas para masajearse el puente de la nariz.

—La semana pasada. Mejoraron la oferta y creo que es lo mejor. Para todos.

Lucía sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. ¿Por qué Rosa no le había dicho nada? Hacía una semana la decisión ya estaba tomada, no hubiera sido necesario hablar con Marco y… ¡Todo se había derrumbado por nada!

—Te escribí y te llamé un par de veces, pero no me contestaste y…

—Y ahora… ¿qué?

—Ahora empezaremos un proceso de absorción, en el que Universo decidirá cómo quiere gestionar Alumbra y qué hacer con el equipo. Algunos seguirán y otros no.

La náusea se revolvió en su estómago.

—¿Y yo?

Rosa la miró con una tristeza infinita.

—No lo sé, Lu. No lo sé.

Tres palabras que sonaron como si de una sentencia se tratase.

44
Un favor

Ser Marco Novak, el escritor, tenía un precio.

Al principio no lo notó. No era cínico por naturaleza, ni se movía por el mundo con escepticismo, pero con el tiempo aprendió que la confianza era un lujo que no todo el mundo podía permitirse. Un riesgo. Algo que se debía racionar como si fuera un bien escaso, porque, cada vez que la entregaba sin el suficiente cuidado, terminaba sufriendo.

Desde que su primera novela se convirtió en un éxito inesperado, y su nombre empezó a ocupar titulares, su vida dejó de ser completamente suya. Vivía en Londres y la gente le reconocía por la calle, en el pub, cuando iba de compras… En vez de felicidad, lo único que encontró con el cambio fue un tipo nuevo de soledad. Y le sorprendió mucho teniendo en cuenta lo que esta sociedad ensalza el éxito y la gloria. Fue una sorpresa dolorosa entender que la gente lo trataba de forma diferente, no por quién era, sino por lo que representaba.

Las primeras señales fueron sutiles. Un amigo de la universidad que, de repente, reapareció en su vida con un entusiasmo desmedido solo para pedirle que recomendara su manuscrito a su editorial. La exnovia que le dejó mensajes después de años sin hablarle, fingiendo interés en cómo estaba, pero terminando la

conversación con un «¿podrías ayudarme a conseguir un contacto en tu agencia?». No lo querían a él, solo deseaban pedirle cosas. Pequeñas decepciones, disimuladas entre sonrisas y palabras amables, que poco a poco fueron acumulándose hasta formar una verdad imposible de ignorar.

No podía fiarse de nadie.

La primera vez que lo reconocieron por la calle fue en Londres. Se sintió incómodo, pero no le dio demasiada importancia. Un lector emocionado se le acercó en una cafetería, con su libro subrayado y lleno de pósits, y a Marco lo conmovió. Pero poco a poco, los encuentros dejaron de ser solo sobre literatura. Se convirtieron en favores o admiración ciega, en una búsqueda constante de oportunidades disfrazadas de afecto e interés camuflado.

Esa parte le costó. Y lo que había sido su sueño se transformó en un territorio lleno de trampas difíciles de asumir.

Cuanto más crecía su nombre, mayor era el sentimiento de soledad. Siempre había sido un poco hermético, pero se volvió aún más. Antes, si alguien se acercaba a él en un pub, asumía que era porque quería conocerlo. Por el contrario, ahora cada conversación venía con un «por cierto», con una petición oculta detrás del interés. Las mujeres que se mostraban atraídas por él le hacían dudar de sus intenciones. ¿Era por él o por la idea de él? ¿Por su persona o por el escritor de éxito? A veces, incluso, lo miraban con un interés desmedido hasta que se daban cuenta de que él no era la persona ideal que se habían creado en su cabeza. Todas las mujeres se iban a la cama con el escritor del momento y se despertaban con Marco. Eso no a todas les gustaba. Y a él no debería importarle. Pero lo hacía.

Ni siquiera quienes ya formaban parte de su vida parecieron inmunes al cambio. Su agente insistiendo en que aprovechara más su fama; su editor presionándolo para hacer más entrevistas. Solo algunos de sus conocidos siguieron tratándole con normalidad. Pero no podía evitar sentirse usado. Le decepcionaba descubrir que su vida ya no le pertenecía del todo.

Recordaba con especial amargura a una editora británica con la que había salido un par de meses, justo antes de mudarse a Korcula. Parecía encantadora, inteligente e independiente. Y le gustaba. Un poco más de lo que solían gustarle a él las mujeres con las que salía. Se habían conocido en una feria literaria y habían tenido varias citas. Fueron a cenar, desayunaron, pasearon por museos e hicieron el amor de muchas maneras hasta que, una noche, después de varias copas, ella dejó escapar un comentario que él recibió como un dardo envenenado:

—¿Te imaginas qué increíble sería que trabajáramos juntos? Si publicaras con nosotros, seríamos imbatibles.

Se quedó helado.

Hasta ese momento, Marco había querido creer que ella lo veía por lo que era, no por lo que podía ofrecerle. Pero ahí estaba. La insinuación. La confirmación.

Cortaron poco después.

El problema de ser una persona que siempre había querido encontrar un hogar era que, cuando por fin lo tenía, nunca sabía si la gente lo quería a él… o al refugio que representaba. Por eso adoraba a su grupo de siempre, a sus amigos en la isla, a todo lo previo a la fama. Porque estaba intacto. Porque era suyo y lo había sido antes de que él se convirtiera en alguien *importante*.

Cuando regresó a Croacia, sintió alivio. Londres era una ciudad vibrante, llena de oportunidades, pero también era un escaparate constante, un lugar donde siempre se esperaba algo de él. En su isla, en cambio, podía ser simplemente Marco. No el escritor, ni el éxito editorial del momento. Solo un hombre con sus rutinas, sus manías y su soledad elegida. Uno que había aprendido a navegar, que disfrutaba de la tranquilidad y de degustar buenos vinos.

Hasta que Lucía apareció para asestarle aquel golpe cuando menos lo esperaba.

Su nombre volvió a ser una moneda de cambio.

Y esa vez le dolió más que ninguna otra.

El viaje de vuelta fue un castigo en sí mismo.

Durante todo el trayecto, solo escuchó el rugido del motor y el golpe sordo de su propia decepción rebotando dentro de su cabeza.

Dejó a Lucía en el ferry sin apenas mirarla. No porque no quisiera —Dios sabía que lo único que quería era memorizarla, por si nunca la volvía a ver—, sino porque, si lo hacía, no sería capaz de marcharse.

Y largarse era lo único sensato.

Las ruedas del coche avanzaban por la carretera estrecha que lo llevaba de vuelta a casa. A su refugio. A su vida solitaria. Pero la isla, que siempre había sido su santuario, de repente se sentía ajena. Demasiado vacía. Demasiado grande. Demasiado pequeña. Demasiado llena de cosas que le recordaban a ella.

Apretó los dientes y trató de concentrarse en la conducción. Como tantas otras veces, concluyó que lo mejor era estar solo. Que su vida estaba ordenada, tranquila, sin complicaciones. Que había pasado

años construyendo esa paz con mimo y apartándose de todo lo que pudiera alterarla.

Pensó que debió haberle dicho que no desde el principio.

Poner más límites.

Controlar la situación.

Pero no lo hizo. Y ahora todo estaba fuera de control.

El coche avanzaba, y con él, las imágenes en su cabeza. Su pelo enredado en la almohada. Su risa ahogada contra su pecho. Sus labios buscando los suyos con una desesperación que ahora le parecía mentira.

La sensación de suciedad se instaló en su piel. No de la que se limpia con agua y jabón, sino una más profunda. Más visceral. Como si algo dentro de él se hubiera astillado y los fragmentos se esparcieran, clavándose en cada rincón. Dejando que el caos entrara en su orden impoluto.

Porque eso era Lucía. Siempre lo había sido. Un caos hermoso, arrollador. Pero caos, al fin y al cabo.

Y había terminado actuando como todos los demás.

Llegó a casa y aparcó con precisión milimétrica, alineando las ruedas con la grava. El sol descendía en el horizonte, coloreando el cielo de un naranja melancólico. Apagó el motor, pero no se movió. Se quedó ahí, con las manos firmes en el volante, respirando por la nariz.

Inhalar en cuatro, exhalar en ocho. Algo así había visto hacer a Lucía alguna vez.

Mierda.

Olvídate de ella.

Contó hasta cinco antes de desabrocharse el cinturón. Hasta siete antes de abrir la puerta. Hasta nueve antes de cruzar el umbral y cerrarlo tras de sí.

Dejó las llaves en el cuenco de cerámica, en el mismo ángulo de siempre. Se quitó la chaqueta y la colgó en su sitio, asegurándose de que no rozaba la otra.

Orden. Rutina. Seguridad.

Pero su casa ya no se sentía segura.

Se descalzó en la entrada. Fue al baño y se lavó las manos. Tres veces. Le gustaban los números impares. El agua fría le taladró la piel, pero siguió frotando, como si así pudiera arrancarse el desorden de la cabeza y borrar su rastro.

Aunque Lucía siguiera allí.

No en su casa. No físicamente. Pero sí en cada cosa que había tocado. En la taza de café que usó esa mañana. En las sábanas aún con su forma. En el aire, en su piel, en la punzada sorda de su pecho.

Se sirvió una copa de vino blanco que habían dejado abierto y se apoyó en la encimera. Contó las gotas de condensación que se deslizaban por el cristal antes de beber.

Una. Dos. Tres.

Repasó la conversación en su cabeza. La reconstruyó, palabra por palabra, buscando el momento exacto en el que todo se había jodido.

No fue cuando lo besó.

No fue cuando le pidió ayuda.

Fue cuando pensó que él era tan tonto que solo tenía que seducirlo. Hacerse la mujer en apuros para luego…

Quizá fue cuando se dio cuenta de que nunca había sido suficiente para ella.

Porque, si lo hubiera sido, habría vuelto por él.

No por un contrato.

No por su carrera.

La risa que le salió fue seca y sin ganas. Lo mismo le había mentido desde el principio. Y no hubo cartas ni deseo de encontrarlo. Tan solo una oportunidad brillante y accesible de sacar provecho de su confianza. De pedir un *favor*. Dejó la copa en la encimera, se pasó una mano por la cara y exhaló largo, permitiendo que la soledad volviera a aposentarse sobre sus hombros.

Todo había cambiado.

Y, al mismo tiempo, nada lo había hecho.

Volvían a ser él y la nada.

La nada más obscena y absoluta.

Una nada que, hasta hacía unos días, había creído soportable.

45
Caos

Lucía nunca había sido de ataques de pánico.

Era más de somatizar con gastritis, perder pelo o despertarse a las cuatro de la mañana con la sensación de haber olvidado algo importante. Así que, técnicamente, lo que le estaba pasando en ese momento no era un ataque de pánico. No. Tan solo estaba respirando mal, y su estómago se había transformado en un nudo de ansiedad. Quizá por no haber compartido aún con nadie el panorama completo de lo que había pasado. Quizá por haberlo experimentado. Quizá porque llevaba veinticuatro horas sin saber de Marco y no dejaba de mirar ansiosa su pantalla. Si alguien le daba una mala noticia más aquel día, iba a empezar a gritar en medio de la oficina.

—Lucía, ¿te has enterado de lo que he dicho?

Rosa la miraba con paciencia, aunque en sus ojos había una mezcla de lástima y determinación que le ponía los pelos de punta.

—Sí —respondió con voz rasposa—. Que Universo va a absorber Alumbra y que, si quiero seguir teniendo trabajo, más me vale subirme al barco.

Lo dijo como si estuviera narrando la previsión meteorológica, aunque por dentro tuviera ganas de llorar.

—No es obligatorio —matizó Rosa—, pero sería lo más inteligente.

Lo más inteligente. Claro. Como lo había sido todo en su vida hasta ese momento.

Había sido inteligente cuando aceptó el ascenso en Alumbra, aunque eso significara hacer malabares entre su vida personal y un trabajo que cada vez le exigía más. Había sido inteligente cuando dijo que sí a la propuesta de matrimonio de Javier, a pesar de esa vocecita interna que le susurraba que algo no encajaba del todo. Y también había sido inteligente cuando viajó a Croacia con la esperanza de conseguir el contrato de Marco.

Mira cómo de bien le estaba yendo con tanta inteligencia.

—Me lo pensaré —dijo, aunque ambas sabían que no había muchas más opciones.

Cuando salió de la reunión, necesitaba aire. O café. O un agujero en el suelo para desaparecer. Pero como la máquina de café estaba más cerca que el apocalipsis, optó por lo primero.

Se sirvió un café negro, sin leche, sin azúcar y sin esperanza.

Fue en ese momento, con el vaso caliente entre las manos, cuando la crisis existencial alcanzó su punto álgido.

Petri, que había aparecido en la oficina con un traje de cuero rosa metalizado, se plantó a su lado sin mirarla, tan solo observando con brazos cruzados la máquina de petróleo —como acostumbraba a llamarla— antes de girar la cabeza para mirarla impertérrita.

—¿Y si tiras esa mierda y nos vamos las dos a la cafetería? Creo que hay cosas de las que hablar.

Lucía suspiró, mirando la taza de cartón entre sus manos como si fuera un mal necesario en su día de mierda. Levantó los ojos hacia su compañera y negó taciturna.

—No puedo.

Petri pestañeó con lentitud y luego sacó su teléfono.

—¿A quién hay que sobornar para que te dé permiso? ¿Rosa? ¿Recursos Humanos? ¿Los Illuminati?

Los labios de Lucía se curvaron hacia arriba, pero no lo suficiente. Le salió un resoplido cansado. Su compañera la cogió del brazo.

—Venga. No vamos a perderos a Alumbra y a ti en la misma semana.

Quiso protestar, pero ya estaba siendo arrastrada fuera de la oficina. La idea de enfrentarse al café de la máquina había sido el último clavo en su ataúd emocional del día, y en ese momento cualquier excusa para evitarlo le parecía válida. Lo tiró sin apenas haberle dado un sorbo en la papelera, junto al ascensor.

Cuando entraron en la cafetería de la esquina, Petri fue directa a la barra. Se pidió un capuchino XL con doble de espuma y caramelo, y le encargó a Lucía un café solo sin permitirle otra opción.

—Yo prefiero un americano.

—Lo que prefieres es huir de la conversación que vamos a tener, pero eso no está en el menú, cariño —replicó Petri, señalándole la mesa más apartada del local—. Vamos, sienta tu culo moreno ahí, que ya voy.

Lucía resopló, pero obedeció, dejando que su amiga se encargara de la logística mientras ella se hundía en la silla con el peso de alguien que estaba considerando con seriedad la opción de desaparecer.

Cuando Petri llegó con la bandeja, traía el café solo para su amiga, una taza cubierta de nata, sirope y un par de galletas con pepitas de chocolate para ayudar a que les subiera a ambas la bilirrubina. Se

quitó sus llamativas gafas de corazones y las dejó sobre la mesa con una teatral gravedad.

—Vale, dime, ¿qué nivel de crisis manejamos? Del uno al «me voy a alinear los chacras a Bali porque ya no sé quién soy», ¿en qué punto estamos?

—¿Podemos inventar un nivel que combine el caos profesional, el desastre sentimental y la sensación de haber arruinado lo único bueno que tenía?

Petri silbó bajito.

—Joder.

—Sí, joder.

Lucía inhaló hondo y sintió que la presión en el pecho crecía.

—Puede haberlo… ¿Qué te parece si me cuentas qué ha pasado?

—Se ha ido todo a la mierda.

—Dramática. Empezamos fuerte.

Lucía agarró el café y le dio un sorbo largo, como si la cafeína pudiera ayudarla a poner orden en su mente.

—No, en serio. Está todo mal. Alumbra se va a ir al traste por mi culpa. Y si quiero conservar el trabajo tengo que irme a Universo y cruzar los dedos para que me quieran contratar y me den un puesto que me guste. Es como venderle mi alma al diablo.

—Primero, no es por tu culpa. Y segundo…, el diablo paga mejor, eso sí te lo digo.

Lucía la fulminó con la mirada.

—Y la he cagado, Petri. La he liado muy gorda. La semana pasada en Croacia fue tan…, y Marco…, Marco es maravilloso. Y bueno. Y guapo. Y… —Se quedó callada, dudando—. Dios, Petri, y me acosté con él.

Su compañera ni parpadeó.

—Obvio.

—¿Cómo que obvio?

—Cariño, si tú no lo hacías, lo hacía yo. Un hombre así no se desperdicia.

—Genial. Me alegro de ser tu *Isla de las tentaciones* particular.

—Ahora que lo dices…

Lucía le soltó una patada bajo la mesa.

—Vale, vale, lo retiro. Pero si no nos reímos, lloramos. Y por la profundidad de tus ojeras diría que de eso ya has tenido suficiente. Además, te has liado con el tío más bueno del mundo literario y estamos haciendo un drama. ¿Cómo puede ser? Deberías estar dando palmas. Y ahí abajo, también.

«Tierra, trágame», pensó Lucía.

—¿Puedes ser un poco más discreta?

—¿Y se lo preguntas a la tía del traje metalizado? Si querías discreción, tenías que haber hablado de esto con Rosa. Conmigo tienes un oído que te escucha, un hombro en el que llorar y la experiencia de años como terapeuta gratuita de amigas y familiares. ¿Te vale?

Lucía se lo pensó dos veces antes de contestar.

—Supongo que me tendrá que valer.

—Bien. Sigamos entonces. ¿Qué ha pasado con Marco? Porque no ha firmado, pero sí os habéis dado un tracatrá y, aun así, en lugar de rejuvenecida pareces venir de un entierro.

Lucía se removió en la silla, jugando con la servilleta de papel entre los dedos.

—Es largo.

—Tenemos tiempo. Lo bueno de los libros es que siempre pueden esperar.

—Está bien.

Lucía le relató con pelos y señales la magia compartida esa semana. Le habló de sus amigos, de lo caballeroso que fue, y lo divertido, y lo galán y lo mucho que le hizo sonreír y recordar al niño con el que compartió los mejores años de su infancia. Le habló de los sitios que visitaron, de su casa en la playa, de su calita frente al mar, de los desayunos en el porche, y las charlas y…

—Creo que nunca me han besado así. Era como…

Petri dejó caer la cuchara con la que estaba removiendo su capuchino y se llevó una mano al pecho, teatral.

—Ay, Dios mío, esto es peor de lo que pensaba. Te nos has enamorado.

—Tampoco exageres.

—¿Que no exagere? Perdona, pero que estés regodeándote en su beso a estas alturas de la vida es casi como ver un unicornio en libertad. Los hombres ya no saben besar y eso que son el maldito santo grial del amor. Te lo dice una que lleva soltera más años que Matusalén.

Lucía se encogió de hombros, sintiéndose miserable.

—Fui yo quien la cagó, Petri. Le dije que me sentía culpable por Javier. Y luego, para rematar, le pedí que me ayudara a salvar mi editorial.

—Uf, mal *timing*.

—Se lo tomó fatal. Me dijo que lo había utilizado. Que esperé a que nos liáramos para pedírselo.

—Bueno…

—No lo hice con mala intención, pero entiendo por qué se sintió así. Me fui ayer y no hemos hablado desde entonces.

—¿Quieres un consejo? —preguntó Petri.

—No lo sé.

—Pues te lo voy a dar igual. Mira, lo de Alumbra es una faena, pero tiene solución. Lo de Marco… tendrá que aclararse con el tiempo. Pero lo de Javier, Lucía…

Se inclinó hacia ella.

—Lo de Javier es un iceberg, y tú sigues en el *Titanic* sin querer ver que la orquesta está ya tocando.

—Gracias, Petri. Superútil —dijo con ironía.

—En serio. Lo demás te tiene hecha polvo, pero lo de Javier ni lo mencionas. ¿Sabes por qué? —Lucía no respondió—. Porque en el fondo eres consciente de que no es la persona con la que quieres estar.

—Es que no sé qué hacer…

—Para empezar, dejar de huir. —Su compañera partió una galleta en dos—. Tienes que hablar con Marco y tienes que hablar con Javier. Y, sobre todo, tienes que decidir qué quieres tú, sin miedo a lo que piensen los demás.

Le pasó la mitad de la galleta con una sonrisa de lado.

—Toma, esto no soluciona tus problemas, pero al menos evitará que te dé una pájara en medio del drama.

Lucía la aceptó con un suspiro y le dio un mordisco.

—¿Y si me equivoco?

—¿No sería peor quedarte donde no quieres solo para hacer felices a otros? Piénsalo. Si esto fuera una novela, estaríamos en mitad del clímax.

Lucía apoyó la frente en la mesa.

—Pues ojalá alguien la reescribiera con más gracia. Estas cosas no se me dan nada bien.

—Me temo que te va a tocar hacerlo a ti.

—Pues vamos bien…

—Mira, ya que estás en una crisis existencial, aprovéchala. En lugar de solo preguntarte qué va a pasar si haces algo, pregúntate qué pasará si no lo haces. Y luego comparas ambos escenarios y tomas decisiones. ¿Qué pasaría si sigues con Javier? ¿Y si aceptas el trabajo en Universo solo porque es lo más seguro? ¿Y si nunca vuelves a hablar con Marco?

Lucía sintió un escalofrío de pánico recorrerle la espalda.

—Pensaba que querías ayudarme, no deprimirme.

—Te estoy ayudando, tonta. Pasase lo que pasase, seguirías adelante. ¿O no has superado mil obstáculos en tu vida antes? —Petri la señaló con la cuchara—. ¿Qué es este? ¿Tu primer rodeo?

Lucía se quedó en silencio.

—Piénsalo, de verdad —continuó Petri—. ¿Qué harías si no tuvieras miedo?

Lucía jugueteó con la galleta entre sus dedos, incapaz de darle otro bocado.

—No lo sé.

—Pues, cariño, creo que es el momento de averiguarlo.

46
Monotonía

Era oficial. Su vida entera se estaba yendo al carajo. Lucía no solo no habló con Javier, sino que tampoco logró comunicarse con Marco. El escritor dejó de contestar sus mensajes tan pronto como puso un pie fuera de la isla. Ella podía comprenderlo, pero también intentaba entenderse a sí misma y perdonarse. Vale, había estado mal no ir de frente, pero tampoco le había pedido un riñón ni nada. ¿No podía entender que le costase pedirle cosas después de tantísimos años sin hablar?

Hacía ya una semana que estaba de vuelta en Barcelona y las jornadas largas, las reuniones constantes con Rosa y el ajetreo ahora incontrolable de la oficina la distraían. Pero el problema de las distracciones es que, en algún momento, se acaban. Y entonces, el desastre cae como un alud de realidad.

Marco no respondía. Javier seguía siendo Javier, con su cúmulo de expectativas que no terminaban de encajar con lo que ella quería en una pareja. Y en el trabajo… tenía que elegir entre aceptar un destino que no la convencía o quedarse sin nada.

Un dilema precioso.

El mensaje sin respuesta de Marco quemaba la pantalla de su móvil cada vez que lo desbloqueaba: unas veinte veces por hora. «Lo siento mucho, Marco, de verdad. Te echo de menos». Quiso

escribirle más de una vez un «te quiero, no seas así», o «¿no crees que estás siendo demasiado extremista?», e incluso «¿No decías que seguías enamorado de mí? ¿Tan rápido se te olvida?». Pero luego recordaba que él le pidió tiempo, y que si se comunicaba con ella tampoco tendría nada fantástico que contarle. Todavía.

Encima, estaba Javier. Javier y su irritante perfección. Javier con su «se nota que has estado de vacaciones, ¿eh?» mientras le pellizcaba el abdomen. Javier y sus monólogos constantes sobre las cosas que pasaban en su oficina, con su equipo o sus clientes. Y desde luego, también sus «¿te pasa algo? Te noto distraída».

Sí, claro que estaba distraída. Estaba intentando no perder del todo la cabeza.

Pero, claro, luego ella lo pagaba con el primer ser humano que se cruzaba en su camino: el pobre repartidor del supermercado, que solo había tenido la desgracia de llegar cinco minutos tarde y traerle la compra que «su señor prometido» había encargado. Iría al infierno, estaba claro.

—¿Seguro que no hay un error? —preguntó, mirando las bolsas con la resignación de quien sabe que, en menos de diez minutos, tendrá que escuchar un monólogo sobre la importancia de los ingredientes de calidad.

—No, está todo correcto —respondió el chico, ajeno a su miseria.

Lucía suspiró y firmó el recibo. Luego cerró la puerta y miró el botín con irritación y agotamiento.

Dos bolsas de café en grano de origen etíope, porque el otro daba «notas demasiado terrosas». Pasta importada de Italia, porque la nacional «no tenía la textura adecuada», y ya que de vez en cuando se permitían comer hidratos al menos que fueran de calidad. Unas

anchoas que probablemente habían sido pescadas por dioses mitológicos, porque las normales eran «demasiado saladas». Y, por supuesto, la joya de la corona: agua mineral filtrada a través de rocas volcánicas.

Que vale que el agua de Barcelona no se podía beber, pero ella era feliz con la filtrada. Javier, no. «Que no te extrañe que el tío no beba agua del grifo, Lucía, que eso es de plebeyos», se decía a sí misma, malhumorada.

Desde que regresó de Croacia le irritaban más las peculiaridades de ese hombre con el que llevaba tantos años conviviendo. ¿Por qué? Pues no lo sabía. Quizá porque estaba proyectando en él sus propias miserias. O porque era una cobarde y le frustraba seguir ahí. O quizá su entorno tenía razón y Javier era un poco insufrible. ¿Y si había un poco de verdad en todas esas explicaciones?

Suspiró por enésima vez y empezó a guardar las cosas, sintiendo un picor interno que sabía de dónde venía. Marco no habría dado la lata con la procedencia del agua ni con la acidez desequilibrada del grano. Se habría reído feliz al verla apañar una cena con lo que hubiera en la nevera y luego se lo habría comido todo sin rechistar. O la hubiera hecho él. Y hubiera sido fácil.

Fá-cil.

Muy fácil.

Pero no iba a ponerse nostálgica mientras colocaba en la despensa un tarro de mermelada artesanal con toques de azafrán, aunque ¿quién coño pone azafrán en una mermelada? Quizá el karma estaba haciéndole pagar sus imperfecciones morales y por eso le molestaba todo tanto. ¡Arg! Qué asco de vida.

Javier apareció en la cocina con su impecable camisa blanca —sin una arruga, como siempre— y su expresión de ligero desconcierto.

—¿Ya ha llegado la compra?

—¿No me ves colocándola?

—Espero que hayan traído el café correcto, la última vez…

—Sí, el etíope. Sin notas terrosas.

Él asintió, satisfecho de que las cosas salieran tal y como a él le gustaban.

—Menos mal. Porque, si no, ya sabes que…

Lucía se adelantó a la frase.

—Que no es lo mismo. Que no sabe igual. Que te arruina el desayuno y el día entero.

Él parpadeó, sorprendido.

—Justo eso.

—Te he leído la mente.

Javier no captó la ironía, y, si lo hizo, decidió ignorarla. Se sirvió un vaso de su agua de roca volcánica y bebió un sorbo con la solemnidad de un sumiller evaluando un buen vino.

—Hoy he tenido una reunión interesante.

Lucía respiró hondo.

—Ah, ¿sí?

—Al parecer va a haber cambios en la empresa y se van a abrir oportunidades muy atractivas.

—Qué bien.

—Sí, aunque aún no hay ninguna propuesta en firme. He estado investigando y me he enterado de que…

Empezó el monólogo de siempre hablando de sus compañeros, el politiqueo de su empresa, lo que a él le gustaría, lo que le había

dicho su padre que podría conseguir si movía bien sus cartas… Y, mientras, Lucía siguió colocando la compra.

Tuvo que apretar los labios en más de una ocasión para no contestar algo que lamentaría más tarde.

En algún momento de su vida había encontrado todo eso atractivo: su meticulosidad, su gusto impecable, su forma de moverse por el mundo con la certeza de que siempre elegía lo mejor. En cierto modo, eso significaba que ella formaba parte de lo mejor, aunque no lo fuera, aunque ella nunca se hubiera sentido de esa manera. Pero ahora…, ahora el pecho le oprimía. Experimentaba una sensación de asfixia con cada una de sus disertaciones sobre la excelencia y los grandes planes que le deparaba el futuro.

Se preguntó de nuevo cómo habría acabado ahí. Cómo había pasado de compartir vinos y risas con Marco, en una casa con las paredes llenas de libros, a esto. A un apartamento donde hasta el agua tenía denominación de origen.

Y, por primera vez en mucho tiempo, temió su propia respuesta.

—Cariño, ¿me estás escuchando?

El tono de Javier la sacó de golpe de sus pensamientos. Se dio cuenta de que había estado sosteniendo el mismo paquete de arroz al menos dos minutos, con la mirada perdida en la despensa.

—Sí, claro —dijo, colocándolo en su sitio con una sonrisa automática.

—Ah, porque te noto un poco dispersa últimamente.

Últimamente. Qué gracioso.

—Estoy cansada, eso es todo.

—Bueno, pues deberías dormir mejor. Has estado inquieta estos días. Te mueves mucho por la noche. ¿Te estás tomando la

melatonina que te compré?

Claro, mejor un consejo técnico sobre su insomnio que un «¿estás bien?» o un «¿quieres hablar de lo que te pasa?».

—Sí, claro. No me desvelo aposta —murmuró ella, cerrando la puerta de la despensa con más fuerza de la necesaria.

Javier lo dio por solucionado, y continuó con su perorata sobre los movimientos estratégicos de la empresa. Lucía sintió la irritación crecerle en la garganta como un nudo apretado. Era demasiado. Demasiada autoimportancia, demasiada falta de espacio para que ella existiera como algo más que un satélite en la órbita de Javier. Demasiado vacío.

Sonó su móvil y lo miró sobre la encimera, con el corazón encogido.

Rosa.

Lo agarró con un alivio tan grande que casi se sintió culpable.

—¡Dime!

—Corre.

Lucía frunció el ceño.

—¿Cómo que corre?

—Que vengas a la oficina. Ahora. Tenemos noticias.

—¿De qué?

—De qué no, de quién. Marco nos ha escrito. Te lo cuento todo cuando llegues.

Lucía notó los ojos de Javier clavados en la nuca.

—Voy para allá.

Colgó sin esperar respuesta.

—¿Qué pasa? —alcanzó a preguntar Javier.

—Nada, tengo que ir a la oficina.

—¿Ahora?

—Sí.

Javier suspiró y revisó su reloj con gesto de incomodidad.

—Pensé que podríamos cenar juntos esta noche.

Lucía sonrió, porque sabía que era lo que se esperaba de ella.

—Lo siento, pero es importante.

No se quedó a ver su reacción. Cogió su bolso, le dio un beso rápido y salió, cerrando la puerta con más determinación de la que había tenido en mucho tiempo.

Pidió un Uber. Lo mismo le daba una taquicardia, pero no podía tardar en llegar a la oficina. Cuando salió a la calle, el aire fresco le abofeteó las mejillas. Mientras el coche llegaba, notaba la mente acelerada en una sola dirección. Marco.

¿Qué habría hecho?

Se incorporaron al tráfico, sin importarle demasiado la hora ni la cena que había dejado pendiente. Javier ya habría cambiado su gesto de incomodidad por una resignación condescendiente, el mismo que le ponía cada vez que ella se salía del guion. Y se lo echaría en cara por la noche. Y al día siguiente. Pero le daba igual.

Con eso no se sintió culpable.

No cuando su mente bullía ante la posibilidad de que Marco… ¿Qué? ¿Que hubiera cambiado de opinión? ¿Que hubiera hecho algo inesperado? ¿Que no la odiara del todo?

Revisó de nuevo su teléfono, pero no había novedades.

Al llegar a la oficina, Rosa la esperaba en la puerta, los brazos cruzados y la expresión tan electrificada que Lucía supo, antes de que su amiga abriera la boca, que algo gordo había sucedido.

—¿Qué ha pasado? —soltó, cerrando la puerta de golpe tras ella.

Rosa le puso un papel en la mano.

—Lee.

Lucía se centró en el documento. Recorrió las primeras líneas con el corazón en un puño. Era un contrato. Una oferta. Y un manuscrito inédito cedido en exclusiva para que ella lo editara y gestionara.

Le costaba respirar. Marco.

—Ha cedido los derechos de una obra inédita —dijo su todavía jefa, con una mezcla de incredulidad y emoción contenida—. Es suya. Algo que no ha publicado antes.

Lucía se dejó caer en la silla más cercana, con la cabeza dándole vueltas.

Marco.

Después de todo.

Después de lo que le dijo. De cómo se fue.

La había ayudado.

Y, de repente, no supo si quería reír, gritar o llorar.

47
Impulsos

—No estoy para nada de acuerdo con esto que acabas de hacer.

Mara paseaba alrededor de la oficina en la que se encontraban mientras Marco, sentado en el sillón orejero verde de la esquina, la seguía con la mirada.

—Bueno, te puedes quedar tú con todos los beneficios que dé ese contrato. Como compensación por no firmar el otro.

Mara se detuvo en seco. Sus ojos oscuros lo taladraron con una mezcla de frustración y resignación.

—No es cuestión de dinero, Marco, y lo sabes. Además, no tiro la toalla con el otro tema. Esa es una conversación que seguimos teniendo pendiente para cuando dejes de hacer el imbécil.

Él exhaló, hundiéndose un poco más en el sillón, como si de repente el cansancio le pesara el doble.

—¿De qué es cuestión entonces? Es solo un libro. Uno más. Escribiré otros, fin del problema.

—Has guardado esa novela durante años y rechazado ofertas, protegiéndola como si fuera un maldito tesoro… —Mara lo señaló con un dedo acusador—. ¿Y ahora se la das a ella? ¿Así, sin más?

Marco desvió la vista hacia la ventana. Fuera, el cielo se teñía de un azul oscuro, preámbulo de la noche.

—No sé qué quieres que te diga —murmuró.

—¡Claro que no! Porque te niegas a asumir la realidad, y es que estás tomando decisiones impulsivas y nada inteligentes. ¡Decisiones que nos van a salir caras a ambos!

Él cerró los ojos un segundo, odiaba que Mara lo viera todo tan polarizado.

—Te estoy diciendo que te puedes quedar con todo el dinero que genere esa obra. ¿Contenta? No sé qué más quieres, de verdad. He venido a confesarme. Me desentiendo por completo de esto y te dejo que lo gestiones tú, para que veas que no hay segundas intenciones. ¿Quieres también fustigarme mientras camino de rodillas? Pues, ale, saca el látigo.

—No, Marco. Lo que quiero es que dejes de tirarte de cabeza a lagos helados con los bolsillos llenos de piedras.

Marco le sostuvo la mirada.

—La chica no va a volver. Ya consiguió lo que quería. Porque eso es lo que buscabas con ese gesto de generosidad, ¿no? ¿Te has enamorado?

Marco no respondió. Su mandíbula se tensó, su respiración se volvió más lenta.

—Vaya, ya no somos tan valientes.

Mara sonrió, apenas un destello de satisfacción torcida en la comisura de los labios. Se apartó de la mesa y empezó a caminar por la habitación con una lentitud calculada, como un depredador que ha olido sangre.

—Sabes que tengo razón. —Su voz bajó un tono y adoptó un matiz más íntimo—. No va a volver. ¿Para qué iba a hacerlo? Ya lo tiene todo. Tu confianza. Tu nombre. Tu libro. Ha vuelto a su vida tranquila y te ha dejado atrás, como ya hizo hace tantos años.

Marco se tensó, pero no dijo nada. Mara se detuvo junto a la estantería y deslizó los dedos por los lomos de los libros, sin mirar realmente ninguno.

—Siempre he pensado que eres demasiado generoso, ¿sabes? Demasiado impulsivo con la gente equivocada. —Se giró despacio, apoyó la cadera contra la madera y se cruzó de brazos—. Y demasiado ciego para darte cuenta de quién sí está aquí para ti.

Él soltó el aire con un suspiro cansado y se pasó una mano por la cara.

—Mira, lo hecho, hecho está. Dejemos el tema.

—No. Escúchame.

Marco no se movió cuando ella se inclinó hacia él, colocó las manos en ambos brazos del sillón y lo atrapó sin encerrarlo del todo. Olía a su perfume, un aroma elegante con un fondo especiado.

—Tienes que dejarla ir —susurró—. Y tienes que dejar de hacerte daño así.

Marco sostuvo su mirada sin pestañear, pero Mara vio la grieta. Esa duda minúscula que asomó en su expresión antes de que él volviera a erguirse en el sillón, acortando la escasa distancia entre ambos.

—¿Y qué sugieres? —preguntó con voz grave y desafiante.

—Que permitas que te ayude.

La frase quedó suspendida entre ellos, cargada de posibilidades. Marco había aprendido a reconocer ese filo envuelto en terciopelo que usaba cuando quería llevarlo a su terreno.

No tenía energía para eso. Ni para ella.

—Juntos…

Marco no se movió. No porque no pudiera, sino porque no quería darle la satisfacción de pensar que la proximidad le afectaba. En otro momento, en otro contexto, quizá se habría reído. Porque si había algo que jamás le había pasado con Mara era sentir el menor atisbo de atracción. Ella siempre estaba ahí, perfectamente compuesta, eficiente, con su mirada analítica diseccionándolo todo. Pero su presencia no le removía nada. No le aceleraba el pulso. No lo dejaba con la piel en llamas.

No como Lucía.

Joder.

Su mandíbula se tensó y bajó la vista un segundo, lo justo para esquivar la expresión cargada de significado que le dirigía Mara. Pero ella ya lo había visto. Y él lo supo cuando su cuerpo se alejó un poco, cuando la tibieza calculada de su voz se tornó más fría.

—Haz lo que quieras, Marco. Pero luego no vengas a llorarme.

La vio erguirse, recomponerse, con esa media sonrisa que nunca sabía si era burla o autodefensa. Pero se fijó en cómo sus dedos se cerraron en un puño antes de dirigirse hacia la puerta.

No intentó detenerla.

Cuando la puerta se cerró tras ella, el silencio se estiró a su alrededor, denso e incómodo.

Podría haber discutido más. Podría haberle dicho a Mara que no tenía ningún derecho a cuestionar sus decisiones personales. Que si había cedido ese manuscrito a Lucía era porque así lo había querido, no porque ella se lo hubiera arrebatado.

También, porque no sabía cómo negarle nada.

Y, al final, ¿para qué hacerlo?

Le daba rabia, pero él ya lo tenía todo. Le había dolido su actitud y la manera que tuvo de pedírselo, pero no quería perderla o que sufriera por su culpa. Bastante duro era estar en esa casa que, de repente, era demasiado grande, oliendo todavía el perfume de Lucía en sus sábanas y recordando la forma en la que le había suplicado que no se despidieran así.

Se pasó una mano por la cara, exhalando un suspiro largo y agotado. También él abandonó el despacho.

white1

Llevaba días atascado en la más absurda de las rutinas. Cosas que antes hacía sin pensar —preparar café, responder correos, salir a correr— se habían convertido en pequeños campos de batalla en los que su mente lo traicionaba una y otra vez.

El café le recordaba a las mañanas con Lucía bajo la pérgola, cuando ella robaba sorbos de su taza y ponía esa cara de culpa fingida que siempre terminaba en una sonrisa.

Los correos estaban llenos de asuntos pendientes que ni siquiera quería leer, porque la mitad de ellos eran sobre ese maldito contrato del que no quería oír y del libro que había dejado en manos de Lucía.

Correr… Bueno, correr ya no servía para nada. No importaba cuántos kilómetros hiciera, su cabeza seguía llena de Lucía. De lo que había pasado. De lo que habían dicho. De lo que no.

Y de sus mensajes.

De los que ella le había mandado y él aún no había respondido.

Los leía casi al instante, claro. El último rezaba un «Marco, por favor, dime algo». Cinco palabras que parecían una súplica. Cinco

palabras que se le habían quedado atascadas en la garganta, haciéndole sentir aún más contradictorio.

Porque sí, se sentía traicionado. Pero también…, también la extrañaba de una forma que rozaba lo insoportable.

Y cuantas más horas y días pasaban, más difícil era responder. ¿Qué podía decirle ahora? ¿Que estaba jodido? ¿Que no sabía si quería verla? ¿Que odiaba que su ausencia lo descolocara tanto? ¿Que no sabía si podía fiarse de ella?

No.

No podía decirle nada de eso.

Así que mantenía el silencio.

Una tarde recibió una llamada de la enfermera que cuidaba de su tía.

—Hola, Marco, espero que estés bien —lo saludó con voz tensa—. Tu tía Irina lleva un tiempo peor y la van a ingresar al menos unos días. ¿Crees que podrías pasarte por el hospital?

—¿Qué le ocurre?

—Los médicos dicen que es una neumonía, pero con su edad ya sabes que cualquier cosa es un riesgo. Está insoportable. No quiere que nadie la toque, no quiere hablar con los médicos, no quiere nada. Pero ha preguntado por ti.

Marco suspiró. Siempre había sido así de estirada y orgullosa, con ese carácter de acero que la mantenía en pie a pesar de los años y las enfermedades.

—Voy para allá.

—Ven con paciencia. Y, si puedes, con algo que la entretenga. Lleva tres días quejándose de todo y de todos.

Marco colgó y se frotó la cara con las manos.

Genial. Justo lo que necesitaba: lidiar con una anciana cascarrabias mientras intentaba no perder la poca estabilidad que le quedaba.

El hospital olía a desinfectante y rutina. Marco avanzó por los pasillos con las manos en los bolsillos, sintiendo la presión de aquella atmósfera gris y estéril a cada paso. No había nada más deprimente que un hospital, pensó. Excepto, quizá, su propio estado de ánimo.

Cuando llegó a la habitación de su tía, la encontró sentada en la cama con los brazos cruzados y una expresión de fastidio absoluto. Llevaba el camisón del hospital con la misma dignidad con la que solía llevar sus blusas de seda y su eterna cadena de perlas, pero su mal humor era evidente.

—Ya era hora —soltó en cuanto lo vio.

—Buenas tardes, tía Irina. Yo también me alegro de verte.

—No empieces con sarcasmos, muchacho. Estoy rodeada de incompetentes. Médicos que creen que pueden darme órdenes, enfermeras que me tratan como si fuera una niña. Y tú, que tardas una vida y media en aparecer.

Él se dejó caer en una silla junto a la cama con un suspiro.

—Te ingresan por neumonía y, en lugar de preocuparte por tu salud, te dedicas a aterrorizar a todo el personal del hospital. Muy en tu línea.

Irina chasqueó la lengua y apartó la vista hacia la ventana.

—Si me trataran con un mínimo de respeto, no habría necesidad de aterrorizar a nadie.

Marco sonrió. Le reconfortaba verla así: llena de carácter, incapaz de ceder ni un milímetro de su orgullo.

—Lena me dijo que preguntaste por mí.

Ella volvió a mirarlo, esta vez con una pizca de curiosidad, como si calibrara cuánto admitir. Finalmente, suspiró.

—No me gusta deberle favores a nadie.

—¿Y yo qué te debo?

—Por ahora, nada. Pero ya que has venido, al menos haz algo útil y tráeme un café decente. Esta agua sucia que me sirven aquí es una ofensa.

Marco rio por primera vez en días.

—Si eso significa que vas a seguir dando guerra, con gusto te lo traigo.

Se puso de pie y se encaminó a la cafetería del hospital. Mientras esperaba su turno en la fila, notó que algo dentro de él se había soltado un poco. No era felicidad ni alivio. Pero al menos sí un respiro.

48
La verdad sobre la mesa

Lucía siguió mirando el contrato, incapaz de procesar lo que significaba.

Marco no había desaparecido.

Marco le había cedido una obra inédita.

Marco…, después de todo, aún le estaba dando algo.

Sintió el pulso en las sienes, en la garganta y en la yema de los dedos. No podía quedarse ahí sentada sin hacer nada, pero tampoco sabía cuál era el siguiente paso.

Rosa se acomodó en la silla frente a ella y apoyó los codos en la mesa.

—¿Me vas a contar qué cara es esa o tengo que adivinarlo?

Lucía abrió la boca, pero no supo por dónde empezar. Miró de nuevo el documento, como si ahí estuviera la respuesta, pero solo encontró más preguntas.

Rosa ladeó la cabeza y chasqueó la lengua.

—A ver, Lucía. No es tan difícil. Te acaba de caer un puto regalo del cielo, y en vez de estar celebrándolo, pareces a punto de vomitar. ¿Qué pasa?

Lucía soltó el aire de golpe.

—Me acosté con él.

El silencio cayó en la oficina como un bloque de cemento. Rosa parpadeó, la expresión congelada a medio camino entre la sorpresa y el «pues claro».

—¿Perdona?

—Con Marco. Me acosté con Marco.

—Sí, eso lo he entendido. Lo que no entiendo es por qué me lo dices como si confesaras un asesinato.

Lucía se cubrió la cara con las manos y apoyó los codos en la mesa.

—Ya sabes por qué.

—No, no lo sé.

—Javier.

—¿Qué pasa con él?

—¿Cómo que qué pasa con él? Lo sabes perfectamente.

—La verdad es que creo que no tenemos impresiones parecidas sobre lo que pasa.

Lucía se quedó perpleja y levantó la vista hacia ella con frustración.

—¿Qué quieres decir?

Rosa se encogió de hombros.

—¿Quieres que sea sincera?

—Siempre.

—Pues lo siento, Lu, porque decir esto en voz alta me expone a que te enfades conmigo mucho, pero llevo años sintiendo que Javier no es para ti. Que nunca lo ha sido.

Lucía apretó la mandíbula.

—Eso tampoco justifica lo de Marco.

—No, pero me alegra que, por una vez, actuaras según lo que sentías y no según lo que se esperaba de ti. —Rosa le sostuvo la mirada—. Que te hayas dado cuenta de que en tu relación hay una grieta no es malo. Y de que hay vida más allá del estirado de Javier, tampoco. No sé, cariño, pero me muerdo la lengua cada vez que vienes a la oficina frustrada o resignada por las decisiones que él ha tomado y que os involucran a ambos, o la presión que intenta siempre ejercer sobre ti para que realices los cambios que él considera correctos, o esa manera sutil y sibilina que tiene de hacerte sentir que no vales lo suficiente.

—No es tan así…

—Ah, ¿no? Dime que no sientes que Javier es mejor que tú.

Lucía se quedó callada. Rosa prosiguió:

—Dime que no te presiona y te acusa de ser poco ambiciosa, o te hace sentir culpable para que sigas su ritmo. Dime que no te sientes pequeña cada vez que él toma una decisión sin consultarte, como si tu opinión fuera secundaria o, peor aún, irrelevante. Dime que no te sientes agotada, tratando de cumplir constantemente con sus expectativas mientras te olvidas de las tuyas.

—No puedo —dijo en voz baja tras unos segundos.

—Es normal que te sientas confundida, Lu. Pero ¿no crees que te mereces algo mejor que esta…, esta vida de película que te ha montado él?

Lucía no sabía qué hacer con todo eso. Los pensamientos se agolpaban en su mente, pero no lograba organizar ninguno de ellos. El contrato seguía ahí, frente a ella, como si fuera la clave para abrir una puerta que no se atrevía a cruzar.

Rosa esperó un momento y añadió suavemente:

—Solo te pido que pienses lo que quieres de verdad. En lo que te hace sentir bien a ti, sin preocuparte por lo que otros esperen o piensen que deberías hacer. Porque al final nadie puede vivir tu vida más que tú.

—Es todo muy complicado.

—Nadie dijo que fuera fácil, pero, aunque tú no lo veas, tienes delante de ti una oportunidad maravillosa. Te acaban de ceder un texto inédito del escritor de moda, lo que te va a ayudar a la hora de negociar condiciones con Universo. ¿No conociste a Carla Lorenzo hace unas semanas? Juega tus cartas, joder. Mira, Lu, te voy a ser sincera. Me hubiera encantado seguir con Alumbra y cederte su dirección en unos años, pero viendo cómo está la industria… ¿habría sido siquiera una buena idea? Vender la empresa es un *win-win* para todos. A mí me da la opción de retirarme a beber daiquiris, si quiero, en un chalecito en la costa, y a ti, de seguir creciendo. Porque tienes muchísimo potencial y muchísimas cosas aún por vivir, pero eres tú quien tiene que decidir cuáles de ellas quieres que sean tuyas.

—No sé si seré capaz de… —balbuceó Lucía con su voz quebrada por la incertidumbre.

—Claro que eres capaz. Lo único que tienes que hacer es dejar de pensar que todo lo que estás haciendo es un error. No todo lo que es nuevo es peligroso, ni todo lo que te hace sentir incómoda es una amenaza. La vida es eso: un riesgo. No se te está pidiendo que cambies el mundo, solo que tomes el control de lo que puedes. Y que, por una vez, seas un poquito egoísta. Nada más.

Lucía apretó los labios y miró el contrato. No era solo una obra inédita lo que estaba en juego. Era su futuro. Sus decisiones. Su vida.

Se incorporó con lentitud, sin dejar de mirar aquel papel. Algo en su interior se estaba despertando, como una llama que empezaba a iluminar su oscuridad interna. La incomodidad, el miedo, la culpa…, todo eso seguía ahí, pero cada segundo que pasaba crecía la sensación de que estaba ante algo que había estado esperando sin saberlo.

—¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar? —preguntó, como si, de alguna manera, Rosa tuviera todas las respuestas.

—Lo que haría yo sería aceptar el riesgo. Me lanzaría al vacío, sin saber si voy a caer o volar. Porque el no saber es lo que le da sabor a todo. El miedo es solo un recordatorio de que estás viva, Lu, de que las cosas están pasando, de que aún tienes algo por hacer. Y aunque la vida no siempre sea justa, y las cosas no salgan como uno espera, lo que cuenta es que no te quedaste quieta. Que buscaste avanzar. Y que te hiciste sabia por el camino.

Lucía recibió las palabras de Rosa como si fueran una especie de ancla.

—¿Y después? —preguntó.

—Después solo te tienes que ser fiel a ti misma.

Lucía acarició ese papel que era mucho más que un trozo de celulosa. Era una llave que, aunque pesara, le abría la puerta a lo que podía ser una vida diferente.

—Voy a hablar con Carla —dijo con voz más firme, aunque temblorosa—. Voy a intentarlo.

Rosa sonrió y dio un paso hacia ella.

—Intentarlo, no. Vas a hacerlo. Y, si te caes, me avisas, que vendré corriendo a levantarte. Ahora te toca volar.

Cuando llegó a casa, era tarde. Javier ya dormía y reinaba el silencio. Dejó las llaves sobre la encimera con un sonido hueco y se quedó ahí, de pie, mirando alrededor como si viera aquel espacio por primera vez. Su hogar. Su vida ordenada. Todo seguía en su sitio, pero ella notaba que algo ya no encajaba. Que de alguna manera había dejado de hacerlo.

Entró a la habitación con sigilo y se deslizó entre las sábanas tratando de no despertar al hombre que, de repente, sentía como un extraño junto a su cuerpo. Su corazón latía a toda velocidad y por su cabeza repiqueteaban mil ideas absurdas. Se obligó a cerrar los ojos.

—¿Qué era eso tan importante por lo que me dejaste tirado? —le susurró Javier desde el otro lado del colchón. Lucía se giró hacia él.

—Marco Novak nos ha cedido un manuscrito, ¡Alumbra podría salvarse!

Javier, por toda respuesta, se dio la vuelta sin pronunciar ni una palabra.

Imbécil.

Mañana.

Mañana llamaría a Carla.

49
Tomando las riendas

Lucía revisó el número en su pantalla y tomó aire antes de pulsar el botón de llamada. No estaba en su mejor momento emocional, pero no podía permitirse más dilaciones. Si iba a dar este paso, tenía que hacerlo con firmeza.

—¿Diga? —La voz de Carla Lorenzo al otro lado del teléfono era serena y profesional.

—Hola, Carla. Perdona que te llame así, de repente. Soy Lucía Badal, nos conocimos hace unas semanas cenando en el Jacqueline.

—¡Lucía! Pues claro que me acuerdo. Tenía la esperanza de que te decidieras a llamarme un día de estos. ¿Cómo estás?

—Bueno, con la vida patas arriba, para no variar, pero también con buenas noticias.

Hubo una pequeña pausa.

—Me alegra escuchar eso, de verdad. ¿Debo entender que te has replanteado lo que te comenté cuando nos conocimos?

—Quizá sí. ¿Tienes tiempo para un café? Hay algo que quiero hablar contigo y preferiría hacerlo en persona.

—Por supuesto. Hoy estaré fuera hasta tarde, pero mañana tengo la mañana más o menos libre. ¿Tienes hueco tú?

Quedaron a las once en una cafetería monísima cerca de Urquinaona.

El lugar era tranquilo, lejos del bullicio de la oficina. Cuando Lucía llegó, a pesar de hacerlo casi diez minutos antes de la hora acordada, Carla ya la esperaba en una mesa junto al ventanal, con su porte elegante y una taza de café entre las manos. Trató de infundirse ánimos a sí misma con una respiración profunda antes de presentarse frente a la editora para jugar sus cartas tal y como se había propuesto. Al cruzar la puerta de la cafetería, la campanita que colgaba sobre ella había anunciado su llegada, y varias personas se giraron a mirarla. Mientras avanzaba hacia la mesa, observó a Carla, una mujer que había alcanzado el éxito y ostentaba una calma sin esfuerzo aparente. Lucía intentó relajar su respiración, pero los nervios no la dejaban en paz. Se acercó con una sonrisa que aparentaba ser natural, aunque se notase la tensión que la acompañaba.

—¡Hola! —dijo con una voz un poco más aguda de lo que le hubiera gustado.

—Lucía, qué gusto verte. —Se levantó para darle dos besos en las mejillas. Aquel gesto le pareció en ese momento una señal de confianza—. Siéntate, por favor. ¿Café? ¿Algo para comer?

—Un café está bien, gracias.

Carla hizo un gesto a la camarera para que les tomara nota. Todo parecía estar en su sitio, cada detalle cuidado con mimo. Era el tipo de lugar que invitaba a pensar, a leer o incluso a disfrutar del silencio.

—Es mono, ¿verdad? El local lo lleva una prima mía. Me encanta venir aquí cuando necesito perder de vista la oficina o los problemas del mundo, tú ya me entiendes.

Carla pidió el café a la camarera con exquisita educación. Después dejó pasar unos segundos antes de retomar la conversación.

—Entonces ¿qué tal todo? ¿En qué puedo ayudarte?

Lucía respiró tres veces. Lo que iba a decir no era sencillo, pero ya no había vuelta atrás. Recordó las palabras de Rosa: «¡Juega tus cartas!». Ese era el momento, y, con firmeza, fue al grano.

—Hace unos días me ofrecieron algo que no esperaba. Un texto inédito de Marco Novak. Y aunque intenté conseguirlo para ayudar a Alumbra, imagino que ya sabrás que Rosa ha vendido y que estamos en proceso de absorción.

Carla evaluaba cada una de las palabras que Lucía pronunciaba frente a ella.

—Vale, eso suena… interesante. Pero por lo que me ha contado tu prometido, tú no estás muy feliz con la idea de ser parte de Universo. ¿O me equivoco?

—Lo que quiero, Carla, es… un cambio. No quiero que decidáis vosotros cuál será mi puesto a partir de ahora, sino llegar a un acuerdo que nos beneficie a ambos. Me gustaría tomar las riendas de mi carrera y dejar de estar siempre a la sombra de los demás. Quiero crecer dentro de la industria, pero sin vivir anclada a una oficina. Ahora mismo estoy en un momento extraño. Me estoy haciendo muchas preguntas y, aunque quiero ser inteligente y jugar mis cartas en esta partida, no te negaré que aún no tengo todas las respuestas que busco. Me gustaría dar pasos hacia delante, y seguir invirtiendo en mi futuro, pero con espacio de maniobra. No sé si me entiendes.

—La verdad es que no.

Lucía dejó la taza sobre la mesa con suavidad y cruzó las manos.

—Me gustaría tu consejo sobre cómo abordar este asunto. Y… algo de flexibilidad en el proceso.

—Entiendo.

Carla la observó un instante largo, sin apresurarse a responder. Lucía no podía leer su expresión, pero había algo en su mirada que la hacía sentir como si estuviera desmenuzando cada palabra que acababa de decir.

—Sabes, Lucía, en este negocio, tener la oportunidad de contar con alguien como Marco es un regalo que no aparece todos los días. Como ya te dije, admiro mucho tu trabajo y me encantaría echarte un cable. Si quieres, déjame investigar un poco qué opciones tenemos disponibles ahora mismo y ver cómo puedo ayudarte.

—Si quisierais publicar la novela con otro sello, tendría que hablarlo con él antes. Pero todo lo que puedas hacer por mí te lo agradeceré mucho.

Lucía sintió una oleada de alivio mezclada con ansiedad. Aquel había sido el primer paso, pero no sería el último. Carla le dedicó una sonrisa amable, con una suavidad nueva en su expresión.

—¿Qué te parece si nos encontramos este viernes para comer? Mándame el manuscrito de Marco si puedes y tu currículum, y yo voy a ver qué teclas puedo tocar y qué opciones considero que podrían encajarte de ahora en adelante.

Lucía respiró hondo.

—Me parece fabuloso.

—La compra de Alumbra no ha sido un simple movimiento estratégico. Universo quiere absorber la estructura, sí, pero necesita sangre nueva. Y creo que esto puede ser muy bueno para tu carrera.

Carla sonrió como un lobo que acaba de ver moverse a su presa. Lucía sintió que la presión en su pecho cambiaba de naturaleza. Ya no era miedo. Era anticipación.

—¿A qué te refieres?

Carla removió el azúcar del fondo de su taza.

—A que si juegas bien tus cartas, esto será solo el principio.

El aire olía a café recién molido y a oportunidades que Lucía no pensaba dejar escapar.

Los siguientes días los pasó en un estado de inquietud constante, como si caminara sobre un suelo que en cualquier momento pudiera derrumbarse bajo sus pies.

Todas las mañanas se despertaba con la firme determinación de hablar con Javier, nerviosa por la cantidad de variables que tenía en ese momento sobre la mesa. Y todas las noches sin excepción se metía en la cama sin haberlo hecho.

Siempre había una excusa.

Un mal día en la oficina.

Un cansancio repentino.

No es que Javier fuera demasiado perceptivo cuando se trataba de ella, pero sí lo suficiente como para notar que algo no iba bien.

—Estás rara —le decía cada vez más a menudo.

—Estoy cansada —contestaba ella.

Y no es que no quisiera hablar con él, pero estaba asustada. Acojonada. Intimidada. Aterrada. Inquieta. Y, como resultado, las palabras se le atascaban en la garganta cada vez que intentaba abordar el tema con él. Se repetía a sí misma que tenía que ser honesta, que no podía seguir sosteniendo la mentira, pero cada vez

que él entraba en la habitación, o se acostaban juntos en la misma cama con esa expresión de normalidad, el miedo la paralizaba.

Eso la asfixiaba. Cada día la culpa pesaba más sobre su pecho, y ella, atrapada en su propio cuerpo, ya no podía sostenerlo más.

Y además la ausencia de Marco era una presencia constante, una herida que no dejaba de doler. No podía borrar el recuerdo de su cuerpo junto al suyo, ni la manera en que la había mirado antes de que todo se fuera a la mierda. Por las noches se acurrucaba en la cama junto a Javier y cerraba los ojos, pero en su mente no veía el rostro de su pareja. Veía al escritor. Sentía su voz, su piel, su deseo… y la culpa carcomiéndole los huesos.

Cada vez que el teléfono sonaba, su corazón daba un vuelco irracional, esperando que fuera él, como si aún creyera que todo esto tenía solución. Pero Marco no llamaba. No aparecía. Solo le había dejado ese maldito contrato, ese regalo envenenado que le recordaba que, de alguna manera, aún estaba en su vida y, al mismo tiempo, ya no.

Rosa empezó a preocuparse. Todos lo hicieron.

—Lu, cariño —le dijo un día, con una suavidad inusual—. No quiero meterme donde no me llaman, pero te noto… mal. Y no me refiero solo a lo de Javier. Estás más delgada. Tienes ojeras. No puedes seguir así. ¿Habéis hablado ya?

Lucía negó con la cabeza, como si con eso pudiera disipar la conversación.

—Estoy bien. Solo son muchas cosas a la vez.

—Eso ya lo sé —replicó Rosa, cruzando los brazos—. Pero esto va más allá de estar estresada. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste bien? Quizá necesitas ir al médico o…

Lucía sintió el calor subiéndole al rostro.

—Estoy bien. De verdad.

—Como quieras —se resignó Rosa, bajando la voz, con una ternura que casi la desarmó—. Sé que no puedo obligarte a hacer nada, pero escúchame: no puedes seguir castigándote así.

Lucía apretó la mandíbula y asintió sin mirarla.

—Habla con él.

No estaba lista para hablar. No estaba lista para enfrentar nada.

Pero pronto no le quedaría más opción.

Aquella noche, mientras cenaban en silencio en la mesa de la cocina, Lucía dejó el tenedor sobre el plato y tomó aire. Esa tarde su estómago se negó a retener la comida. Y le dio arcadas el café. Estaba agotada. Si su cuerpo estaba tratando de castigarla por infiel, asumiría las consecuencias. No podía seguir callando la pena tan grande que le crecía por dentro junto con el cansancio demoledor que la embargaba.

—Tenemos que hablar.

Javier, que estaba mirando el móvil con una mano mientras con la otra intentaba cortar un trozo de carne, levantó la vista con expresión distraída.

—Dime.

—No, en serio. Quiero decir…, necesito que hablemos de nosotros.

Javier tardó un par de segundos en reaccionar. Terminó de masticar y luego dejó el cuchillo sobre el plato con una calma que a Lucía le pareció insoportable. Puso el móvil a un lado y la miró con una leve impaciencia.

—¿Qué pasa con nosotros?

Lucía había ensayado esta conversación en su cabeza un millón de veces, pero, ahora que estaba frente a él, todo se le atragantaba.

—Creo que no estamos funcionando.

Javier parpadeó, como si no hubiera escuchado bien.

—¿A qué te refieres?

—Pues… a nosotros. No…, no estoy segura de querer seguir adelante con la boda. —Javier la miraba con los ojos muy abiertos. Alucinando—. Necesito un tiempo para pensar.

—Para pensar ¿en qué? —Él resopló, echándose hacia atrás en la silla—. No entiendo. ¿Esto ahora a cuenta de qué? ¿De dónde sale esta tontería?

A Lucía se le erizó la piel.

—No es ninguna tontería. Yo… Me siento atrapada. Y no estoy siendo justa.

Javier soltó una risa breve, incrédula.

—Atrapada.

Lucía asintió y una lágrima empezó a rodar por su mejilla.

—Sí. De repente es como si todo en mi vida estuviera ya decidido, y yo solo me estuviera dejando llevar por la corriente sin preguntarme si es lo que de verdad quiero. Y no, cuando me lo pregunto no estoy segura de querer todas las cosas que estáis pensando los demás. No estoy segura de querer seguir siendo esta Lucía mucho más tiempo.

—Pero, Lu, hemos hablado de esto muchas veces. Sabes que siempre hemos tenido un plan.

—Tu plan.

Javier entrecerró los ojos.

—¿Perdona?

Lucía sintió una mezcla de rabia y tristeza subiendo por su garganta.

—Que siempre hemos seguido tu plan, Javier. Tú decidiste dónde vivir, cuándo era el momento de dar el siguiente paso, tú decidiste qué era lo mejor para nosotros. Y yo…, yo siempre me he ido adaptando a ti. Estoy cansada.

Javier bufó.

—Esto es absurdo. Si tenías algún problema con nuestra vida, ¿por qué no lo has dicho antes?

—Porque ni siquiera me daba cuenta.

Él negó con la cabeza, cruzando los brazos.

—Esto no tiene sentido, Lucía. Has estado rara, sí, pero pensé que era por el trabajo. Ahora vienes con esto de que necesitas tiempo, como si estuvieras buscando una excusa para… —Se interrumpió—. Espera.

Lucía sintió el vértigo justo antes de la caída.

—¿Qué?

Javier la miró con fijeza.

—¿Hay alguien más?

El silencio se alargó como una confesión.

Su prometido se inclinó hacia ella, con el rostro desencajado.

—No me lo puedo creer —dijo más para sí que para nadie—. ¡En serio! Dime la verdad.

El corazón de ella se encogió en un puño. Sentía la garganta seca, la piel ardiendo, las manos temblando.

—Sí.

Esas dos letras explotaron entre ellos.

Javier parpadeó, como si no hubiera entendido bien.

—¿Sí?

—Me acosté con Marco. Pero esto no es por él, es por mí. Yo…

El cubierto en su mano se deslizó con un ruido seco sobre la mesa. Javier no dijo nada al principio, pero su respiración se hizo más fuerte, más densa.

—Tienes que estar de puta broma. —Se levantó casi de un salto y se quedó quieto junto a la mesa. Como si su cuerpo estuviera procesando lo que acababa de escuchar—. Debe de ser una broma.

Lucía sintió un temblor en las piernas. No pudo responder.

—¿Por eso llevas ausente desde que volviste de Croacia? No me lo puedo creer.

Javier empujó su silla con tal fuerza que casi la tira al suelo.

—Dime que es una broma.

Lucía negó con la cabeza, incapaz de hablar. Las lágrimas corrían ya sin límite por sus mejillas. Él se pasó una mano por la cara y soltó una carcajada amarga.

—Claro, todo encaja. Tu malestar, tus dudas, esta mierda del tiempo. Dios, Lucía. Qué cliché y qué vergüenza.

Ella sintió un ardor en el pecho.

—No es así…

—¿No? —No la dejó acabar y la miró con furia—. ¿Entonces cómo es? Porque lo único que veo aquí es que te follaste a otro y ahora vienes a pedirme un tiempo para «pensar». ¿Qué pasa? ¿Que quieres follártelo más veces antes de que nos casemos? ¿Es eso?

Lucía cerró los ojos un instante.

—No fue algo planeado.

Javier soltó un bufido.

—¿Se supone que eso tiene que hacerme sentir mejor?

—No —susurró, con la voz quebrada—. No sé. Yo… lo siento, de verdad, no sé qué me ha pasado, pero ahora mismo no estoy segura de querer seguir adelante con la boda.

Javier la miró, respirando fuerte, como si estuviera conteniéndose. Luego se pasó la lengua por los dientes, con una sonrisa que no contenía ni una pizca de humor.

—¿Sabes qué? No hace falta que te tomes ese tiempo. Te lo regalo.

Lucía sintió un frío helado que le atravesaba la espalda.

—Javier…

—No —la cortó él, levantando una mano—. No quiero escucharlo. No quiero excusas, ni justificaciones, ni mierdas de esas. Tomate todo el puto tiempo que quieras. Tú y yo hemos terminado.

Su mirada era pura decepción, pura rabia contenida.

—Espero que tu Marco haya valido la pena. Al final resultaste ser más inmadura de lo que pensaba.

Y con eso, agarró las llaves y salió, dando un portazo.

Lucía se quedó allí sentada, con el sonido de su propia respiración entrecortada y el vacío instalado en su pecho. Miró su plato con una concentración exagerada, como si el arroz con verduras fuera un enigma por resolver. Y en menos de dos minutos tuvo que correr al baño cuando su estómago decidió castigarla.

Otra vez.

Esa misma noche llamó a Pol y a Brandon. Con un hilo de voz les solicitó su ayuda. Se estaba hundiendo y tenía miedo de hacerlo sola. Ellos no preguntaron nada. Corrieron a su lado y le abrieron las puertas de su casa.

50
Atorado

Hay quien cree que el mundo es plano. Hay quien debate sobre la existencia de multiversos, sobre energías invisibles que guían nuestros pasos y sobre un destino escrito en alguna fuerza cósmica inasible. Hay quien está convencido de que todo, de una forma u otra, tiene sentido.

Pero Marco nunca había sido una de esas personas.

Si algo había aprendido es que el mundo era caótico, sin estructura ni reglas claras. Que la gente se iba sin despedirse. Que las palabras llegaban tarde o nunca. Que, a veces, daba igual cuánto te esforzaras porque las cosas simplemente no salían bien.

Aun así, había días en los que le gustaba imaginar que existía otro universo.

Uno en el que su mente no se sentía como una jaula.

Uno en el que las palabras no se le atoraban en la garganta ni en la página en blanco.

Uno en el que su móvil no estaba lleno de mensajes sin contestar y el silencio entre él y Lucía no se volvía más intolerable cada minuto que pasaba.

Pero en este universo, en el real, lo único que hacía era sentarse en el borde de la cama, con la mirada perdida en la pared, el portátil

cerrado sobre las piernas y el mismo nudo en el pecho que llevaba semanas apretándole el cuerpo.

Estaba bloqueado. Mucho.

Y no solo para escribir. Para todo.

Quizá en algún universo paralelo su vida tendría sentido.

Quizá en una de esas dimensiones existía otro Marco libre de ese bucle de pensamientos que no lo conducían a ninguna parte. En ese otro mundo las piezas encajarían con precisión quirúrgica y habría sabido qué decir. Habría abierto el ordenador, habría puesto los dedos sobre el teclado y las palabras habrían fluido sin esfuerzo.

Pero en su dimensión, en esa que le tenía tan desesperado desde hacía semanas, no encontraba el sentido a nada.

Había abierto el portátil cinco veces en la última hora y lo había cerrado otras tantas. La pantalla en blanco le recordaba a un abismo. Tenía fechas de entrega que por primera vez en siglos no estaba seguro de poder cumplir, contratos que no quería firmar, una agente que le hacía la vida imposible y un teléfono lleno de mensajes de Lucía que no sabía cómo responder.

Desde que todo explotó, había intentado seguir con su vida como si nada, como si pudiera convencerse de que todo estaría bien si ignoraba su herida con suficiente fuerza. Pero no le había servido de mucho.

Cada vez que cerraba los ojos, seguía viéndola.

Se despertaba en mitad de la noche con su voz dando vueltas en su cabeza, con recuerdos que no habían pedido permiso para volver. Con las ganas de escribirle y con el miedo a hacerlo bloqueándole el cuerpo.

Porque… ¿qué iba a decirle?

«Siento haber reaccionado así» no era suficiente.

«Te echo de menos» era una verdad que le asfixiaba, pero que mostraba una vulnerabilidad con la que no se sentía cómodo.

«¿Crees que podemos arreglarlo?» sonaba como una petición demasiado grande para alguien que estaba prometida a otro.

Así que no dijo nada.

Dejó que los días pasaran, que los mensajes se acumularan y que el peso de su propio silencio le aplastara.

Y, en medio de todo eso, su tía seguía en el hospital, y él recluido en su casa de Zagreb para poder visitarla. Había visto a sus amigos y todos sin excepción le preguntaron por Lucía y le comentaron lo bien que les había caído y lo mucho que les había gustado conocerla.

Esas palabras le hacían tanta ilusión como daño.

Y ahí estaba. Con la mirada perdida en la pantalla apagada del portátil, el móvil al lado de la almohada y la certeza absoluta de que, hiciera lo que hiciera, nada iba a ser suficiente.

Soltó un largo suspiro y enterró la cara entre las manos.

Tenía que salir de esa casa.

Moverse. Hacer algo. Lo que fuera.

La visita al hospital se había convertido en su única excusa para no dejarse engullir del todo por sus pensamientos. Por eso, recogió sus cosas y tomó el camino del hospital. Encontró la planta donde estaba ingresada su tía tranquila, con ese ambiente habitado por máquinas, murmullos y pasos apresurados.

—Vaya, has venido —soltó Irina cuando lo vio entrar, con esa voz rasposa y llena de sarcasmo que, a pesar de todo, seguía teniendo algo de ternura.

—Si no vengo, me acusas de ser un mal sobrino —respondió él, dejando su chaqueta en la silla junto a la cama—. Si vengo, me hablas como si ya no esperases mi visita. No hay forma de ganar contigo, ¿eh?

Ella se encogió de hombros y lo miró de arriba abajo. Marco se sentó en la silla y se dejó caer hacia atrás con un suspiro.

—¿Cómo te encuentras?

—Vieja. ¿Y tú?

—Lo mismo, pero sin la parte de la vejez.

Irina resopló con una media sonrisa.

—Bueno, bueno. ¿Y el libro nuevo cómo va? ¿Puedo presumir ya de ti con las enfermeras?

—Todo bien.

—¿Seguro? Tienes cara de acelga pocha.

—Están siendo unas semanas complicadas.

—No estás durmiendo…, ¿qué pasa? ¿Has vuelto a tener problemas con Mara?

Marco paseó la mirada por la habitación. No se sentía con ganas de contarle a su tía el infierno en el que se había convertido su vida en las últimas semanas.

—Es… complicado.

Irina dejó escapar un suspiro y se acomodó en la cama.

—Pues yo tengo todo el tiempo del mundo, así que…

—No es tan fácil.

—Nada lo es —replicó Irina—. Pero a veces, complicamos más las cosas porque no queremos enfrentarnos a ellas. A ver, cuéntame qué os ha pasado ahora.

Él se pasó una mano por la nuca. No quería remover más cosas, pero sonó su móvil y el estómago se le encogió de golpe. Mara.

—Mierda.

—¿Ahora qué?

Marco deslizó el dedo por la pantalla y abrió el mensaje. Solo era un reenvío. Un correo electrónico. Asunto: «Te lo dije».

Marco sintió un golpe en el pecho antes siquiera de empezar a leer.

Irina alargó la mano y le dio un golpecito en el brazo.

—Lo que sea que te han mandado, léelo en voz alta.

Marco comenzó, pero cinco palabras lo atravesaron como un cuchillo.

Remitente: Javier de la Fuente.

Buenos días a quien corresponda:

Mi nombre es Javier y me pongo en contacto con ustedes para ponerles sobre aviso de mi prometida, Lucía Badal. Tengo entendido que su cliente Marco Novak ha firmado un contrato recientemente con ella para publicar una obra inédita en España. Creo que no son conscientes de la clase de persona con la que han tratado. Lucía está un poco desequilibrada y nunca ha sido sincera con ustedes. Sé que para conseguir ese contrato mantuvo relaciones sexuales con el susodicho y que su único interés fue aprovecharse de su nombre para impulsar su carrera. Aparte de no ser especial para ella, estoy seguro de que podrán encontrar mejores postores para sus negocios literarios en España. Les paso adjunto el contacto de una amiga mía con muchísimos más años de experiencia en el mundo editorial y con una gran cantidad de contratos internacionales que seguro les será de más ayuda.

En cuanto a Lucía, díganle a Marco que no la busque o quedará aún más como un idiota de lo que ya ha hecho. Estamos pasando por una pequeña crisis, pero yo he sido el que ha estado a su lado siempre, y quien seguirá haciéndolo cuando él no sea más que una anécdota en su vida.

Espero que esta comunicación no tenga que repetirse en el futuro.

Cordiales saludos desde Barcelona,

Javier

Marco sintió que la sangre se le helaba y notó la mirada de su tía clavada en él.

—¿Qué pasa? —preguntó de nuevo la mujer.

Marco soltó un bufido amargo.

—Nada, que parece que alguien tenía mucho tiempo libre esta mañana.

—Dame eso.

Marco arqueó una ceja, pero le pasó el móvil. Irina cogió las gafas de la mesilla, se las puso y leyó en silencio.

—Está en inglés, no lo vas a entender.

—Pues cuéntame qué dice, ¡carajo!

Marco le tradujo de manera superficial el e-mail, y cuando terminó, dejó el teléfono sobre su regazo. La mujer lo miraba con expresión de fastidio.

—¿Y ese quién es y por qué dice esas cosas sobre ti?

Marco dudó. Quería reírse de ese correo y desecharlo. Pero la verdad era que dolía. Le habló un poco de Lucía, de sus vacaciones juntos, de su abrupta despedida y del silencio que se había instalado entre ellos desde su partida.

—Está asustado.

Marco alzó la vista.

—¿Qué?

—La gente no ataca con tanta vehemencia si no se siente amenazada. El del e-mail. Está asustado.

Marco se quedó en silencio.

Irina carraspeó y acomodó la almohada de su espalda.

—Escucha. Quiero que hagas algo por mí.

—Dime.

—Cuando salgas de aquí, pasa por mi casa. Sube al cuarto del fondo y abre el armario. En la parte alta hay una caja de cartón vieja. Quiero que la cojas y te la lleves.

Marco frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque es hora de que la tengas. —Irina lo miró con una expresión difícil de descifrar—. Lleva demasiado tiempo escondida.

Su boca se secó. Había algo en su voz indescriptible, como si esas palabras hubieran estado atoradas en su garganta durante años.

—¿Qué hay en la caja, tía?

Ella parecía avergonzada.

—Algo que debería haberte dado hace mucho.

Marco se quedó paralizado.

Sintió en su interior el eco de algo olvidado.

—Irina…

La mujer chasqueó la lengua.

—Ve a por la caja, chico. Y deja de discutir con tu tía.

Él dudó un segundo más, pero al final se movió. Un presentimiento golpeó su estómago con fuerza.

51
Ups

Lucía se despertó con el sonido insistente del móvil vibrando sobre su mesilla. Lo ignoró. Luego intentó hacer tratos con la realidad. No podía ser tan tarde, ¿no? Solo iba a cerrar los ojos un minuto más. Solo uno. No estaba lista aún para enfrentarse al mundo. Ese mundo cruel y abrupto que la tenía tan harta. Tan solo necesitaba un ratito más. Uno pequeñito. Pero la vida tenía otros planes y cinco segundos después, Brandon abrió la puerta de su habitación sin molestarse en llamar y anunció, con su tono teatral de siempre:

—¡La dama en desgracia sigue en la cama! Señoras y señores, un aplauso para la resiliencia durmiente.

Lucía gruñó desde debajo de sus sábanas. Dios, el infierno debía de sentirse parecido.

—Vete a la mierda, Brandon —contestó haciéndose un ovillo.

—Uy, qué carácter para alguien que va a llegar tarde a su reunión con la bruja del Este.

—¿Qué?

Sacó la cabeza a la luz de la mañana y miró el reloj.

—¡Mierda!

Se levantó de golpe, tropezó y casi se partió la espinilla.

—Es siempre un espectáculo ver a tu hermana vivir, cari —le comentó a Pol desde la puerta, mientras sostenía una taza de café

con el mensaje de *I'm too gay for this shit*.

Lucía le hizo un gesto feo con el dedo antes de lanzarse al armario en busca de ropa.

—Venga, relájate. Es solo un día más en el maravilloso mundo del capitalismo. —Entró y se recostó en su cama—. Aunque si tenemos en cuenta que hoy tienes reunión con la mujer esa…, entiendo que te dé un poquito de ansiedad.

—Un poquito, dice —bufó ella mientras se metía en el baño a toda prisa. Dio las gracias al cielo por haberse duchado la noche anterior —. Esa mujer me odia. No sé por qué, pero me odia.

—Bueno, en realidad sí que lo sabes.

Lucía se quedó de una pieza con el cepillo de dientes en la boca.

—Bueno, sí. ¡Pero yo no tuve nada que ver! —alcanzó a decir entrecortadamente.

—No parece que a ella le importe demasiado. Está claro que Marco te quiere y que ella debe de estar coladita por tu novio — canturreó Pol desde el pasillo.

—¡Que no es mi novio!

—Bueno, pero querrías que lo fuera.

La tristeza en el rostro de Lucía se amplificó y Brandon le echó una mirada asesina a su chico para que parase.

—Da igual. El amor no correspondido vuelve a la gente tarumba. Hubiera pasado tarde o temprano.

Brandon asintió con gravedad.

—La mujer ya tenía pinta de mala hostia antes de que tú entraras en escena.

Lucía suspiró. Ellos no la habían visto, pero eso no podía discutírselo. Y tampoco había manera humana de callarlos cuando se

aliaban. Mara no era una mala profesional, pero tenía el don de hacerle la vida imposible con cada interacción desde que Javier envió aquel e-mail tan desafortunado.

Salió del baño masticando su rabia.

—Me largo. Os odio a los dos.

—Nosotros también te queremos. —Pol le lanzó un beso—. Que vaya bien y relájate un poco entre tanta reunión, que luego lloras.

—No lloro.

—Claro que no, tonta. Tú tranquila, que seguiremos haciendo como que no nos damos cuenta —respondió con cara de mártir.

Brandon dio una palmada al aire cuando pasó por su lado.

—Si Marco sigue sin contestarte, yo voto por que vayamos a verlo. Podemos ir en familia esta vez y organizar una emboscada entre un bloody mary y otro.

Lucía paró en seco e hizo una mueca, sin fuerzas para responder, antes de salir del apartamento.

Hacía ya dos semanas que se había trasladado a vivir con Pol y Brandon hasta decidir qué hacer y cómo. Javier tardó unos días en mandar e-mails envenenados a muchas personas de su entorno, entre ellas a Marco. Carla tuvo el detalle de avisarla. Los ojos de Lucía se habían llenado de lágrimas, mezcla de culpabilidad y miedo, pero la editora la tranquilizó: «A mí me pasó algo parecido con un ex —le dijo—. Y a veces aprendes más de las personas por cómo se van que por cómo llegan. Siento que tengas que pasar por esto, pero… pasará. Date tiempo». Llegaron al acuerdo de que Lucía trabajaría de forma semipresencial una vez que Alumbra terminara su incorporación, por si necesitaba viajar para despejar sus ideas.

O ir a Croacia, aunque Marco siguiera sin responder sus mensajes.

Tampoco a sus llamadas.

Nada.

Cero.

Cada vez que desbloqueaba el móvil, la conversación congelada en ese último intento de contacto la miraba como una herida abierta.

Lo había intentado de todas las maneras posibles. Un «espero que estés bien». Un «¿podemos hablar cuando tengas un momento?». Un «¿vas a seguir ignorándome hasta que me muera de frustración?». Bueno, ese último no lo envió, pero pensó en hacerlo muchas veces.

Pero nada. A Marco se lo había tragado la tierra.

Sabía que aún estaba vivito y coleando porque Mara dejaba caer perlitas sobre él en sus e-mails. A pesar de todo, tenía que seguir adelante, hacer como si todo estuviera bajo control, discutir con ella cláusulas absurdas, negociar cambios con Carla, revisar informes, acudir a reuniones, lidiar con diseñadores, con editores, con *deadlines* imposibles… Y, para colmo, su cuerpo seguía castigándola día y noche.

La oficina era un hervidero de actividad. La gente entraba y salía como siempre, solo que con algo más de prisa de lo normal. Todos estaban nerviosos. Todos. Los correos no dejaban de llegar, reuniones encadenadas unas con otras y, con todo y con eso, nada solventaba las incertidumbres. Solo dos personas dejarían el barco, el resto continuaría.

Si Lucía no perdía la cabeza era porque no podía permitírselo, pero había días que tenía ganas de dejarse ir. Se sentía como si estuviera corriendo una maratón sin haber entrenado.

El primer día que se quedó en la oficina hasta las once de la noche, pensó: «Vale, no pasa nada. Es la primera semana. Es normal».

El segundo día, Pol le mandó un mensaje que decía: «Si no llegas a cenar, donaré tu parte de la comida a los gatos callejeros». Pensó que debía relajarse un poco.

El tercer día, cuando se dio cuenta de que llevaba dos horas mirando la pantalla sin haber procesado una sola palabra, concluyó que moriría joven.

No era solo el trabajo lo que la tenía así. Era todo. La presión. El cansancio. La incertidumbre. El silencio de Marco. Y, sobre todo, la sensación de que, por más que intentara avanzar, una parte de ella seguía atrapada en aquella maldita semana en Croacia. A ratos deseaba no haber ido. En otros, no haber vuelto. Y, mientras, la vida se le caía encima.

52
Una visita al pasado

Marco tardó un día en volver al hospital. Estuvo a punto de no ir.

Cuando llegó a la casa de su tía, la encontró en el mismo estado de siempre: organizada y antigua, algo descuidada y llena de muebles oscuros que olían a barniz. Tras encender la luz del pasillo, caminó hasta la habitación de invitados y se dirigió al armario.

No se demoró en encontrar la caja. Era de cartón marrón, algo aplastada en una esquina, y más ligera de lo que esperaba.

Desde que salió de aquella habitación desinfectada, y se alejó de la mirada arrepentida de su tía, intuía lo que se iba a encontrar. El corazón le latía a mil por hora.

Se sentó en el borde de la cama con la caja sobre las rodillas y pasó los dedos por la tapa, sintiendo el cartón rugoso bajo sus yemas. Tenía la sensación de que lo que estaba a punto de encontrar lo iba a cambiar todo.

Inspiró hondo y retiró la tapa.

Le abrumó lo que vio.

Papel. Mucho papel.

Un puñado de sobres desordenados, algunos con los bordes doblados, otros abiertos con descuido. Todos con su nombre escrito en una letra que no reconoció de inmediato. Sin embargo, cuando la identificó, pensó que se quedaba sin aire.

Lucía.

Eran las cartas de Lucía.

Docenas de ellas. También había algunas escritas de su puño y letra, pero las de ella eran montones más.

Sus manos actuaron antes de que su cabeza terminara de procesarlo. Cogió una al azar, con las pulsaciones martilleándole en las sienes, y la desplegó con dedos temblorosos.

«Hola, idiota».

Marco parpadeó.

«Supongo que no debería empezar así, pero me cuesta creer que sigas sin responderme. He perdido la cuenta de cuántas cartas te he enviado ya, pero no me importa. Algún día contestarás. Algún día te acordarás de mí».

A Marco se le hizo un nudo en la garganta a medida que abría y leía todas aquellas misivas que jamás llegaron a sus manos.

«Hoy he tenido un mal día. Mamá dice que debería dejar de pensar en el pasado, que lo mejor es seguir adelante. Pero ¿cómo se hace eso cuando sigues sintiendo que te falta algo? ¿Cómo se sigue adelante cuando la única persona que siempre te entendió ya no está?».

Las palabras le pesaban en lo más profundo de su corazón.

«A veces pienso en el tiempo que compartimos, en los días enteros que pasábamos juntos. A veces sueño con ellos, y cuando despierto es como si me faltara el aire. Como si aún estuvieras aquí y yo me hubiera levantado en el sitio equivocado».

Marco sintió que algo se rompía dentro de él.

Pasó las páginas con torpeza, saltando de una carta a otra, devorando esas palabras destinadas a él que se le habían ocultado.

En las cartas de Lucía había desesperación. Dolor. Esperanza. Verdad.

«No sé si estas cartas llegan a ti o si no te las dan nunca. Si las estás recibiendo y simplemente no quieres responder. Pero no me importa. Seguiré escribiendo».

«Quizá cuando cumplamos dieciocho todo sea más fácil. Quizá entonces pueda ir a buscarte, y si no quieres verme me lo dirás a la cara, y yo lo aceptaré. Pero hasta entonces, yo te espero».

Marco dejó caer las hojas sobre la cama.

El mundo entero se tambaleaba a su alrededor.

Ella le había estado esperando.

Todos estos años, le había esperado.

Y él nunca había sabido nada.

Se llevó una mano a la boca y cerró los ojos con fuerza, sintiendo una presión en el pecho tan intensa que por un segundo creyó que le iba a estallar.

La rabia, la tristeza, la culpa y algo parecido a la esperanza se mezclaron en su interior como una tormenta.

Irina.

Se levantó de golpe, con la caja entre sus brazos y la cabeza a punto de explotar.

Tenía que verla.

Necesitaba entender.

Cuando Marco llegó al hospital, apenas sentía el suelo bajo los pies.

Su corazón latía demasiado rápido, sus manos apretaban con fuerza la caja contra su torso, y en su cabeza solo había un zumbido

constante que no le dejaba pensar con claridad.

Las cartas.

Las jodidas cartas.

No pasó por recepción. No se detuvo en la sala de espera. Avanzó por los pasillos con una urgencia casi febril.

Cuando llegó a la puerta de la habitación 435, tuvo que detenerse un segundo para respirar. Sus nudillos estaban blancos y su respiración agitada como si hubiera corrido un maratón. Abrió la puerta.

Su tía le pareció más pequeña que nunca, pero la rabia seguía ahí, palpitante bajo su piel, aliada a una tristeza que no sabía cómo manejar.

Irina nunca había sido alguien que mostrara fragilidad, pero esa tarde su tez tenía un tono grisáceo y sus ojos estaban apagados. A pesar de ello, cuando lo vio, sonrió.

—Pensaba que habías olvidado el camino de vuelta.

Estaba recostada en la almohada, con la bata del hospital demasiado holgada sobre su cuerpo frágil. Había algo en su expresión que le resultó extraño. ¿Cansancio? ¿Culpabilidad? ¿Tristeza?

Marco avanzó hasta la silla y dejó la caja sobre el asiento con la tapa abierta. Sacó una de las cartas y la sostuvo en alto.

—¿Por qué? —preguntó, sin molestarse en disimular la desesperación—. ¿Por qué me mentiste?

Irina bajó la mirada, como si no pudiera soportar el peso de sus propias decisiones.

—Pensé que era lo mejor —admitió con un hilo de voz—. Pensé que así te ahorraría sufrimiento.

Marco soltó una risa incrédula.

—¿Sufrimiento? ¿Me estabas ahorrando sufrimiento? ¿Sabes lo que hice cuando dejé de recibir noticias suyas? Lo mismo que ella. Seguí escribiendo. Durante meses. Años, incluso. Y nunca obtuve respuesta. Pensé que…, que se había olvidado de mí. Que le había dado igual perderme.

Su tía cerró los ojos un segundo, como si cada palabra de Marco le golpeara en el centro del pecho.

—Yo también he perdido gente, muchacho. Y era más joven e idealista que ahora. También más estúpida. Sabía lo que se siente cuando el pasado se convierte en una herida abierta y quise ahorrártelo. Pensé que te sería más fácil avanzar. El país te necesitaba. Yo te necesitaba. No quería que te quedaras atrapado en eso, en una historia de niñez que podía no llegar a nada. Necesitabas integrarte aquí para construir tu propia vida.

Marco sintió que la rabia le cerraba la garganta.

—Pero yo ya tenía una vida cuando volví. No era tu decisión.

Irina no intentó defenderse.

—Lo fue. Y me equivoqué. Lo siento, de verdad que sí. Yo… —Buscó las palabras correctas y él apretó la mandíbula. No quería compasión. No quería comprensión. Quería…—. Cuando ayer me contaste la historia con esa chica…

—Lucía.

Irina extendió una mano temblorosa y la apoyó sobre las suyas.

—Lucía, sí. Cuando me la contaste, pensé que no era tarde del todo para hacer bien las cosas.

A Marco ya no le salían las palabras.

—Marco, la vida da muchas vueltas, y no quiero que acabes solo y amargado como yo. Me hace muy feliz que ahora seas alguien importante, pero yo tardé muchos años en darme cuenta de que lo que importa es lo de aquí. —Se dio unas palmaditas en el pecho—. Tienes un corazón de oro, pero no sabes compartirlo. Dios sabe que me hubiera encantado que conocieras a una joven croata que te hiciera feliz, pero si el destino quiso poner a tu mitad en ese otro lugar, pues… qué tontería más grande perder la felicidad solo por eso.

Marco tenía los ojos llorosos. Nunca había visto a su tía tan vulnerable como en ese momento. Nunca. Sus manos temblaban bajo las suyas y la anciana tenía alguna que otra lágrima amenazando con escapar de sus ojos.

—¿Sabes? —continuó ella—. Eres igual que tu padre. Él también se encerraba en sí mismo y evitaba las conversaciones incómodas. Por eso nos dejamos de hablar poco antes de que tú nacieras, y te aseguro que he tenido una vida entera para aprender de mis errores. Crees que sentirte traicionado te da derecho a aislarte y rechazar todo lo que podría hacerte feliz. Y en la vida hay muchos más colores que el blanco y el negro. Estamos llenos de grises. —Irina había adquirido ese tipo de sabiduría que solo el tiempo y el arrepentimiento conceden—. Jovencito, quiero seguir dando guerra muchos más años, pero espero conocer a esa chica antes de poner un pie bajo tierra. ¿Me estás escuchando? No dejes que el error de una anciana te arruine. No permitas que me lleve eso a la tumba.

Marco no respondió.

—Si aún tienes miedo, significa que todavía te importa.

—No sé cómo… —Marco hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas.

—Empieza por lo más sencillo —le cortó Irina—. Díselo.

—¿El qué?

Irina le apretó la mano con la poca fuerza que tenía.

—Todo. La verdad.

—La verdad es compleja.

En el interior de Marco se estaba formando una tormenta.

—La mentira también —le aseguró su tía—, pero sobre ella se edifica peor.

53
Encerronas

Lucía había tenido otro día largo en la oficina. Muy largo. De esos que te hacen cuestionarte todas las decisiones que te han llevado hasta el punto en el que estás.

Cuando llegó a casa aquella noche debería de haberlo visto venir. Pero no lo hizo. La luz del apartamento estaba encendida y cuando entró vio a Pol y Brandon sentados en el sofá. Tenían una expresión expectante. Algo dentro de ella se removió.

Carlos.

Su hermano mayor. Sentado en la butaca con una cerveza en la mano, en una postura que parecía relajada, pero que, en realidad, era de doctor a punto de dar una mala noticia disfrazada de intervención amistosa.

Instintivamente a Lucía le dio un escalofrío.

—Pero bueno, ¿a qué se debe esta sorpresa? ¿Papá está bien? —preguntó tensa, con una voz que oscilaba entre la exasperación y el miedo.

—Yo también me alegro de verte, hermanita. Papá está bien —dijo Carlos, levantándose para saludarla.

—Ya sé que soy tu hermano favorito, pero tampoco tienes que hacerle *bullying* al pobre —añadió Pol, bromista. Le dio un sorbo a

su vino como si todo fuera un encuentro casual cuando tenía pinta de no serlo en absoluto.

—Tú eres idiota —le señaló Lucía—. Y tú… ven aquí, que hace mucho que no nos vemos. —Abrazó a su hermano y se dejó caer en uno de los sofás—. ¿Qué pasa? —preguntó escéptica al ver las expresiones de los otros tres y el silencio que se había instalado de repente en el salón.

Carlos la miró con esa expresión de «sé algo que tú no sabes y te lo voy a soltar en cuanto bajes la guardia».

—Pol y Brandon me han contado lo de Javier… —Lucía les dedicó una mirada asesina a ambos—. Y que últimamente no te encuentras del todo bien.

—Vendidos —masculló ella.

Pol se encogió de hombros.

—Lo hacemos por tu bien.

Lucía bufó. De pronto sintió todo el peso del día sobre sus hombros.

—Bueno, han sido unas semanas duras…

—Estoy seguro de que sí. Pero… ¿por qué no nos lo has contado?

—La verdad es que no lo sé. Pero no me apetecía teneros a ti, a Mariana y a papá dándome la charla sobre que las relaciones largas son difíciles y…

—Aunque nos habíamos acostumbrado a él, y hasta le tomamos cariño, Javier era imbécil —sentenció Carlos.

—Y demasiado estirado —añadió Pol.

—¡Y qué manía más horrible de ponerse calcetines blancos con los zapatos de vestir!

Lucía miró a Brandon sin saber si reír o llorar. Ese último comentario dibujó una sonrisilla en su rostro.

—Un poco hortera si era a veces, ¿verdad?

Los tres asintieron en silencio. Lucía suspiró, sus ojos seguían tristes, pero no sentirse juzgada le ayudaba. Las náuseas constantes, el cansancio abrumador y la falta de apetito la tenían exhausta.

—Bueno, aclarado este tema… —Carlos entrecerró los ojos, con esa mirada evaluadora que le ponía la piel de gallina—. Ahora explícame lo de las náuseas.

Tan solo nombrarlas hizo que el estómago de su hermana se pusiera del revés.

—Estoy estresada, Carlos. Trabajo catorce horas al día. No duermo bien. No tengo tiempo ni de sentarme a respirar. No necesito un médico, sino unas vacaciones.

—Vale, pero eso no explica las náuseas.

—El estrés —contraatacó ella.

—¿Y la fatiga?

—¿Te parece poco el hecho de que acabo de romper una relación de casi dos décadas? ¿Que además estoy trabajando más que nunca? Y que…

—Y que Marco no te contesta —murmuró Pol fingiendo tos.

—Te he oído.

—No es verdad.

—¿Y qué me dices de los mareos? —Carlos recondujo la conversación al motivo de su visita.

Ella se sintió acorralada.

—Pues que estoy comiendo mal, no duermo y tengo mucho estrés. ¡Dejadme vivir!

—Solo queremos asegurarnos de que estás bien, hermana —intervino Pol.

—Estoy bien. Solo necesito descansar y que no me interroguéis los tres como si fuerais la Gestapo.

Carlos dejó la cerveza en la mesa y se inclinó hacia ella, adoptando su tono más profesional.

—Lucía, los síntomas que describes podrían indicar algo más. ¿Cuándo fue tu última menstruación?

Ella parpadeó, sorprendida por la pregunta.

Se hizo un silencio.

Brandon carraspeó.

—Esto se pone interesante.

—Cállate —susurró Pol, soltándole un codazo.

—Pues… últimamente soy irregular.

—Eso no responde a mi pregunta.

Lucía trató de recordar cuándo tuvo el periodo por última vez. Pero como estaba acostumbrada a tener relaciones sin protección, desde que descubrieron que Javier era estéril, y habían estado pasando tantas cosas en esas últimas semanas, no le había dado importancia.

La habitación se sintió más pequeña.

—No sé. Hace un mes. O un poco más.

—Un poco más, ¿cuánto?

Lucía abrió la boca para contestar, pero no pudo.

Pol y Brandon intercambiaron una mirada significativa. Carlos, en cambio, no apartó la vista de ella.

—Lucía, ¿podrías estar embarazada?

El estómago le dio un vuelco.

—Dos meses.

Carlos alzó una ceja.

—¿Estás segura?

Su mente empezó a trabajar a toda velocidad. No, no podía ser. ¿O sí? ¿Eran dos o tres meses? Se suponía que ella era responsable. Siempre lo había sido. Pero… el tiempo en Croacia, la despedida abrupta, las semanas de negación, el trabajo frenético…

Un sudor frío le recorrió la espalda.

—No lo sé.

La confesión cayó en la habitación como un bloque de cemento.

Cerró los ojos y en su mente, como un latigazo, apareció Marco. Su piel, su voz, su cuerpo contra el suyo en aquella habitación frente al mar donde el mundo entero se había desdibujado.

La respuesta apareció clara como el agua.

Se llevó las manos al rostro.

—Dios.

Carlos suspiró y se puso de pie.

—Voy a la farmacia.

—¡No! —Lucía también se levantó, tambaleándose un poco. Carlos la ignoró.

—¿No porque no quieres saberlo o no porque ya lo sabes y no quieres confirmarlo? —preguntó Pol desenfadado.

Lucía los fulminó con la mirada. Brandon le pasó la copa de vino.

—Disfruta, que quizá es la última que puedes tomarte hasta dentro de unos meses.

Lucía no pudo responder ni agarrar esa copa entre las manos. El corazón galopaba en su pecho con el peso de una posibilidad tan inesperada que apenas podía respirar.

Pol y Brandon callaron. Lo cual era preocupante. Pol nunca se quedaba callado y Brandon no perdía la oportunidad de soltar alguna broma sarcástica. Pero ahí estaban, uno sentado a su izquierda, el otro a su derecha, como si estuvieran haciendo guardia para evitar que se desmoronara mientras sus respectivas copas de vino no dejaban de menguar.

—¡Esto es un desastre! —dijo con una risa que sonó histérica incluso para sus propios oídos.

Brandon le puso una mano en el hombro.

—O igual es solo un susto y ya.

—Sea lo que sea, mejor saber —comentó Pol con suavidad—. Lo mismo eres tú la encargada de traer sobrinos varones a esta familia, y no adoptados como pensábamos hasta hace poquito, ¿eh?

Lucía sintió una punzada en el pecho. Una parte de ella quería seguir negándolo, pero otra parte, la que había estado sintiendo su cuerpo más extraño de lo normal, la que había pasado semanas agotada, con náuseas y sin poder concentrarse… Esa parte ya lo sabía.

—Si estoy embarazada —susurró—, ¿qué demonios voy a hacer?

Pol y Brandon intercambiaron una mirada rápida.

—Bueno, cari —dijo Brandon, dándole unas palmaditas en la pierna—. Primero vamos a averiguarlo. Luego ya entramos en modo gestión de crisis, ¿te parece?

Lucía exhaló un suspiro tembloroso.

—Vale.

Pasaron los siguientes minutos en una especie de limbo. Su cuñado intentó distraerla contándole cotilleos de Netflix. Pol se dedicó a pasearse por la cocina y cortar toneladas de queso que nadie iba a comerse. Lucía apenas los escuchaba.

La puerta se abrió.

Carlos entró con una bolsa de farmacia en la mano.

—Aquí tienes. Hay dos. Por si acaso.

Lucía miró el paquete como si fuera un artefacto explosivo.

—No puedo.

—Sí puedes —dijo Carlos—. Vamos, ¡al baño!

Pol se levantó.

—Voy contigo.

—No, gracias —bufó Lucía—. No necesito público.

—No pienso mirarte mear, *drama queen*. Pero si te desmayas de los nervios, alguien tiene que sujetarte la cabeza para que no te rompas la nariz contra el lavabo —replicó Pol.

Lucía suspiró y, sin decir más, cogió la bolsa y se metió en el baño. Cerró, aunque notó que Pol espiaba sus pasos a través de la madera. Él se quedó en el pasillo.

Con manos temblorosas, abrió el envoltorio del primer test de embarazo. Cada rasgado del plástico resonaba como un trueno en su mente. Lo había hecho mil veces durante aquella etapa en la que Javier y ella trataron… No, en ese momento no quería pensar en Javier.

Con el tiempo apenas recordaría algún detalle. La taza del baño. El frío de la cerámica contra su piel. La orina bañando la varilla tal y como se especificaba en las instrucciones.

Dejó la prueba sobre el borde del lavabo y se quedó mirándola asustada. En uno o dos minutos se vería el resultado. Los segundos parecían estirarse hasta el infinito, y su mente corría a mil por hora. Repasó cada momento de las últimas semanas, y, sobre todo, aquellas horas de pasión con Marco.

Mierda. Mierda. Mierda.

Incapaz de soportar la espera, desvió la mirada de la prueba y se centró en su reflejo en el espejo. Los ojos hundidos, las ojeras marcadas y la palidez de su piel le devolvían una imagen que apenas reconocía. Se preguntó cuál fue el instante en el que había perdido el control de su vida. Cómo había llegado a ese punto de incertidumbre y miedo.

Un leve golpeteo en la puerta la sacó de sus pensamientos.

—Lu, ¿estás bien? —La voz de Pol sonaba preocupada al otro lado.

—Sí, solo… dame un minuto.

Toda su vida dependía de una línea. O de dos.

Suspiró y abrió la puerta para encontrarse con su hermano menor. Se puso a temblar de los nervios y Pol la estrechó entre los brazos.

—Sea lo que sea, todo estará bien, hermanita.

—No puedo mirar.

—Lo haremos juntos.

Tras asentir, reunió el poco valor que le quedaba y bajaron la mirada hacia el test. Dos líneas. Una y dos. Dos líneas rosadas los observaban de vuelta, claras e inconfundibles.

El aire se le escapó de los pulmones y fue incapaz de gestionar sus emociones. Miedo. Sorpresa. Incredulidad. En algún rincón

recóndito de su ser también brotó una chispa de alegría que, con rapidez, intentó sofocar.

Pol, al ver las lágrimas acumulándose en sus ojos, no necesitó más confirmación.

—Oh, Lu… —La envolvió en un abrazo cálido para que se desahogase tranquila.

Brandon y Carlos aparecieron en el pasillo.

—Sea lo que sea, estamos contigo. —Carlos le colocó una mano reconfortante en el hombro.

Pol les señaló el test. Brandon lo vio primero.

—Hostia.

Carlos suspiró, cruzándose de brazos.

—Bueno. Al menos, ahora ya lo sabes.

Lucía sintió las piernas ceder.

—Creo que voy a vomitar otra vez.

Pol se acuclilló frente a ella y le cogió las manos.

—Respira, Lu. Estás bien.

—No. No estoy bien.

—Lo estarás. Todo va a estar bien, ya lo verás.

—A vuestro padre le va a dar un microinfarto de la emoción —dijo Brandon mientras se apoyaba en el marco de la puerta.

Lucía le lanzó una mirada de puro pánico.

—¡No se lo digáis todavía! Esto no puede salir de aquí hasta que yo tome una decisión.

Carlos se frotó la cara con una mano.

—Vale. De momento. Pero tienes que ir al ginecólogo. Y quizá hablar también con el padre. No sé cómo reaccionará Javier, pero…

—No es de Javier.

Carlos la miró inquisitivo y Lucía lo confirmó con un gesto, incapaz de decir nada más.

Marco.

Todos lo entendieron.

54
Hacerlo bien

El vuelo de Marco a Barcelona fue largo y tortuoso, no tanto por la distancia, sino por todo lo que llevaba dentro. Lo que quería hacer era difícil. No por Lucía, sino por él. No sabía cómo lo recibiría, ni cómo justificar el silencio tan absoluto con el que la había castigado.

Otra vez.

Se sentía un poco cobarde. Había leído esas cartas mil y una veces. Las había optimistas y melodramáticas. También tristes y rabiosas, pero en todas podía visualizar a una Lucía mucho más joven caligrafiando del otro lado del papel. Su vida estaba patas arriba desde que abrió la caja de su tía Irina y se escaparon todos sus fantasmas del pasado.

El primer impulso que tuvo fue enviarle una foto. Pero al abrir el chat y ver tantísimos mensajes sin contestar no fue capaz. No lo fue. Se avergonzaba de sí mismo. No negaba que la petición que le había hecho Lucía antes de irse de Croacia había sido inoportuna, pero si él hubiera estado en su situación, ¿no habría hecho lo mismo? Al fin y al cabo, ella era la persona que más merecía su ayuda. Por eso le había enviado aquel manuscrito que, hasta entonces, había querido mantener lejos del público. Si la ayudaba a superar sus problemas, sería un sacrificio bien empleado.

Al aterrizar, la ciudad lo recibió con su habitual bullicio, pero Marco apenas lo notó. Solo pensaba en ella, en cómo haría que Lucía lo escuchara. ¿Estaría dispuesta a perdonarlo por cómo la había dejado ir? ¿Y si no quería volver a verlo?

Tomó un taxi hacia Alumbra. Sacó la dirección de la editorial de internet: san Google. Llevaba las cartas guardadas con mucho cuidado en su maleta. Sabía que no podía llegar allí con las manos vacías. Necesitaba que Lucía entendiera que él tampoco mintió cuando hablaron de su infancia y que, aunque fuera un inmaduro emocional al que le costaba gestionar su mundo interno, estaba arrepentido y más que dispuesto a mejorar. Tenía, de hecho, ganas de hacerlo.

Al llegar al edificio, la recepcionista, sin muchas ganas, le indicó dónde se ubicaban los ascensores para llegar a la planta en la que trabajaba Lucía. Marco subió mientras sentía el paso de cada segundo como si fuera una eternidad. Al salir, se dio casi de bruces con Rosa. Ella lo miró de arriba abajo con expresión seria.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó la mujer con escepticismo.

—Marco, eh… —respondió él, sin poder evitar la ansiedad. Se rascó el cuello y trató de enderezarse—. Soy Marco. Vengo a hablar con Lucía Badal. ¿Sabe si está en la oficina?

Rosa evaluó la situación. Al darse cuenta de quién era, el corazón le dio un pequeño saltito, pero disimuló su sorpresa como pudo. Le hizo un gesto para que esperara en unos asientos de la entrada y se encaminó rápidamente a su despacho. Tenía que llamar a Lucía.

Marco se quedó un poco desilusionado por la reacción algo fría de la mujer, pero obedeció. Se sentó en unos mullidos sofás de

terciopelo rosa mientras se convertía en el centro de varias miradas.

No tardó en aparecer Petri con un vestido de flores vaporoso y gigantesco. Se quedó de piedra al verlo. Era nada más y nada menos que Marco Novak… y estaba en sus oficinas.

—¿Marco Novak? —preguntó sin filtros, como si supiera que algo raro estaba sucediendo.

—Sí, estoy esperando a Lucía —respondió él, lo más tranquilo que pudo, aunque su voz sonó menos segura de lo que hubiera querido.

—¡Ay, madre! —soltó ella sin pensar demasiado—. ¡Soy superfán tuya! ¡Qué alegría que hayas venido! Puedo invitarte a tomar un café en la cafetería de la esquina. ¡O una copa! Bueno, o lo que quieras.

—No, gracias, espero aquí —respondió él.

Pero ella no estaba para negativas. Se giró sobre sus tacones y gritó en dirección al fondo de la oficina:

—¡Rosa! ¡Que tenemos a Marco Novak en casa! ¡Qué escándalo, qué locura!

Varios empleados levantaron la cabeza de sus ordenadores, unos con curiosidad, otros con un claro gesto de «esto no va conmigo», pero sin poder obviar que la energía de Petri era contagiosa.

—¡Ay, pero qué emoción! —continuó la mujer, sentándose junto a Marco—. A ver, cuéntame, ¿cómo es que estás aquí? ¿Lucía lo sabe? Porque, hijo, no sé cómo estará la cosa ahora, pero si has venido a pelearte con ella, te advierto que es mi amiga y le voy a dar la razón en todo, aunque no la tenga. —Se recostó en el sofá—. Bueno, seguro que la tiene, porque Lucía es maravillosa. Ya lo debes de saber, ¿no? Aunque desde que volvió del viajecito ese que os marcasteis los dos su vida ha estado bastante patas arriba y del revés. ¡La pobre! Se merece algo de calma. Es un ser de luz,

¿sabes? Y tú… —hizo un gesto dramático con la mano—, bueno, con que tú no seas un escritor torturado a mí ya me va a parecer bien.

Marco se sintió como si estuviera en medio de una obra de teatro que no había ensayado.

—Puedes estar tranquila, no he venido a pelearme. Solo necesito hablar con ella.

—Vaya. Pues suena mucho menos interesante, pero igual de escandaloso, ¡porque estás aquí! Rosa me va a matar por esto, pero…

En ese momento, Lucía salió de uno de los ascensores. Se quedó petrificada. Se la veía cansada a pesar de ir vestida tan impecable como siempre. Las últimas semanas se había desgastado más de lo que quería admitir. Iba con su bolso cruzado y una bolsa de papel en la otra mano. Sus bucles caían tristes y sus ojos no tenían brillo alguno. No estaba preparada para ver a Marco. De hecho, no supo cómo reaccionar.

—Ay, ¡qué maravilla! —exclamó Petri brincando del sofá—. ¡Justo iba a llamarte!

—¿Qué haces aquí? —preguntó Lucía con voz cansada.

—Hola.

—Bueno, os dejo con vuestras cosas, pero si vais a discutir, que sea en voz alta, por favor, que luego odio enterarme a medias. —Petri le plantó un beso en la mejilla a su amiga y desapareció por el pasillo.

Lucía notó las miradas de muchos compañeros en su nuca y giró sobre sus tacones.

—Ven. Vamos a la cafetería. A este lugar le falta privacidad.

El local estaba casi vacío, salvo por un par de clientes absortos en sus portátiles y el murmullo de la música que llenaba el ambiente. Se sentaron a una mesa junto a la ventana. La luz pintaba reflejos dorados en la superficie y las manos de ambos descansaron inquietas sobre la madera, como si no supieran qué hacer con ellas. Al final pidieron dos cafés, más por costumbre que por necesidad.

Lucía dejó el bolso a un lado y lo miró con cansancio y determinación.

—Me alegra que hayas venido. Ya empezaba a pensar que no querías volver a verme.

Marco, consciente de que la distancia y el silencio habían sido más crueles de lo que pretendía, agachó la cabeza.

—Lo sé y lo siento. Se me da mal gestionar los conflictos y he tardado más de la cuenta en decidir qué hacer. Pero… aquí estoy. —Sacó un sobre de la maleta de mano que llevaba y lo dejó sobre la mesa—. Quería darte esto en persona.

Lucía miró el sobre sin tocarlo.

—¿Qué es?

—Ábrelo. Es un viaje al pasado.

Ella parpadeó aturdida. Con manos temblorosas, abrió el sobre y sacó varias cartas. Su corazón dio un vuelco. Empezó a pasar de una a otra, reconocía su propia letra de niña, las palabras ingenuas y llenas de sentimiento. También la de Marco, más pequeña, más alargada, más…

—¿Dónde estaban? —preguntó sintiéndose más frágil que nunca.

—Tenías razón, Lu. Mi tía las guardó, las tuyas y las mías. —Marco tomó sus manos y, por el simple roce de sus dedos, una corriente eléctrica brotó entre ambos—. Confieso que no te creí cuando me

dijiste que me habías escrito, y cuando te fuiste me convencí de nuevo de que mentías. Y lo siento. Siento haber dudado de ti. He sido un idiota. Tenías razón en tus cartas.

Lucía casi no podía controlar la emoción. Recordaba aquella carta en la que lo insultó, rabiosa y dolida por su silencio. Había pasado toda una vida desde entonces.

—No sé cómo están las cosas entre Javier y tú, pero…

—Rompimos hace unas semanas —le interrumpió ella.

Él parpadeó, sorprendido, pero no dijo nada. Solo asintió, como si procesara la información con un cuidado reverencial. Lucía sostuvo su mirada, sintiendo que todo el peso de las últimas semanas se desvanecía. Se separó de sus manos. Había muchas cosas que quería decirle, pero una era muy urgente.

—Antes de que sigas, yo también tengo algo que enseñarte. —Abrió el bolso y sacó el sobre con las ecografías—. Fui al médico esta mañana —reveló con voz temblorosa—. Estoy esperando un bebé.

Él se quedó helado. Sus ojos estaban pendientes de las imágenes en blanco y negro que Lucía le había entregado.

—Pero… ¿cómo?

—¿Tú cómo crees? Nuestra noche de pasión hizo nido, o eso parece.

Hubo un instante de silencio. Marco agarró las ecografías y soltó una carcajada a la que no le faltaron lágrimas. Sentía incredulidad, alivio y una emoción que no sabía bien de dónde venía ni cómo gestionar.

—¿Me estás queriendo decir que es… mío?

—Me temo que sí. Yo… —Lucía se tomó un momento para encontrar las palabras correctas. Desde que dio positivo en esa estúpida prueba de embarazo no dejaba de llorar—. He pensado en todas las posibilidades, en todas las maneras en que esto podría salir mal. Pero quiero tener este bebé. Y entiendo si tú…, si esto es demasiado, si prefieres no estar…

Marco entrelazó los dedos con los de ella, y se aferró a Lucía como si fuera lo único que lo mantenía en pie.

—Lu… —susurró su nombre como si con él se le fuera el aire—. No quiero vivir sin ti.

—Yo tampoco —murmuró Lucía mientras liberaba algo que había estado conteniendo demasiado tiempo—. Te he echado mucho de menos.

Él dejó escapar un suspiro tembloroso y bajó la vista de nuevo a las ecografías. Lucía y él. ¿De verdad iban a tener un bebé?

—Nunca he tenido nada más claro en mi vida que el hecho de que te quiero en ella. Te dejé ir en Korcula, porque pensé que lo que sentías por mí no era real. Que podría vivir sin ti tal y como había hecho durante tantos años. Y me equivoqué. Ni puedo ni quiero.

Lucía sintió cómo se le encogía el pecho y un reguero de lágrimas empezaba a bajar por sus mejillas. Marco levantó la vista y en sus ojos brillaba una determinación que la desarmó por completo.

—Ey, pero no llores —dijo haciéndose de nuevo con sus manos—. Te quiero, Lucía Badal. No he dejado de pensar en ti ni un solo día. Y no quiero dejar de hacerlo. No quiero otra vida que no sea esta, contigo. Con lo que venga. Con esto —añadió señalando las ecografías—. Con todo.

Lucía había vivido lo mismo. Las semanas sin él habían sido una tortura, un vacío insoportable.

—Yo también —susurró—. Nada me haría más feliz.

Marco, en un impulso, rodeó la mesa y la besó. Un beso que no pedía permiso, sino que ofrecía respuestas.

Estaba lleno de todas las cosas que no se habían dicho y de todo lo que prometían decirse. Cuando sus labios se rozaron, el mundo desapareció. Fue largo. Profundo. Sabía a hogar y a reencuentro, a todas las noches de insomnio y a los pensamientos que nunca desaparecieron de sus mentes. Necesitaban reconstruir todo lo que alguna vez se había roto, sellar aquel pacto. Sentirse. Saborearse. Dárselo todo. Y al separarse, Lucía se abanicó el rostro con la mano, tratando de disipar la emoción.

—Madre mía, Petri se va a desmayar cuando se entere.

Marco soltó una carcajada y la abrazó con fuerza.

—Bueno, al menos ya tenemos claro quién va a ser nuestra pregonera en tu oficina.

Lucía también rio. Hacía tanto que no se sentía así. Esperanzada. Feliz. Ese burbujeo de sensaciones la llevó a posar una mano de forma inconsciente sobre su ombligo. Marco hizo lo mismo.

Se miraron, nerviosos y emocionados, y se besaron de nuevo. Por fin, un giro positivo que darían juntos.

—¿De cuántas semanas estás?

—Echa cuentas.

—¿De verdad que voy a ser papá?

—Solo si quieres, Marco. Esto no es…

El escritor le tapó la boca con la mano y la miró fijamente a los ojos.

—Nunca he querido algo con más fuerza que formar una familia contigo. Yo…, este es el regalo más grande que nadie me podía hacer. El más bonito. No eres consciente aún, pero te quiero más que a nadie. Más que a todo. Más que…

Lucía le acalló con sus labios. Marco tenía los ojos llorosos al besarla y lo hizo con tal ternura y anhelo que no le fue indiferente a nadie. Los camareros aplaudieron. Algunos de los clientes también. Los dos rieron cohibidos y emocionados. Decidieron escapar.

Al salir del café entrelazaron sus dedos con la certeza de que esta vez no se soltarían. El futuro seguiría siendo incierto, pero por vez primera la incertidumbre no les daba tanto miedo. No si podían afrontarla juntos.

Lucía apretó la mano de Marco con más fuerza, queriendo asegurarse de que él también sentía lo mismo, de que todo eso que la había abrumado ya pertenecía al pasado, porque él estaba ahí. Que no era un sueño del que despertaría al pellizcarse.

Él volvió a besarla.

—Esta vez vamos a hacerlo bien —le aseguró Marco mientras se fundían en un abrazo.

—Sí. —Lucía lo miró a los ojos—. ¿Estás preparado para la primera relación larga de tu vida?

—La primera y la definitiva —aseguró besándola de nuevo.

A pesar de que el camino por delante estuviera aún lleno de conversaciones pendientes, de heridas por sanar y de decisiones demoradas…, ya no importaba.

Porque el amor, el verdadero, no es perfecto, pero sí valiente.

Y ellos habían elegido la valentía.

Juntos.

Con las cicatrices a la vista.

Con la incertidumbre al acecho.

Con las ganas intactas.

Apostando por el amor.

Por ellos dos.

Por los tres.

Por iniciar esa vida que había esperado paciente a que se atrevieran a entrelazar sus manos y a mirar juntos en la misma dirección.

Epílogo

Querida Anna:

Me encanta esta tradición de escribirte una carta al año. Estás a punto de cumplir siete y me recuerdas un poco a mí a tu edad, aunque en muchísimas cosas seas igual que tu padre.

Este curso has empezado las clases de ballet y te encanta. Te plantas el tutú rosa que te regaló el abuelo las Navidades pasadas y juegas a ser la bailarina principal de «El lago de los cisnes» cada vez que suena música clásica en casa, que sigue siendo todo el rato. A la abuela Irina le fascina. ¡No sabes lo que presume de ti con sus amigas!

No te lo confesaré hasta que tengas edad suficiente como para leer estas cartas, pero aplaudo la tradición que has instaurado de enseñarle reguetón a tu padre e intentar que baile contigo en vídeos para su Instagram. ¡A veces son tan divertidas sus caras de desconcierto! Obviamente, esos vídeos solo los usamos para reírnos en casa y para tener recuerdos con los que sonrojarte cuando quieras empezar a traer chicos a comer los domingos. Pero falta mucho para eso, así que, por favor, sigue siendo tan libre y luminosa. ¡Qué regalo eres, hija!

Aunque os peleéis a veces, tu hermana te sigue a todos lados y te adora. ¿Sabes lo mucho que eché yo de menos una hermana a tu edad? Me alegro de haberte podido regalar una. Ahora quizá no, pero cuando crezcas, entenderás el tesoro tan enorme que es. Será tu confidente y tu cómplice para siempre. Incluso si yo falto o, si un día, falta también papá.

¿Sabes? Tu cumpleaños es la semana próxima y vendrán el abuelo, los tíos y las primas a celebrarte. ¡Están deseando verte! Iremos todos juntos a Korcula en Semana Santa, como siempre, y ya muero de ganas de volver a saltar las olas allí en familia. Continúa siendo uno de mis lugares favoritos en todo el

planeta tierra, como dices tú, y me hace feliz saber que lo sientes tan casa como papá y como yo.

Pero bueno, tengo que acabar la edición de mi libro y ponerme a hacer la cena, así que voy a dejar esto por ahora. Quiero que sepas que te quiero con locura y que espero de corazón que nunca olvides que te mereces el mundo entero. Todo. Lo mejor. A mí me costó muchos años entenderlo, pero ahora no hay verdad que me parezca más cierta o mayor.

Sigue brillando, preciosa.

Con todo el cariño de mi corazón,

MAMÁ

Lucía y Marco habían iniciado esa tradición tras el nacimiento de Anna. Una carta al año. Algo propio y genuino que poder entregarle cuando se hiciera mayor o si —Dios no lo quisiera— faltaban ellos algún día. La revisó una última vez y la metió en el sobre donde las guardaban todas.

Cuando nació Lissi, la pequeña, ampliaron la costumbre también a ella. Lucía sabía lo importante que era tener algo propio. Un espacio único en el que ser vista y considerada. Le daba un poco de miedo que al nacer Mikel se sintiera desplazada, y posó una mano instintivamente en su abultado vientre. Sabía lo difícil de ser la mediana de tres hermanos, pero tras echar un vistazo al retrato de Marco y ella de su escritorio, concluyó que no tenía nada de qué preocuparse.

Desde aquel reencuentro regado de lágrimas, sonrisas y besos, lo habían hecho bien. Muy bien. Siempre habían sido buenos el uno con el otro —y para el otro—. Lucía no sabía que una relación podía ser así de fácil y de bonita. Que Marco guardaba dentro de sí tal romántico detallista, que le regalaría flores sin motivo, además de

besos y cuidados por doquier. Y pasión. Mucha. Que aunque pasaran los años seguirían calentándose las sábanas y los sueños.

Estaba mal comparar. Todavía se sentía un poco culpable al pensar en Javier. Pero ellos dos no estaban hechos el uno para el otro y, aunque no lo hizo de la manera más elegante, estuvo bien esquivar aquella bala. Le alegraba saber que él había rehecho su vida y que, cuando se cruzaban en algún restaurante —cosa que había ocurrido solo en un par de ocasiones—, podían saludarse con cordialidad y no lanzándose cuchillos. Las hostilidades nunca habían sido su fuerte.

Lucía y Marco se habían comprado un ático amplio y con una terraza generosa en el barrio del Poble Nou y los ojos de ambos seguían brillando al mirarse. Lucía amaba Korcula, pero, a pesar del amor que sentía por Marco y su refugio, se sentía incapaz de prescindir de su familia y amigos. ¡Y más con un bebé en camino! El escritor lo entendió y estuvo de acuerdo. Si iban a formar una familia, ¿qué mejor que hacerlo rodeados de su gente? Viajaban con asiduidad a Croacia y pasaban largas temporadas en su isla favorita del mundo, pero su día a día transcurría en la Ciudad Condal.

Desde que Marco hiciera las paces con Lucía, Mara estalló en un ataque de rabia desmedida y se quitó de en medio. Alegó no ser capaz de continuar trabajando con Marco en aquellas condiciones. «¿En cuáles?», quiso saber Marco, por completo desubicado. «En estas, Marco, ¿acaso no lo ves?». Pero no, Marco no lo veía. ¿Cuál era el problema?

Después de enterarse de que iba a ser padre, había decidido bajar el ritmo para centrarse en lo importante. ¡Iba a ser padre! Y lo era. Uno maravilloso, además. Lucía había seguido trabajando para Universo y estaba feliz. Rosa venía de vez en cuando a consentirla a

ella y a sus hijas. También Petri. Y, con el tiempo, Carla demostró ser una gran profesional y una mejor amiga. Fue madre soltera poco después que Lucía y de vez en cuando juntaban a su prole para jugar y disfrutar en compañía.

La vida, en ocasiones, da unas vueltas preciosas.

Lucía sonrió y cerró la pantalla de su ordenador porque no estaba nada centrada. Mejor ir a la cocina a terminar de hacer la cena. Las niñas estaban pasando la tarde con los titos Pol y Brandon y tardarían poco en llegar. Marco, junto a los fogones, revolvía dados de verduras para hacer una ratatouille. Lucía le abrazó por detrás.

—¿Cómo está mi chico?

—Ahora mejor. —Se giró hacia ella para darle un beso—. Y nuestro benjamín, ¿cómo está?

—A puntito. Mira. —Lucía le colocó sus manos en el costado izquierdo donde sentía a su hijo ya dando patadas sin parar.

—¿Nos ha salido futbolista?

—O eso, o me quiere dejar sin riñones…

—No dejarás nunca las exageraciones, ¿no?

—Si algo funciona… ¿para qué cambiar?

Marco volvió a besarla en los labios.

—Anda, siéntate, que los terremotos estarán a punto de volver. La mesa ya está puesta y esto lo tengo casi. ¿Me cuentas cómo llevas tu novela?

—Pues… por acabar.

—¿Podré echarle un ojo ya esta noche?

—Nooo, le falta un poco de edición todavía. Yo…

—Seguro que es perfecta —la tranquilizó él—. ¿Tiene título?

—Claro, desde el primer día.

Marco parpadeó extrañado.

—¿Y cómo no me lo has dicho antes?

—Pues… porque era una sorpresa. Se va a titular *Cartas desde el Adriático*. ¿Qué te parece?

A su chico se le metió algo en el ojo y un nudo se plantó en su garganta. Soltó la espátula de madera y se acercó hacia Lucía vacilante para sostener sus manos entre las suyas.

—Me parece un título maravilloso. Pero no lo entiendo. Significa eso que…

—Sí, cariño. —Lucía lo abrazó mientras asentía—. He escrito nuestra historia.

Agradecimientos

Hace dos años pasé unas vacaciones de surf en un pueblito de Portugal donde conocí a una mujer ucraniana que se hizo amiga de mi perra. Una mañana me preguntó si podía darle algo de comida y, como yo también soy muchas veces más amiga de los animales que de las personas, le dije que, mientras fuera fruta, me parecía bien. Aprendizaje: matizar es necesario. Durante los siguientes días necesité mirar para otro lado cada vez que Lena engullía sandía, plátano, pera y demás delicatessen casi sin control de su mano. Pero estábamos de vacaciones y mi compañera perruna se merecía disfrutar, así que lo dejé estar. El último día de su estancia se acercó a despedirse y empezamos a charlar. Me habló de su país, de su familia y de la situación tan difícil que estaban atravesando tan solo porque un día un señor decidió invadir su territorio. Ellos tenían una vida normal antes de aquello y, de repente…, toda normalidad existente saltó por los aires. Había ido a Portugal para acompañar a su hija menor, a la que habían apuntado a unas «vacaciones de surf» con una ONG que buscaba generar espacios de disfrute en los jóvenes. Ni su hijo varón ni su marido habían podido acompañarlas porque no se les permitía salir del país. Estaban «atrapados» por ser hombres en un territorio en guerra. Nunca me había parado a reflexionar en ello. ¿Y si mi país entrara en guerra y las personas a las que quiero quedaran atrapadas en él? ¿Y si tuviera hijos o hijas? ¿Qué haría yo? ¿Cómo me sentiría? A las dos nos cayeron unas

cuantas lágrimas, y a mí nuestra conversación me dejó pensativa. Un rato después, comentándolo en la playa, se prendió la chispa de esta novela.

Quiero dar las gracias a Ana Lozano por elegirme y por ser mi editora. Confesaré que lo primero que vino a mi mente al ver su mensaje inicial fueron las decenas de veces que había pasado por delante de la sede de Penguin en Cataluña y le había dicho a mi pareja de entonces: «Un día esa será mi casa». Ni confirmo ni desmiento que durante estos meses he llorado y dado saltitos, y que, además de disfrutar de este proceso y de tener que pellizcarme cada poco, me siento superagradecida por todo lo aprendido. ¡Menudo honor y regalo! Jamás olvidaré el día que nos conocimos Gonzalo Albert, Ana Lozano y yo a través de una reunión virtual, estando yo en un hotel de Turquía, aunque apenas pudiera participar de pura emoción contenida. Un millón de gracias a los dos por vuestra confianza, palabras, comentarios y trabajo para hacer que la historia de Lucía y Marco luzca así de bonita y completa como hace ahora. Este agradecimiento lo amplío a Silvia y a todo el equipo de Suma y Penguin que ha participado hasta ahora, nos conozcamos ya o no.

Para documentarme viajé a Croacia y me fascinó todo lo que descubrí. Me gustaría anotar que la mayoría de los croatas a los que pregunté hablaron de su Guerra Patria con mucha neutralidad. El tiempo hace que las heridas sanen y suele contribuir a entender que no hay nadie ni tan bueno ni tan malo. Si viajas alguna vez a Zagreb, te recomiendo hacer el tour de la guerra y visitar en Dubrovnik el fuerte sobre la ciudad. Seguro que te ayuda a crear tu propio punto de vista sobre ese conflicto bélico que marcó la infancia

de nuestro Marco. Pero, sobre todas las cosas, te recomiendo ir y disfrutar de su historia, de la riqueza natural que poseen y de la diversidad y amabilidad de su gente.

Como Lucía, mi vida también se desmoronó al poco de comenzar a escribir los primeros capítulos, y aunque yo no tuve un Marco que me regalase atenciones, sí viví mi propia etapa de cambios rodeada de personas que me cuidaron, escucharon y abrazaron mientras me recolocaba. A todos vosotros (Ana, Helen, Bea, Claudia, Leire, Manu, David, Tom, Dirian, Ascen, Moni…) y a mi familia: gracias por existir. Mi vida es mucho mejor gracias a todo lo que compartimos. Os quiero mucho a todas (y a todos).

Pero, especialmente, mi gratitud más profunda es para ti. Gracias por elegir esta novela de entre tantas otras y por haberme obsequiado con algo tan valioso como tu tiempo. Yo también fui una niña que se refugiaba entre páginas y que soñaba con que algún día sus propias palabras encontrarían a alguien al otro lado. Que hoy estés aquí me hace sentir infinitamente honrada. GRACIAS.

Ojalá nos reencontremos muy pronto en alguna librería o entre las líneas de otra historia para seguir honrando juntos la magia del amor y de los libros.

Un abrazo enorme.

«Algunas personas dejan huellas en los lugares. Otras, en la gente».



Marco Novak no es solo un escritor croata de éxito con dificultades para relacionarse. Y Lucía Badal no es solo una editora, a punto de casarse, que necesita un milagro para salvar su empresa de la bancarrota. Antes de convertirse en adultos llenos de silencios, fueron niños que compartieron tardes de juegos y veranos inolvidables en la Barcelona de los años noventa.

Veinticinco años después un cruce de miradas en una firma de libros reavivará el eco de aquella complicidad. Movidos por razones distintas, pero unidos por el mismo anhelo de respuestas, emprenden juntos un viaje a Croacia: un país marcado por la guerra, un pasado sembrado de incógnitas… y una historia en común de la que les es imposible huir.
Entre paisajes bañados por el Adriático, memorias silenciadas y heridas abiertas juntos descubrirán que lo que creían olvidado quizá

solo necesitaba encontrar su momento.

Beatriz Blumen construye, desde la ternura y la calidez, una historia de amor esperanzadora, llena de luz, que nos muestra los impactos emocionales de los conflictos bélicos y que nos deleita el alma. *Te mereces el mundo* es un destello de belleza en tiempos de dificultad. El abrazo que todo lector necesita.

Beatriz Blumen (Madrid, 1989) es escritora, *coach* de vida profesional y formadora especializada en *mindfulness*, el desarrollo de la autoestima y la gestión emocional. Estudia Psicología en la UOC y ha vivido en varios puntos del globo, experiencia que ha nutrido su visión del mundo y su forma de contar historias. *Te mereces el mundo* es su cuarta novela, séptimo libro publicado y el primero que ve la luz con el sello Suma.

Desde niña soñaba con combinar dos pasiones: la literatura y los viajes. Hoy, a través de sus libros, comparte historias que inspiran, emocionan y acompañan a lectoras en sus propios procesos vitales. Su narrativa combina sensibilidad, humor y profundidad emocional, e invitan a viajar dentro y fuera de uno mismo.



Primera edición: junio de 2025

© 2025, Beatriz Blumen
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Elena Boet Serrano
Ilustración de portada: © Katie Smith

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con:

seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-87512-05-7

Compuesto en punktokomo.com

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Te mereces el mundo
1. A salvo
2. Un final feliz
3. El silencio en las calles
4. Oportunidades del destino
5. Todo lo que fuimos antes de ser lo que somos
6. El bombazo
7. Todo lo que nunca fuimos
8. Una línea que no debe cruzarse
9. Medidas desesperadas
10. A un vuelo de distancia
11. Una sombra de lo que fue
12. La única chica
13. Vistas espectaculares
14. Una república independiente
15. Algo íntimo
16. Primera noche
17. 'London, baby'
18. Un azul imposible
19. Segunda noche
20. Luces titilantes
21. Un corazón
22. Javier
23. Morir matando
24. Un lazo invisible
25. Celos

26. Tercera noche
27. Cosas de niños
28. Más cerca
29. Algo refrescante
30. Un sueño
31. Cuarta noche
32. Tradiciones
33. Un 'déjà vu'
34. Marco
35. Lucía
36. Quinta noche
37. No. Quiero. Volver.
38. Séptima noche
39. La certeza de lo inevitable
40. Siempre
41. Café
42. Sin permiso
43. Despedidas
44. Un favor
45. Caos
46. Monotonía
47. Impulsos
48. La verdad sobre la mesa
49. Tomando las riendas
50. Atorado
51. Ups
52. Una visita al pasado
53. Encerronas
54. Hacerlo bien
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Beatriz Blumen
Créditos


Beatriz Blumen
Te mereces el mundo
Una novela enternecedora
que nos descubre Croacia desde el corazón
SUMA